

**Universidad de Granada  
Facultad de Ciencias Políticas y Sociología  
Departamento de Ciencia Política y de la Administración**



**“La consolidación de los movimientos insurgentes: Al Qaeda en Irak”**

**TESIS DOCTORAL**

**Autor  
Miguel García Guindo**

**Director  
Javier Jordán Enamorado**

**Granada, 2012**

Editor: Editorial de la Universidad de Granada  
Autor: Miguel García Guindo  
D.L.: GR 355-2013  
ISBN: 978-84-9028-344-8



**Universidad de Granada**  
**Facultad de Ciencias Políticas y Sociología**  
**Departamento de Ciencia Política y de la Administración**

**TESIS DOCTORAL**

**“La consolidación de los movimientos insurgentes: Al Qaeda en Irak”**

**Autor**  
**Miguel García Guindo**

**Director**  
**Javier Jordán Enamorado**



**A mis padres y hermanos**

**A Mercedes**

# ÍNDICE

## Índice de Ilustraciones

## Abreviaturas

## Agradecimientos

<b>Summary .....</b>	<b>I</b>
Roadmap .....	I
The object of study of the research .....	II
Theoretical framework, hypothesis and objectives .....	VII
The role of violence .....	VIII
Methodological questions .....	XI
Justification of the case study .....	XIII
Conclusions.....	XVII

## **CAPITULO 1. IDENTIFICACIÓN DEL OBJETO DE ESTUDIO ..... 2**

Identificación del objeto de estudio .....	2
--	---

## **CAPÍTULO 2. CONTEXTUALIZACIÓN DE LOS ESTUDIOS DE SEGURIDAD..... 18**

2.1. Los estudios de seguridad como subdisciplina de la Ciencia Política .	19
2.1.1. La seguridad y el fenómeno político.....	19
2.1.2. Estudios de seguridad, Relaciones Internacionales y Ciencia Política .....	27

2.1.3. Origen y evolución de los estudios de seguridad.....	34
---	----

### **CAPÍTULO 3. MARCO TEÓRICO. CUESTIONES METODOLÓGICAS**

.....	<b>43</b>
-------	-----------

3.1. Marco teórico, hipótesis y objetivos .....	44
---	----

3.2. Cuestiones metodológicas .....	56
-------------------------------------	----

3.2.1 Justificación del estudio de caso.....	65
--	----

### **CAPÍTULO 4. CONTEXTUALIZACIÓN DEL OBJETO DE ESTUDIO...**

**70**

Insurgencia, seguridad internacional y el entorno del conflicto armado....	71
--	----

### **CAPÍTULO 5. DELIMITACIÓN DE LA INSURGENCIA .....**

5.1. Delimitación conceptual: insurgencia y términos asociados.....	103
---	-----

5.1.1. La insurgencia.....	103
----------------------------	-----

5.1.2. Insurgencia y subversión .....	119
---------------------------------------	-----

5.1.3. Insurgencia y terrorismo .....	122
---------------------------------------	-----

5.1.4. Insurgencia y guerra de guerrillas.....	125
--	-----

5.1.5. Insurgencia y conflicto asimétrico .....	132
---	-----

5.1.6. Insurgencia y conflicto de baja intensidad.....	134
--	-----

5.2. Clasificación de las insurgencias.....	136
---	-----

5.2.1. En función de la estructura .....	137
--	-----

5.2.2. En función del enfoque estratégico.....	138
--	-----

5.2.3. En función de los objetivos.....	149
5.3. Organización de los movimientos insurgentes.....	160
<b>CAPÍTULO 6. LAS VARIABLES Y EL OBJETO DE ESTUDIO .....</b>	<b>181</b>
Factores que influyen en el inicio y consolidación de las insurgencias .....	182
6.1. Crear una identidad política relevante .....	182
6.2. Enarbolar una causa atractiva .....	183
6.3. Atraer un número elevado de partidarios comprometidos .....	188
6.4. Prevalecer sobre grupos rivales .....	199
6.5. Refugio .....	210
6.6. Apoyo exterior .....	219
6.7. Contexto sociopolítico, capacidad del Estado y comportamiento de la autoridad política .....	230
6.7.1. La Contrainsurgencia.....	235
<b>CAPÍTULO 7. LAS VARIABLES Y EL ESTUDIO DE CASO .....</b>	<b>252</b>
7.1. La evolución de Al Qaeda en Irak.....	253
7.2. La respuesta y capacidades de la autoridad.....	265
<b>CAPÍTULO 8. CONCLUSIONES .....</b>	<b>297</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA .....</b>	<b>307</b>



## **Índice de Ilustraciones**

Relación de los estudios de seguridad con las Relaciones Internacionales y la Ciencia Política.....	29
Evolución de los diferentes tipos de conflictos.....	73
Evolución de los conflictos armados no estatales por regiones.....	78
Áreas de inestabilidad presente y futura.....	79
Final de los conflictos armados internos.....	98

## **Abreviaturas**

AAI: *Ansar al-Islam*

ANC (en sus siglas en inglés): Congreso Nacional Africano

AQ: AL Qaeda

AQI: Al Qaeda en Irak

AUC: Autodefensas Unidas de Colombia

CAMP: Consejo Administrativo Militar Provisional

CNDD-FDD (en sus siglas en francés): *Conseil National Pour la Défense de la Démocratie–Forces pour la Défense de la Démocratie*

COIN: contrainsurgencia

CPA (en sus siglas en inglés): Autoridad Provisional de la Coalición

EALS (en sus siglas en griego): Ejército Popular de Liberación Nacional

EAM (en sus siglas en griego): Partido Comunista Griego

EPLF (en sus siglas en inglés): Frente de Liberación del Pueblo de Eritrea

EPRDF (en sus siglas en inglés): Frente Democrático Revolucionario del Pueblo de Etiopía

EZLN: Ejército Zapatista de Liberación Nacional

FARC: Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia

FEELIMO: Frente de Liberación de Mozambique

FLN: Frente de Liberación Nacional argelino

FMLN: Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional

FNLA: Frente Nacional de Liberación de Angola

FPLO: Frente Popular para Liberación de Omán

FRELIMO: Frente de Liberación de Mozambique

Frente Polisario: Frente Popular para la Liberación de Saguia el Hamra y Río de Oro

FRN: Frente Revolucionario Nacional de Patani  
FSLN: Frente de Liberación Nacional Sandinista en Nicaragua  
IAI (en sus siglas en inglés): Ejército Islámico de Irak  
IRA (en sus siglas en inglés): Ejército Republicano Irlandés  
KANU (en sus siglas en inglés). Unión Nacional África de Kenia  
LTTE (en sus siglas en inglés): Tigres Tamiles  
M-19: Movimiento 19 de abril de Colombia  
MCC (en sus siglas en inglés): *Maoist Communist Centre*  
MPLA: Movimiento Popular de Liberación de Angola  
NCRI (en sus siglas en inglés): Consejo Nacional de Resistencia de Irán  
NIF (en sus siglas en inglés): Frente Islámico Nacional  
NPA (en sus siglas en inglés): Nuevo Ejército del Pueblo filipino  
NPFL (en sus siglas en inglés): Frente Patriótico de Liberia  
NRM/A (en sus siglas en inglés): Movimiento/Ejército de Resistencia Nacional de Uganda  
NSCC (en sus siglas en inglés): *New Sudan Council of Churches*  
OLP: Organización para la Liberación de Palestina  
OLS (en sus siglas en inglés): *Operación Lifeline Susan*  
ORHA (en sus siglas en inglés): Agencia para la Reconstrucción de Ayuda Humanitaria  
PCC: Partido Comunista Colombiano  
PULO (en sus siglas en inglés): Patani United Liberation Organization  
PWG (*en sus siglas en inglés*): *People's War Group*  
RENAMO: Resistencia Nacional Mozambiqueña  
RUF (en sus siglas en inglés): Frente Unido Revolucionario de Sierra Leona

SAIRI (en sus siglas en inglés): Asamblea Suprema de la Revolución Islámica

SINGOs (en sus siglas en inglés): organizaciones no gubernamental indígenas sudanesas

SNA (en sus siglas en inglés): Alianza Nacional de Somalia

SPDF (en sus siglas en inglés): *Sudan People's Democratic Forces*

SPLA/M (en sus siglas en inglés): Movimiento/Ejército de Liberación del Pueblo de Sudán

SRRA (en sus siglas en inglés): *Sudan Relief and Rehabilitation Association*

SSA (en sus siglas en inglés): Alianza de Salvación de Somalia

SWAPO (en sus siglas en inglés): Organización del Pueblo Africano Sur Oeste de Namibia

SWAPO (en sus siglas en inglés): *South-West African People's Organization*

UGRN: Unidad Nacional Revolucionaria de Guatemala

UNITA: Unión Nacional para la Independencia Total de Angola

UP: Unión Patriótica

USCENTCOM (en sus siglas en inglés): Mando Central de los Estados Unidos

ZANU (en sus siglas en inglés): Unión Nacional Africana de Zimbabue

ZAPU (en sus siglas en inglés): Unión del Pueblo Africano de Zimbabue

## **Agradecimientos**

## **Summary**

### **Roadmap**

This research study is structured in thematic sections: the introduction and theoretical and methodological framework, the context of the object of study, the development of the variables that act as determiners of the object of study, and the conclusions.

Section I is divided into three parts. Firstly a context is given to ‘security studies’ within academia - along with a description of what it consists of - and next, this is related to Political Science, International Relations, and with (what is now referred to as) Strategic Studies. Secondly we describe the theoretical framework that underpins this study, and outline the working hypothesis, as well as the control variables of the object of study. Lastly, we address various methodological questions, where justification is given for both the decision to make a comparative analysis rather than employ other research methods and the choice of case study as a research strategy. Particular attention is paid to the problems of control of variables as well as to ‘stretching’ and the conceptual journey.

Section II contextualises the object of study, which will start with an analysis of the armed conflict environment in which insurgencies flourish and the consequences of that for international security. Once the conflict framework is established, we review and delimit the term ‘insurgency’ so that later we can differentiate it from other related concepts such as, for example, subversion, terrorism or guerilla warfare. Next the key characteristics of insurgent actors are analysed, the various

options for classifying insurgencies are reviewed, and the means employed by insurgents are examined in order to establish the challenges and options for their organisational strategy.

Section III includes an extensive description of the variables that act as determiners of the object of study: the insurgents' capacity to create a relevant and differentiated political identity; the linking of this identity to a cause that ideologically strengthens the incipient movement; the insurgents' prelevance over other groups and rival factions; the existence of secure refuges for the insurgency that are outside government control; the role of external actors; and the capacity and response of the prevailing authority.

Section IV develops the empirical results of the research. This is where control of the variables are applied to our object of study: Al Qaeda in Iraq.

The final section presents the conclusions, where the research question is addressed and the hypothesis raised at the outset of this project is tested.

### **The object of study of the research**

This doctoral thesis seeks to investigate the key factors that may act as a lever for a specific rebel or revolutionary movement in its incipient phase to undertake a successful transition to a true insurgency that is capable of subverting the established political order. The study proposes as a hypothesis whether the independent variables upon which the theoretical research structure is built are sufficiently agglutinating and/or

determinant to explain the results in the specific case of Al Qaeda in Iraq.

The issue of the correct identification of a phenomenon such as ‘insurgency’ is fundamental as a previous step to the design of strategies and responses in the framework of public security and defence policies.

Although insurgencies are as old as the creation of the first political communities, their strategic importance has varied throughout history. While in some cases they have not represented anything more than background noise - a mere distraction from large scale combat operations - in others they have been a central component of the global security system. The significance of insurgencies has been principally determined by contextual factors. They have been least relevant during the conflict between the great superpowers, and more relevant with the tendency of these countries to sponsor insurgencies (as a means of substitute war); a strategy that maintained the regional and global power balance. If however insurgent movements flourished during the Cold War in a world characterised by ideological division, the collapse of colonial Europe and the political awakening of population masses did not mean their disappearance. In fact insurgency movements have risen again and evolved in such a way that today we find ourselves facing a new era of insurgency that is analogous to the the period 1950-1980 and that has acquired huge strategic relevance (for example, with the revolts in Libya, Yemen or Syria and the situation in Afghanistan and Iraq) that with all probability will continue throughout the first third of the XXI century.

The particular object of study of this research is limited to the period 2003-2007. This time period has been chosen because it coincides with the overthrow of the Iraqi leader Saddam Husein by the Coalition forces, and it is also defines the moment when occupation opposition groups emerged (including Al Qaeda in Iraq: the object of study of this thesis, about which we seek to measure the variables) and later collapsed or disappeared. However the scientific evidence that feeds this research spans a broader period from 1945; because this is a symbolic date from which Marxists began to theoretically reflect about the role of subversion as a key instrument - although never exclusive - of the class war and of the revolutionary process.

At the margin of the growing specialised literature in this area, the fascination for insurgency has been recently reflected in an increase in opinion articles and scientific papers from some of the most prestigious security studies' think-tanks. It is sufficient to glance at the contents of *Parameters*, of the monographs published by the *Strategic Studies Institute* of the *US Army War College*, or of the reports from the *RAND Corporation* to see the interest that is raised by anything to do with insurgency. However this scientific 'curiosity' for insurgency analysis has acquired the status of doctrine as a consequence of the demands of the International Community and of those who control the architecture of supra-national security. This has meant that armed battles since 1989 have taken place in a changing context that has led to a big increase in conflicts, which in the majority of cases have developed into insurgencies that have forced NATO countries (that previously had remained at the margin or had operated in missions of a neutral character

under the flag of the United Nations) to involve themselves by providing support or by intervening militarily. To the conflicts in Afghanistan and Iraq we could add the interventions in Mindanao (in the Philippine Islands) or the Sahel area (in Somalia, where in 2007 North American forces supported Ethiopian forces and attacked centres of resistance of armed Islamist groups), as well as Libya in 2011 in the context of Operation Unified Protector.

This demanding context and the inter-operability doctrine has led to the development of publications such as the United States' manual of Counter-insurgency (FM 3-24 in US Army terminology and MCWP 3-33.5 in Marine terminology) of December 2006, the publication of *Winning the Battle, Building Peace (FT-O1)*, of the *Centre de Doctrine d'Emploi des Forces* of the French Ministry of Defence of January 2007, the Doctrinal Counter-insurgency Publication (PD3-301) of the Spanish Army, in force since 1 October 2008, or the field manual of the British Army (Army Code 71876), from October 2009.

Dropping a level, interest in Iraq is fundamentally due to the quantity of information available that has allowed us to develop more specific empirical formulations. All the insurgent movements have been affected by a series of distinct and lasting characteristics, but specifically Al Qaeda in Iraq provides an appropriate case to identify all the durable features, while at the same time allowing us to analyse the specific variables linked both to the globalisation process and the international context, with the aim of identifying the similarities and differences of the 'classic' XXI century insurgencies. In particular we refer to: the change of ideological dominion whereby religion has substituted communist

support for national liberation wars; the effects of globalisation that have substantially modified previously recognisable aspects of the classic insurgency (such as the recognition and spatial location of insurgent refuges or sanctuaries); and, especially, the use of new technology that has allowed insurgencies to communicate, obtain financial and human support, and immediately publicise their cause - all elements that have transformed the tactics employed by insurgents. This transformation has also affected the capacity of insurgents to psychologically manipulate the effects of violence, which has at the same time modified the organisational structure of many of these groups.

Why choose Al Qaeda and not any other Iraqi insurgent group? The answer is because of the particular involvement that it had at the start of hostilities. As is explained in this thesis, the success or failure of an insurgency in its consolidation process depends on the one hand in its own ability to negotiate a series of hurdles that will affect its development and on the other, the response and the capacity of the state (or authority in power). In this case, the relevance of Al Qaeda in Iraq comes not only from the role that it plays in the whole of the Iraqi insurgency, but also because of the leadership that their adversaries concede them as *primus inter pares* in post-Sadam Iraq. This has taken place within the broader context of the 'war against global terrorism', led by the United States, which has the declared aim of 'finishing with international terrorism' and with all those who are suspected of pertaining to these groups, including their sponsors.

## **Theoretical framework, hypothesis and objectives**

The difficulties involved in starting an insurgency explain why many groups fail in the initial stages. Those insurgents who aspire to consolidation usually repeatedly fail, or are only partially successful. In their gestation period, insurgent groups are small organizations with poor financing and little or no recognition that legitimizes and/or supports them, either at domestic or international level. At the same time, they inhabit an armed polyarchy that is like a Kaleidoscope, or a 'limbo', in which warlords, tribal leaders and organized crime all coexist, and where it is difficult to grow and consolidate because they oppose a government that has coercive capacity and is perceived as legitimate, both within and beyond its borders.

Despite these difficulties, some groups manage to crystallize and make a successful transition to what Daniel Byman (2007) called a 'proto-insurgency', that is, to a real insurgency. But to achieve this they must first overcome a series of challenges:

- Firstly, they must create a relevant political identity that is distinct and that requires the weakening of all other rival identities, whether they be defended by the state or by other groups with which they share the stage. This identity will be the basis of the group's organization and its later expansion.
- Secondly, their identity must be linked to a cause that ideologically strengthens the incipient movement and has both an agglutinating and a mobilizing capacity. Many of the causes

promoted by proto-insurgents are unpopular and are easily counter-acted by governments.

- Thirdly, contrary to how it may appear, the group's declared enemy is not the principal threat to their survival, but rather the factions or groups with whom they compete for material and human resources. In many cases, these are groups that share a common objective but that fight for a distinct cause and identity, and for that reason it is not unusual that this 'collision of interests' consumes both the energy and scarce resources of the various factions or groups in internal battles.
- Finally, the asymmetry of power of the proto-insurgency, with respect to their adversary, obliges them to rely on spaces outside governmental reach and control, and for that reason the existence of a secure refuge, or sanctuary, is essential for their survival.

### **The role of violence**

For Byman, the violence carried out by the proto-insurgency is central to their being, but it is understood - in all cases and in all its dimensions - as a purely instrumental activity. Violence can help increase an insurgency's recruitment base, attract the attention of a domestic and an international public, provide economic, political and moral support, and establish differences to other groups or rival factions that seek consolidation. Even when this violence stops being an inspiration for social mobilization, its coercive character feeds (although

in a forced way) collective action and generates at the same time a progressive erosion that can undermine and shake government structures, who may appear incapable of fulfilling their key task of guaranteeing protection and security for their people. But this violence has to be considered, and not carried out in an indiscriminate and uncontrolled way, because it can become counter-productive. This is mainly because there are very few people who voluntarily accept and support violence. For that reason proto-insurgencies face the dilemma of when and how they should make the civil population a target. Insurgents seek a balance between provoking a disproportionate reaction from the government or rival groups, but never aligning population with those who wish to obtain support for their cause. Therefore the success or failure of a proto-insurgency movement in its consolidation period depends in part (albeit only a small part) on their own actions. It is the reaction of the government and their management of the threat that in the final analysis will determine the success or failure of the proto-insurgency. The government can make devastating mistakes by avoiding key issues that contribute to the development of the insurgency. Occasionally, an exaggerated response to an incipient threat has prevented the capacity of these groups to initiate a movement of far greater dimensions that could have truly challenged the authority of the state. On the other hand a disproportionate response has, on occasions, been 'the match that lights the fire', and has been the perfect excuse for feeding the collective violence. Complacency is equally dangerous, and late responses to events can greatly limit the maneuverability of the state.

Our working hypothesis seeks to demonstrate whether the independent variables that Byman examines are sufficiently agglutinous and/or determinant to explain the results in the specific case of Al Qaeda in Iraq.

Alongside this key objective are the following:

- To develop a framework of interpretation about what defines insurgent movements.
- To deepen our understanding of the consolidation processes of the insurgent movements.
- To clarify the influence, dominion or superiority of some variables over others in the specific case of Al Qaeda in Iraq.

The following independent variables are the object of this research:

1. Power and 'identity capacity' of the insurgent movement.
2. Capacity to link that identity to a cause that can be accepted by a population.
3. Attraction of a large number of supporters.
4. Management of relations with groups or rival factions.
5. Existence of safe refuges for the insurgents.
6. Foreign support for the insurgency.
7. Capacity and response of the state.

## **Methodological questions**

The methodology employed in this research is developed within a framework of comparative analysis, with the aim of offering an explanation of a given phenomenon: that is to establish a causal nexus between the states of one or various properties or variables. Comparison is inevitable in all empirical social research and in the specific case that concerns us this emerges not only when we carry out a systematic analysis among actors and insurgent scenarios (where we seek to control or verify a specific hypothesis), but it is also present in an implicit way in the discourse and analysis of the variables. These variables are constructed upon impressions and ideas which we have arrived at through the gradual apprehension of a variety of 'real' situations, which have allowed us to extract similarities and differences of the central object of study (Weber, 1922), as well as relative questions such as the pattern of behaviour of collective violence, responses and governmental actions, or the process of identity composition.

In the first part of this research we have assumed a dense descriptive task by providing specific information on insurgent movements, while bearing in mind in each moment the complexity of social reality and of its causal mechanisms. This analysis is limited to identifying only some aspects or factors (never all) of the totality of the circumstances that precede the consolidation of the phenomena that we wish to explain, because these phenomena are the result of a multiplicity of causes or interrelated factors. On the other hand, the same is true for the construction of concepts that allow us to negotiate the comparative

research risk of *conceptual stretching* or *lengthening*, as well as what is referred to as *conceptual travelling*, with the aim of not distorting the object of our research (Szmolka & de Cueto, 2011:56-59).

In this specific study, as happens with other terms in political use, there is no universally accepted definition of the concept 'insurgency', and the existence of common points in the specialised literature only reveals the lack of agreement that exists among specialists regarding its characterisation. Terms such as insurgency (Desai and Eckstein, 1990), guerrilla (Wickham - Crowley, 1992), or national liberation movements (Gandolfi, 1989), are commonly used to define the same phenomenon, without their currently being a consensus regarding delimitation in their use. Underlying this situation is a significant problem, namely the lack of characterisation by the Social Sciences of clearly differentiated types of organisations as collective political actors. This lack of distinction is understandable given the diverse nature and adaptability of these movements, and the super-imposition of characteristics upon them. The insurgents employ guerrilla and terrorist tactics, they fight for revolutionary causes, they act in the moral and legal margins of society and they do not draw distinctions (or at least they can barely be perceived) between combatants and civilians. In the latter instance, insurgent movements can assume a certain legitimacy; circumstances that aggravate the complexity of the term at the same time as it raises problems at a political level by constraining both government and international organisms' decision-making processes.

It is due to this conceptual universalisation that one has to reject its entrenched contextual roots, [but at the same time consider the

camouflaged generalised concepts as being mental containers that mix the incessant flow of always different and discrete perceptions. If we believe that, for example, insurrections are transgressive violence or acts of mass violence that seek to subvert the political order, we must also acknowledge that these have played in some cases a fundamental role in making social gains and advances towards democracy. However at the same time some processes of political disintegration have meant reverses (in this same evolution) and have led to some of the most terrible episodes of violence in our history. In sum, insurgency is a term that is not free from moral reprobation or legitimate justification, depending on who puts forward the arguments and the perceptions and positions taken by actors. Something similar occurs with a common element of analysis such as 'terrorism', a term that is rarely used by those who are involved in armed struggle, and an expression that is susceptible to being applied to the armed force that is employed against them, such as the concept of 'state terrorism', that seeks to invert the stigma (Braud, 2006: 13).

### **Justification of the case study**

Within this comparative analysis, the research strategy employed in this doctoral thesis is the case study. Case studies consist in intensive analysis about a single object and seek to provide a detailed description of how variables interact in a specific instance, to directly present generalisations whose significance and validity go beyond the particular case. The most common weakness of this type of analysis is that they are not, and they have never been, generally authentic comparative analysis

in a strict sense, but rather have been descriptions - or intensive, interpretative, descriptive and monographic explanations - of a single object (Bartolini, 1995:44).

Flyvbjerg highlights the potential of case studies and argues for their scientific basis by refuting five 'classic misunderstandings' about them (Szmolka & de Cueto: 215):

1. General theoretical knowledge (independently of the context), is more valuable than specific knowledge, practice (dependent on the context).
2. One cannot generalise on the basis of an individual case; consequently the case study cannot contribute to scientific development.
3. The case study is more useful in generating a hypothesis, that is, in the first phase of the whole research process, while other methods are better suited to testing the hypothesis and the construction of the theory.
4. Case studies contain a verification bias, that is a tendency to confirm the preconceived ideas of the researcher.
5. It is usually difficult to summarise and develop proposals and general theories on the basis of specific case studies.

It is for this reason that to truly be a valid comparative research analysis single case studies (that is, not a monograph) need to be constituted in a scientific paradigm. Their descriptive richness must be maintained and they must be guided by an implicit comparison with

other systems, in order to make a strong connection with theories derived from experience. Case studies must be carefully chosen with an object that is useful for generating a hypothesis, searching for general conclusions, or confirming or refuting a hypothesis that starts from the accumulation of evidence of observed cases in a particular object (Verba, 1967:114). This research, in order to give it real scientific value, is constructed upon connections with other researcher's experiences and conclusions, and is a product of that accumulation of observed evidence. Additionally the comparative perspective precisely guides and determines the cases, so that the specific entity is implicitly analysed within the theoretical context of a larger category of cases, which leads us to consider case studies to be part of the comparative method (Scarrow, 1967:7).

The validity and significance of the comparative analysis, starting from a single scenario, depends upon our capacity to develop adequate research tools for a more general theoretical scheme that seeks to aid the expansion of analytical knowledge as well as to directly test theories employed in the discipline, by adding individual results to an extensive body of material of case studies in the construction of a coherent theoretical structure (Barrigton, 1966; Skocpol, 1979). It must not be forgotten that the final purpose of case studies is to reveal a pattern of behaviour of variables of broad applicability, that have significance beyond the boundaries of their specific location. On the other hand, it is necessary to select cases that are comparable and that represent diverse socio-cultural scenarios that guarantee the validity of the theory (Przeworski & Teune, 1970). Under these circumstances, case studies

have become a primary element for all researchers interested in making direct comparisons.

Nevertheless, this performance in terms of understanding and comprehension of the policy does not signify that is better way to make generalisations. The case study must not ignore various associated problems (Szmolka & de Cueto: 217):

1. Selection bias: a substantive problem in this field is the choice of cases to compare. The problem arises when, at the time of choosing what one is going to study, or how one is going to study, researchers produce or obtain non-representative results; a risk that is always present in a discipline or generalising discipline such as Comparative Politics, where a large proportion of studies only cover a small number of variables. This risk, above all, arises as an unintended consequence of the 'random process' of choosing cases, before the tendency of the comparatavists to choose cases with which they feel more comfortable and secure.
2. Over-representation of the uniqueness, particularity, specificity and distinctiveness of the analysed case; ignoring similar tendencies and correspondence with other cases.
3. Since with only one observation case, each variable of those considered in the case study can be causes of the dependent variable. In the same way one can avoid determinant factors of the research that invalidate the results.

4. Case studies tend to accumulate more than cumulate. Only those studies that have a generalisable significance survive in Political Science's collective memory, and many case studies do not have it.

## **Conclusions**

Returning to the hypothesis put forward at the start of this research: The independent variables upon which the theoretical structure of this research is built by means of determiners and factors that condition the development of an insurgency are sufficiently agglutinating and/or determinant to explain the results of the specific case of Al Qaeda in Iraq.

Even so, the consolidation of an insurgency is not subject to a series of parameters, nor does there exist a relation of purely theoretical factors that allow us to determine that the step from a small terrorist group to an organised insurgency will take place. More than 'consolidating factors', it would be better to speak of 'indicators' that alert us to the growth and consolidation of insurgency groups, some of which are related to the insurgent organisation, and others to the government that they oppose.

Al Qaeda's strategy in Iraq was designed to control all the Sunni groups, and replace the concept of tribal loyalty and Iraqi nationalism with a commitment to Salaf Jihadism. The imposition of this ideology in a tribal environment, which had a strong non-fundamentalist religious history, had few possibilities of success.

What Al Qaeda in Iraq really lost was its plans for political leadership. With the 2006 Constitution of the "Islamic State of Iraq"

(ISI), Al Qaeda in Iraq made a big mistake by assuming political and spiritual leadership, without having the blessing of the local Islamic hierarchy, which increased (from that time onwards) the rejection of the Sunni population.

Al Qaeda in Iraq did not know, and did not even raise the question, about respecting or understanding the idiosyncrasies and social structure of the Iraqi people on whom they actually depended. It did not know how to design a cause that, with an affinity with the objective social base, would have been capable of mobilising the population. Neither did it get right the design of a political project apt for this purpose; it arrogantly persisted in introducing, in a forced way, a Jihadist focus that was incoherent with the population's ideology.

Al Qaeda's loss of social support was also due to the violent sectarian reaction of Shiite groups towards Sunnis and their capacity to defend themselves from reprisals.

Up to 2007, the majority of the fighting contingents were foreign (Saudis, Lebanese, Syrians, etc...). From the first moment, this fact fractured the Muslim Shiite and non-Jihadist Sunnis, which represented a significant obstacle. In fact, in 2008, Al Qaeda in Iraq decided to turn away foreign fighters as they became conscious of the harm that this strategy had done for their political and identity project.

At the end of 2006 Al Qaeda controlled large swathes of territory throughout Iraq, that served as an operating base, in which they enjoyed a certain freedom of movement and they used as sanctuaries and refuges from which to plan, prepare and launch their operations (actions that are closer to guerilla warfare than purely terrorist tactics). However, the

pressure and power of the American and Iraqi forces, after the change of strategy at the start of 2007, managed to convince the Iraqi people that they were more capable than Al Qaeda of guaranteeing their interests, rights and needs. Having got their actions right the Coalition forces managed to expose the operational vulnerabilities of Al Qaeda, provoking continuous failings of command and control, and causing tactical and logistical errors that hastened the decline of the group.

**CAPITULO 1. IDENTIFICACIÓN DEL OBJETO DE  
ESTUDIO**

## **Identificación del objeto de estudio**

La presente tesis doctoral, trata de abordar la cuestión fundamental de indagar en los factores que actúan como palanca, para que un determinado movimiento insurrecto rebelde o revolucionario en su fase incipiente, realice una transición exitosa a una verdadera insurgencia, capaz de subvertir el orden político establecido, y se plantea a modo de hipótesis, si las variables independientes sobre las que se construye el edificio teórico de la investigación, son suficientemente aglutinadoras y/o determinantes para explicar los resultados en el caso concreto de Al Qaeda en Irak.

Esta cuestión, la de la correcta identificación de un fenómeno como es la insurgencia, es fundamental como paso previo al diseño de las estrategias y respuestas en el marco de las políticas públicas de seguridad y defensa.

Las insurgencias, si bien son tan antiguas como la conformación de las primeras comunidades políticas, su importancia estratégica ha ido variando a lo largo de la historia. Mientras que en algunos casos no ha representado más que un ruido de fondo, una mera distracción de las grandes operaciones de combate, en otros, ha sido un componente central del sistema global de seguridad. Su trascendencia ha estado determinada principalmente por factores contextuales. Cuando menos relevante, durante los conflictos armados entre grandes superpotencias, cuando más, con la tendencia de alguno de estos países a patrocinar insurgencias como forma de guerra sustitutoria, una estrategia que residía en el mantenimiento del equilibrio de poderes regionales y

globales. Si durante la Guerra Fría los movimientos insurgentes florecieron en un mundo caracterizado por la división ideológica, el colapso de la Europa colonial y el despertar político de masas de población, el final de la misma no supuso su desaparición. De hecho, han resurgido y evolucionado de tal manera que hoy día nos encontramos ante una nueva era de la insurgencia análoga a la del periodo comprendido entre 1950 y 1980, y que ha adquirido una enorme relevancia estratégica (como podemos comprobar tras las revueltas en Libia, Yemen o Siria y los escenarios de Afganistán e Irak), que con toda probabilidad seguirá vigente a lo largo del primer tercio del siglo XXI.

El caso particular del objeto de estudio de esta investigación, queda acotado al periodo comprendido entre 2003 y 2007. El motivo de la elección de este espacio temporal coincide con el derrocamiento del régimen del dirigente iraquí Sadam Husein por parte de las fuerzas de la Coalición, momento en el que emergen movimientos y grupos de oposición a la ocupación entre los que se encuentra Al Qaeda en Irak (objeto de estudio de caso de esta tesis sobre el que se pretende medir las variables) y el colapso o desvanecimiento de este último. Sin embargo, el cuerpo científico del que se nutre nuestro trabajo, abarca un periodo más amplio comprendido entre 1945, como fecha simbólica en la que desde la perspectiva marxista se inicia una reflexión teórica sobre el papel de la guerra subversiva como instrumento destacado, aunque nunca exclusivo, de la lucha de clases y del proceso revolucionario, hasta nuestros días.

Podemos señalar tres grandes dimensiones sobre las que gravitan los estudios sobre movimientos insurgentes.

La primera de ellas, se centra fundamentalmente en el análisis de las motivaciones y naturaleza de las insurgencias, así como sus orígenes y las manifestaciones evolutivas vinculadas a la variable temporal. Se incluyen aquí las explicaciones de las rebeliones comunistas en el sudeste asiático, los movimientos de liberación de inspiración marxista en África, así como las insurgencias revolucionarias de América Latina. Estos estudios, como los de Pye, (*Guerrilla Communism in Malaya*), Young (*Peasant Revolution in Etiopia*), Wickham-Crowley (*Guerrillas and Revolution in Latin America*) o Gurr (*Why Men Rebel*), se nutren principalmente del método histórico para formular hipótesis y generalizaciones basándose en observaciones y ejemplos de la historia y/o apoyándolas, para analizar los motivos que subyacen tras los levantamientos populares y ofrecer (en líneas generales), explicaciones de trasfondo ideológico sobre la visión política alternativa en lo referente al tipo de sociedad y estructuras de gobierno que propugnan.

En estudios recientes sobre movimientos insurgentes, guiados en la mayoría de los casos por la aplicación de técnicas estadísticas para la construcción de diseños comparativos entre países, hay un cuerpo creciente de científicos que defienden una postura explicativa de la naturaleza de estos grupos centrada ya no en factores políticos o sociales, si no en motivaciones puramente economicistas. Paul Collier (2000, 2003) por ejemplo, en el análisis que lleva a cabo sobre la tendencia y estructura global de las guerras civiles desde 1965 hasta mediados de la década de los noventa, concluye que son los factores de

índole económica, los que nos ayudan a comprender lo que motiva el origen y alienta la existencia de este tipo de conflictos en los que proliferan los movimientos insurgentes. Aquellos factores objetivos que pudieran contribuir a las reclamaciones, agravios u objeciones colectivas que hay tras todo levantamiento como pudieran ser las fracturas de tipo étnico o religioso o las políticas represivas de la autoridad en el poder, no incrementa el riesgo de conflicto. Serán, como señala el autor, los factores económicos y los beneficios que se desprenden de éstos (oportunismo que genera una economía centrada en el corto plazo, el incremento de la criminalidad, alteración de las pautas habituales del mercado y situaciones de monopolio), guiados por la codicia y la depredación de los actores, los que se imponen a aquellos otros que pudieran tener su origen en agravios políticos y/o sociales. Considera, que las evidencias sobre las causas de los conflictos centradas tradicionalmente en estos aspectos obvian un aspecto fundamental como son los condicionantes de la lógica de la acción colectiva, que requiere de la voluntad y la suma de compromisos individuales. Un análisis centrado en la codicia y depredación económica, ayuda a resolver este dilema, ya que los beneficios que se desprenden de la economía que genera el conflicto, están limitados a aquellos que participan activamente en él.

Esta influencia creciente de las teorías económicas neoclásicas centradas en la maximización de los beneficios económicos como variable explicativa de las dinámicas de los conflictos, ha sido sin embargo fuertemente criticada por su carácter reduccionista. Cramer (2002), argumenta que las teorías de la elección racional de los

conflictos sobre la base de la economía neoclásica, resultan desde el punto de vista teórico poco convincentes, y que la base empírica que los sostiene, es del todo arbitraria. Señala como deficiente la aplicación empírica de la lógica neoclásica como representante de la propuesta conductual que guía al *Homo economicus*, así como la torpeza con la que el modelo administra la inevitable necesidad de sortear y pugnar con lo “social”. Ballentine y Nitzschke (2003), consideran por su parte, que se corre un grave peligro al inferir motivaciones individuales de correlaciones estadísticas. El hecho de que los participantes se sientan atraídos por la economía y beneficios que genera el conflicto no puede ser la disposición central sobre la que se edifica la teoría explicativa del origen de los mismos. Mientras que algunos condicionan su participación a la obtención de beneficios particulares, otros simplemente se ven involucrados por cuestiones de pura supervivencia, o están obligados a cooperar bajo prácticas coercitivas.

Independientemente de esta cuestión, las motivaciones individuales pueden variar a lo largo del tiempo conforme muta el conflicto ya que como ha ocurrido en múltiples ocasiones, pugnas motivadas inicialmente por factores sociales, políticos o culturales, se han visto complementadas y en algunos casos superadas, por motivos meramente pecuniarios (casos particulares son los de Colombia y Angola). Determinar estas motivaciones y el dónde y cuándo, requiere en todo caso de una categorización previa más cuidadosa y de su posterior validación empírica.

Este tipo de explicaciones, ofrecen una fotografía incompleta del conflicto, ya que niegan a su vez, la posibilidad de que sea el estado o

autoridad en el poder el actor e institución causante del origen y perpetuación del conflicto en el tiempo, centrandó la atención del análisis tan sólo y exclusivamente en los movimientos insurgentes. Esta ausencia, implica negar la posible existencia de elites represivas y corruptas que pretendan beneficiarse de la guerra a expensas de la población<sup>1</sup>.

De manera adicional, muchas insurgencias contemporáneas, (como es el caso de las narco-guerrillas colombianas), guardan mayores similitudes con lo que se considera una empresa criminal, y por tanto, deberían ser tratadas en consecuencia. Aunque en la conflictividad actual insurgencia y criminalidad se solapan en muchas de las ocasiones, no son lo mismo. Mientras que las organizaciones criminales emplean la violencia con el solo propósito del beneficio, existe un acuerdo entre los expertos en la materia en que los grupos rebeldes supeditan su participación en actividades económicas a la consecución de sus objetivos políticos.

A su vez, la disponibilidad de recursos *per se*, no es un elemento del que dependa la conformación de grupos rebeldes. Sin embargo, la

---

<sup>1</sup> Este sesgo, un tanto tendencioso, quedó patente en los esfuerzos llevados a cabo por Naciones Unidas (2001) por restringir el mercado de tráfico de diamantes, cuando en su definición tal uso quedó restringido a los diamantes que un grupo rebelde o sus aliados pudieran hacer para financiar conflictos cuyo objetivo fuesen socavar la legitimidad de los gobiernos. “*Conflict diamonds are diamonds that originate from areas controlled by forces or factions opposed to legitimate and internationally recognized governments, and are used to fund military action in opposition to those governments or in contravention of the decisions of the Security Council*”. Disponible en:

<http://daccess-dds-ny.un.org/doc/UNDOC/GEN/N00/562/78/PDF/N0056278.pdf?OpenElement>

[Accedido en enero de 2012]

actuación del gobierno, la existencia de un sistema corrupto, una desigual distribución de los beneficios o patrimonialización de los recursos públicos, la exclusión de grupos o minorías que generan desigualdades horizontales, son todos ellos elementos condicionantes del origen del conflicto.

Este debate sobre la primacía de un elemento sobre otro como herramienta explicativa no está resuelto. El camino a seguir, obliga en cualquier caso a partir de la premisa de que los movimientos insurgentes son por regla general multidimensionales en vez de monocausales, tal y como se viene señalando en trabajos recientes que tratan de ofrecer un marco explicativo amplio que supere esta yuxtaposición de lo económico *versus* lo político. Hay un cierto consenso en lo referente al hecho de que los factores económicos inciden en las dinámicas de los conflictos, sin embargo, las dudas crecen sobre la importancia relativa en cuanto a cómo afectan y en qué medida en relación a otros factores políticos, socio-culturales e identitarios.

Una segunda dimensión, conectada con la anterior, aunque con un enfoque sensiblemente distinto, está dominada por la presencia de estudios que analizan los mecanismos internos de las insurgencias.

El principal debate en esta literatura gira en torno, por un lado, al análisis que destaca los aspectos vinculados a la estructura organizacional y su incidencia en el proceso de conformación de la estrategia del movimiento, el reclutamiento de partidarios, y las fuentes de apoyo popular, y del otro, los análisis que enfatizan la importancia del comportamiento de actores clave como las elites, en particular el papel de los líderes de los movimientos, su carisma y habilidades. Weinstein

(2002), señala que las rebeliones se han analizado tradicionalmente como un fenómeno “romántico”, en donde sus componentes, luchan al margen del sistema político por la consecución de un objetivo colectivo sin importarles los costes personales que conlleva su involucración en el conflicto. La movilización, en este caso, justificada por la reparación de lo que se percibe como un agravio (ya sea la búsqueda de una mayor equidad en la redistribución de la riqueza, restaurar el orgullo de un grupo étnico, la hegemonía religiosa o el nacionalismo), se asume como un acto voluntario donde se comparten riesgos y se absorben los costes del levantamiento en orden a alcanzar los objetivos de la colectividad encarnados por el movimiento. Sin embargo, son muchos los autores que como Weinstein, señalan que las rebeliones están determinadas más por el oportunismo que por las motivaciones. Esta perspectiva económica sobre los grupos rebeldes es la que demanda un análisis más detallado de los factores que determinan la violencia organizada, estructura y dinámicas de estos grupos. Los costes del conflicto son muy elevados, y los grupos deben hallar fórmulas que les permitan atraer la participación de individuos incluso si los riesgos son altos y las probabilidades del alzarse con la victoria mínimas. Sin mecanismos de captación, es bastante probable que la organización fracase y es por ello que la clave de la supervivencia reside en hacer rentable la rebelión a potenciales participantes.

Una investigación llevada a cabo por el Banco Mundial (1999) sobre la economía del crimen y la violencia sugiere que los movimientos insurgentes asumen los altos costes de participación a través de dos vías. La primera, plantea que existen más posibilidades de que la organización

tome forma allí donde exista una disponibilidad de recursos, que se pueden generar bien internamente, a través de la extorsión y/o explotación de los recursos naturales, la producción de drogas ilegales, el comercio de mercancías legales, la imposición de impuestos a cambio de protección, o procedentes de fuentes externas, como redes del crimen organizado o la financiación de potencias extranjeras y/o diásporas. Esta disponibilidad hace más plausible la conformación de grupos insurgentes ya que pone a disposición del movimiento incentivos para captar nuevos miembros y adquirir los recursos necesarios para la lucha. La segunda vía a través de las que se pueden reducir los costes del conflicto, depende de la existencia de uno o varios grupos étnicos fuertemente cohesionados (aunque este capital social lo pueden proporcionar otras identidades colectivas, ya sean religiosas, culturales o regionales, o un sistema de creencias ideológicas como el marxismo o el capitalismo) que permiten al movimiento conformarse y sobrevivir durante largos periodos de tiempo. La identidad étnica se usa como herramienta de cohesión y apoyo a la causa, otorga credibilidad a las promesas hechas sobre los beneficios futuros, facilita la coordinación de acciones entre individuos y genera redes que procesan y recaban reclutas y los suministros necesarios para el combate. En los casos en los que exista disponibilidad de recursos económicos, el efecto llamada será mayor entre aquellos que buscan un beneficio particular inmediato y su control por parte de la organización más difícil. En aquellos otros donde no hay recursos disponibles, la organización depende de las promesas a largo plazo y apela a la identidad o ideales compartidos por la colectividad

para captar miembros comprometidos, dispuestos a sacrificar los beneficios del corto plazo por el bien de la organización y la comunidad.

Bajo esta perspectiva de análisis, la interacción de los recursos económicos y las identidades sociales se convierten en *inputs* del proceso de organización de la violencia, que puede dar lugar a estructuras de mando y control altamente centralizadas (como un ejército tradicional) o descentralizadas (como las de los señores de la guerra) como forma de resolver las fricciones que se producen entre el principal (en este caso el líder o líderes del movimiento) y el agente (los que toman parte activa en el conflicto). Miller (1992), señala que el comportamiento de esos movimientos depende a su vez de las estructuras informales, por lo que el sistema de incentivos por sí solo no es suficiente para entender las dinámicas de estos grupos. Akerlof y Kranton (2005), argumentan que las estrategias de “palos y zanahorias” basadas en un sistema de recompensas económicas y castigos son insuficientes para motivar a los subordinados, y lo que realmente es importante, es en qué medida se sienten identificados con la organización. Granovetter (1973), por su parte apunta que las relaciones interpersonales y obligaciones sociales dentro de la organización corrigen las desviaciones de una conducta inapropiada o contraria a la del discurso institucional. Fearon (2004), destaca a su vez la ventaja comparativa de la homogeneidad étnica como elemento de coordinación y propagación informativa. Andreas (2007), entiende que al margen de la importancia de los factores cognitivos y emocionales en los movimientos sociales, el concepto de autoridad carismática tiene un recorrido mucho más amplio y recupera para ello el papel central que

ocupa el carisma en el modelo de tensión estructural, propio del paradigma psicosocial, para incorporarlo a la escena de la estrategia política y los procesos de movilización de las estructuras organizativas. Frisch (2011), argumenta que la estructura organizativa de la insurgencia y posterior toma de decisión estratégica, evoluciona orgánicamente como respuesta natural de los objetivos del movimiento en el corto y largo plazo, el capital social y económico, la respuesta a la conducta del adversario, así como otros factores contextuales.

La tercera y última dimensión de los estudios sobre las insurgencias, se centra en el marco más amplio en el que opera los movimientos insurgentes (por ejemplo, los académicos especializados particularmente en conflictos regionalizados como los de República Democrática del Congo y la región de la cuenca del río Mano que comprende Sierra Leona, Liberia y Guinea) y examinan la influencia de los factores externos en el comportamiento y organización de éstas, enfatizando las deficiencias de los análisis intraestatales que aíslan a los grupos rebeldes de su contexto regional, ya que las rebeliones armadas, están fuertemente influenciadas por el contexto sociopolítico, económico y militar de países de su entorno, así como por la presencia de otros grupos armados.

Al margen de la literatura creciente especializada en la materia, la fascinación por la descripción de la naturaleza de este fenómeno político, queda igualmente reflejada en la proliferación en los últimos años de artículos de opinión y de carácter científico de algunos de los *think-tanks* más prestigiosos en estudios de seguridad. Basta una rápida revisión de los contenidos en *Parameters*, de las monografías publicadas por el

*Strategic Studies Institute* del *US Army War College*, o de los informes de la *RAND Corporation* para advertir el interés que suscita todo lo relacionado con la insurgencia. Pero esta “curiosidad” científica del análisis de las insurgencias, ha adquirido la dimensión de cuerpo doctrinal como consecuencia de las demandas que para la Comunidad Internacional y la arquitectura de seguridad supranacional ha supuesto el cambio de contexto de los conflictos armados que se han producido desde 1989 hasta nuestros días, y que han dado lugar a una multiplicidad de enfrentamientos, que en la mayoría de los casos se han desarrollado en escenarios insurgentes, y que ha forzado a que países OTAN que habitualmente se habían mantenido al margen o habían operado en ellos en misiones de carácter neutral bajo bandera de Naciones Unidas, se involucren prestando apoyo o interviniendo militarmente. A los escenarios ya mencionados de Afganistán e Irak, les podríamos sumar las intervenciones en Mindanao (Filipinas), en el área del Sahel, en Somalia, donde en 2007 las fuerzas norteamericanas han apoyado a las fuerzas etíopes y han atacado núcleos de resistencia de grupos islamistas armados, o la propia Libia en 2011 en el marco de la Operación Protector Unificado.

Este demandante contexto y la necesaria interoperabilidad doctrinal, ha dado lugar al desarrollo de publicaciones como el manual de Contrainsurgencia (FM 3-24 en nomenclatura US Army y MCWP 3-33.5 en nomenclatura Marine) de los Estados Unidos, de diciembre de 2006, la publicación de *Winning the Battle, Building Peace (FT-O1)*, del *Centre de Doctrine d'Emploi des Forces* del Ministerio de Defensa francés de enero de 2007, la Publicación Doctrinal Contrainsurgencia

(PD3-301) del Ejército de Tierra español, en vigor desde el 1 de octubre de 2008, o el manual de campo del ejército británico (Army Code 71876) de octubre de 2009.

En cuanto al interés particular del objeto de estudio, este nace tras cursar el programa de doctorado, Análisis y Estudios en Seguridad, ofertado por el Departamento de Ciencia Política y de la Administración de la Universidad de Granada. Un tema, en el que pude profundizar con posterioridad tras mi vinculación en calidad de becario de investigación al Proyecto *Conflictos próximos y futuros* (PIC 2005-2), aprobado en agosto de 2006 y con una duración de dos años en el marco del Plan de Colaboración de la Universidad de Granada y el Mando de Adiestramiento y Doctrina (MADOC) del Ejército de Tierra.

Este proyecto de investigación que tenía por finalidad, describir y analizar las características de los conflictos armados donde podría participar activamente el Ejército de Tierra español en el horizonte temporal 2010-2020, así como el objetivo deducir las implicaciones de dichas características en la preparación y empleo de la fuerza, se concretó en la elaboración de un informe al que precedió la creación de una base de datos realizada de forma conjunta por el Director del Proyecto, el profesor Dr. Javier Jordán (Departamento de Ciencia Política y de la Administración. Universidad de Granada) y mi persona, en el que se utilizaron decenas de libros y artículos especializados sobre conflictos armados, globalización, escenarios de geopolítica futuros, nuevas amenazas, terrorismo, insurgencia y contrainsurgencia, y donde se prestó especial atención a los escenarios iraquí y afgano. El proyecto contó a su vez en su etapa inicial en calidad de tutor militar, con el

Teniente Coronel D. José Luis Cabello, al que posteriormente le sustituyó el Teniente Coronel D. Manuel Relinque, y el asesoramiento experto de los profesores Dr. Josep Baqués (Departamento de Ciencia Política. Universidad de Barcelona), Dr. Manuel R. Torres (Área de Ciencia Política y de la Administración. Universidad Pablo Olavide de Sevilla) y Dra. Pilar Pozo (Departamento de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales. Universidad de Valencia), y del asesoramiento no oficial del Comandante D. Raimundo Rodríguez Roca (Estado Mayor de la Defensa y antiguo analista de la DIVA), cuyas aportaciones y críticas enriquecieron sustancialmente nuestro trabajo.

Descendiendo otro nivel, el interés por Irak se debe fundamentalmente, a la cantidad de información disponible, que nos permite testar una serie de características que se definen como rasgos distintivos y perdurables de los grupos insurgentes, pero a su vez, el análisis de determinadas variables vinculadas tanto a los procesos de globalización como al contexto internacional, con el objetivo de tender un puente entre las similitudes y diferencias de las clásicas insurgencias con respecto a las del siglo XXI. En particular, nos referimos al cambio del dominio ideológico, donde el componente religioso sustituye al apoyo comunista de las guerras de liberación nacional, los efectos de la globalización, que han modificado sustancialmente aspectos reconocibles de la clásica insurgencia, como son el reconocimiento y ubicación espacial de los refugios o santuarios de la insurgencia, y especialmente, el uso de la tecnología, que permite y facilita las comunicaciones, recabar apoyo financiero y humano, así como una publicidad y propaganda inmediata de su causa, elementos todos ellos

que han transformado las tácticas empleadas por la insurgencia. Una transformación, que se ha dejado igualmente sentir en la capacidad de adaptación en lo concerniente a la manipulación psicológica de los efectos de la violencia y que ha modificado a su vez la estructura organizativa de muchos de estos grupos.

¿Por qué esta facción insurgente y no cualquier otra del contexto iraquí? Por las especiales implicaciones que tuvo en el inicio de las hostilidades. Como veremos en el desarrollo de esta tesis doctoral, el éxito o fracaso de una insurgencia en su proceso de consolidación, depende por un lado de su propia habilidad para sortear una serie de condicionantes que inciden en su desarrollo, y del otro, la respuesta, y capacidad del estado o autoridad en el poder. En este caso, la relevancia de Al Qaeda en Irak se deriva ya no sólo por el papel que juega en el conjunto de la insurgencia iraquí, sino por el protagonismo que le conceden sus adversarios y que le erigen como *primus inter pares* en el Irak post-Sadam, en el marco del contexto más amplio de la campaña de la guerra contra el terrorismo global, liderada por los Estados Unidos y el beneplácito de varios miembros de la OTAN, tras los ataques a las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001, con el fin declarado de acabar con el terrorismo internacional, de todos aquellos sospechosos de pertenecer a estos grupos, así como del patrocinio del terrorismo por parte de los Estados. En palabras del Presidente Bush, *we have carried the fight to the enemy... We are rolling back the terrorist threat to civilization, not on the fringes of its influence but at the heart of its power* (Katzman, 2008:8). De hecho, en un discurso, pronunciado el 24 de julio de 2007, una vez garantizado un entorno de seguridad más

estable al periodo comprendido entre 2003 y 2007 (momento en el que se inicia el declive de Al Qaeda en Irak), los combatientes extranjeros representados por esta facción insurgente, seguían siendo la mayor preocupación en el proceso de consolidación político de Irak: ... *Our troops are....opposing ruthless enemies, and no enemy is more ruthless in Iraq than al Qaeda. They send suicide bombers into crowded markets; they behead innocent captives and they murder American troops. They want to bring down Iraq's democracy so they can use that nation as a terrorist safe haven for attacks against our country...*<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> <http://www.whitehouse.gov/briefing-room> [Accedido en marzo de 2012].

## **CAPÍTULO 2. CONTEXTUALIZACIÓN DE LOS ESTUDIOS DE SEGURIDAD**

## **2.1. Los estudios de seguridad como subdisciplina de la Ciencia Política**

Este apartado, tiene por objeto definir y contextualizar los estudios de seguridad dentro del ámbito académico. Para ello vamos a ver en primer lugar en qué consisten y, acto seguido, a indagar la relación de los estudios de seguridad con la Ciencia Política, con las Relaciones Internacionales, y con los denominados Estudios Estratégicos (Jordán, 2011). Finalmente repasaremos brevemente la presencia de los estudios de seguridad en las principales Asociaciones Internacionales de Ciencia Política y en el ámbito académico donde tuvieron su origen: Estados Unidos y Reino Unido.

### **2.1.1. La seguridad y el fenómeno político**

Antes de abordar la adscripción académica de los estudios de seguridad como subdisciplina al área de la Ciencia Política, es oportuno dejar claro que la vinculación de dichos estudios con la Ciencia Política no obedece sólo a su particular origen académico, sino a la relación inherente que existe entre el objeto de estudio de los primeros –la seguridad– con el fenómeno político. Al igual que sucede con otros términos del vocabulario de las Ciencias Sociales (incluido el de *política*), la delimitación conceptual de la *seguridad* no está exenta de controversia, hasta el punto de que algunos autores (Williams, 2008: 1) llegan a afirmar que es imposible alcanzar un consenso al respecto. No

obstante, con el fin de encontrar un núcleo semántico común, recogemos un breve elenco de definiciones propuestas por autores que trabajan en este campo de estudio:

La seguridad se refiere a un estado, es la ausencia de daño o agresión proveniente de diferentes formas de amenaza (Dalby, 1994: 218).

La seguridad, en un sentido objetivo, significa la ausencia de amenazas contra valores alcanzados; en un sentido subjetivo, es la ausencia de temor de que esos valores vayan a ser atacados (Wolfers, 1962: 150).

La seguridad consiste en liberarse de la amenaza y ser capaz, bien sean los Estados o las sociedades, de mantener su independencia en lo que se refiere a su identidad, y a su integridad funcional, frente a las fuerzas de cambio consideradas hostiles (Buzan, 1988: 432).

La seguridad es aquella situación en la que uno o varios Estados actúan con un grado, estimado aceptable, de certeza en sus decisiones y de riesgos en sus actuaciones para mantener unas relaciones de colaboración que garanticen la paz y estabilidad internacionales (Calduch, 1991: 130-131).

Una nación se encuentra segura cuando sus valores centrales no corren peligro sin necesidad de ir a la guerra; y, si éstos se ven amenazados, cuando dicha nación es capaz de prevalecer mediante la victoria en el combate (Lippmann, 1943: 51).

Emancipación es la liberación de las personas (como individuos y grupos) de las restricciones físicas o humanas que les impiden llevar a cabo lo que ellos libremente quieren hacer [...] Seguridad y emancipación constituyen dos caras de la misma moneda. La emancipación, no el poder o el orden, produce auténtica seguridad. La emancipación, desde un punto de vista teórico, es seguridad. (Booth, 1991: 319).

[El binomio] seguridad-inseguridad es definido en relación a vulnerabilidades –internas y externas– que amenazan o tienen el potencial de derrumbar o debilitar las estructuras, territoriales e institucionales, del estado y de los regímenes en el gobierno (Ayoob, 1995: 9).

El elemento común de la mayoría de estas (y otras) definiciones consiste en entender de manera abstracta la seguridad como la ausencia de peligros y amenazas contra determinados valores. Ese es el motivo por el que una mayor concreción del concepto en términos absolutos resulta difícil de alcanzar. La seguridad tendrá diversos significados en función de cuáles sean los valores a proteger, así como del lugar y del momento histórico (Rothschild, 1995).

Concebida de este modo, la seguridad se convierte en un fenómeno de naturaleza inevitablemente política por cuatro motivos que desarrollamos a continuación.

El primero, es que la seguridad constituye una necesidad vital de los individuos, tal como demuestran por ejemplo las encuestas de valores mundiales dirigidas por Ronald Inglehart (1998). Incluso podríamos afirmar que es la mayor de todas pues, en su ausencia, el resto de valores materiales queda en una situación precaria. Por ello, y en contextos donde la seguridad es un bien preciado, el hecho de justificar determinadas decisiones en nombre de la seguridad permite alcanzar objetivos, y erige a ésta en un instrumento de poder. Como afirma Paul D. Williams (2008: 1), la seguridad juega un papel determinante a la hora de decidir quién consigue qué, cuándo y cómo, tanto en la política mundial, como en la política doméstica de numerosos Estados. Concepción que inevitablemente nos trae a la memoria la obra de Harold D. Lasswell (1936) sobre el fenómeno político, *Politics: Who Gets What, When and How*. La seguridad se convierte de este modo en:

Un poderoso instrumento político a la hora de resaltar determinados asuntos en la pugna por atraer la atención del gobierno. Ayuda a que quede clara la importancia de las cuestiones así calificadas en la conciencia de la población (Buzan, 1991: 370).

El deseo de supervivencia ocupa un lugar central en las motivaciones primarias que explican el comportamiento de los actores políticos, hasta

el extremo de que, según Thomas Hobbes (1989), con tal de garantizar su seguridad los individuos estarían dispuestos a someter su libertad a los dictados de un soberano absoluto. Según James Der Derian (1995: 95), pocos conceptos tienen mayor carga metafísica, ni son capaces de aglutinar tanto poder como el de seguridad:

En su nombre los pueblos han dejado de lado sus miedos, derechos y potencialidades a favor de dioses, emperadores y, más recientemente, de Estados soberanos; y todo ello con el fin de que les protegiesen de las vicisitudes de la naturaleza, así como de otros dioses, emperadores y Estados soberanos. En su nombre se han fabricado armas de destrucción masiva que han convertido el interés nacional en un dilema de seguridad basado en un pacto suicida. Y [...] en su nombre, se han obtenido miles de millones [de dólares] y se ha matado a millones, mientras se impulsaba el conocimiento científico y se silenciaba a la disidencia intelectual.

La estrecha relación entre política, poder y seguridad no es un fenómeno que se limite a tiempos remotos o a los periodos más sangrientos del siglo XX. Debido, entre otros motivos, a los atentados del 11 de septiembre de 2001, durante la primera década del siglo XXI la seguridad ha ocupado un puesto de primera fila en la agenda política internacional y en la nacional de numerosos Estados democráticos, entre ellos la de Estados Unidos, primera potencia mundial. Diversos acontecimientos recientes han demostrado que el deseo de seguridad sigue representando un argumento político sólido para obtener o

aumentar el poder, tanto en la esfera nacional e internacional. En nuestros días el ‘discurso del miedo’ todavía permite catalizar apoyos y recursos con el objeto de afianzar el poder del Estado (Ignatieff, 2005).

Si nos centramos exclusivamente en el nivel de análisis internacional, en las relaciones entre Estados soberanos, la seguridad adquiere una mayor relevancia si cabe. La seguridad del Estado es un asunto de *high politics*, central en las inquietudes de los gobiernos y esencial en las prioridades que establecen (Collins, 2007: 2).

El segundo motivo por el que la seguridad se encuentra estrechamente relacionada con la política es, en cierto modo, inverso al anterior. La seguridad puede ser un medio para alcanzar poder, pero conseguir la seguridad exige, a su vez, disponer de poder. Según la visión tradicional del realismo político el poder, particularmente en su dimensión militar, es un instrumento necesario para obtener e incrementar la seguridad ya que, en ausencia de un gobierno mundial, los Estados se ven obligados a valerse por sí mismos en la competición con sus iguales y con actores no estatales que emplean la violencia física.

Desde las últimas dos décadas, la premisa ‘más poder = más seguridad’, que tradicionalmente ha caracterizado a este tipo de estudios y que le ha conferido una aureola hasta cierto punto descarnada y maquiavélica, está siendo cuestionada por enfoques alternativos sobre los medios para alcanzar la seguridad. Según las nuevas corrientes, la clave para generar seguridad no se encontraría necesariamente en prevalecer sobre los contrarios sino en la búsqueda de soluciones cooperativas y satisfactorias para las partes involucradas. De acuerdo con este enfoque, la seguridad no debe abordarse de modo negativo

(liberación de... amenazas), sino positivo (liberación para...). El concepto de seguridad aparece estrechamente ligado al de emancipación, y a la promoción de la justicia de los derechos humanos. La seguridad verdadera o estable no provendría de la capacidad de ejercer el poder sobre otros, sino del buen funcionamiento de una cooperación que permita salvaguardar intereses sin menoscabar la seguridad de los demás actores. Esta visión cooperativa de la seguridad, tampoco resultaría ajena al fenómeno político pues entraña la existencia de transacciones, compromisos y normas que regulen la conducta de los distintos actores en la escena nacional o internacional.

Una tercera consideración sobre la relación entre la seguridad y el fenómeno político se deriva de las revisiones constructivistas de los estudios de seguridad. Tradicionalmente se ha presentado como un hecho objetivo e indiscutible que el objeto de la seguridad es el Estado y que los medios para salvaguardarla pasan por respetar el monopolio legítimo de la violencia estatal en el interior de sus fronteras y en fortalecer su poder en el exterior. Sin embargo, cuál es el objeto de la seguridad (a quién o qué es preciso proteger), cómo y con qué medios debe protegerse, quién es el responsable de garantizar dicha seguridad, y frente a quién o qué hay que proteger, constituyen interrogantes que en la práctica son resueltos mediante el debate, la competencia y la negociación entre distintos actores en el proceso político que acompaña las diversas fases del diseño, toma de decisiones e implementación de las políticas públicas de seguridad, tanto las relativas a la seguridad internacional (principalmente Defensa y Exteriores), como las que dirigidas a la seguridad interior (normalmente vinculadas a los

ministerios de Interior).

Finalmente, es posible establecer otro vínculo esencial entre la seguridad y la política a través del conflicto armado y la violencia política, fenómenos estrechamente ligados a ambas realidades (Heywood, 1997: 4). La política no siempre genera acuerdos o consenso.

En contraste con la línea mantenida por Crick (2001), que entiende la política como la actividad mediante la que se concilian intereses divergentes, la mayoría de autores consideran que no se puede excluir de la esfera de la política relaciones negativas de poder como la guerra, la revolución armada o el terrorismo (Hawkesworth, 1992: 30). En ocasiones, el conflicto es tan agudo que la violencia continuada, e incluso a gran escala, se convierte en un instrumento político. En tales circunstancias, la práctica política, que por lo general es ordenada, da paso a métodos brutales y a entornos caóticos. La Ciencia Política presta atención al estudio de todas las formas de actividad política, y naturalmente también debe hacerlo a las violentas y extremas (Stoker, 1997: 18-19). La guerra y el empleo de la fuerza, aunque sólo sean un aspecto más de la compleja realidad de la política, especialmente de la internacional, continúan presentándose a día de hoy como fenómenos de suma relevancia, especialmente por el potencial transformador del resultado. Desde una perspectiva histórica, resultaría imposible comprender sin ellos la aparición del Estado moderno o la evolución del sistema internacional. Como afirma Charles Tilly (1990: 70-74):

Durante miles de años la guerra ha sido la actividad política dominante [...] La principal, y trágica, razón es simple: la coerción

funciona; aquellos que emplean una fuerza sustancial contra sus semejantes obtienen obediencia y de esa sumisión emanan múltiples beneficios en forma de dinero, bienes, veneración y acceso a placeres inaccesibles a gente menos poderosa.

A comienzos del siglo XXI siguen existiendo situaciones en diversos lugares del mundo que confirman las palabras de Tilly. Continúa siendo necesario profundizar y comprender las causas de la paz y de la guerra; la utilidad y límites de la fuerza; su potencial coercitivo; sus consecuencias sobre el desarrollo político, social y económico; su coste e implicaciones en términos humanos; así como el origen y control del poder militar. Y, en gran medida, es desde la Ciencia Política de donde debe proceder la explicación a muchas de estas cuestiones.

### **2.1.2. Estudios de seguridad, Relaciones Internacionales y Ciencia Política**

En el ámbito académico anglosajón los estudios de seguridad se consideran una subdisciplina de las Relaciones Internacionales, y como consecuencia, parte integrante de la Ciencia Política. La idea de que existe una dimensión internacional de la política es tan antigua como los orígenes remotos de la disciplina, hallándose presente ya en los relatos sobre conflictos y guerras entre las ciudades-estado en la Grecia clásica (Heywood, 1997: 140). A su vez, la participación y el protagonismo creciente de los actores no estatales en los procesos de la política mundial, pone de manifiesto la necesidad de superar la concepción que reduce las Relaciones Internacionales como disciplina científica al

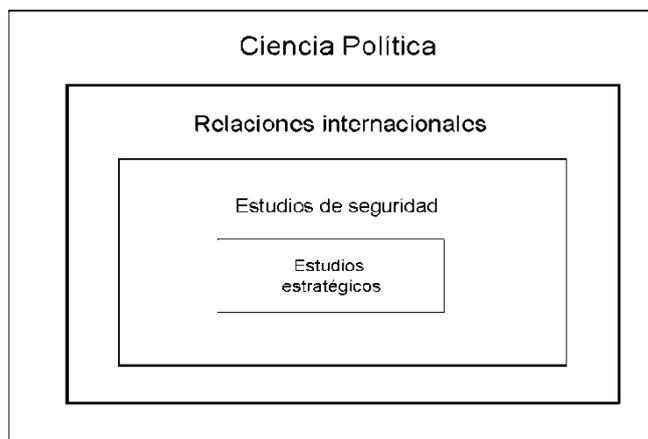
estudio de la diplomacia y del Derecho Internacional Público. Este modelo se encuentra ampliamente superado, entre otros motivos porque desde hace tiempo se añadió al bagaje teórico de las Relaciones Internacionales el concepto de transnacionalidad. Según Pere Vilanova (2006: 562), lo transnacional nos remite a toda una serie de fenómenos, de naturaleza muy variada, que se manifiestan en la escena internacional ‘a través de las fronteras’ de los Estados, ‘a través de’ las normas del Derecho Internacional, y ‘a pesar de’ las convenciones diplomáticas y sus variadas disposiciones. La lógica formal que se deriva de lo *internacional* en sentido estricto, queda reducida y relativizada por la lógica empírica de lo *transnacional*. Si la diplomacia era un caso claro de relaciones ‘internacionales’ (entre Estados), ejemplos de fenómenos transnacionales podrían ser las religiones, los flujos migratorios, los terrorismos, la transmisión de informaciones a escala global, los fenómenos de estandarización cultural, las ideologías políticas, etc. Los modelos teóricos y los métodos utilizados por la Ciencia Política estarían en mejores condiciones que otras disciplinas científicas a la hora de abordar el estudio de las relaciones y de la distribución de poder entre los diversos actores que interactúan en la arena global.

Hecha esta primera aclaración, pasamos a situar el área de los Estudios de Seguridad en el contexto de las Relaciones Internacionales y de la Ciencia Política. A continuación se reproduce un gráfico que resulta particularmente ilustrativo sobre las relaciones entre estas áreas de estudio, elaborado por John Baylis y James J. Wirtz (2005: 12). El esquema sitúa el área de especialización que constituye el tema de su libro (los estudios estratégicos), dentro de los estudios de seguridad, y

estos a su vez dentro de las áreas más amplias de las Relaciones Internacionales y de la Ciencia Política.

Gráfico I

Relación de los estudios de seguridad con las Relaciones Internacionales y la Ciencia Política



Fuente: John Baylis & James Wirtz (2005)

A nuestro juicio, la consideración que se tiene de los estudios de seguridad en el ámbito anglosajón, y especialmente en Estados Unidos, reviste una importancia particular por el liderazgo y la representatividad de este sector académico en el conjunto de la disciplina politológica. La temprana institucionalización y profesionalización de la Ciencia Política norteamericana y su notable desarrollo en este país ha influido en la institucionalización y conformación de la disciplina en gran parte del mundo (Berndtson, 1991: 40). En los años sesenta, Almond (1966:869) constataba la preponderancia numérica de la Ciencia Política americana

en el mundo: nueve de cada diez politólogos eran americanos. A pesar del crecimiento y consolidación de la Ciencia Política como disciplina en Europa y en otras partes del mundo, a finales de la década de 1990 Lijphart (1997:13) sostenía que la Ciencia Política americana seguía ocupando un puesto de liderazgo en la disciplina en comparación con otros países y continentes. En apoyo de su argumentación, el autor se refería al análisis realizado por Goodin y Klingemann (1996) sobre los autores más citados en Ciencia Política: de los 38 autores más citados en los distintos campos de la Ciencia Política, apenas cinco son europeos mientras que el resto son americanos. Pocos años después (Polsby, 2001: 11699) afirmaba que el 85% de la Ciencia Política que se estudia en el mundo se ubica en los Estados Unidos.

La *American Political Science Association* (APSA) es la principal asociación profesional de Ciencia Política a nivel mundial. Se fundó en 1903 y cuenta en la actualidad con más de 15.000 miembros individuales y más de 750 departamentos de Ciencia Política adscritos, distribuidos por aproximadamente setenta países. La APSA incluye las Relaciones Internacionales entre las subdisciplinas de la Ciencia Política y dedica una de sus Secciones al estudio de la Seguridad Internacional.<sup>3</sup> En el 2001 ocupó la presidencia de la APSA Robert Jervis, Catedrático de Ciencia Política y autor de referencia por sus trabajos sobre el dilema de

---

<sup>3</sup> Esta Sección convoca todos los años el premio *Kenneth N. Waltz Dissertation Award* al que pueden concurrir los nuevos doctores que han realizado su tesis doctoral sobre cualquier ámbito de los estudios de seguridad. La información sobre esta Sección y sobre el premio se encuentra disponible en la dirección: [http://www.apsanet.org/content\\_5069.cfm](http://www.apsanet.org/content_5069.cfm) [accedido en mayo de 2012].

seguridad y el papel de las percepciones en los procesos de toma de decisiones políticas en materia de política exterior y de defensa.

La otra gran asociación mundial de Ciencia Política es el *European Consortium for Political Research (ECPR)*. El ECPR fue fundado en 1970 y en la actualidad está integrado por más de 350 miembros institucionales y asociados distribuidos por más de cuarenta países. El ECPR también cuenta con un Grupo Permanente sobre Asuntos de Seguridad (*ECPR Standing Group on Security Issues*), diferente del Grupo Permanente en Relaciones Internacionales<sup>4</sup>. En su página web el Grupo sobre Asuntos de Seguridad resalta el aumento del interés que han experimentado los estudios de seguridad después de los atentados del 11 de septiembre de 2001 y de las transformaciones que ello ha supuesto a nivel estatal y supraestatal. En la misma página se enumeran, de manera no exhaustiva, algunos de los desafíos de seguridad que son objeto de interés de la subdisciplina<sup>5</sup>: Terrorismo y violencia política no estatal; Estados fallidos y colapso del Estado; Conflictos internos y guerra civil; Mantenimiento de la paz, Construcción de la Paz, y Reconstrucción posconflicto; Conflictos étnicos de autodeterminación; Proliferación y Armas de Destrucción Masiva; Evolución de las Instituciones de seguridad; Estados rebeldes; Conflictos y riesgos medioambientales, y conflictos relacionados con otro tipo de recursos;

---

<sup>4</sup> La lista de *Standing Groups* del ECPR se encuentra disponible en:

[http://www.ecprnet.eu/standing\\_groups\\_and\\_networks/groups\\_list.asp](http://www.ecprnet.eu/standing_groups_and_networks/groups_list.asp) [accedido en mayo de 2012].

<sup>5</sup> Información disponible en <http://www.stefanwolff.com/ecpr/about.htm> [accedido en mayo de 2012].

Crimen organizado; Inmigración, asuntos fronterizos y control de fronteras; Seguridad Humana.

La pertenencia de las Relaciones Internacionales a la Ciencia Política aparece consignada oficialmente por la nomenclatura de cuatro dígitos de la UNESCO en 1988. La Ciencia Política tiene el número general 59 y el resto de subdisciplinas están marcadas con esos dos primeros dígitos. La primera de ellas son las Relaciones Internacionales con el número 5901.

Pero al margen de esta asignación administrativa, y como ya hemos señalado al comienzo, el reconocimiento de que existe una dimensión internacional de la política es tan antiguo como la disciplina en sí; y con ello nos referimos tanto a su institucionalización como disciplina científica en el siglo XIX como a sus orígenes tempranos en la Antigüedad grecolatina. La Ciencia Política es el estudio científico de la política en los niveles local, regional, estatal y, por supuesto, también en el internacional. Al mismo tiempo, la intensificación del proceso de globalización, además de agudizar la interdependencia entre esos niveles de análisis, supone que resulte cada vez más insostenible una separación rígida de la subdisciplina de las Relaciones Internacionales con respecto a otras subdisciplinas de la Ciencia Política (Heywood, 1997: 140).

Ciertamente, la necesaria multidisciplinariedad que acompaña el estudio de las interacciones que se producen entre actores de diversa naturaleza en el nivel de análisis global justifica que el estudio de la política internacional se nutra de aportaciones procedentes de otras disciplinas como el Derecho, la Economía, la Historia, la Sociología, la Filosofía, etc. No obstante, su procedencia y estrecha vinculación con la

Ciencia Política es clara y se refleja incluso en un aspecto tangencial como es la diversidad terminológica que existe en el mundo académico para identificar estudios similares; prueba de ellos son los términos Relaciones Internacionales, Estudios Internacionales, Política Internacional y Política Mundial (Barbé, 2004: 23).

El protagonismo de los Estudios de Seguridad como subdisciplina de la Ciencia Política en el ámbito académico internacional, y particularmente en el anglosajón, contrasta con su modesta visibilidad dentro de la Ciencia Política española. Esta situación obedece posiblemente a tres razones: al número relativamente escaso, aunque creciente, de politólogos que han optado por esta especialidad; a la novedad de este tipo de estudios en la Ciencia Política española (el primer grupo de trabajo dedicado monográficamente a estudios de seguridad en los Congresos de la Asociación Española de Ciencia Política, AECPA, tuvo lugar en 1999 y ha continuado desde entonces<sup>6</sup>); y, por último, al hecho de que los estudios de seguridad se enmarcan principalmente en el área de la política internacional. En España las Relaciones Internacionales suelen estar vinculadas administrativamente al Derecho Internacional Público, aunque como acabamos de señalar, por su origen histórico y por su propia naturaleza, se encuentran vinculadas principalmente a la Ciencia Política, sobre todo en aquellos

---

<sup>6</sup> Se trata del IV Congreso Español de Ciencia Política y de la Administración "Política y Comunicación en la Sociedad Global", celebrado en Granada entre los días 30 de septiembre y 2 de octubre de 1999. El Grupo de Trabajo sobre Seguridad estuvo dirigido por el Catedrático de Ciencia Política de la Universidad de Barcelona, Pere Vilanova.

países donde este tipo de estudios surgieron y han tenido un mayor impulso: Reino Unido y Estados Unidos.

A continuación resumimos la evolución histórica de los estudios de seguridad y, en ella tendremos oportunidad de comprobar la relación estrecha que han mantenido desde su origen los estudios de seguridad y el estudio de la política internacional. No obstante, también conviene señalar que al ampliarse las miras más allá de su objeto de estudio tradicional –la seguridad del Estado– los estudios de seguridad han adquirido un enfoque crecientemente multidisciplinar, que trasciende a la propia Ciencia Política.

### **2.1.3. Origen y evolución de los estudios de seguridad**

La íntima vinculación que existió desde un comienzo entre los estudios de seguridad y las Relaciones Internacionales explica que la institucionalización y, en gran medida, el desarrollo de ambas áreas haya discurrido por senderos muy próximos.

El hito que marcó el nacimiento de los estudios de seguridad fue la creación en 1919 de la Cátedra Woodrow Wilson en la Universidad de Gales (actualmente renombrada Universidad de Aberyswyth). Su principal objeto de interés, fue el estudio de la guerra, como problema social, que dio lugar a la creación de otras Cátedras similares en los años inmediatamente posteriores, como por ejemplo la de la *London School of Economics and Political Science*. Acababa de finalizar la Primera Guerra Mundial; un conflicto que causó más de nueve millones de

muertos en los campos de batalla y que traumatizó profundamente a la sociedad europea. En una época, considerada como la “era del progreso”, se confiaba en que las Ciencias Sociales serían capaces de encontrar una solución científica al problema de la guerra, de modo similar a como la ingeniería o la medicina habían resuelto otros problemas humanos (Barbé, 2004: 23-24). De este modo lo que más tarde acabaría adquiriendo la entidad de un área de estudio independiente –los estudios de seguridad– formó parte del núcleo principal de las Relaciones Internacionales desde el inicio de su institucionalización académica.

Al igual que ha sucedido con otras áreas de la Ciencia Política, las Relaciones Internacionales, y los Estudios de Seguridad, se desarrollaron principalmente dentro del mundo anglosajón. La creación de la Cátedra en Aberyswyth coincidió en el tiempo con la institucionalización del estudio de la política internacional al otro lado del Atlántico.

En 1919 se fundó la *Edmund A. Walsh School of Foreign Service* en la Universidad de Georgetown, orientada a la formación de cuadros de la Administración dedicados a la diplomacia; y en 1928 el *Committee on International Relations* de la Universidad de Chicago ofertaba el primer título de Grado en Relaciones Internacionales. El mundo anglosajón también fue pionero en la puesta en marcha de *think-tanks* especializados en el estudio de la política internacional como el *Royal Institute of International Affairs*, fundado en Londres en 1920, y el *Council on Foreign Relations*, fundado en Nueva York en 1921. En todas las instituciones mencionadas los estudios sobre seguridad recibían, y siguen recibiendo a día de hoy, una atención destacada. En

las décadas posteriores el predominio anglosajón, y más concretamente estadounidense, en el campo de las Relaciones Internacionales continuó siendo tan manifiesto que Stanley Hoffman (1977: 41) se refirió a ellas con el título de “ciencia social americana”.

Los estudios de seguridad experimentaron una ‘época dorada’ en las décadas de 1950 y 1960. En esos años numerosos teóricos del área mantuvieron una relación estrecha con los gobiernos occidentales (particularmente en Gran Bretaña y Estados Unidos) en el diseño de sus políticas exteriores y de seguridad. Según Lawrence Freedman (1998: 48-51), el ámbito académico ofrecía numerosas oportunidades en términos de rigor científico, innovación conceptual, sugerencias prácticas y, eventualmente, reclutamiento de cuadros para puestos clave de la Administración. Frutos de esa simbiosis fueron, por ejemplo, los desarrollos teóricos en materia de disuasión nuclear, diplomacia coercitiva y gestión de crisis.

Durante la mayor parte de la Guerra Fría la tradición del realismo político ocupó una posición predominante en los estudios de seguridad. Los temas que acapararon en gran medida su atención han sido identificados como las cuatro ‘Ss’ (por la primera letra de las siguientes palabras en inglés): Estado, estrategia, ciencia y *status quo* (Williams, 2008: 3).

La atención al *Estado* obedecía al hecho de que, según el enfoque realista, el Estado constituye el actor y referente principal en cuestiones de seguridad; lo que comportaba necesariamente la asunción de un enfoque estado-céntrico de los estudios de seguridad (y de ahí que en

Estados Unidos el área que nos ocupa también fuera conocida como *National Security Studies*).

La *estrategia* porque las inquietudes intelectuales y prácticas giraban en torno a cómo utilizar del modo más eficaz la amenaza y la fuerza. Los estudios de seguridad aspiraban a ser *científicos*, con el fin de alcanzar un conocimiento objetivo, opuesto a meras conjeturas y opiniones, mediante el empleo de metodologías importadas de las ciencias naturales. Sólo desde un enfoque científico de la seguridad los estudiosos podían albergar la esperanza de generar un cuerpo de conocimiento fiable al servicio del diseño de las políticas públicas.

Por último, los estudios de seguridad tradicionales reflejaban una preocupación implícita y conservadora por mantener el *status quo*. En efecto, tanto las grandes potencias como la mayoría de los académicos que trabajaban en el área, consideraban que las políticas de seguridad debían evitar cambios radicales y revolucionarios en la comunidad internacional.

En conformidad con estos principios, un autor perteneciente al enfoque realista definía los estudios de seguridad del siguiente modo (Walt, 1991: 212):

Los Estudios de Seguridad pueden definirse como el estudio de la amenaza, uso y control de la fuerza militar. Dichos Estudios exploran las condiciones que hacen más probable el empleo de la fuerza; la manera en que el uso de la fuerza afecta a individuos, Estados y sociedades; y las políticas específicas que adoptan los

Estados con el fin de prepararse para, evitar, o participar en la guerra.

Durante la Guerra Fría, las voces críticas apenas tuvieron eco en la corriente principal de los estudios de seguridad. La mayor parte de ellas se aglutinaron en torno a la Investigación por la Paz, que en gran medida discurrió como área paralela y sin apenas comunicación con los académicos que trabajaban dentro de los enfoques mayoritarios.

Una factor clave en la evolución de los estudios de seguridad fue la publicación en 1983 del libro *People, State and Fear* de Barry Buzan. En sus páginas se argumentaba sólidamente contra la preeminencia de las cuatro ‘Ss’, en especial la correspondiente al Estado, lo que suponía un duro golpe a la piedra angular de los estudios tradicionales. Según Buzan, la seguridad no tenía como objeto exclusivo a los Estados, sino a todas las colectividades humanas; y tampoco podía confinarse la búsqueda de soluciones en esta materia a la estrecha vía de la fuerza militar. Como alternativa, Buzan formulaba una propuesta teórica según la cual la seguridad de los colectivos humanos se veía afectada por factores provenientes de cinco sectores, cada uno de ellos con su propio asunto central y su orden particular de prioridades. Esas cinco dimensiones de la seguridad eran: la militar, política, societal, económica y medioambiental.

Con el fin de dejar claro que el estudio de la dimensión militar sólo constituía un área más –pero hasta ese momento preponderante– de los estudios de seguridad, Buzan proponía que a ese sector específico se le denominase *Estudios Estratégicos*. La propuesta de Buzan no carece de

sentido, ya que los autores que se encuadran en lo que mayoritariamente se entiende por Estudios Estratégicos prestan casi toda su atención a la dimensión militar, en congruencia con la definición de la estrategia como el arte de disponer los medios militares para alcanzar objetivos políticos (Baylis & James Wirtz, 2005: 4). Por esa razón, durante la Guerra Fría, y como consecuencia también del predominio casi absoluto del enfoque realista dentro del área, los estudios de seguridad en Reino Unido eran denominados comúnmente Estudios Estratégicos.

Las aportaciones de Buzan tuvieron un impacto aún mayor con motivo de la segunda edición del libro en 1991, y de los enormes cambios que se estaban produciendo con el fin de la Guerra Fría y la desaparición de la rivalidad bipolar. En ese contexto, la ampliación del concepto de seguridad y la pérdida de importancia relativa de los factores puramente militares en beneficio de otras esferas, eran cuestiones aceptadas de manera casi indiscutida, salvo por los partidarios más acérrimos del enfoque realista (Williams, 2008: 3-4).

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 y las posteriores intervenciones militares en Afganistán e Irak, con todas sus repercusiones sobre la Comunidad Internacional, han recordado a los estudiosos de la seguridad que el empleo de la fuerza militar debe seguir siendo objeto de estudio, aunque dentro de un panorama estratégico más fluido y complejo que el de las décadas precedentes (Baylis & Wirtz, 2005: 2). Al mismo tiempo, han añadido cuestiones relativamente nuevas como el terrorismo global y el papel del extremismo de inspiración religiosa en la seguridad internacional (Seiple, 2002: 262).

Por otra parte, en las últimas dos décadas han surgido nuevas escuelas y enfoques que han tratado de paliar la preponderancia norteamericana dentro de la subdisciplina, manifestada a su vez en el dominio teórico de las tradiciones realista y liberal. La mayoría de esas nuevas propuestas proceden de autores europeos como, por ejemplo, los que integran las escuelas de Copenhague, Aberyswyth, París, y la escuela de la Seguridad Humana (que se resiste a aceptar una etiqueta toponímica). Todas esas escuelas mantienen una actitud crítica con los planteamientos “ortodoxos” del área (Croft, 2008: 508-509).

La Escuela de Copenhague, además de las aportaciones sobre la ampliación del concepto de seguridad y de sus diversas dimensiones, se ha centrado en el estudio de los procesos políticos y retóricos mediante los cuales un aspecto de la realidad es identificado como una amenaza existencial que requiere respuestas urgentes y excepcionales, de las que es preciso convencer a determinadas audiencias. Se trata de un fenómeno que los autores de esta Escuela denominan *segurización* (Waever, 1995).

La Escuela de París, a diferencia de la anterior, focaliza su atención en las políticas de la normalidad. En ella el concepto clave es *insegurización*, un proceso mediante el que las élites y el gobierno rebajan los límites de la aceptabilidad de determinadas cuestiones o de ciertos colectivos sociales, presentándolos como una amenaza a la seguridad interior o exterior del Estado, e impulsando que la policía, el sistema judicial o los funcionarios de fronteras actúen contra ellos. Utilizan como casos de estudio políticas relacionadas con la lucha contra el terrorismo o la gestión de la inmigración (Bigo, 2005).

Para la *Welsh School* (asentada en Aberyswyth, Gales) el concepto clave es la *emancipación* que, a juicio de estos autores, debería constituir la meta de las políticas de seguridad. Desde esta perspectiva, el objeto de interés de los estudios de seguridad sería el individuo (Booth, 1991).

La escuela de la Seguridad Humana aglutina un conjunto de literatura, más fragmentado que el de las escuelas anteriores, y que también centra su atención en el nivel de análisis individual. El concepto de seguridad humana fue introducido a mitad de la década de 1990 como parte de los esfuerzos de centrar el objeto de la seguridad en el ser humano, y no exclusivamente en el Estado, aunque sin desafiar por completo la visión estado-céntrica en lo referido a amenazas armadas propias del enfoque realista (otros Estados, terrorismo, proliferación nuclear, etc). La propuesta no es en sí misma novedosa, ya que el enfoque liberal también ha prestado tradicionalmente atención al individuo, pero los estudios críticos de seguridad han subrayado aún más su importancia. El auge de la Escuela de la Seguridad Humana también se encuentra relacionado con la publicación y difusión de los informes sobre Desarrollo Humano de Naciones Unidas, que van más allá de los indicadores sobre crecimiento de los PIB nacionales, analizando detenidamente otras cuestiones vinculadas con la seguridad, en sentido amplio, de los individuos (Kerr, 2007: 91-108).

Por último, las cuestiones abordadas por los estudios de seguridad se han diversificado tanto en el momento presente que cada vez resulta más difícil limitar dicha área a las Relaciones Internacionales, e incluso al marco más amplio de la Ciencia Política. Las relaciones entre Estados son un aspecto importante, pero sólo uno más, de las dinámicas de

seguridad que caracterizan el mundo contemporáneo. Al mismo tiempo, para entender en profundidad muchos de los desafíos que se plantean al concepto extenso de seguridad, que incluye las dimensiones societal, económica y medioambiental (la política y la militar eran parte inherente de los estudios clásicos) cada vez resulta más necesaria la contribución de expertos procedentes de las más variadas disciplinas: desde la Física nuclear a la Medicina, pasando por la Psicología, Criminología, Antropología, Economía, o las Ciencias Medioambientales (Williams, 2008: 5).

No obstante, a nuestro juicio, el rol fundamental que juega, y seguirá jugando, el Estado en la definición, gestión y resolución de los asuntos relacionados con la seguridad en sus múltiples dimensiones; así como la naturaleza esencialmente política de muchos de esos procesos, justifica el protagonismo destacado de la Ciencia Política en los estudio de seguridad.

**CAPÍTULO 3. MARCO TEÓRICO. CUESTIONES  
METODOLÓGICAS**

### 3.1. Marco teórico, hipótesis y objetivos

No es sencillo iniciar una insurgencia, como tampoco lo es derrotarla una vez que se ha extendido. David Kilcullen, un autor de referencia obligada en este ámbito, define escuetamente la respuesta a la insurgencia (la *contra*insurgencia) como una competencia para ganar *los corazones y las mentes* de la población (Kilcullen, 2006). Se trata de una actividad fundamentalmente política, donde el éxito no depende tanto de la superioridad en medios militares, como de la capacidad para inclinar a un lado y otro la balanza del apoyo social. La dificultad que entraña poner en marcha una insurgencia explica que muchos grupos fracasen en las etapas iniciales. Aquellos que aspiran a su consolidación suelen fracasar repetidamente o tienen éxito tan sólo parcialmente. De hecho, por cada una de las insurgencias que tiene éxito, hay docenas (por no decir cientos) que fracasan<sup>7</sup>. En su gestación, las insurgencias responden a grupos de reducidas dimensiones, escasa financiación y poco o ningún reconocimiento que lo legitime y/o respalde tanto en la escena doméstica como en la internacional. A su vez, en los escenarios en los que florecen, comparten protagonismo con una poliarquía armada que conforman un auténtico calidoscopio, un limbo en el que coexisten señores de la guerra, líderes tribales, mafias del crimen organizado, y en donde es difícil crecer y consolidarse, mientras que se oponen a un gobierno que

---

<sup>7</sup>A este respecto Bell señala que la revolución cubana inspiró a más de 200 insurrecciones y que todas ellas fracasaron (Bell, 1994: 115).

disfruta de capacidad coercitiva y es percibido como legítimo tanto dentro como fuera de sus fronteras.

A pesar de estas dificultades, algunos grupos consiguen cristalizar y concluir una transición exitosa de lo que Daniel Byman (2007) denomina una “proto-insurgencia” a una auténtica insurgencia. Pero para ello, deben superar una serie de condicionantes. En primer lugar (una tarea extremadamente difícil), deben crear una identidad política relevante, diferenciada, que requiere del debilitamiento de todas aquellas otras identidades rivales, ya sea la defendida por el estado, o por otros grupos con los que comparte escenario. Esta identidad, será la base de la organización para el grupo y posterior expansión. En segundo lugar, esta identidad debe vincularse a una causa que supere los estrechamientos ideológicos del movimiento incipiente y tenga capacidad aglutinadora y movilizadora. Muchas de las causas defendidas por los proto-insurgentes gozan de escasa popularidad y son fácilmente contrarrestadas por los gobiernos. En tercer lugar, al contrario de lo que pudiera parecer, el enemigo declarado no es la principal amenaza para su supervivencia, sino facciones o grupos con los que compiten por la captación de recursos materiales y humanos. En muchos de los casos, se trata de grupos con los que comparte un objetivo común pero que sostienen su causa sobre una identidad y base distinta, por lo que no es de extrañar, que esta colisión de intereses acaben consumiendo las energías y escasos recursos de las distintas facciones o grupos en luchas intestinales. Por último, la asimetría de fuerzas de la proto-insurgencia con respecto a su adversario, le obliga a depender de espacios fuera del alcance y el

control gubernamental, por lo que la existencia o de un refugio seguro, un santuario, será esencial para su supervivencia.

Para Byman, la violencia ejercida por la proto-insurgencia ocupa un lugar central, pero se entiende en todos los casos y en todas sus dimensiones, como una actividad puramente instrumental. Ésta, puede ayudar a incrementar su base de reclutamiento, llamar la atención de los públicos doméstico e internacional en busca de apoyo económico, político, moral y establecer diferencias con respecto a otros grupos o facciones rivales que pretendan consolidarse. Incluso cuando esta violencia deja de ser inspiradora de la movilización social, su carácter coercitivo alimenta (aunque sea de manera forzosa) la acción colectiva y genera a su vez un desgaste progresivo que mina y hace que se tambaleen las estructuras de gobierno, incapaces de cumplir con la tarea esencial de garantizar protección y seguridad a la población. Pero esta violencia tiene que ser ponderada, no ejercida en cualquier grado y de manera indiscriminada, ya que de lo contrario, puede ser contraproducente. Dicho de otra manera, son muy pocas las personas que aceptan y apoyan de forma voluntaria la violencia. Es por ello, que las proto-insurgencias se enfrentan al dilema de cuándo y cómo ésta debe tener como objetivo a la población civil. Una disyuntiva que pretende un equilibrio entre provocar una reacción desmedida del gobierno o grupos rivales, pero que en ningún caso suponga un alineamiento de aquellos de los que busca recabar apoyos para su causa. Así, el éxito o fracaso de una proto-insurgencia en su consolidación, depende en parte (una mínima parte), de sus propias acciones. Será en cualquier caso la reacción del gobierno, la gestión de la amenaza por

parte de éste, lo que en última instancia determinará el éxito o fracaso de la proto-insurgencia. Las consecuencias de obviar muchas de las condiciones que contribuyen al desarrollo de las insurgencias pueden ser devastadoras para los gobiernos. En ocasiones, la respuesta exagerada a la amenaza incipiente, ha obviado la ausencia y capacidad de estos grupos para iniciar un movimiento de mayores dimensiones que supusiera un verdadero reto a la autoridad del estado. De hecho, esta reacción desmedida, suele ser en ocasiones la mecha que enciende la llama, la excusa perfecta que alimenta la violencia colectiva. La complacencia, resulta igualmente peligrosa y el reconocimiento a destiempo, limita exponencialmente la maniobrabilidad del estado.

Byman, en *Understanding proto-insurgencies*, examina estos factores que influyen el desarrollo y consolidación de las insurgencias, y los aplica a tres escenarios distintos: Hezbolá en Líbano, Fatah en Palestina y Tanzim Al Yihad en Egipto.

En el caso del primero, hablamos de una organización netamente distinta a aquella que surgió y sorprendió al mundo a principios de la décadas de 1980, compuesta por grupúsculos de combatientes chiíes. Con los años, Hezbolá evolucionó militarmente, convirtiéndose en uno de los movimientos rebeldes más letales de nuestra historia reciente. Este desarrollo militar, ha ido a su vez acompasado por una evolución de su naturaleza política que ha contado con el beneplácito y apoyo de gran parte de los países de Oriente Medio. Su éxito, en la línea de los factores expuestos por Byman, descansa en su capacidad de imponerse sobre otras facciones rivales, principalmente, sobre el Movimiento Amal, una de las organizaciones chiíes más importantes durante la guerra civil

libanesa. El equilibrio en el ejercicio de la violencia es otro elemento destacable en la estrategia de Hezbolá. La espectacularidad de la naturaleza de sus ataques y la atención recibida sirvió de excelente base para el reclutamiento, y la destreza de los mismos, orientados hacia objetivos occidentales, evitó la reacción contraria de grupos rivales<sup>8</sup>. Su adaptabilidad ha sido otra condición fundamental en su consolidación. En el desarrollo de su organización, Hezbolá se percató de que muchos de los miembros que se habían unido al grupo, estaban escasamente cualificados, circunstancia que hizo a la organización altamente vulnerable a las infiltraciones de los servicios de inteligencia israelíes. Lo que hizo en este caso, fue readaptar su estructura organizativa, reduciendo su tamaño en orden a obtener un mayor control sobre sus miembros, incrementar de forma adecuada su formación y garantizar así un nivel de seguridad más elevado. Esta circunstancia no hizo sin embargo que disminuyeran sus capacidades y el alcance de sus acciones. Su aceptación entre los chiíes era una fuente constante de entrada de nuevos miembros que les permitía seleccionar y discriminar, su estrecha relación con las redes religiosas chiíes del Líbano le aportaban una base de sustento a su liderazgo y sus vínculos con la comunidad, hacían que sus actividades adquirieran una dimensión política y social, un vínculo que se ha reforzado a través de la implantación de un extensa red de

---

<sup>8</sup> Si durante de la década de 1980 sus ataques tuvieron como objetivo a figuras anti-iraníes, la toma de rehenes así como otros objetivos civiles, en la década de 1990, su implicación en actos terroristas disminuyó considerablemente centrado su lucha contra Israel.

servicios sociales y que sin duda, ha contribuido a la legitimidad y respaldo de su causa.

Otro factor fundamental en su proceso de consolidación, ha sido el papel que han jugado los actores externos, en particular, Siria e Irán. Hezbolá ha sabido capitalizar el juego de equilibrio de poderes en la región y aunque con un enfoque distinto por parte de los patrocinadores externos, beneficiarse del objetivo y enemigo común de ambos, Israel.

Siria ha suministrado a la insurgencia chií armas y apoyo logístico, pero lo más importante, ha sido la respuesta enérgica de Damasco a todas aquellas otras facciones que le pudieran hacer sombra a Hezbolá al tiempo que ha apoyado al grupo activamente para que contara con un lugar, un refugio seguro en el propio Líbano. Aunque Siria ha evitado verse involucrada en las acciones de terrorismo llevadas a cabo por esta facción insurgente libanesa, sigue instrumentalizándola para presionar a Israel así como a otros países vecinos. La relación entre Siria y Hezbolá, no es más que un recordatorio constante para Israel de que sin Damasco, es imposible estabilizar las fronteras.

Irán por su parte, ha ejercido un papel fundamental en la evolución y consolidación de Hezbolá. Tras la invasión de Israel del Líbano en 1982, Teherán desplegó a mil soldados de los Cuerpos de la Guardia Revolucionaria Islámica en el Valle de la Becá, al este del Líbano, donde trabajaron de forma conjunta con los servicios de inteligencia iraníes y miembros de los cuerpos de seguridad sirios para crear a partir de un heterogéneo grupo de pequeñas organizaciones chiíes lo que hoy es Hezbolá.

Del otro lado, a estos factores, hay que sumarle la incapacidad de un estado cuyo desmoronamiento se inició en 1970 y que se aceleró vertiginosamente tras la guerra civil libanesa en 1975. Es en este escenario, sin un gobierno capaz de contrarrestarlo, sin una posición real, en el que emerge Hezbolá a mediados de la década de 1980.

Al igual que Hezbolá, el grupo palestino Fatah, dirigido por Yasser Arafat hasta su muerte en 2004, trató de evolucionar a partir de un grupo terrorista. Fatah, fundada por miembros de la diáspora palestina en 1958, vio en la lucha anticolonial argelina un modelo a seguir: usar la violencia para poner en marcha un movimiento de resistencia más amplio, que acabaría con la expulsión del ocupante israelí. Efectivamente, el grupo tuvo éxito en el desarrollo y conducción de una estrategia de guerra de guerrillas, contó con una amplia movilización política en el exilio y supo capitalizar la cuestión identitaria a favor del grupo. Pero sin embargo, no fue capaz de generar una conciencia revolucionaria que despertara a los palestinos de Gaza y Cisjordania, circunstancia que aprovechó Israel para terminar de silenciar la escasa oposición que Fatah u otros grupos pudieran generar. Las luchas intestinales entre las distintas facciones de la insurgencia palestina, fueron otro de los problemas que frenaron su desarrollo. A pesar de que Fatah se erigiera como líder de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP; una coalición de movimientos políticos y paramilitares fundada en octubre de 1964, con la pretensión de ser la única representante legítima del pueblo palestino), no consiguió nunca imponer su voluntad sobre el resto de grupos insurgentes. Los desacuerdos en cuanto a la estrategia a seguir, los objetivos de la violencia y el recelo y falta de confianza mutua, que

socavaba todo esfuerzo por llevar a cabo acciones conjuntas y coordinadas, sembraron el descredito del movimiento en su conjunto. A ésto, hay que sumarle el rol ejercido por los estados patrocinadores. Los líderes árabes trataron de sembrar la discordia en el movimiento apoyando a los cabecillas rivales de Arafat a fin de debilitar su posición y subyugar los intereses de la OLP a los suyos propios (Scholey, 2008).

La experiencia de Tanzim Al Yihad en Egipto, así como la de Fatah contrastan con la de Hezbolá. La militancia religiosa, ha sido un elemento recurrente en la historia de Egipto. En la década de 1970 fuimos testigos del renacimiento de un islam popular entre el pueblo egipcio y la proliferación de grupos islamistas con una clara agenda revolucionaria. Tras el asesinato del presidente Sadat en 1981, muchos de estos grupos fueron exterminados, pero otros, persistieron en su empeño de oposición al estado, hasta el punto de que algunos, como es el caso de Al Yihad, a principios de la década de 1990, alcanzaron ese momento, ese punto de inflexión que les consolidaría como una verdadera alternativa de poder.

En términos generales, el credo de la revolución islámica como base para la causa, estaba cumpliendo sus objetivos, y los grupos radicales, parecían haber desarrollado una línea argumental en sintonía con el conjunto de la población. Los líderes religiosos, que o bien se habían mostrado ajenos a los asuntos políticos o eran títeres en manos del gobierno, empezaron a mostrar una oposición abierta a la autoridad, en particular, en lo concerniente a temas sociales. Pero en 1997, esta tendencia dio giro drástico tras la brutal masacre en el templo de Luxor que le costó la vida a 58 turistas. Esta violencia extrema generó un

sentimiento de rechazo colectivo entre la población egipcia. La matanza de inocentes que derivó en una pérdida de ingresos provenientes del turismo, resultó ser un tema de especial preocupación para muchos egipcios.

La competencia entre una identidad árabe y otra nacionalista, fue otro elemento fundamental en la parálisis de Al Yihad. Si el islam hizo las veces de basamento para la insurgencia, su penetración en la sociedad egipcia, fue asociada a la inferencia de actores externos, en particular, Sudán e Irán.

Los enfrentamientos entre las distintas facciones insurgentes por la captación de recursos tanto económicos como humanos, vuelven a cobrar protagonismo en este escenario. A nivel ideológico, la disputa por erigirse como la verdadera voz del islam en Egipto, tuvo igualmente su reflejo en los enfrentamientos con los Hermanos Musulmanes.

La implicación de actores externos fue muy limitada en el tiempo. Sudán acogió a Al Yihad a principios de la década de 1990, un apoyo que disminuyó considerablemente tras el fallido intento de asesinato del presidente Mubarak en 1995. La ausencia de un santuario o refugio seguro dentro y fuera de Egipto tuvo consecuencias devastadoras para la insurgencia y la respuesta del gobierno egipcio, fue fundamental en el estrangulamiento de Al Yihad. Una respuesta combinada que se concretó en la identificación de la causa de la insurgencia con la inferencia y los intereses regionales de patrocinadores externos, una dura represión contra todos aquellos elementos extremistas y un acercamiento a los Hermanos Musulmanes, permitiendo su presencia

en el sistema político, como forma de dar salida a la identidad islámica, cooptando la causa enarbolada por la insurgencia.

Nuestra hipótesis de trabajo, pretende demostrar si los factores que analiza Daniel Byman en *Understanding proto-insurgencies* como condicionantes en la transición exitosa de una insurgencia incipiente a una auténtica insurgencia y que aplica a los tres escenarios expuestos con anterioridad, son suficientemente aglutinadores y/o determinantes para explicar los resultados en el caso concreto de Al Qaeda en Irak.

El objetivo principal, es aportar un nuevo estudio de caso al armazón teórico desarrollado por Byman. Un objetivo, que comparte protagonismo con otros asociados. Se pretende a su vez, delimitar un marco de interpretación sobre lo que son los movimientos insurgentes, profundizar en la comprensión de los procesos de consolidación y determinar en última instancia, el influjo, dominio o superioridad de unas variables sobre otras en el caso particular de Al Qaeda en Irak.

En cuanto a las variables independientes objeto de esta investigación, serían las siguientes:

1. Fuerza y capacidad identitaria del movimiento insurgente.
2. Capacidad de vincular esa identidad a una causa que tenga aceptación entre la población.
3. Atraer a un número elevado de partidarios.
4. Gestión de las relaciones con grupos o facciones rivales.

5. Existencia de refugios seguros para la insurgencia.
6. El apoyo externo a la insurgencia.
7. La capacidad y respuesta del Estado.

Antes de seguir avanzado, debemos adelantarnos a las cuestiones metodológicas que se tratan en el siguiente punto, y llevar a cabo una reflexión con respecto a los posibles efectos que tiene la selección de las variables sobre la validez, rigor y fiabilidad de los resultados finales, en particular, nos referimos a la capacidad limitada de controlar todas las comparaciones de forma completa. Somos conscientes de que son muchas y variadas las posibles explicaciones que pueden afectar al proceso de consolidación de una insurgencia y que dependiendo del caso seleccionado, existirán factores, variables y elementos tanto endógenos como exógenos no controlados, por lo que raramente llegaremos a conclusiones decisivas y concluyentes. Como afirma Kicullen (2009:183), *no existe un conjunto estándar de indicadores, puntos de referencia, o técnicas operacionales aplicables a todas las insurgencias o que sigan siendo válidas para una insurgencia en particular durante todo su ciclo de vida*. Aún así, aunque no podamos controlar nuestras comparaciones salvo hasta un determinado grado, es mejor la mitad de una comparación que ninguna.

Es por ello, que hemos tratado de ser lo más rigurosos posibles en el proceso de selección de la variables, escogiéndolas en base a la experiencia empírica y los análisis llevados a cabo en otras investigaciones. En primer lugar, para dotar de coherencia al desarrollo teórico, este proyecto, recoge fielmente las variables analizadas por

Byman en *Understanding proto-insurgencies*. Pero a su vez, la selección de las mismas, ha sido contrastada con otros ejercicios anteriores que han tratado en profundidad el ciclo de vida de las insurgencias como es el caso de la *Guide to the Analysis of Insurgency*<sup>9</sup> desarrollada por la Agencia Central de Inteligencia (CIA, en sus siglas en inglés), en la década de 1980, donde se estudia en profundidad el compendio de factores que afectan al desarrollo de una *insurgencia incipiente*.

De igual modo, para corregir los defectos en cuanto a la capacidad de extraer conclusiones generalizantes propias de una ciencia inexacta o al menos tratar de evitar especulaciones bien informadas, o sortear los problemas de los estudios que se nutren de una metodología de orientación de caso, nuestra elección se fundamenta en el análisis y selección de las variables de trabajos construidos en base a una metodología cuantitativa orientada o centrada no tanto en los casos sino en las variables para la modelación causal y que coinciden en señalar un conjunto de factores potenciales, susceptibles de generalizaciones contemplados en esta tesis doctoral. En particular, para la selección de estas variables, así como del estudio de caso, nos hemos apoyado en la base de datos elaborada por Ben Connable and Martin C. Libicki (2010) en el monográfico de la *Rand Corporation, How insurgencies ends*<sup>10</sup>, en el que se analizan un total de 89 insurgencias, fruto del refinamiento de

---

<sup>9</sup> Disponible en: <http://www.fas.org/irp/cia/product/insurgency.pdf>

<sup>10</sup> Véase *How insurgencies end* pp. 203-207. Disponible en: [http://www.rand.org/pubs/monographs/2010/RAND\\_MG965.pdf](http://www.rand.org/pubs/monographs/2010/RAND_MG965.pdf) [Accedido en mayo de 2012].

un estudio anterior a cargo de James Fearon y David Latin (2003) y que incluía a 127 insurgencias<sup>11</sup>.

### 3.2. Cuestiones metodológicas

La metodología empleada en esta investigación, se inserta en el marco del análisis comparado con el objetivo de proporcionar una explicación de un fenómeno dado, es decir, de establecer un nexo causal entre los estados de una o varias propiedades o variables. La comparación, provee de una base fundamental para hacer afirmaciones o declaraciones sobre regularidades empíricas y para evaluar, explicar e interpretar la variación macrosocial de casos o fenómenos relativos a criterios sustantivos y teóricos estableciendo controles sobre las condiciones y causas de su variación. Esta comparación, es inevitable en toda investigación social empírica, y en el caso particular que nos ocupa, aparece reflejada ya no solo cuando se lleva a cabo una comparación sistemática entre actores y escenarios insurgentes con los que se pretenden controlar o verificar una determinada hipótesis, sino que está presente de forma implícita en el propio discurso y análisis de las variables y que se construyen sobre impresiones e ideas a las que hemos

---

<sup>11</sup> Los casos seleccionados por Fearon y Latin, se encuentra en una tabla adicional (disponible en <http://www.stanford.edu/group/ethnic/workingpapers/addtabs.pdf>) al artículo Fearon, James D., & David D. Laitin (2003), "Ethnicity, Insurgency, and Civil War," *American Political Science Review*, Vol. 97, No. 1. Se encuentra disponible en internet, una versión anterior antes de que el artículo fuera publicado en *American Political Science Review*: [http://ces.univ-paris1.fr/membre/Poncet/SciencesPo/Macro/Fearon\\_Laitin.pdf](http://ces.univ-paris1.fr/membre/Poncet/SciencesPo/Macro/Fearon_Laitin.pdf) [Accedido en mayo de 2012].

llegado a través de la aprehensión gradual de una variedad de situaciones de la realidad, que nos permite extraer similitudes y diferencias del objeto central de este estudio (Merkl, 1970: xi), así como de cuestiones relativas a éste como el patrón de comportamiento de la violencia colectiva, las respuestas y actuaciones de los gobiernos, o el proceso de conformación identitario.

Entendemos la comparación no como un campo de estudio distintivo, sino como un método (que no el único) de control de nuestras generalizaciones, predicciones o leyes del tipo *si.....entonces..* (Sartori, 1971:8), que nos permite aportar explicaciones y por el que optamos para *comprender, explicar e interpretar* (Ragin, 1987:35) por su enorme utilidad para la ordenación analítica y la formación de conceptos. El método experimental, como uno de los cuatro disponibles de comprobación para los estudios de la ciencia política (Sartori, 1971), *es el más próximo que puede haber al ideal científico, pero desgraciadamente sólo se puede utilizar raramente en las ciencias sociales por dificultades de naturaleza práctica y ética* (Lijphart, citado por Morlino, 2010:126). La experimentación es inaccesible, ya que en el sentido formal de la ciencia supone la capacidad del investigador para manipular directamente los estados de las variables permitiendo controlar su creación, lo cual facilita establecer su relación de causalidad. Sin embargo, el mundo real de la política (y la insurgencia es un fenómeno político), no es así de estéril, aséptico y controlado, sino que nos enfrentamos a una multitud de factores, en un principio exógenos o extraños, y que en este caso concreto, influyen en su gestación y consolidación, en la estrategia que adoptan o en la estructura

y organización de la que se dotan. Es por ello que la experimentación, a pesar de su ideal científico, puede desposeer al análisis de su riqueza descriptiva y desviar la atención y preocupación por la complejidad, lo cual es extremadamente importante para entender, por ejemplo, por qué han sido tan diferentes en su evolución movimientos como las Fuerzas Revolucionarias de Colombia, del Ejército de Liberación del Pueblo de Sudán. La vida de los elementos de la política, son producto del devenir y la interacción de numerosas fuerzas o factores extremadamente interrelacionados, por lo que cualquier intento de aislar artificialmente al factor causal sólo llevaría a resultados o conclusiones erróneas y desviadas, ya que ante la multitud de factores causantes de la variación (inexorablemente interdependientes), será el investigador u observador quien tenga que distinguir o determinar los factores de variación de su análisis, quien tenga que contextualizar sus hallazgos. La comparación, y más concretamente el método comparado, como sugirieron John Stuart Mill, Auguste Comte y Émile Durkheim en su *Rule of Sociological Method*, parece ser el mejor sustitutivo o alternativa del método experimental en las ciencias sociales, y en la Ciencia Política en particular. No pretendemos con esto plantear un enfrentamiento entre la comparación y la experimentación, ya que entendemos que la aproximación comparada está igualmente presente en un método que se compone también de la sistemática comparación de los resultados de repetidos experimentos con la diferencia de que un químico tiene los medios para provocar en un escenario cerrado los fenómenos que quiere estudiar garantizando que las variaciones externas del medio no afectan

o interfieren en el mismo. Es decir, que el método científico es, en realidad inevitablemente comparativo (Lasswell, 1968).

La experimentación se beneficia de una manipulación y del mantenimiento constante de las variables que no se quieren estudiar, algo que se ve de todas luces imposible en las disciplinas donde la experimentación no es posible, donde los fenómenos a estudiar se producen y acontecen de forma espontánea, la comparación es sinónimo no sólo de una aproximación intelectual que busca hacer inventario de similitudes y diferencias entre dos o más situaciones, sino que al mismo tiempo es el único medio para recoger o recolectar la información y los datos en número suficiente para acercarse a una aproximación científica (Dogan & Pelassy, 1990:15).

De cualquier forma, somos conscientes de que aunque la comparación sea el principal medio para aproximarse al entendimiento y comprensión de las causas de los fenómenos observados y para la elaboración de reglas sociológicas y politológicas, tiene sus propias limitaciones, ya que no garantiza la plena validez de sus conclusiones, porque el contenido de las situaciones comparadas nunca será lo suficientemente similar como para poder considerar como nulo la influencia del medio externo. De igual modo, nunca estará el investigador en la mejor de las disposiciones para acertadamente excluir de sus conclusiones aquellas variables contextuales o externas que él no pueda mantener constantes.

En esta investigación, en una primera parte, se asume una tarea descriptiva densa con información precisa de los movimientos insurgentes teniendo en cuenta en todo momento la complejidad de la realidad social y de su engranaje causal, de que estos fenómenos son el

resultado de una multiplicidad de causas o factores interrelacionados entre sí, por lo que el análisis se limita a identificar sólo algunos aspectos o factores, nunca todos, del conjunto de circunstancias o causas que preceden a la consolidación del fenómeno que nos interesa explicar y examinar. Del otro lado, se observa para la edificación de la misma, la construcción de conceptos que nos permitan sortear el riesgo de las investigaciones comparadas del estiramiento conceptual o alargamiento de los conceptos (*concept stretching*), así como el denominado viaje conceptual (*conceptual traveling*) a fin de evitar la distorsión del objeto de nuestra indagación (Szmolka y de Cueto, 2011:56-59).

A la hora de emprender análisis comparativos, surge un primer problema relacionado con el esquema conceptual, ya que se pretende, ofrecer teorías válidas y fiables que se asientan sobre conceptos y términos expuestos a significados dispares salpicados por costumbres, tradiciones, historia, o incluso errores semánticos fruto de traducciones equívocas o que simplemente no abarcan la riqueza de matices necesaria para que el término pueda ser intercambiado. Estas discrepancias amenazan con distorsionar el entendimiento alcanzado, y es por ello que una precisa y correcta comparación exige previamente contar con conceptos claros que sorteen la incertidumbre terminológica y hagan las veces de pilares sobre los que se construye el edificio teórico. Esta multiplicidad de significados, que le confiere una cierta ambigüedad a los aparatos conceptuales, alcanza su máxima expresión cuando éstos, se han construido a partir de experiencias particulares de una sociedad y cultura determinada y pretenden ser utilizados como marco de referencia del análisis comparado, lo que conlleva en ocasiones, a que los

conceptos, resulten de escasa utilidad e incluso estériles a la hora de extrapolarlos a otros escenarios. En el caso particular de este trabajo y al igual que sucede con otros términos de uso político, no existe una definición universalmente aceptada del concepto insurgencia, y la existencia de lugares comunes en la literatura especializada, revela la falta de acuerdo que existe entre los especialistas en cuanto a la caracterización del mismo. Términos como insurgencia (Desai y Eckstein, 1990), guerrilla (Wickham - Crowley, 1992), o movimiento de liberación nacional (Gandolfi, 1989), son utilizados habitualmente para definir un mismo fenómeno, sin que exista por el momento un consenso en cuanto a la delimitación en el uso de éstos. Subyace eso sí, en todo ello, la existencia de un problema de fondo, la no caracterización, por parte de las Ciencias Sociales, de este tipo de organizaciones como actores políticos colectivos claramente diferenciados. Resulta en cualquier caso comprensible esta falta de distinción dada la naturaleza diversa así como la adaptabilidad de estos movimientos y la superposición de características que los conforman. Las insurgencias emplean tácticas propias de la guerrilla y el terrorismo, enarbolan causas revolucionarias, adoptan un enfoque asimétrico del conflicto, actúan en los márgenes morales y legales de la sociedad y no establecen distinción (o al menos resulta poco perceptible) entre combatientes y civiles. En última instancia, a los movimientos insurgentes (en ocasiones), se les arroga una cierta legitimidad, circunstancia que agrava la complejidad del término a la par que plantea problemas a nivel político y constriñe los procesos de toma de decisión de gobiernos y organismos internacionales.

Es por esta universalización conceptual por la que hay que tratar de descartar su profundo arraigo contextual, pero a la vez, considerar a los conceptos generalizaciones camufladas, contenedores mentales que mezclan el fluir incesante de percepciones siempre diferentes y discretas. Si pensamos por ejemplo en las insurrecciones como violencia transgresora, como violencia de masas que persigue subvertir el orden político, veremos que éstas, han ejercido en algunos casos un papel fundamental en las conquistas sociales y los avances hacia la democracia, pero a su vez, este proceso de desintegración política ha supuesto un retroceso de esta misma evolución dando lugar a algunos de los episodios de violencia más espantosos de nuestra historia. En definitiva, se trata de un término no exento de reprobación moral o justificación legítima dependiendo de quien esgrima los argumentos, de las percepciones y posicionamiento de los actores. Algo similar ocurre con un elemento de común de análisis como es el terrorismo, un término, raramente usado por los interesados que se posicionan como resistentes que recurren a la lucha armada, expresión susceptible de sugerir determinado paralelismo con la fuerza armada que se utiliza contra ellos, o el propio concepto de Estado Terrorista, que trata de invertir el estigma (Braud, 2006: 13).

Ante esta disyuntiva, un dilema clásico de la investigación comparada para encontrar generalizaciones en un campo donde la especificidad de cada elemento es inmediatamente aparente y donde los factores históricos e ideográficos no pueden ser obviados, podemos optar por estudios monográficos o de caso que privilegian la densidad de la comprensión de una cuestión en particular, o por el contrario, por una

investigación comparativa que sacrifique el análisis pormenorizado del contexto a favor de prácticas más inclusivas que admitan generalidades.

Es por ello, e independientemente del camino a seguir, que nos planteamos más que una renovación conceptual, un empleo más cuidadoso de la terminología, sobre todo en lo que se refiere al concepto clave sobre el que gravita este trabajo en nombre del rigor científico como paso previo al fenómeno que se pretende comparar, o las cuestiones que habría que excluir del propio análisis. Esta clarificación es fundamental en el proceso de identificación, verificación y medición. El fenómeno debe ser definido operacionalmente, aunque se tenga en cuenta que hay ciertos conceptos que están relacionados y vinculados con un único sistema y no pueden ser utilizados directamente para propósitos comparativos, de la misma forma que hay conceptos más adecuados para la comparación sobre los que no hay acuerdo entre los observadores sobre los indicadores operacionales que deben incluir o recoger la definición del concepto. Esta capacidad comparativa, vendrá determinada por el grado de similitud de sus propiedades o características internas, aunque puede resultar que la distancia o todo lo contrario, su absoluta proximidad, de como resultado un juego de suma cero. Es decir, si en el caso concreto del estudio de dos términos como insurgencia y guerra de guerrillas, sus características fuesen iguales, todo terminaría ahí, no habría nada que comparar, o viceversa, que fuesen tan opuestas las características entra ambos que fuese inútil tratar de compararlos. Por tanto, las comparaciones que nos interesan aquí a modo de delimitación conceptual poseen ciertos atributos en parte compartidos, similares, y en parte no compartidos, y declarados no

comparables. No obviamos con ello que estas semejanzas y diferencias responden en el marco de este proyecto a un cierto relativismo guiado por el propósito de delimitar la frontera entre conceptos o categorías, y en el que se ha buscado conscientemente la similitud no en base a propiedades intrínsecas de éstos, sino en base a su pertenencia a una parte específica del sistema que los convierte en conceptos equivalentes que nos permite distinguir entre factores o propiedades irrelevantes y relevantes en función del fenómeno objeto de estudio. Esta correspondencia exige por un lado que los conceptos respondan a distintos escenarios más o menos del mismo modo, es decir, que en su extrapolación, la investigación comparada se expanda y nos permite alcanzar un nivel de abstracción donde las diferencias específicas entre conceptos resulten irrelevantes y del otro, un conocimiento o información extensiva y exhaustiva que nos permita demarcar y desarrollar nuestros conceptos. Estas dos premisas del análisis comparativo no están exentas de una serie de peligros. En palabras de Sartori (1984:24), se corre el riesgo de que los conceptos estén tan estirados que pierdan virtualmente todo su poder analítico y heurístico. De igual modo, con la excesiva abstracción se pueden llegar a obviar las verdaderas diferencias, lo que comprometería la equivalencia entre conceptos. Por último, el uso de conceptos más generales hace decrecer de forma evidente la agudeza y precisión específica de la comparación. Es por ello, que para alcanzar esta sinonimia entre conceptos, optamos por usar información auxiliar, fruto de la inferencia resultado de las observaciones realizadas, procurando que describan de forma fiable casi con la misma validez un fenómeno particular en diferentes ecosistemas.

### **3.2.1 Justificación del estudio de caso**

Dentro de este análisis comparado, la estrategia de investigación empleada en esta tesis doctoral es la del estudio de caso. Los estudios de caso, consisten en análisis intensivos sobre un sólo objeto que buscan proveer de una detallada descripción sobre cómo las variables interactúan en una cuestión específica y en una instancia concreta de cara a presentar generalizaciones cuya significación y validez vayan más allá del caso particular. La debilidad más frecuente de este tipo de análisis es que no son y no han sido generalmente auténticos análisis comparativos en sentido estricto, sino más bien se han tratado de descripciones o explicaciones intensivas, interpretativas, descriptivas y monográficas de un solo objeto (Bartolini, 1995:44).

Flyvbjerg destaca la potencialidad de los estudios de caso, y reivindica su carácter científico rebatiendo cinco malentendidos clásicos sobre los estudios de caso (Szmolka & de Cueto: 215):

1. El conocimiento general teórico (independientemente del contexto), es más valioso que el conocimiento concreto, práctico (dependiente del contexto).
2. No se puede generalizar sobre la base de un caso individual; por consiguiente el estudio de caso no puede contribuir al desarrollo científico.
3. El estudio de caso es más útil para generar hipótesis, esto es, en la primera fase del proceso completo de la investigación,

mientras otros métodos son más adecuados para la comprobación de hipótesis y la construcción de teoría.

4. El estudio de caso contiene un sesgo hacia la verificación, es decir, una tendencia a confirmar las nociones preconcebidas del investigador.
5. Suele ser difícil resumir y desarrollar proposiciones y teorías generales sobre la base de estudios de caso específicos.

Es por ello, que los estudios de un sólo caso (que no un monográfico), para ser verdaderamente análisis de investigación comparada válidos necesitan constituirse en paradigma científico. Aún conservando su riqueza descriptiva, éstos deben guiarse por una comparación implícita con otros sistemas, poseer una fuerte conexión con teorías derivadas de la experiencia y elegir cuidadosamente el caso concreto con el objeto de que resulte útil para generar hipótesis, buscar conclusiones generales o para confirmar o refutar una hipótesis a partir de la acumulación de evidencias de caso observadas en un objeto particular (Verba, 1967:114).

En esta investigación, como ya hemos comentado en varias ocasiones de este capítulo, para dotarlo de una verdadera científicidad, se construye sobre la conexión de otras experiencias y las conclusiones a las que se llegan, son producto de esa acumulación de evidencias observadas. Y es justamente que la perspectiva comparada guíe y determine los casos, que la entidad concreta sea analizada implícitamente en un contexto teórico de una categoría mayor de casos, lo que lleva a considerar a los estudios de caso como parte del método comparado (Scarrow, 1967:7).

La validez y significación del análisis comparado a partir de un sólo escenario depende de nuestra capacidad para desarrollar una investigación ajustada adecuadamente a un esquema teórico más general, y que pretende servir a la expansión del conocimiento analítico así como testar directamente teorías utilizadas en la disciplina agregando los resultados individuales de un extenso cuerpo de material de estudios de caso en una construcción o estructura teórica coherente (Barrigton, 1966 ; Skocpol, 1979). No hay que olvidar, que el propósito último de los estudios de caso es revelar un patrón de comportamiento de las variables de extensa aplicabilidad que tenga un significado más allá de las fronteras de su ubicación concreta. Por otro lado, hay que seleccionar casos que sean comparables y que representen a diversos escenarios socio-culturales que garanticen la validez de la testación de la teoría (Przeworski y Teune, 1970). Bajo estas condiciones, los estudios de caso han llegado a convertirse en el elemento primario para todo investigador interesado en una directa comparación. Los estudios de caso buscan situar o localizar sus hallazgos en un contexto particular histórico y cultural, más que asumir cierto grado de aislamiento de los eventos o factores que lo rodea. Este empotramiento hace que el estudio de caso mire directamente a la secuencia de eventos que producen un resultado, y no simplemente al resultado final.

No obstante, este rendimiento en términos de entendimiento y comprensión de la política no significa que sea el mejor medio para hacer generalizaciones. El estudio de caso no debe ignorar algunos problemas asociados (Szmolka y de Cueto: 217):

1. El sesgo de la selección: un problema sustantivo de este campo, es la elección de los casos a comparar. El problema surge cuando al elegir qué se va a estudiar o cómo se va a estudiar, se producen u obtienen resultados no representativos, un riesgo que siempre está presente en una disciplina o sujeto generalizante como la Política Comparada en donde gran parte de los estudios emprendidos cubren sólo un pequeño número de variables. Este riesgo, sobre todo, surge como consecuencia no intencionada del proceso de azar a la hora de seleccionar los casos, ante la tendencia de los comparativistas a escoger aquellos con los que se sienten más cómodos y seguros. Aunque para algunos este riesgo de sesgo por selección desaparecería estirando el número de casos bajo estudio, para llegar incluso a incluir a todos ellos, surgiría un sesgo igual de maligno como es el de por selección de variables.
2. Sobrerepresentación de la unicidad, particularidad, especificidad y distintividad del caso analizado, ignorándose tendencias similares y correspondencias con otros casos.
3. Al contar con un solo caso de observación, cada variable de las consideradas en el estudio de caso pueden ser causas de la dependiente. De la misma forma, se puede obviar de la

investigación factores determinantes que invalidan los resultados.

4. Los estudios de caso tienden más a acumular más que a acumular. Sólo sobrevive a la memoria colectiva de la Ciencia Política aquellos estudios que tiene alguna significación general, y muchos de los estudios de caso no la tiene.

Dentro de las distintas tipologías de estudio de caso, nuestra investigación se enmarcaría a la categorización de Hague, Harrop y Breslin (2004), a un estudio de caso representativo. Se trataría de un estudio de caso que se utiliza para ilustrar una hipótesis general, para servir como ejemplo típico y estándar de una categoría más amplia. Su validez científica viene acreditada por realizarse dentro de una proyección comparada que guía y determina que la descripción del caso particular sea moldeada en términos de construcciones analíticas más amplias o generales. Así aunque la teoría ha sido desarrollada fuera del caso particular, éste sirve para ilustrar que la teoría funciona efectivamente.

## **CAPÍTULO 4. CONTEXTUALIZACIÓN DEL OBJETO DE ESTUDIO**

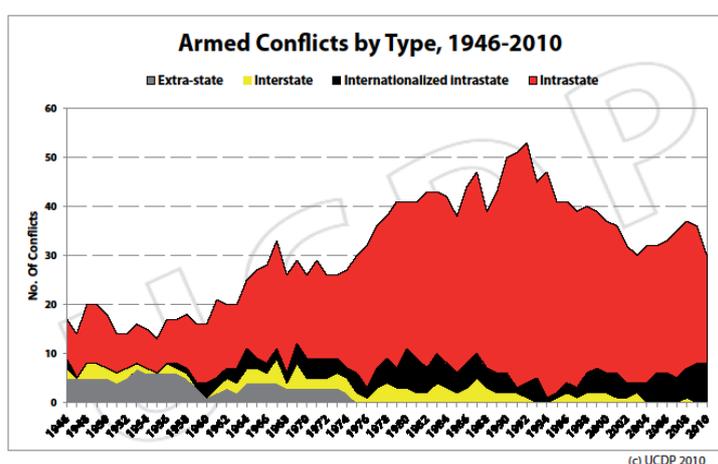
### **Insurgencia, seguridad internacional y el entorno del conflicto armado**

En la actualidad la mayoría de los conflictos armados son intraestatales, pero el calificativo de guerra civil puede resultar insuficiente para explicar su naturaleza (Kaldor, 2001: 13). Dicho término, sugiere la existencia de dos bandos claramente establecidos y organizados que libran un conflicto siguiendo el esquema clásico de guerra entre Estados. Cada uno de ellos posee un gobierno, fuerzas armadas, relaciones exteriores y una población que en mayor o menor medida reconoce su legitimidad y respalda el esfuerzo bélico. La victoria de uno de los contrincantes puede ir seguida de una secesión o de la conquista del gobierno. Estas fueron las pautas que siguieron la Guerra de Secesión americana, la Guerra Civil española, y los primeros conflictos armados de los Balcanes entre Eslovenia, Croacia y la República Federal Yugoslava. Sin embargo, los enfrentamientos que vamos a analizar en este trabajo (en el que proliferan las insurgencias), difieren sustancialmente de las guerras civiles ‘clásicas’. No se trata tanto de la rivalidad entre un gobierno establecido y un centro alternativo de poder que aspira a crear una nueva estructura política, como del desmoronamiento parcial –y, en casos extremos, completo– de las estructuras estatales. A comienzos del siglo XXI esta categoría de conflictos continúa siendo la más numerosa, la que provoca mayor sufrimiento, y la más compleja de resolver.

En la Europa de los siglos XV y XVI la guerra contribuyó a centralizar los recursos y fortalecer el poder de los monarcas,

impulsando así la aparición del Estado moderno. Los conflictos internos actuales se caracterizan precisamente por el proceso contrario. En ellos, el Estado se asemeja cada vez menos a la definición clásica de Weber (1958: 212); es decir, a una comunidad humana que reclama – exitosamente– el monopolio legítimo de la violencia en un determinado territorio. El poder estatal se descompone y da paso a una situación de poliarquía armada, y en el interior de sus fronteras, emergen actores de distinta naturaleza como insurgentes, señores de la guerra, grupos paramilitares, milicias de autodefensa, mercenarios, etc.

### Ilustración 1. Evolución de los diferentes tipos de conflictos armados



Fuente: Themnér & Wallensteen (2010)<sup>12</sup>

<sup>12</sup> Los conflictos armados *intratestatales internacionalizados* son aquellos donde otro Estado, o Estados, participan en el conflicto apoyando activamente con tropas a una de las partes en liza.

La emergencia de estos actores no estatales, relevantes desde el punto de vista de la seguridad y la *proximidad* que genera la globalización, han conducido a la siguiente paradoja. Muchos de los estados que contaban menos desde el punto de vista geoestratégico, los débiles, los que padecían serios problemas de gobernabilidad, los aquejados por conflictos armados internos, y los que se encuentran en el último registro del espectro (los estados fallidos<sup>13</sup>), son precisamente ahora los más relevantes estratégicamente por constituir una fuente de preocupación y de problemas para la comunidad internacional (Fukuyama, 2004: 92).

La existencia de redes de contrabando, de tráfico de armas o de bienes ilícitos que permiten la financiación de actores armados no estatales; la geografía rural o urbana que favorece la creación de santuarios; las vías de entrada y salida de esos territorios que conectan con el mundo desarrollado; los sectores de población desafectos con el sistema y potencialmente reclutables para ejercer la violencia, la ausencia de autoridad estatal, etc, explican por qué tales zonas del planeta pueden convertirse en focos de inestabilidad de carácter regional o incluso global (Rotberg, 2002).

---

<sup>13</sup> El *Fond for Peace* lleva a cabo de forma anual un índice de Estados Fallidos en el que tratan de medir una serie de condiciones que conducen al debilitamiento del gobierno en relación a las demandas económicas, políticas y sociales. Lo que pretende, más que ofrecer un término exacto de Estado Fallido, es evaluar en base a unos indicadores si los Estados responden de manera eficaz a las funciones que le son inherentes. Éste, se descompone en una batería de doce indicadores que se dividen en *sociales*, (presión demográfica, refugiados y desplazados internos; agravios colectivos y migraciones), *económicos*, (desarrollo desigual y fortaleza económica) y *políticos-militares* (deslegitimación del Estado, deterioro de los servicios públicos, violación de los derechos humanos, aparatos de seguridad ilegales y grado de división entre élites). <http://www.fundforpeace.org/global/?q=fsi>

El principal secreto de la paradoja tiene mucho que ver con otra aparente contradicción. El hecho de que, como afirma Thomas Friedman (2006), *la Tierra se ha vuelto plana*: una metáfora que describe gráficamente el acortamiento de distancias que conlleva la globalización. El autor ofrece un sencillo marco de análisis del desarrollo de la globalización que en gran medida explica la importancia estratégica de las zonas caóticas del mundo. Friedman distingue tres etapas en el proceso de globalización. La primera de ellas abarcaría desde el descubrimiento de América en 1492 hasta aproximadamente 1800. La denomina Globalización 1.0. Los protagonistas del proceso de integración mundial fueron los estados, y lo determinante eran los recursos militares y económicos que podía movilizar cada país para realizar nuevas conquistas y aglutinar así el mundo. La segunda etapa es la Globalización 2.0, que se prolonga desde 1800 hasta 2000, con interrupciones debidas a la Gran Depresión y a las dos guerras mundiales. En esta era, la fuerza dinámica que impulsó la integración fue la empresa multinacional. Precedidas por la expansión de las sociedades anónimas holandesas e inglesas y por la Revolución Industrial, las multinacionales se globalizaron en mercado y mano de obra. La integración global se vio impulsada, durante la primera mitad de dicha era por la caída de los costes del transporte, motivada a su vez por la irrupción de la máquina de vapor y el ferrocarril, y durante la segunda mitad por la caída de los costes de las telecomunicaciones, gracias a la expansión del telégrafo, del teléfono, de los satélites y de la primera versión de internet (la denominada a su vez Web 1.0). Fue en esta era cuando nació y se consolidó la economía globalizada. Según Friedamn,

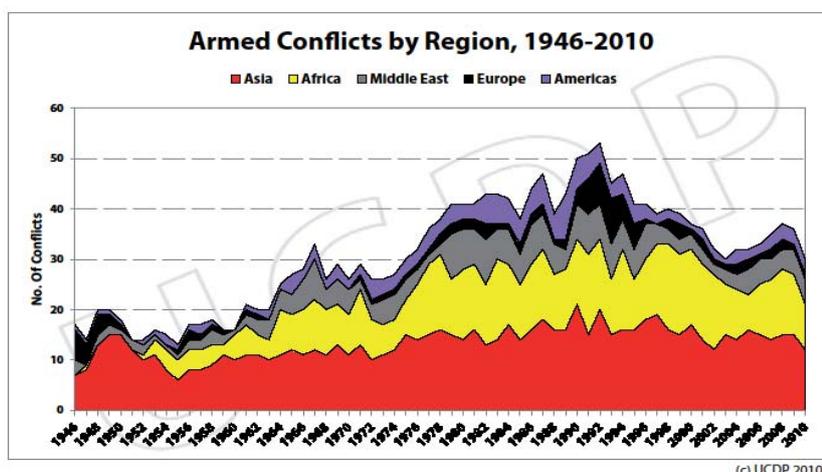
la Globalización 3.0 ha venido de la mano de internet y del comercio electrónico. Si la fuerza dinámica de la Globalización 1.0 eran los países en proceso globalizador, y la de la Globalización 2.0 eran las empresas en proceso globalizador, la fuerza dinámica de la Globalización 3.0, es decir, el rasgo que le confiere su carácter único, es el poder de los individuos para colaborar y competir a escala global. La palanca que está posibilitando que individuos y grupos se globalicen con tanta facilidad son los programas informáticos, unidos a la creación de una red global de fibra óptica que nos ha puesto a todos puerta con puerta. Pero la Globalización 3.0 no sólo se diferencia de las anteriores en el poder del que se está dotando al individuo. Se diferencia también en que tanto la Globalización 1.0 y 2.0 estuvieron impulsadas inicialmente por individuos y empresas europeos y norteamericanos, pero en adelante esto será cada vez menos cierto. La Globalización 3.0 cada vez más estará impulsada por un conjunto de individuos mucho más variopinto de todos los rincones del planeta que ya están dotándose de poder. La Globalización 3.0 hace posible que mucha más gente se conecte y entre en la partida (Friedman, 2006: 19-21). Esta transformación tiene implicaciones claras desde el punto de vista de la seguridad, ya que resulta evidente que el *aplanamiento* de la Tierra no sólo permite que colaboren los usuarios de YouTube o de la Wikipedia. Esta nivelación del terreno de juego también facilita las transacciones de mafias transnacionales y las redes terroristas e insurgentes globales.

Son pocos los estados que a día de hoy, (o en el horizonte temporal cercano), se atreverían a desafiar directamente a los países OTAN, realizando ataques directos contra sus tropas o contra objetivos civiles

dentro de su propio territorio. Son más, sin embargo, los grupos armados no estatales que utilizan los estados débiles o las áreas sin ningún tipo de control para realizar desde ellos ataques armados directos contra territorios occidentales (por ejemplo, mediante el lanzamiento de cohetes) o para preparar y ejecutar atentados terroristas a miles de kilómetros de distancia. Hezbolá en el sur del Líbano y Hamás en Gaza contra Israel; Al Qaeda desde el Afganistán de los talibanes, y actualmente Al Qaeda y los talibanes desde Afganistán y sur de Pakistán; los insurgentes de diverso signo en Irak; distintos grupos yihadistas desde Yemen, Somalia, sur de Argelia y norte de Mali, Mindanao, Chechenia, etc. Todos ellos son ejemplos de la amenaza que puede suponer para la seguridad la ausencia de un estado fuerte en dichas regiones, combinada con las oportunidades que ofrece la Globalización 3.0 en términos de coordinación, propaganda, intercambio de experiencias y flujo de personas entre fronteras.

Todas estas razones explican el hecho de que los estados parcial o completamente fallidos situados en áreas de inestabilidad endémica de América Latina, África, Asia Central y algunas zonas de Asia Pacífico, así como los conflictos endémicos de Oriente Medio (que favorecen la radicalización de miles de individuos en las cuatro esquinas del planeta) ocupen actualmente los primeros puestos de la agenda de seguridad internacional. Y lo más probable es que se mantengan en dicha posición durante el primer tercio del siglo XXI.

## Ilustración 2. Evolución de los conflictos armados no estatales por regiones



Fuente: Themnér & Wallensteen (2010)

El futuro es por supuesto impenetrable y este trabajo no va a ser capaz de rasgar el velo que lo oculta. No se puede descartar que en el horizonte próximo estalle un conflicto convencional como tampoco hay que olvidar que la interconexión creciente de los mercados, de los flujos financieros y el *outsourcing* de las medianas y grandes empresas están creando un colchón compartido de intereses que hacen ese tipo de conflictos muy poco probables (Friedman, 2006). Sin embargo consideramos que las amenazas a la seguridad internacional presentes, están mayormente vinculadas a la amenaza estratégica que grupos insurgentes y terroristas representan, y que las acciones en el contexto de la Comunidad Internacional pasan por la detección, persecución y neutralización de tales grupos, así como en la privación de santuarios en

zonas del planeta que escapan al control de los estados, y que grupos insurgentes y/o terroristas pueden utilizar con fines de refugio, entrenamiento, financiación y adquisición de armas.

**Ilustración 3. Áreas de inestabilidad presente y futura<sup>14</sup>**



Fuente: Barnett (2004)

Los factores que explican la ruina parcial o total de las estructuras estatales son de diferente naturaleza (Gleditsch & Ruggeri, 2010: 299). Por un lado, estarían los *agravios*, que agudizan el conflicto social y que a su vez pueden estar relacionados con la pobreza, desigualdad económica, exclusión étnica, carencia de derechos políticos y libertades

---

<sup>14</sup> Como puede observarse, Thomas Barnett sitúa las áreas de posible conflicto (mayoritariamente internos) en las zonas parcial o completamente desconectadas del mundo globalizado. El resto de países gozarían de una situación más estable gracias a la infinidad de vínculos comerciales, financieros, empresariales, culturales y humanos creados e intensificados gracias a la globalización

civiles, y con aspiraciones frustradas por la distancia existente entre el estatus social y económico real y el esperado. Del otro, las *condiciones*, que facilitan la movilización de los potenciales insurgentes y que se encuentran asociadas tanto a los incentivos que ofrece unirse a la rebelión, como a la capacidad del Estado para elevar los costes de hacerlo y disuadir a quienes se inclinan a favor de la protesta. Pero antes que a las motivaciones concretas de aquellos que cuestionan con las armas la autoridad estatal, conviene prestar atención a las condiciones que rodean el escenario del conflicto. Motivaciones y condiciones son importantes pero estas últimas resultan más fáciles de medir y comparar entre casos, y además son imprescindibles para que las aspiraciones de los insurgentes de diverso signo, puedan materializarse en una contestación armada y efectiva al poder central.

Los factores políticos desempeñan un papel esencial en la comprensión de los conflictos internos. El primero de ellos es la capacidad del Estado. De modo general se entiende como *capacidad* del Estado, la habilidad para formular e implementar estrategias que le permitan alcanzar objetivos económicos y sociales en el ámbito de su propia sociedad. El trabajo de Theda Skocpol (1985) se ha convertido en un referente en la materia, en donde identifica cinco componentes clave (el grado de soberanía y control del territorio, los recursos financieros, los funcionarios leales y competentes, el control militar y burocrático estable y la autoridad y mecanismos institucionales que le permitan emplear los recursos disponibles) para determinar la capacidad estatal.

Aquellos gobiernos que disponen de recursos financieros y de una administración eficaz e implantada en todo su territorio se encuentran en

mejores condiciones de satisfacer las necesidades básicas de su población y de reducir los incentivos que ofrece la violencia política a gran escala. Al advertir las tensiones sistémicas que generan determinados agravios, los Estados capaces pueden afrontar los problemas subyacentes y cooptar a los sectores críticos respondiendo a sus demandas. De este modo, dificultan que quienes pretenden iniciar una insurgencia superen los problemas asociados a la acción colectiva (Sobek, 2010: 267). Los Estados que proporcionan bienes públicos tienen menos probabilidades de verse envueltos en guerras civiles. Entre dichos bienes, sobresale la partida dedicada a educación, pues transmite el mensaje de que el gobierno pretende mejorar la vida de sus ciudadanos, lo que contribuye a reducir los agravios incluso en periodos difíciles. A la vez, la mejora en educación sienta las bases del desarrollo económico, social y político (Thyne, 2006). Por el contrario, la escasez de inversiones públicas reduce la implantación de la administración estatal sobre el conjunto del territorio, y dificulta la satisfacción de demandas sociales en materia de seguridad, educación, empleo, sanidad, bienestar e infraestructuras. Los individuos no se sienten protegidos ni identificados con el Estado y anteponen con facilidad su lealtad al grupo de los *suyos*: los de la misma aldea, valle, clan, tribu, etnia, etc. Por otra parte, los Estados fuertes cuentan con recursos coercitivos eficaces con los que disuadir o neutralizar la actividad insurgente en sus etapas iniciales, lo cual requiere tanto presencia policial y militar sobre el terreno, como conocimiento local sobre lo que está sucediendo. Por el contrario la ineptitud y la corrupción policial y militar favorecen la aparición de la insurgencia, pues además de privar al gobierno de medios

de reacción, tales deficiencias suelen estar asociadas a una represión brutal e indiscriminada y a abusos sobre la población (del tipo extorsión económica a cambio de protección) que contribuyen a avivar el levantamiento (Fearon & Laitin, 2003). Por ejemplo, el Ché Guevara escogió Bolivia para fomentar la insurgencia porque la inteligencia cubana valoró que las fuerzas de aquel país eran las peor organizadas y entrenadas de toda América Latina (Hendrix, 2010: 274). En caso de que se desate el conflicto, la capacidad del Estado también es una variable relevante a la hora de predecir a favor de quién se inclinará la balanza. Y, si llega el momento de negociar la paz, la eficacia y fortaleza de las estructuras estatales resultará imprescindible para el cumplimiento efectivo de los compromisos (Sobek, 2010: 267-268). Por último, la capacidad del Estado atenúa el riesgo de propagación de conflictos cercanos geográficamente en la medida en que es capaz de absorber pacíficamente los flujos de refugiados, y de bloquear consecuencias derivadas de guerras cercanas como el tráfico de armas o el intento de establecer bases en su territorio por parte de alguno de los contendientes. En este sentido, destacan dos aspectos a la hora de evitar el contagio. Por un lado, lograr el despliegue de fuerzas que aseguren las fronteras, gestionen correctamente la llegada de refugiados y eviten la entrada y salida de armas, de bienes ilícitos y de violencia y del otro, conseguir que su población continúe participando a través de los cauces políticos legales y no trate de emular la rebelión de sus vecinos (Braithwaite, 2010:313).

Otro factor político que influye en el inicio de los conflictos armados internos es el grado de democratización. Son más vulnerables los

regímenes que combinan elementos democráticos y no democráticos. Las democracias consolidadas ofrecen canales institucionalizados de participación política que reducen el atractivo de la lucha armada. Por su parte, los Estados totalitarios y autoritarios altamente represivos constituyen terrenos poco fértiles para una movilización rebelde por su manera expeditiva de sofocar los levantamientos. Así se observa en las operaciones de castigo del régimen de Saddam Hussein contra los kurdos del norte en las décadas de 1980 y 1990, o en la represión de los islamistas sirios en la ciudad de Hama en 1982 por las fuerzas de Hafez el Assad, que provocó más de veinte mil muertos en pocos días. Una dureza que ha sido emulada por parte del régimen liderado por su hijo, Bashar Al Assad, en 2011. Pero son precisamente los regímenes que se sitúan en un punto intermedio de la escala de libertades políticas y, en especial, aquellos que atraviesan un proceso de transición a la democracia o al autoritarismo, quienes tienen mayor riesgo de conflicto interno (Cederman, Hug & Krebs, 2010: 387). Se trata de sistemas que por un lado permiten altos niveles de participación política pero que, por otro, no ofrecen mecanismos institucionales adecuados para canalizar las demandas populares (Hendrix, 2010: 276). Al mismo tiempo, las élites políticas del gobierno y de la oposición pueden tratar de fomentar la movilización social mediante la polarización y la creación de enemigos internos y externos, con lo que ello supone en términos de tensiones sistémicas (Manfield & Snider, 1995). A veces también se producen intentos de transición irregular (golpes de Estados o formación de un nuevo gobierno saltándose los trámites institucionales), auspiciados por facciones del propio régimen o de la oposición, que incrementan las

probabilidades de conflicto. En un análisis realizado sobre las guerras civiles libradas entre 1946 y 2004, Gleditsch y Ruggeri (2010: 304-305) constatan que la proporción de conflictos internos en países que han experimentado una transición irregular el mismo año o el anterior al conflicto es significativamente superior (12%) a la de los conflictos iniciados en países que no han pasado por semejantes situaciones (4%). Los procesos irregulares son a menudo un síntoma de la debilidad del Estado y una ventana de oportunidad política para los adversarios del régimen.

En tercer lugar, los factores políticos externos también afectan el origen de algunas guerras de desintegración. El apoyo que los insurgentes reciben de Estados vecinos o de potencias extranjeras puede tener un carácter más o menos explícito. Desde permitir el paso y ofrecer refugio en zonas fronterizas, hasta la financiación y suministro de armas e, incluso, la participación de fuerzas militares en combinación con los rebeldes (momento en que el conflicto interno se convierte en *conflicto interno internacionalizado*). Esta dinámica se ha dado de alguna manera en muchas de las guerras civiles de África Subsahariana, Asia Central y la América Andina. El apoyo a la insurgencia se convierte así en un instrumento de política exterior entre vecinos mal avenidos, que en ocasiones también padecen síntomas similares de debilidad y descomposición. Por ejemplo, durante la rebelión contra el régimen congolés de Laurent Kabila en agosto de 1998, las fuerzas de Ruanda y Uganda invadieron el país en apoyo de los insurgentes, mientras que las de Angola y Zimbabue intervinieron en apoyo del dictador, a las que posteriormente se unieron las de Namibia, Chad y Sudán (Callaghy,

2001). La decisión de Angola se debía al temor de que la guerrilla de la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA) pudiera utilizar la República del Congo como refugio, mientras que la de Zimbabue respondía a intereses meramente económicos. A su vez Ruanda había prestado en su día un apoyo crucial a la rebelión de Kabila contra el régimen de Mobutu, pero se enemistó contra el nuevo dictador cuando éste expulsó del país a los altos mandos militares tutsis ruandeses (Olsson & Fors, 2004). Otro ejemplo más recientemente, ha sido el apoyo de la Alianza Atlántica y de algunos países árabes a la sublevación contra Gadafi en 2011, aunque un año después de la intervención militar todavía está por ver el grado de consolidación del nuevo régimen.

Otro factor internacional de peso, especialmente en la primera mitad de la década de 1990 (cuando se alcanzó la cota más elevada de este tipo de conflictos) fue el cese de la ayuda exterior que muchos países del Tercer Mundo recibían al formar parte de los juegos de alianza y contención de la Guerra Fría. El apoyo en forma de dinero, armas y asistencia militar apuntaló Estados débiles y permitió contener diversos conatos de insurgencia. Pero una vez terminada la rivalidad entre bloques, la falta de interés de las grandes potencias interrumpió esos canales de vida artificial. Como consecuencia las autoridades de algunos países se encontraron sin medios financieros para conquistar el apoyo de sus poblaciones y sin capacidad militar para frenar los intentos de derrocarlos (Ortiz, 2001). El fin del régimen de Mobutu que acabamos de comentar responde también a esta secuencia. Ni Estados Unidos ni Bélgica (antiguos valedores del dictador zaireño) fueron en su auxilio en

1997. Sólo Francia, atemorizada ante la posibilidad de que el nuevo régimen de Kabila implantara el inglés en el país, mantuvo su apoyo hasta el final (Olsson & Fors, 2004: 325).

No obstante, conviene señalar que el fin de la Guerra Fría no explica por sí sólo el aumento de la conflictividad al periodo que siguió inmediatamente posterior. Antes de la caída de la Unión Soviética ya existía un número elevado de conflictos. Y la tendencia al alza y la acumulación (por la prolongación en el tiempo de muchas de ellos) se había iniciado al terminar la Segunda Guerra Mundial (Fearon & Laitin, 2003: 75).

Además de las variables explicativas de carácter político, las circunstancias económicas también influyen en el inicio y desarrollo de los conflictos de desintegración. Las guerras civiles tienen su escenario mayoritariamente en países pobres. Una vez que se alcanza un nivel de ingresos medio o superior, se reducen sensiblemente las posibilidades de que se desencadene un conflicto de estas características (Collier, 2003: 40). La precariedad económica se convierte así en un peligroso factor de riesgo para el ejercicio de la soberanía estatal dentro del territorio, similar a los efectos de la desnutrición sobre un cuerpo humano. Las defensas se debilitan y los enemigos del Estado cobran fuerza. Además, si los ejércitos y agencias policiales se encuentran desmotivados y mal pagados, no es extraño que en algunos casos acaben recurriendo al saqueo de la población y al tráfico de armas, o que sencillamente se pasen al bando rebelde. En muchos casos el equipo militar y el adiestramiento de las fuerzas estatales son precarios, de manera que la ventaja cuantitativa o cualitativa sobre los insurgentes es reducida. El

número de aviones y helicópteros de combate es ínfimo o inexistente. Las unidades de tierra suelen también carecer de equipo pesado y de multiplicadores de fuerza como visores nocturnos, sistemas de comunicaciones o auténticas unidades de operaciones especiales.

A veces la precariedad de recursos públicos se debe a su injusta distribución. Es el caso de los gobiernos cleptómanos, donde los dirigentes consideran que las riquezas del país forman parte de su patrimonio personal. Desgraciadamente han abundado ese tipo de ejemplos: Felix Houphouët-Boigny, principal promotor de la independencia de Costa de Marfil, y primer presidente del país hasta su muerte en 1993; Charles Taylor, ex-guerrillero, señor de la guerra y ex-presidente de Liberia; Mobutu Sese Seko en Zaire; Robert Mugabe en Zimbabue; Angel Félix Patassé en la República Centroafricana, etc. Debilidad económica y fragilidad política se encuentran entrelazadas, pues aun en los casos en los que el país es rico en recursos naturales (diamantes, madera o fuentes energéticas) la mala gestión y la corrupción de las élites pueden impedir que la explotación de esas riquezas se traduzca en desarrollo social y fortalecimiento de la administración del Estado.

Pero los agravios no son el único motivo de la lucha armada por el reparto de la riqueza nacional. En el análisis cuantitativo que lleva a cabo Paul Collier (2000) de las guerras civiles entre 1960 y 1999 se le concede más importancia explicativa a la *avaricia* de las distintas facciones armadas (que ganan y pierden sucesivamente el poder), antes que a las injusticias entre grupos étnicos. Se trata de una de las

motivaciones más comunes entre los señores de la guerra<sup>15</sup> que combaten en contextos con abundancia de recursos naturales (Murshed, 2002). Por otra parte la pobreza generalizada, combinada con la incapacidad estatal, disminuye los costes del apoyo personal a la insurgencia. Los campos de refugiados, las aldeas depauperadas en épocas de hambruna, y las barriadas marginales repletas de jóvenes en paro proporcionan miles de voluntarios a los grupos insurgentes, señores de la guerra y a las bandas armadas incontroladas. África es el Continente más joven del mundo. En 2010 el cuarenta por ciento de su población tenía menos de quince años, y en algunos países espacialmente afectados por el SIDA cientos de miles de niños quedan huérfanos a edades muy tempranas (United Nations Statistics Division, 2010). Las raíces políticas del conflicto se combinan entonces con otras motivaciones más primarias como la lucha por la supervivencia, la codicia y la desesperación. Reclutar voluntarios para la guerrilla resulta

---

<sup>15</sup> Los señores de la guerra surgen, sobre todo, a partir de la crisis de algunos Estados que, dada su precaria situación a la hora de cubrir las expectativas mínimas de su poder soberano, pueden ser considerados como Estados fallidos. Es frecuente que aparezcan en zonas en las que se mantienen vivas las expresiones de sociedades pre-estatales del tipo de tribus y clanes. Ambas realidades tienen puntos en común. Su peso específico es inversamente proporcional al del Estado. Ahora bien, la relación de los *warlords* con esas estructuras tradicionales es, como mínimo, ambigua. Lo que sí parece evidente es que las lagunas del poder estatal no son las únicas que favorecen la aparición de *warlords*. En realidad, también coadyuvan a ello las lagunas –si bien menos estudiadas– existentes en las propias tribus y clanes, en la medida que la autoridad que las sostiene está muy erosionada tras los muchos años de colonización, de guerras civiles y de excesos de todo tipo, como consecuencia de lo cual también cotizan a la baja los mecanismos tradicionales de resolución pacífica de controversias antaño vigentes en esas comunidades. (Baqués, 2011: 126-127)

más sencillo cuando el resto de alternativas económicas son comparativamente peores (Fearon & Laitin, 2003: 80).

Además de los factores señalados, los efectos más graves sobre el desarrollo se derivan de la propia dinámica de desintegración estatal. Como señala Mary Kaldor (2001: 90-91) la economía de estas guerras difiere por completo de la centralización, producción industrial masiva e incluso autarquía de los conflictos entre Estados, como sucedió por ejemplo durante la Primera y Segunda Guerra Mundial. Al venirse a pique la economía nacional en las áreas afectadas por el conflicto, los diversos grupos armados recurren a prácticas económicas irregulares como el saqueo, la extorsión (dinero o bienes a cambio de seguridad), el secuestro, la explotación y comercio de materias primas, el robo y redistribución de ayuda humanitaria, etc. De este modo, la naturaleza política de la guerra se combina con el crimen organizado y con el empleo de la violencia con fines particulares, y en algunos casos se ve en gran medida suplantada por estos últimos.

Esos sistemas de financiación tienden a prolongar el conflicto, pues además de devastar el país, proporcionan autonomía financiera a los actores armados no estatales. Los rebeldes pueden adquirir por ellos mismos los medios para luchar, sin que resulte indispensable contar con el apoyo de otros gobiernos. La existencia de recursos naturales en áreas accesibles a los insurgentes se convierte en una variable predictora sobre las probabilidades de inicio y duración del conflicto. Por ejemplo, si los rebeldes se hacen con el control de zonas de explotación de diamantes, el conflicto se prolonga dos veces y media más que el resto. Otras riquezas naturales utilizadas en la financiación de la guerra son maderas

preciosas, estupefacientes (la adormidera, el cannabis y la planta de coca), e incluso los hidrocarburos pues, como sucede en Nigeria, los rebeldes roban el petróleo de los oleoductos en la zona del Delta y después lo venden a barcazas escondidas en los manglares (Lujala, 2010: 26).

El dinero permite a su vez el acceso al mercado ilegal de armas ligeras. Se trata de un sector muy descentralizado donde es difícil ejercer un control riguroso de los intercambios comerciales. Cada año más de un millar de empresas, en aproximadamente un centenar de países, producen cerca de medio millón de armas ligeras, con o sin licencia. En 2011 los cinco últimos países en el barómetro sobre la transparencia de este tipo de comercio eran Corea del Norte, Irán, Sudáfrica, Arabia Saudí y la Federación Rusa (Small Arms Survey, 2011: 17).

Las armas ligeras se caracterizan además por su resistencia, por el hecho de que pueden ser transferidas de un país en guerra a otro (en ocasiones cambiando incluso de Continente) a través de grupos del crimen organizado que las compran y revenden. A ello se añade la venta ilegal de armas por miembros de fuerzas armadas de países en desarrollo, el saqueo de los arsenales oficiales en los países donde el régimen ha colapsado (se calcula que en Irak la población civil se hizo con cerca de siete millones de armas ligeras en los meses posteriores a la guerra de 2003), así como la capacidad que han adquirido algunos grupos insurgentes para fabricar armamento con sus propios medios.

Junto a la economía y el contexto político, otra variable a destacar en el entorno del conflicto armado es la etnicidad. Se entiende como grupo étnico aquel que es conocido mediante un nombre común, que cuenta

con descendencia presuntamente similar, y con una cultura y memoria histórica compartida (en especial, lengua y religión). No existe acuerdo sobre el número de grupos étnicos existentes en el mundo. Algunos autores sitúan la cifra en torno a 820 repartidos en un total de 160 países (Fearon & Laitin, 2003:1). Aproximadamente un tercio de ellos (275 en 116 países) se encuentran en situación de desventaja social (las denominadas *minorías en riesgo*). Pero la mayor parte de las veces la existencia de minorías en un país no se encuentra asociada a la violencia y ni siquiera a conflictos políticos. La discriminación por parte del Estado contra grupos minoritarios tampoco supone en sí misma un riesgo mayor de guerra civil. Cuando se compara ese factor entre Estados con un nivel de renta per cápita similar se observa que dicha expectativa no se encuentra fundada (Fearon & Laitin, 2003). En 1995 más de la mitad de las minorías étnicas en situación de riesgo mostraban escasa actividad política. Sólo un 18 por cien participaban en pequeñas revueltas y un 8 por cien en rebeliones a gran escala (Kaufman, 2008: 204-205). Algunas perspectivas asociadas a los conflictos étnicos consideran la etnicidad como una identidad primordial, esencialmente inmutable, idea respaldada bien por la existencia de grupos étnicos con una historia de cientos e incluso miles de años, por la tendencia a que las identidades se refuercen por dinámicas grupales, o el hecho de que las personas suelen mantenerse en las identidades (particularmente en los aspectos lingüísticos y culturales) que recibieron de sus padres.

Desde este punto de vista, los conflictos étnicos se basarían en odios ancestrales, imposibles de erradicar y muy difíciles de gestionar. Sin embargo, las identidades étnicas son fenómenos construidos socialmente

que cambian con el tiempo, y que pueden aparecer o desaparecer, especialmente en momentos de crisis. Por ejemplo, a principios de la década de 1990 los ucranianos y rusos de la región Transnistria de Moldavia se presentaron como ‘rusófonos’, con el fin de resistir a la presión étnica de los moldavos. Al mismo tiempo, cuando Yugoslavia colapsó en 1991, los individuos que hasta ese momento se autodenominaban yugoslavos, pasaron a resaltar su identidad de serbios, croatas o miembros de otros grupos. Por otra parte, muchas personas poseen identidades múltiples, que se solapan o se entremezclan (al formar subgrupos dentro de grupos mayores). Por ejemplo, numerosos ciudadanos estadounidenses de origen cubano y católicos, pueden destacar una identidad sobre otra dependiendo de la situación. Cuando escuchan al Papa es probable que respondan como católicos, cuando ven al Presidente como ciudadanos de Estados Unidos y como cubano-americanos cuando opinan sobre la política que debería mantener Washington con respecto al gobierno de La Habana. La adaptación de la identidad y del uso político de ella a las distintas situaciones, lleva a que algunos autores consideren la identidad étnica como una realidad meramente instrumental y no primordial. Desde esta perspectiva, y en términos generales, las personas siguen a los líderes étnicos en función de sus intereses y, a su vez, dichos líderes tratan de generar solidaridades étnicas al servicio de su propia agenda. Por ello, los conflictos étnicos serían más bien una consecuencia de la instrumentalización de la identidad –y de las redes sociales que vertebran los grupos étnicos– por parte de determinadas élites, con el fin de movilizar apoyos a favor de sus causas (Kaufman, 2008: 202-203).

Por tanto, y se trata de una conclusión contraintuitiva, el factor principal a la hora de determinar la probabilidad de guerra civil no es tanto la disparidad étnica de un país y la existencia de agravios generales asociados a ella, como la existencia de condiciones que favorecen la insurgencia entre las que destaca de manera sobresaliente la ya comentada debilidad del Estado (Fearon & Laitin, 2003). La peculiaridad de los conflictos étnicos radica entonces en el modo en el que se manifiestan. Los agravios políticos y económicos se expresan en términos étnicos, los alineamientos se adoptan en función de la pertenencia a dichos grupos y los líderes de las diferentes facciones tratan de movilizar a sus potenciales seguidores invocando mitos colectivos, demonizando a los miembros de la etnia rival y, a veces, agitando el fantasma del peligro de extinción con el fin de presentar su lucha como legítima defensa y necesaria. La reivindicación más común suele ser el control del poder en un determinado territorio, mediante la secesión, la demanda de mayor autonomía o el asalto al gobierno (en el caso de una mayoría gobernada hasta entonces por una minoría, como, por ejemplo, en Burundi, entre la mayoría hutu y el gobierno tutsi) (Kaufman, 2008: 205).

Una particularidad extrema de algunos conflictos étnicos es el genocidio. Se trata de esfuerzos coordinados para acabar con la existencia total o parcial de determinados grupos nacionales, tanto de sus miembros individuales como de sus instituciones sociales, culturales, lingüísticas y religiosas. El grado de destrucción necesario para que un conjunto de acciones violentas sean calificadas de genocidas es objeto de debate académico, político y legal (Jones, 2008).

La magnitud de los conflictos de desintegración varía según los casos pero por regla general responden al modelo de guerra total, sin distinción entre combatientes y no combatientes, ni respeto a ciudades o a edificios de valor cultural o religioso<sup>16</sup>. En algunos conflictos étnicos ese contenido simbólico los convierte en víctimas seguras de la destrucción. La población civil también suele ser blanco de los ataques. En ocasiones porque pertenecen a una etnia, tribu o religión diferente., otras, para crear terror y controlar a la población de la zona, y muchas veces, sólo para saquear y violar. Mary Kaldor (2001: 100) estima que, si a comienzos del siglo XX entre el 85 y 90 por ciento de las bajas eran militares (en los conflictos librados en suelo europeo), en las guerras intraestatales, los civiles representan casi el 80 por ciento de las víctimas. Las dificultades para extraer información fiable y sistematizada

---

<sup>16</sup> Michael Ignatieff (2003) y Robert Kaplan (2002), dos escritores que han sido testigos directos de escenarios de desintegración estatal, destacan la ausencia de restricciones morales en los contendientes de ese tipo de guerras. Kaplan afirma que no son *soldados* (con la carga semántica de disciplina y profesionalidad que esta palabra implica en Occidente), sino *guerreros*: primitivos erráticos, hombres de lealtad voluble, acostumbrados a la violencia y sin intereses en el orden civil. Michael Ignatieff atribuye dicha barbarie a la desaparición del *honor del guerrero*. Una identidad peculiar que han poseído los combatientes a lo largo de la historia, que se alimenta del espíritu de cuerpo y del respeto ético hacia determinadas normas. Ese código es el que tradicionalmente ha distinguido entre combatientes y no combatientes, objetivos legítimos e ilegítimos, armas morales e inmorales, costumbres bárbaras y civilizadas. Normas que en la práctica han sido violadas con la misma frecuencia con que se han observado, pero que establecen un sentimiento de respeto mutuo y honorabilidad entre aquellos que combaten. El encuadramiento en organizaciones militares no asegura el cumplimiento de ese tipo de leyes. Pero al menos la disciplina y la jerarquía de los ejércitos contienen y canalizan la violencia ciega que genera la interacción de miles de hombres armados. Según Ignatieff, esos elementos de control están ausentes en las bandas de jóvenes con RayBan, ropa ceñida, y a menudo drogados, que luchan en las guerras de desintegración. Además del incremento de víctimas civiles, la brutalidad de los conflictos internos se manifiesta en los ataques contra trabajadores humanitarios, después de décadas de relativa inmunidad en escenarios de conflicto.

de las zonas de conflicto hacen imposible conocer con certeza el número y proporción de civiles fallecidos. Sobre todo porque es de suponer que un porcentaje considerable de esas muertes se refiere a víctimas indirectas; es decir, mujeres, ancianos y niños que sucumben como consecuencia de las enfermedades y de la desnutrición provocada o intensificada por los desplazamientos que provoca el conflicto.

En algunos casos las cifras que se barajan son escalofriantes. Desde 1998 hasta 2006 murieron más de tres millones de personas en el conflicto del Congo; en Sudán más de dos millones (el último estallido de violencia en la región de Darfur en 2003 provocó según algunas fuentes 400.000 víctimas mortales); en Angola los enfrentamientos desde su independencia en 1975 hasta 2002 provocaron un millón de muertos; en Ruanda el genocidio contra los tutsis provocó otro millón; en Liberia doscientos mil; y trescientos mil en Burundi. Los efectos económicos ya se han comentado páginas atrás y también son devastadores. La espiral de violencia destruye muchas de las iniciativas de desarrollo puestas en pie durante años y retrasa las oportunidades de recuperación. Un problema asociado a numerosos conflictos internos es que los menores de edad acaban viéndose envueltos en la espiral de violencia. En 1998 se estimaba que había 300.000 adolescentes de ambos sexos participando en conflictos armados; un número que se mantuvo relativamente estable hasta el año 2004, momento a partir del cual se redujo el número de países en guerra con niños soldados (se pasó de 27 en 2004 a 17 a finales de 2007) (Coalition to Stop the Use of Child Soldiers, 2008). En determinados casos los niños soldados luchan encuadrados en las fuerzas del gobierno; en otros, en milicias de

autodefensa o en las filas de los insurgentes y de los señores de la guerra. No todos portan armas y combaten de manera directa. Algunos actúan como mensajeros, informadores, reclutadores, instructores o mandos de otros niños soldados. Con frecuencia las niñas son convertidas en esclavas sexuales. Aunque algunos son obligados a enrolarse, muchos se convierten en niños soldados para subsistir en un medio empobrecido y caótico. Reciben protección y alimento a cambio de participar en la lucha. En ocasiones, como sucede por ejemplo con los talibán y anteriormente con los Tigres Tamiles en Sri Lanka, los menores son socializados en una cultura de violencia que les incita a convertirse en combatientes (Brocklehurst, 2007).

Por último, las guerras civiles se caracterizan por su prolongación en el tiempo, sobre todo si se comparan con los enfrentamientos entre Estados. No obstante, en el periodo posterior a la Guerra Fría los episodios de conflicto duran menos que los de la etapa anterior: 141 finales de conflicto interno entre 1946 y 1989, frente a 147 entre 1990 y 2005 (lo cual explica el descenso del número total de conflictos, reflejado en la ilustración 1). En parte esta tendencia se debe a que algunos conflictos de la Guerra Fría eran guerras por delegación (*proxy wars*), donde las superpotencias sostenían a los beligerantes y prolongaban la lucha. También contribuye a acelerar el fin de los conflictos actuales una mayor voluntad y competencia de la comunidad internacional a la hora de mediar en ellos, y de contribuir a los procesos de paz con el despliegue de cascos azules (Kreutz, 2010).

Las características que hemos venido analizando explican la complejidad asociada a la resolución definitiva de las guerras civiles.

Normalmente son conflictos que enfrentan a múltiples actores, lo que dificulta llegar a acuerdos que satisfagan a todas las partes. También es habitual que ninguno de ellos sea capaz de prevalecer militarmente sobre los otros y que cada uno se haga fuerte en áreas concretas con fronteras más o menos definidas. Se genera además una dinámica económica que vuelve rentable la guerra para algunos de sus protagonistas (narcotraficantes, señores de la guerra, vendedores de armas, ciertos sectores del gobierno, etc.). En otros casos, aunque se llegue a un acuerdo, algunas de las partes son después incapaces de aplicarlo en su zona sin recurrir al empleo del terror, su principal instrumento de control hasta ese momento (Kaldor, 2001). Otro factor que contribuye a la prolongación de las guerras civiles es la intervención de un país apoyando a alguno de los contendientes (aunque con una agenda propia) y, por lo general, de lado de las fuerzas contrarias al gobierno (una práctica que como ya hemos señalado fue común durante la Guerra Fría).

**Tabla 1. Final de los conflictos armados internos<sup>17</sup>**

	1946/1989		1990/2005	
<b>Acuerdo de paz</b>	12	8.5%	27	18,4%
<b>Alto el fuego</b>	2	1.4%	29	19,7%
<b>Victoria</b>	82	58.2%	20	13,6%
<b>Otros resultados</b>	45	31.9%	71	48,3%
<b>Total</b>	141	100%	147	100%

El fin negociado de los conflictos internos se distingue del de las guerras entre Estados en que uno de los contendientes (en el caso de que sean sólo dos actores en liza) debe desarmarse y dejar de existir como grupo combatiente. Esto requiere que el Estado cuente con la capacidad suficiente para implementar los acuerdos de paz. Pero como ya hemos

---

<sup>17</sup> Acuerdo de paz: acuerdo concerniente a la resolución del conflicto, firmado y/o públicamente aceptado por todos, o los principales actores, que han participado en él. Alto el fuego: acuerdo entre las partes que pone fin a las operaciones militares pero sin resolver el conflicto.

Victoria: uno de los bandos es derrotado, eliminado o deja de combatir anunciando públicamente su rendición.

Otros resultados: el conflicto finaliza sin victoria, acuerdo de paz u otro tipo de arreglo. Por ejemplo, la lucha puede continuar pero sin sobrepasar las 25 muertes al año en combate necesarias para que un enfrentamiento se catalogue como conflicto armado en la base de datos del UPDC. Otra razón es que una de las partes se retire por motivos tácticos, por un cambio en el liderazgo o decida perseguir sus objetivos mediante una estrategia no violenta.

visto, dicha situación es más la excepción que la norma en este tipo de escenarios. Como consecuencia, suele ser necesaria la intervención de una tercera parte que ayude a poner en práctica el proceso de paz; e incluso así –sobre todo, si la debilidad del Estado es extrema, como ha sucedido por ejemplo en Somalia o Burundi– la intervención extranjera tampoco garantiza la finalización definitiva del conflicto.

La reconstrucción del Estado y la recuperación de la actividad económica precisan de la creación de entornos de seguridad. Las fuerzas multinacionales de paz suelen tener dicho objetivo entre sus funciones; mientras que, por su parte, las agencias internacionales y las ONGs contribuyen a la regeneración del tejido social, político, administrativo y económico del país. Pero en cualquier caso la ayuda internacional es siempre complementaria al esfuerzo que deben realizar la población y las elites locales para entregar las armas y sentar las bases de una paz duradera. La experiencia de la década de 1990 (marcada por el boom de las operaciones paz) demuestra que en muchos casos es posible salir de la espiral de violencia y recuperar paulatinamente la normalidad. El principal problema se encuentra en los lugares donde las estructuras estatales han colapsado parcial o totalmente y donde resulta muy difícil lograr su restablecimiento. Así sucede a día de hoy en Afganistán, Somalia, Chad, Sudán y en otros países que combinan la guerra civil con el dudoso honor de ocupar los primeros puestos en el índice de Estados fallidos (Foreign Policy, 2011).

Ante la tragedia que suponen las guerras civiles los demás Estados pueden adoptar diferentes posturas, que van desde ‘expresar preocupación’ y no hacer nada, pasando por mediar diplomáticamente en

el conflicto, imponer sanciones, hasta incluso intervenir militarmente. Son diversos los factores que influyen en la decisión de participar o no en una misión de mantenimiento de la paz (*peacekeeping*), es decir, en el despliegue de fuerzas militares en un país escenario de conflicto, con objeto de monitorizar, mantener y restaurar la paz, sin pretender ayudar a una de las partes a ganar la guerra o a evitar la derrota. Por tanto, dejaremos de lado las intervenciones militares a favor de uno de los bandos en liza, aunque en ocasiones la diferencia entre estas últimas y las misiones de *peacekeeping* puede no ser del todo clara, pues algunos Estados tratan de enmascarar su actuación con términos políticamente más aceptables. Tal fue el caso de la guerra entre Rusia y Georgia el año 2008 que Moscú denominó como *peacekeeping*. El alto número de conflictos internos en curso o recientemente finalizados alimenta la demanda de misiones mantenimiento de la paz. Sin embargo, su elevado coste económico (por ejemplo, la misión española en Líbano supuso cerca de doscientos millones de euros en 2011), y el riesgo que a veces entrañan para las tropas desplegadas (que en caso de traducirse en bajas, se convierte en coste político) lleva a que los Estados sean selectivos a la hora de asumir compromisos. En ese sentido, hay cuatro factores que influyen sobre la decisión de participar o no, y sobre el modo de hacerlo, en una misión de *peacekeeping* (Rost & Greig, 2011):

a) *Intereses en juego*. Los Estados sienten mayor inclinación a intervenir en aquellos lugares donde sus intereses se ven afectados, calculando la relación entre costes y beneficios. Puede tratarse de intereses relacionados con la seguridad como, por ejemplo, prevenir la

desestabilización regional que podría ocasionar la extensión del conflicto, o evitar los flujos de refugiados, la proliferación de redes de criminalidad transnacionales o la injerencia de una potencia exterior que trate de aprovecharse de la situación. También influye la existencia de antiguos vínculos coloniales, que a menudo entrañan relaciones de carácter económico y social. Por ejemplo, Francia ha liderado misiones de mantenimiento de la paz en Chad y República Centroafricana, y Reino Unido en Zimbabue. Igualmente, los daños a los intereses económicos entre el país en conflicto y sus principales clientes y proveedores pueden animar a éstos últimos a contribuir con el despliegue de fuerzas al mantenimiento de la paz. Por otra parte, la existencia de lazos étnicos con alguno de los grupos envueltos en la lucha también puede motivar la participación en una misión de *peacekeeping*, especialmente, si la etnia que se quiere proteger se encuentran en minoría.

b) *Emergencia humanitaria*. La percepción de que el conflicto sobresale por el número de víctimas (ya sean muertos, heridos o desplazados) también pesa sobre la decisión de intervenir. Otorga legitimidad a la intervención y transmite el convencimiento de que el único camino para resolver la catástrofe pasa por el envío de tropas. Al mismo tiempo, la demanda de una respuesta por parte de Naciones Unidas, de organizaciones regionales o de grupos de presión domésticos, respaldados por la cobertura mediática del conflicto, puede hacer que algunos Estados, aunque no tengan especiales intereses en juego, decidan formar parte de la misión internacional.

c) *Costes y riesgos de la operación.* Aunque, de entrada, los Estados son renuentes a participar en misiones que entrañan riesgos para la vida de sus soldados (en especial, después del episodio *Black Hawk Down*, en octubre de 1993), el análisis de las intervenciones realizadas hasta la fecha muestra que la complejidad del conflicto no disuade de participar en una operación de *peacekeeping*, siempre que se cumplan alguna de las dos condiciones ya señaladas. La única salvedad son los conflictos étnicos: las grandes potencias suelen evitar ese tipo de escenarios y, por otra parte, la probabilidad de intervención internacional se reduce paradójicamente si tiene lugar un genocidio.

d) *Perspectivas de éxito.* A ello contribuye que antes del inicio de la misión se haya producido un alto el fuego, que no raramente también es consecuencia de la mediación internacional. De hecho, la existencia de un acuerdo de esas características triplica las probabilidades de que otros Estado acepten el envío de fuerzas a la misión de *peacekeeping*.

## **CAPÍTULO 5. DELIMITACIÓN DE LA INSURGENCIA**

## 5.1. Delimitación conceptual: insurgencia y términos asociados

### 5.1.1. La insurgencia

David Galula (1964:4), uno de los autores que mayor influencia ha tenido en el desarrollo de la teoría y práctica de la guerra contrainsurgente, define la insurgencia, en el marco de los posibles escenarios de la guerra revolucionaria, como una *lucha prolongada, dirigida metódicamente, paso a paso, en orden a alcanzar una serie de objetivos específicos intermedios que conduzca finalmente al derrocamiento del orden existente*<sup>18</sup>.

La principal diferencia que observa entre la insurgencia y la revolución y el complot (golpe de estado), como las otras dos formas de hacerse con el poder a través del uso de la fuerza, reside en la relación entre los líderes del movimiento y su base social como elemento originario del levantamiento, el actor desencadenante, así como el tiempo de su gestación. Según este autor, la revolución es un “accidente”, producto de una agitación, repentina, espontánea y no planeada, de que la se puede deducir una situación potencialmente revolucionaria antes de que ésta tenga lugar, pero que sólo se puede explicar una vez que ha sucedido y en donde los líderes, surgen una vez producido el levantamiento popular. El complot por su parte, es la incautación del poder, una acción clandestina dirigida por un grupo de

---

<sup>18</sup> *A protracted struggle conducted methodically, step by step, in order to attain specific intermediate objectives, leading finally to the overthrow of the existing order.*

reducidas dimensiones que busca asaltar y derrocar a los principales dirigentes de un país. Por su propia naturaleza clandestina, no puede, e inicialmente no involucra al grueso de la población, ni requiere del componente militar (que del otro lado, si estuvieran a disposición de los golpistas, facilitaría el desplazamiento del gobierno), y aunque su gestación sea larga, la acción en sí misma es breve y repentina. El instrumento que le permite la toma de control del estado en este caso deviene del poder del propio estado (en cualquier caso, para la consolidación, requerirá la cooperación de al menos parte del estamento militar). El golpe de estado, al contrario que la insurgencia, implica por lo general un grado de violencia menor y su consecución a veces, no comporta necesariamente el derramamiento de sangre (Luttwakl, 1979: 20). La insurgencia, así como la revolución, es poco predecible, sin embargo, y al contrario de ésta, es un proceso de lento desarrollo que no un “accidente”, y en donde el peso de la acción es compartido por los líderes del movimiento y las masas populares (Galula, 1964: 3-5). En este sentido, la diferenciación de Galula resulta un tanto confusa, ya que obvia por un lado la estrecha relación del florecimiento de movimientos insurgentes con escenarios netamente revolucionarios como pudieran ser los casos de Malasia (1948-1969), Túnez (1952-1955) o Marruecos (1952-1956), y del otro, la incidencia de la estrategia en el inicio de cualquier levantamiento como es el caso de Cuba entre 1957 y 1959. A su vez, Galula entiende que la insurgencia es una guerra civil, pero no deja claro en qué momento ésta reemplaza a la propia noción de guerra o si por el contrario, cree que la insurgencia es parte de un contexto mayor, de un creciente descontento generalizado que en última instancia

conduce a la guerra civil (Hamilton, 1998:7). Del mismo modo, delimita la insurgencia a una relación causal que le permite tender un puente a una definición por alteridad. Afirma que mientras en una guerra convencional cualquiera de las partes puede iniciar las hostilidades, sólo en uno, la insurgencia, puede iniciar una guerra revolucionaria y aquí, los esfuerzos por derrotarlas, son sólo un efecto de la insurgencia. Sin embargo, tal aseveración, pierde toda su consistencia en conflictos como los de Afganistán, Irak, Paquistán o Chechenia, donde se produce a la inversa, es decir, la insurgencia es una medida reactiva en contra de las fuerzas del gobierno o de las fuerzas de ocupación (Kilcullen, 2004:2).

Julian Paget (1967: 14) en *Counter-Insurgency Operations* describe la insurgencia como una *especie de rebelión armada contra un gobierno* y coincide con Galula en el rol principal que ocupa el apoyo social, aunque añade un matiz fundamental, el de la *aquiescencia de una parte sustancial de la población*, que implica una deriva en cuanto a la naturaleza del sustento del que se nutre y donde se origina ese movimiento. Incluye a su vez otro elemento vital, objeto del debate conceptual de este apartado. Las insurgencias, adoptan una serie de métodos para alcanzar su objetivo de derrocar al gobierno, entre los que se incluyen la *guerra de guerrillas, aunque pueden recurrir de igual modo a la desobediencia civil, el sabotaje o al uso de tácticas terroristas*<sup>19</sup>. En este sentido, entiende que aunque los conceptos sean similares, en este contexto, adoptan (nos referimos en particular a la

---

<sup>19</sup> *The rebels have the support or acquiescence of a substantial part of the populace; the methods that they adopt to achieve their aim of overthrowing the Government may include guerrilla warfare, but insurgents may equally well resort to civil disobedience, sabotage or terrorist tactics.*

guerra de guerrillas y el terrorismo) la forma de herramientas auxiliares, supeditadas al objetivo último de la insurgencia.

Ya en la década de 1980, el ejército de los Estados Unidos (1986:3), elabora un documento en el que vincula oficialmente los términos insurgencia y conflicto de baja intensidad, por el que entiende, *una lucha político-militar limitada diseñada para alcanzar objetivos políticos, sociales, económicos o psicológicos, que puede ser prolongada y que comprende a su vez el ejercicio de la presión diplomática, económica y psicosocial*<sup>20</sup>. El problema deviene en que efectivamente, el conflicto de baja intensidad es un término que se asocia precisamente a la insurgencia, pero también al terrorismo, a la guerrilla, la contrainsurgencia y a las operaciones convencionales limitadas, por lo que tal equiparación puede inducir a errores asimilándolo la insurgencia a un tipo de conflicto en donde tienen igualmente cabida otro tipo de actores y estrategias como los que acabamos de mencionar.

Zartman (1995: 5) por su parte, en el contexto de los conflictos internos, asimila los términos “rebelde” y “oposición” al de insurgencia, y la define como *organización no estatal con claros objetivos políticos que lucha (pugna) contra la autoridad gubernamental y el monopolio legítimo del uso de la violencia y que hace uso de las fuerzas armadas con el objetivo de reformar, derrocar o separarse de un régimen estatal*

---

<sup>20</sup> *Low-intensity conflict is a limited politico-military struggle to achieve political, social, economic, or psychological objectives. It is often protracted and ranges from diplomatic, economic, and psychosocial pressures through terrorism and insurgency.* Joint Low-Intensity Conflict Project Final Report, Executive Summary, Fort Moroe, Va, US Army Training and Doctrine Command, August 1986.

*existente o el control de un área geográfica específica.* La definición de Zartman es inclusiva, ya que contemplan la diversidad tipológica de los movimientos insurgentes atendiendo a sus objetivos, así como el recurso a la fuerza para la consecución de los mismos. La dificultad se suscita del hecho problemático de no establecer una distinción nítida de los actores que toman parte en la contienda, en particular, en el caso de la “oposición”, no establece diferencia alguna con respecto a aquellos partidos políticos y grupos sociales que aspiran a introducir cambios en el sistema político mediante su participación ordinaria en las instituciones del estado.

El Manual Británico de Contrainsurgencia (Army Code, 2001:1-1), la define por su parte como *las acciones que un grupo minoritario realiza dentro de un estado para forzar un cambio político mediante una combinación de subversión, propaganda y presión militar, persuadiendo o intimidando a la gran masa de la población para aceptar dicho cambio*<sup>21</sup>. Incide en la línea de Paget y Galula, en la importancia que adquiere el apoyo y respaldo social y apunta directamente a las formas de obtenerlo. Introduce a su vez otros conceptos, similares, coincidentes al de la insurgencia, como es el caso particular de la subversión, pero que al igual que la guerrilla o el terrorismo, entiende por éste un método complementario, una herramienta más al servicio de la insurgencia para la consecución de sus objetivos.

Byman (2001: 4-6) en *Trends in Outside Support for Insurgent*

---

<sup>21</sup> *The actions of a minority group within a state who are intend on forcing political change by means of a mixture of subversion, propaganda and military pressure, aiming to persuade or intimidate the broad mass of people to accept such a change.*

*Movements*, utiliza la definición elaborada en la década de 1980 por la Agencia Central de Inteligencia americana: *la insurgencia es una actividad político-militar prolongada dirigida a obtener el control parcial o total de los recursos de un país a través del uso de fuerzas militares irregulares y organizaciones políticas ilegales*<sup>22</sup>. *La actividad insurgente (incluida la guerra de guerrillas, el terrorismo, la movilización política como por ejemplo la propaganda, el reclutamiento, organizaciones de partidos “legales e ilegales” y la actividad internacional) está diseñada para debilitar el control y legitimidad del gobierno mientras se incrementa el control y legitimidad de la insurgencia. El denominador común de muchos de los grupos insurgentes es su deseo por controlar una determinada área. Este objetivo diferencia a los grupos insurgentes de las organizaciones terroristas las cuales no incluyen entre sus objetivos la creación de un gobierno alternativo capaz de controlar un área o país.*

Lo que pretende el autor al rescatar esta definición es insistir en una serie de aspectos que considera relevantes sobre la naturaleza de la insurgencia. En primer lugar, el hecho de la que actividad insurgente comprende un registro de actividades amplio, en donde la dimensión política supera los aspectos vinculados a la fuerza. En segundo lugar, en este contexto, el terrorismo se considera una táctica más del repertorio de la insurgencia, no central de la estrategia y supeditado a la consecución de un objetivo político mayor. Bajo este prisma, quedan

---

<sup>22</sup> *A protracted political-military activity directed toward completely or partially controlling the resources of a country through the use of irregular military forces and illegal political organizations. (CIA, Guide to the analysis of Insurgency 1980: 2).*

excluidos grupos que comparten muchas de las características de los movimientos insurgentes<sup>23</sup>. De igual forma, se excluyen también a los grupos puramente criminales, ya que sus objetivos no están vinculados al control territorial, o a otros específicamente políticos, excepto cuando necesitan potenciar o fomentar actividades criminales. Las insurgencias pueden tener lazos con el tráfico de drogas u otro tipo de empresas ilegales, pero no es el objetivo de la organización, sino un medio para alcanzar un fin, mientras que para las organizaciones puramente criminales no dejan de ser un fin en sí mismas.

El Manual de Contrainsurgencia de los Estados Unidos de octubre de 2004, sobre la base de la definición de la Publicación Conjunta del Diccionario Militar y Términos Asociados del Departamento de Defensa (JP 1-02), define la insurgencia como un *movimiento organizado cuyo objetivo es derrocar un gobierno constituido a través de la subversión y el conflicto armado*<sup>24</sup>. Al contrario de las definiciones de la CIA y Byman, esta última falla a la hora de reflejar la amplitud y complejidad de las insurgencias contemporáneas, en particular, su proyección, naturaleza transnacional y sus dimensiones política, económica y social. El énfasis en la subversión y el conflicto armado acota la implicación de la insurgencia a una cuestión puramente militar. Las insurgencias persiguen un cambio radical del orden político y social existente a través del uso de la violencia y la disrupción política. Se trata de una forma de

---

<sup>23</sup> Como pueda ser el caso de las Autodefensas Unidas de Colombia, que aunque pretendan el control efectivo sobre un determinado territorio, son en naturaleza grupos paramilitares.

<sup>24</sup> *An insurgency is organized movement aimed at the overthrow of a constituted government through use of subversion and armed conflict*

guerra prolongada en el tiempo en el que las acciones son llevadas a cabo por unidades guerrilleras y células terroristas y que a menudo tienen como objetivos a civiles e infraestructuras vitales para el gobierno, pero que sin embargo, no conforman el núcleo de la estrategia.

Bard O'Neill, (2005: 15) en su obra, *Insurgency & Terrorism: From revolution to apocalypse*, entiende la insurgencia como *la lucha entre un grupo que no está en el poder y otro que sí lo está, en el que el primero usa conscientemente recursos políticos (experiencia organizacional, propaganda y manifestaciones) y la violencia para destruir, reformular o mantener las bases de la legitimidad de uno o más aspectos de la política*<sup>25</sup>. Estos aspectos de la política a los que hace referencia son la comunidad política (que comprendería a todos los sujetos que actúan de acuerdo al proceso de toma y ejecución de decisiones), el sistema político (valores, reglas y estructuras que componen el marco básico que guía y limita la toma y ejecución de las decisiones vinculantes), las autoridades en el poder (aquellos investidos con el poder para influir sobre el comportamiento del grupo gobernado), y las políticas que determinan quién accede a qué en cada sociedad (normas y planes adoptados sobre objetivos generales y los procedimientos gubernamentales)<sup>26</sup>.

---

<sup>25</sup> *A general overarching concept that refers to a conflict between a government and an out group or opponent in which the latter uses both political resources and violence to change, reformulate, or uphold the legitimacy of one or more of four key aspects of politics.*

<sup>26</sup> Los valores son el más importante de los elementos y representan las ideas generales de equidad, justicia, libertad e individualismo. Las reglas por su parte, tiene la función de alentar el patrón de comportamientos deseados en la sociedad. La percepción de legitimidad o ilegitimidad es uno de los aspectos políticos que determina dónde la insurgencia podrá desarrollarse o no; los cuatro tipos de sistemas políticos son la

Zeeuw (2008:4), en *Transforming rebel movements after civil wars* vuelve sobre la definición de Byman y define la insurgencia como un *organización no estatal con claros objetivos políticos que pugna contra un gobierno y el monopolio legítimo del uso de la violencia y recurre a la fuerza armada con el objetivo de reformar, derrocar o separarse de un determinado régimen estatal o control de un área geográfica específica.*

Esta definición enfatiza de manera deliberada el hecho de la instrumentalización política del uso de la violencia con el objetivo de excluir a grupos (bandas criminales, redes transnacionales terroristas) que no están realmente interesados en crear un gobierno alternativo o controlar una determinada área geográfica dentro de un estado<sup>27</sup>.

A estas definiciones se podrían añadir otras, pero por lo común todas coinciden en señalar que la insurgencia es un actor, o un conjunto de actores, que se enfrenta de manera organizada y prolongada en el tiempo a la autoridad política establecida (sea nacional o extranjera) en un determinado territorio, mediante una estrategia efectiva de movilización social y con un empleo intenso de la fuerza.

---

autocracia tradicional, autocracia moderna, autoritarismo y pluralismo; cada uno enfatiza un valor o conjunto de valores diferentes; el primero, el derecho del líder a gobernar en base a nacimiento o religión – los valores clave son el elitismo, la adscripción y el personalismo; la segunda, la construcción del poder del estado, aunque aquí sigue dependiendo de nacimientos, elitismo, religión para legitimar el liderazgo y asegurar que la masa no participa en el gobierno; la tercera, el valor clave es el consenso y la igualdad con el objetivo de controlar todos los aspectos económicos, políticos y sociales de la vida de los ciudadanos; el cuarto, el valor clave es la libertad del individuo, emancipación, y compromiso, que se logran a través de una forma de gobierno democrático (O'Neill en Taber, 2002: VIII)

<sup>27</sup> Aunque como veremos más adelante, el entorno del conflicto, hace que la línea divisoria entre actores sea un tanto borrosa, dándose incluso la circunstancia de grupos insurgentes, que han recurrido a actividades ilícitas durante la guerra, una vez acabada, siguen vinculadas a éstas.

En cualquier caso, lo que pretendemos tras este recorrido terminológico, es extraer una serie de consideraciones preliminares, que nos permite arrojar una cierta luz sobre el contorno de las insurgencias, un primer acercamiento que aprovecharemos para ir cincelando algunas de las características pasadas y presentes de la naturaleza de un fenómeno que se adapta a las condiciones políticas, económicas, sociales y técnicas de la sociedad de la cual surge, para después, diferenciarlo de otros términos asociados frecuentemente a ella.

La primera consideración que cabe realizar, es que el enfrentamiento entre la insurgencia (entendida como actor, o conjunto de actores, y no como el hecho de alzarse en armas contra el gobierno) y el estado, o quienes le apoyan (por ejemplo, un aliado extranjero), es un fenómeno político, al margen de que las motivaciones sean económicas, religiosas, étnicas, etc (O'Neill, 2005). En último término, se trata de una lucha por la legitimidad, es decir, el reconocimiento y la aceptación de la autoridad política por parte de la población<sup>28</sup>.

En segundo lugar, la insurgencia no es siempre un actor único y monolítico. Puede estar compuesta por facciones unidas circunstancialmente en torno a un objetivo más o menos común (derrocamiento de la autoridad en el poder o la expulsión de una presencia extranjera), pero enfrentadas entre sí por razones de carácter ideológico, partidista, personal, etc. En consecuencia, no es infrecuente

---

<sup>28</sup> *La guerra es la continuación de la política. En este sentido, la guerra es política, y es en sí misma una acción política. No ha habido jamás, desde los tiempos antiguos, una guerra que no haya tenido carácter político....En una palabra, la guerra no puede separarse ni un solo instante de la política....Por consiguiente, se puede decir que la política es guerra sin derramamiento de sangre, en tanto que la guerra es política con derramamiento de sangre.* (Mao, 1973: 83-83)

que –una vez terminada la lucha, o incluso antes– surjan divisiones internas o comience un nuevo enfrentamiento armado entre los diferentes grupos por el reparto del poder<sup>29</sup>.

La desunión entre facciones o grupos puede tener su origen en causas sociales o culturales vinculadas al desencuentro entre distintas razas, etnias o religiones. Este es el caso de la falta de cohesión en la insurgencia afgana, como consecuencia de la animosidad y rivalidad histórica entre grupos étnicos, el resentimiento generalizado hacia el grupo mayoritario, los pastunes, y en el caso particular de los hazara, entre grupos religiosos<sup>30</sup>. Algo similar ocurrió en Rodesia, en donde las

---

<sup>29</sup> En el caso afgano, la lucha contra la ocupación soviética estuvo liderada por organizaciones islamistas, aunque comprendían a su vez grupos izquierdistas y facciones nacionalistas, así como grupos tribales y sectarios. Una vez finalizada la guerra, se renovaron las hostilidades entre las distintas facciones en 1992, se intensificaron en 1993 y dio lugar al inicio de una guerra civil en 1994, momento en el que las facciones se agruparon en torno a dos grandes bloques enfrentados. De un lado, estaba el gobierno, liderado por el General Ahmed Shah Massoud y su grupo la Sociedad Islámica (*Jamiat-i Islami*) y que incluía a la Unión Islámica (*Ittihad-i Islami*) y otra serie de pequeños grupos y del otro lado, estaba la “oposición”, compuesta por el Movimiento Islámico de Afganistán (*Jumbesh-i Milli Islami*), el Partido del Islam (*Hizo-i Islami*), y el Partido Islámico Unido (*Hizo-i Wahdat-i Islami*). A estas dos alianzas hay que sumarle la emergencia de los Taliban en 1994, hecho que confirió una nueva dimensión al conflicto, y que llevó lentamente a cooperar a los dos anteriores. Al final los taliban se hicieron con Kabul en octubre de 1996, asumiendo el poder en Afganistán considerándose y relegando a las otras dos facciones relegadas a la oposición (Giustozzi, 2008: 179-186).

<sup>30</sup> Tras la caída de los taliban a finales de 2001, había cinco grandes grupos armados a lo largo de Afganistán: *Jamiat-i Islami* (La Sociedad Islámica) liderado por Massoud ; *Jumbesh-i Milli Islami* (Movimiento Nacional Islámico), liderado por Rashid Dostum ; *Hiz-i Wahdat-i Islami* (Partido Unido Islámico), liderado por Karim Khalili ; *Harakat-i Islami* (Movimiento Islámico), liderado por Mohammed Asif Mohseni, ; y *Daawat-i Islami* (el antiguo *Ittihad-i Islami*, Unión Islámica) liderado por Abdul Rasul Sayyaf. Las diferencias entre estas cinco facciones son un buen ejemplo del conjunto de factores que afecta a las divisiones entre facciones insurgentes: el grupo de Rabbani era ideológicamente islamista, formado en su gran mayoría por tayikos (86%) y otras minorías (pastunes 6%, hazara 2% y otros, 41 4%). El de Dostum era regional, secular y

dos principales facciones insurgentes rivales, tenían una composición étnica distinta, la Unión del Pueblo Africano de Zimbabue (ZAPU, en sus siglas en inglés) conformada entorno al grupo étnico dominante, los masona, y la Unión Nacional Africana de Zimbabue (ZANU, en sus siglas en inglés), que contaba con el respaldo de la etnia matabele, o la división tripartita (también por rivalidades étnicas) de la insurgencia congoleña contra Portugal, donde los ovimbundu apoyaban a la UNITA (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola), los bakongo, al Frente Nacional de Liberación de Angola (FNLA), y los pueblos costeros al Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA). A pesar de que los afganos consiguieran expulsar a los soviéticos y rodesianos y angoleños obtuvieran su independencia de los imperios británico y portugués, estas victorias se debieron a otros factores no vinculados a la formación de un frente unido y en todos los casos, una vez finalizada la lucha surgieron nuevos conflictos entre los distintos grupos rivales.

La cultura política puede ser también otro factor que aliente las tendencias separatistas de la insurgencia, algo especialmente cierto allí donde la confianza intergrupala e interpersonal es baja y se combina con la aversión a una autoridad centralizada (ejemplos de ello son los Kurdos secesionistas, los Hermanos Musulmanes en Siria o las notables fisuras

---

principalmente compuesto por uzbekos (91%) y turcomanos (95). El de Khalili, étnico, religioso chií jomeinista, conformado 100% por hazaras. El de Sayyaf, fundamentalista, 100% pastún. El de Mohseni, chií tradicionalista (50% tayikos, 50% hazara), el de Hekmatyar, ideológicamente islamista 6,5% pastún, 25,5 % tayikos, 4% uzbekos, 4 % otros), y el de Gailani, monarquico y sufi (100% pastún) (MARSTON, 2008: 220-240).

en la resistencia palestina).

Los desacuerdos en la adopción de una estrategia común, es otro elemento habitual de fricción en el seno de una insurgencia. Un grupo que por ejemplo prefiera permanecer en la clandestinidad en las etapas tempranas del desarrollo de la insurgencia manteniendo un perfil bajo, puede verse seriamente perjudicado por la acción represiva del gobierno como respuesta a otro que decide asaltar el poder a través de medios militares. Esta disensión estratégica puede también tomar cuerpo a la hora de acordar los medios violentos que se adoptan y la selección de los objetivos de esa violencia. En la década de 1940, la resistencia judía en Palestina se vio envuelta en una serie de conflictos internos como consecuencia de la oposición de la principal facción, el Haganah, a los actos terroristas perpetrados por otras dos facciones, el Irgun y el Stern Gang (O'Neill, 2005:127-131).

En tercer lugar, la literatura clásica entiende que ésta debe gozar de un mínimo de respaldo por parte de la sociedad. De lo contrario se trataría sólo de actores subversivos aislados que, en principio, no representarían una amenaza creíble frente al poder estatal. En este caso, el apoyo popular asume un rol estratégico básico como herramienta fundamental de la asimetría del conflicto. Sin embargo, y sumado a la evidencia de sublevaciones que no han requerido en su génesis de la movilización popular (son los casos de Lenin en Rusia o Castro en Cuba), el panorama que ofrecen las guerras de desintegración que sufren numerosos estados de África Subsahariana o Asia Central introduce una diferencia, que en cierto modo también se daba en las insurgencias de la

segunda mitad del siglo XX<sup>31</sup>. En aquellas áreas donde el estado no se encuentra presente (por ejemplo, por la práctica inexistencia de la administración y de infraestructuras públicas) no es preciso un respaldo social activo, sino que una insurgencia con un mínimo de capacidad puede llenar, de facto, el vacío de poder. En consecuencia, el respaldo social que recibe la insurgencia puede ser activo o pasivo (dejar hacer a la insurgencia y no colaborar con la autoridad contrainsurgente).

Cuando hablamos de apoyo pasivo, hacemos referencia a esos segmentos de población que no colaboran de manera directa en la provisión de recursos a la insurgencia, pero que simpatiza con la causa del movimiento<sup>32</sup>. Aunque se pueda considerar este tipo de apoyo falto de consistencia, denegarle información a aquellos que tratan de contrarrestarla, dejar hacer a la insurgencia y no traicionarla, es un aspecto clave que inciden notablemente en las probabilidades de éxito de la insurgencia.

El apoyo activo por su parte, comprende aquellos segmentos de población que están dispuestos a hacer sacrificios y asumir riesgos personales uniéndose al movimiento o abasteciendo a los insurgentes de inteligencia, información, dándoles refugio, lugares en los que ocultar

---

<sup>31</sup> Resulta significativo en este caso el estudio que Robert Thompson (1978) lleva a cabo sobre la insurgencia de Vietnam del Sur, donde concluye, que para el año 1965 el número de miembros y simpatizantes de la insurgencia no superaba el 1% de la población total (Hamilton, 1998:21).

<sup>32</sup> Por provisión de recursos entendemos tanto aquellos bienes materiales vitales para el sostenimiento de la insurgencia como puedan ser alimentos, armas o financiación, como aquellos otros que pueden proporcionar y transformarse en bienes materiales. Por ejemplo el apoyo popular de la sociedad civil es un recurso que se traduce en refugios seguros, incorporación de miembros, etc..

armas y equipamiento, asistencia médica, haciendo de guías o de agentes de enlace. Este tipo de apoyo es fundamental cuando hablamos de movimientos insurgentes que se basan en una estrategia de guerra popular prolongada, donde el apoyo popular, es sin lugar a dudas el más vital de los elementos. Aunque no signifique que sea relevante, aquellos que basan su estrategia en un enfoque militar, asumen que de manera considerable, aunque no necesariamente extenso, el apoyo ya existe, o será adquirido como consecuencia del éxito militar<sup>33</sup>. En cualquiera de los casos, lo que está claro, es que toda insurgencia ha requerido en mayor o menor medida de un apoyo popular activo: la Guerra de los Boer en Sudáfrica, las insurgencias en Grecia, Filipinas, Malasia, Indochina Argelia, Cuba, Chipre, Kenia, China y Sarawak. Un buen ejemplo de la combinación del apoyo activo y pasivo es la insurgencia afgana, que aún estando mal adiestrada, dividida en facciones, con un apoyo externo irregular y sin un liderazgo definido, consiguió llevar a una situación de tablas al ejército soviético y el gobierno afgano.

Continuando con la reflexión sobre la definición, otro elemento a tener en cuenta, son los escenarios en los que se desarrollan las insurgencias, enormemente complejos, con múltiples actores relacionados entre sí y donde no es sencillo delimitar claramente los bandos participantes. Junto a ellas, podemos encontrar otros actores, habituales en las regiones donde colapsa parcial o totalmente el Estado, y cuya actitud hacia la insurgencia puede resultar variable según sus circunstancias e intereses. Nos referimos a actores, armados y no

---

<sup>33</sup> Véase el apartado relativo a la clasificación de las insurgencias.

armados, como milicias, señores de la guerra, organizaciones de crimen organizado, empresas militares de seguridad privadas, medios de comunicación internacionales, organizaciones no gubernamentales de carácter internacional, empresas multinacionales y gobiernos extranjeros con intereses estratégicos en la zona. También sirven como ejemplo los casos actuales de Afganistán e Irak (Metz, 2007).

Muy relacionado con ese carácter múltiple e interconectado de las insurgencias está su naturaleza cada vez más transnacional. Esta característica distingue en cierto modo a las insurgencias contemporáneas con respecto a las que emergieron durante el siglo XX. Aquellas insurgencias se copiaban unas a otras (por ejemplo, el Frente de Liberación Nacional argelino imitó al Viet Minh, y LA Organización Nacional de Combatientes chipriotas copió al Irgún judío); en algunos casos se inspiraban en ideologías anticolonialistas e izquierdistas comunes, pero cada una actuaba en su propio país, el aprendizaje entre unas y otras era normalmente a posteriori, y la cooperación directa entre movimientos fue poco frecuente (Kilcullen, 2006-2007: 114).

Otra característica, que en cierto modo ha supuesto un cambio y transformación del rostro de la insurgencia, es consecuencia de los efectos de la globalización, que modifica aspectos reconocibles de la clásica insurgencia, como son el reconocimiento y ubicación espacial de los refugios o santuarios y especialmente, el uso de la tecnología, que permite y facilita las comunicaciones, recabar apoyo financiero y humano más allá de las fronteras donde tiene lugar el conflicto, así como una publicidad y propaganda inmediata de su causa. Estos elementos, se han dejado sentir a su vez en las tácticas que emplea, en particular, en lo

concerniente a la manipulación psicológica de los efectos de la violencia (ahora, con Internet, televisión vía satélite, cámaras de vídeo, etc...la capacidad de publicitar esta violencia es exponencialmente más amplia e inmediata), y ha modificado su vez la estructura organizativa de muchos grupos insurgentes. La escala global de los medios ha hecho que la repercusión de los ataques tácticos tengan un impacto estratégico poderoso y que en el campo operacional, nos encontremos con células más autónomas y difusas, mucho mejor adaptadas a las estrategias de extenuación y provocación que tienden a reemplazar el estructurado tipo Maoísta de organización, fuertemente jerarquizadas y centralizadas.

### 5.1.2. Insurgencia y subversión

La insurgencia incluye la subversión pero va más allá de lo que comúnmente se suele entender como actividades subversivas. Por subversión entendemos el *conjunto de acciones, exceptuando el uso de la fuerza, que están destinadas a erosionar la fortaleza del estado* (Ejército Británico, 2001: A-3-2)<sup>34</sup>. La subversión puede adoptar demostraciones violentas y se emplea habitualmente como parte de una campaña armada insurgente más amplia, pero que no es esencialmente militar en su naturaleza (Kitson, 1971:3)<sup>35</sup>. Por el contrario, para que podamos hablar de insurgencia tiene que existir conflicto armado, por

---

<sup>34</sup> *Those activities “short of the use of force” that are intended to erode the strength of the state.*

<sup>35</sup> *All illegal measures short of the use of armed force taken by one section of the people of a country to overthrow those governing the country at the time, or to force them to do things they do not want to do.*

eso no toda subversión se realiza en un contexto de insurgencia pero sí que toda insurgencia conlleva subversión. Las actividades subversivas no armadas son la antesala de la formación de la insurgencia y continúan una vez que ésta se consolida<sup>36</sup>. Conforme estos grupos se asientan y aumentan progresivamente su base social, las actividades subversivas se van haciendo más públicas a través de manifestaciones, demostraciones de fuerza y disturbios. Los grupos subversivos, insurgentes y no insurgentes, pueden utilizar tres caminos para alcanzar sus objetivos (Rosenau, 2007: 6-8):

a) *La creación de frentes políticos y sociales*: el objetivo es ganar en credibilidad social, atraer nuevos partidarios, generar ingresos y adquirir los recursos necesarios para que los insurgentes puedan emprender acciones políticas. Para ello, los actores subversivos pueden tratar de infiltrarse en organizaciones políticas y sociales ya existentes que les sirvan de fachada legitimadora, y desde las que reforzar alianzas políticas, presionar al gobierno y atraer la atención y el apoyo internacional. Cuando la infiltración se presenta difícil, estos grupos pueden optar por establecer sus propios frentes políticos y sociales, organizaciones que dotan de legitimidad, que son supuestamente

---

<sup>36</sup> Esto, es especialmente cierto en el caso de las insurgencias maoístas durante la Guerra Fría, aunque hay que señalar que en la actualidad, hay grupos insurgentes que se rigen por un patrón de comportamiento distinto. Es el caso por ejemplo de la insurgencia iraquí en la provincia de Anbar, donde al alzamiento se produjo poco después de la caída del régimen de Saddam Hussein en 2003 sin que le precediera ninguna sublevación significativa.

independientes, pero que en realidad son creadas, controladas y representan los intereses del movimiento. Ejemplo de ello es Lashkar-i-Taiyibah, que opera a través de Markaz-ud-Dawa-wal-Irshad, organización sunita creada en 1989 y asentada en Pakistán.

b) *Infiltración de las instituciones estatales*: Los actores subversivos que consiguen penetrar en las instituciones del estado pueden obtener beneficios en al menos cinco esferas diferentes: obtener información, de manera particular, de las fuerzas y cuerpos de seguridad del estado, como fuente de incalculable valor en lo que se refiere a las capacidades, vulnerabilidades e intenciones del gobierno; contaminar el sistema, a través de la propagación de información falsa, re-direccionando las potencialidades del estado y forzándolo a deslocalizar recursos ; puede generar oportunidades que permita al movimiento apropiarse de recursos del estado; identificar potenciales reclutas para el movimiento y candidatos a la extorsión y el soborno; y contribuir a la estrategia de debilitamiento y deslegitimación del gobierno.

c) *Fomentar disturbios, organizar huelgas y manifestaciones* pueden tener un efecto corrosivo sobre el poder, presencia y capacidades del estado. Tal malestar es ante todo una afrenta a la autoridad gubernamental y el fracaso a la hora de reprimir estos grupos, puede generar un impacto negativo sobre el gobierno como consecuencia de su incapacidad para cumplir con la responsabilidad fundamental de mantener el orden público. De forma complementaria, una reacción exagerada de los cuerpos de seguridad puede generar un efecto adverso que acabe por reafirmar las reclamaciones de la oposición sobre la naturaleza represiva del estado.

### 5.1.3. Insurgencia y terrorismo

El debate con respecto a la utilización de estos dos términos como intercambiables tampoco es nuevo. Durante el periodo de la Guerra Fría, su interoperabilidad era frecuente y hacía referencia a acciones que se percibían como análogas. De hecho, en Malasia, el principal manual de contrainsurgencia fue titulado *The conduct of anti-terrorist operations in Malaya*. El estudio del terrorismo como disciplina académica nace en la década de 1970 como respuesta al fenómeno creciente del terrorismo internacional y que incluía grupos como el *Baader Meinhof*, las *Brigate Rosse* italianas, el *Nihon Sekigu* japonés, así como otros que aparentemente no estaban conectados o representaban a ningún movimiento de masas. Eran, en líneas generales, grupos terroristas autárquicos (en el sentido de huérfanos, sin lazos, sin vínculos), que se constituían en células de individuos marginados y aislados dentro de la sociedad más que en movimientos insurgentes con objetivos claramente definidos. Es de este modo como nace un nuevo paradigma que desde entonces ha tenido mucha influencia en el discurso público, en particular, en lo concerniente a dotar e investir de una cierta legitimidad a determinados actores. Esta falta de distinción o frontera vaporosa entre ambos términos ha llegado a nuestros días. Una prueba de ello es el registro de organizaciones terroristas del Departamento de Estado de los Estados Unidos, que comprende grupos como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) o el Nuevo Ejército del Pueblo (NPA, en sus siglas en inglés) filipino, mientras que muchos analistas

coinciden en catalogarlos como grupos insurgentes<sup>37</sup> (Kilcullen, 2004:16-19).

El terrorismo, es otra táctica armada que con frecuencia utilizan los movimientos insurgentes, aunque –al igual que sucede con la subversión– conviene aclarar que la mayoría de los actores insurgentes recurren al terrorismo pero no por ello todas las organizaciones terroristas son insurgentes. Es lógica la confusión entre grupos terroristas e insurgentes, ya que ambos emplean el terrorismo para coaccionar a la audiencia y la organización de la agenda. Sin embargo, hay una diferencia fundamental en el uso estratégico que se hace de esa violencia. Mientras que para los insurgentes el terrorismo es una táctica violenta auxiliar, para los terroristas se trata de una táctica de uso preferente<sup>38</sup>. Es decir, el terror que ejercen los terroristas, equivale a la estrategia terrorista como principal instrumento a través del cual persiguen y conforman su agenda, mientras que el terror que ejerce la insurgencia es más táctico en su naturaleza, y es tan sólo una herramienta más del repertorio que este tipo de grupos contempla.

---

<sup>37</sup> Véase <http://www.state.gov/j/ct/rls/other/des/123085.htm> [Accedido en mayo de 2012]

<sup>38</sup> Guevara hace una especial mención al lugar que ocupan tanto el sabotaje como el terrorismo en el contexto de la guerra de guerrillas y considera ambas formas de violencia como *meros instrumentos tácticos y nunca como elementos estratégicos sustitutorios de la lucha guerrillera rural*. Sin embargo, los considera esencialmente distintos. *El sabotaje no tiene nada que ver con el terrorismo; el terrorismo y el atentado personal son fases absolutamente diferentes.... es preciso diferenciar claramente el sabotaje, medida revolucionaria de guerra, altamente eficaz....El terrorismo es lícito efectuarlo, aunque sólo en determinadas circunstancias muy escogidas* (Guevara, 1976:61).

Existen múltiples definiciones de terrorismo<sup>39</sup>. Aunque no hay una definición de terrorismo comúnmente aceptada por todos los miembros de Naciones Unidas, en el ámbito académico especializado existe cierto consenso en definirlo como un tipo de violencia que tiene como fin condicionar los comportamientos políticos de grandes audiencias a través del miedo y la intimidación. En nuestra opinión, la más exacta desde el punto de vista politológico, es la que ofrece Fernando Reinares (1998: 15-16) al entenderlo como un conjunto de acciones violentas que generan, en un determinado agregado de población, efectos psíquicos desproporcionados respecto a sus consecuencias materiales y que tiene como fin condicionar las actitudes de dicho colectivo social y orientar sus comportamientos en una determinada dirección.

De acuerdo con esta definición, no sería imprescindible que la violencia terrorista tuviera como objeto exclusivo a no combatientes tal y como proponen algunos autores (Ganor, 2005; Maoz, 2007: 322). También se aplicaría a los ataques contra objetivos militares –incluso en un contexto de conflicto armado– que tengan como finalidad condicionar las decisiones políticas a través del miedo (por ejemplo, los ataques suicidas simultáneos contra instalaciones de Marines norteamericanos y paracaidistas franceses en Beirut en 1983, que motivaron la retirada del Líbano de ambos contingentes).

---

<sup>39</sup> Un enfoque interesante para afrontar el problema de la definición de terrorismo, es el adoptado por Schmid y Jongman (1998: 5-6). Recogieron 109 definiciones académicas y oficiales y las analizaron tratando de extraer sus principales componentes. Encontraron que el elemento de la violencia aparecía en un 83,5 % de las definiciones, los objetivos políticos, en un 65 % de los casos y en el 51 por ciento, se hacía hincapié en la idea de infringir miedo y terror. La arbitrariedad e indiscriminación de los objetivos aparecía en el 21 % de las definiciones y tan sólo el 17,5 % incluyó la victimización de civiles, no combatientes o individuos ajenos al conflicto.

La violencia terrorista puede volverse con facilidad en contra de los propios insurgentes si éstos la aplican de manera indiscriminada contra la población civil. Así sucedió en los casos de Sendero Luminoso, del Grupo Islámico Armado argelino, de Al Qaeda en Irak, del Frente Unido Revolucionario en Sierra Leona o con los Tigres Tamiles en Sri Lanka. El empleo del terror generalizado es una estrategia que no asegura el control de la población a largo plazo, y lo habitual, es que recurran a ella los grupos insurgentes débiles que no cuentan con suficientes recursos para ganarse la lealtad de la población ofreciendo otro tipo de incentivos como, por ejemplo, seguridad, asistencia social, gobierno paralelo al del Estado, etc (Wood, 2010: 604). En cambio, la insurgencia tiene más probabilidades de que el terrorismo juegue a favor de sus intereses (o al menos de que no se vuelva en su contra) cuando hace un uso limitado de él, es capaz de justificarlo propagandísticamente, lo dirige contra objetivos claramente vinculados a la autoridad constituida, y logra instigar al gobierno de modo que la población local preste más atención a la represión del Estado que al terrorismo insurgente (Connable & Libicki, 2010: 109).

#### **5.1.4. Insurgencia y guerra de guerrillas**

La guerrilla es una táctica militar que difiere de la insurgencia en su naturaleza (es una simple táctica, no una movilización social armada), pero que es empleada habitualmente por los actores insurgentes. Se trata de una forma de combate protagonizada normalmente por fuerzas

irregulares, a menudo semi-uniformadas, que se refugian en zonas de difícil acceso (bosques, junglas, montañas, zonas desérticas), que en ocasiones controlan determinados territorios en el ámbito rural o urbano (por ejemplo, ciertos barrios de Bagdad o ciudades como Faluya en Irak), y que se desplazan para atacar al enemigo en el espacio controlado por éste. En ocasiones, la técnica de combate de guerra de guerrillas incluye acciones que también puede ser calificadas como terroristas, por lo que no siempre existe una barrera que delimite claramente uno y otro método. Actores insurgentes actuales que utilizan la guerra de guerrillas como por ejemplo los talibán o el autodenominado Estado Islámico de Irak (anteriormente Al Qaeda en Irak), combinan las emboscadas a convoyes militares con atentados suicidas en medio de una concentración de población civil. De modo que a ambos se podría aplicar simultáneamente las categorías de grupo guerrillero y de organización terrorista.

Ocurre algo similar en cuanto a la confusión de los términos insurgencia y guerra de guerrillas, que podemos atribuir a una especie de secuencia, un *continuum* que vincula históricamente a ambos conceptos, hasta el punto, que el primero suplanta al segundo. La guerrilla es tan antigua como la propia historia de la humanidad y aunque la generalización del término tuvo lugar con motivo de la guerra de Independencia española contra la ocupación napoleónica, sus primeros antecedentes escritos se remontan a un pergamino Hitita del siglo XV antes de Cristo. Sin embargo, no será hasta el desarrollo de una teoría de la estrategia guerrillera, cuando desde la perspectiva marxista se inicia una reflexión teórica sobre el papel de la guerra subversiva como

instrumento destacado, aunque nunca exclusivo, de la lucha de clases y del proceso revolucionario que debe conducir, inevitablemente a la sociedad comunista. Lo que se entiende como guerra de guerrillas en el periodo anterior a la II Guerra Mundial, consiste en la descripción de una resistencia por parte de una población autóctona contra un invasor colonial, que a menudo adoptó la forma de un choque frontal entre dos formaciones o ejércitos muy desiguales, con una alta propensión a la victoria del actor más fuerte. La guerra de guerrillas en su concepción tradicional, se ha entendido como una forma de lucha que se nutre de la táctica de “golpear y correr” y que tan sólo en contadas ocasiones, aquellos que la ponían en práctica, mostraron una comprensión amplia del potencial de los modelos de conflicto irregular en la forma que adquirieron después de 1945, momento en el cual, y de manera simbólica, podemos señalar que la guerra de guerrillas se convierte en “revolucionaria” y adquiere la dimensión de una insurgencia.

Clausewitz en *De la Guerra*, muestra su interés por la guerra de guerrillas como una estrategia operacional en el marco de los conflictos armados convencionales, pero alude muy sintéticamente a las implicaciones políticas de la resistencia nacional ante el invasor. De hecho, considera la guerra popular *meramente como un medio de lucha, es decir, en relación con el enemigo, cuyo efecto, como la naturaleza física del proceso de evaporación, se rige por la superficie* (Clausewitz, 2005: 511).

Engels y Marx por su parte, disertan sobre el rol de las guerrillas en escenarios como la guerra Franco-Prusiana, pero no llegan a posicionarse en el plano teórico sobre la guerra de guerrillas, es más,

consideran que el alcance que la guerra popular pueda tener en el contexto de la Europa industrializada es mínimo. En palabras del propio Engels (1980:103)<sup>40</sup>, *una insurrección con la que simpaticen todas las capas del pueblo, se da ya difícilmente; en la lucha de clases, probablemente ya nunca se agruparán las clases medias en torno del proletariado de un modo tan exclusivo, que el partido de la reacción que se congrega en torno a la burguesía constituya en comparación con aquéllas, una minoría insignificante. El 'pueblo' aparecerá, pues, siempre dividido, con lo cual faltará una formidable palanca, que en 1848 fue de eficacia extrema. Por tanto, una futura lucha de calles sólo podrá vencer si esta desventaja de la situación se compensa con otros factores. Por eso se producirá con menos frecuencia en los comienzos de una gran revolución que en el transcurso ulterior de ésta y deberá emprenderse con fuerzas más considerables.*

Sólo unos cuantos autores establecieron antes del siglo XX esta conexión entre guerra de guerrillas y revolución. Giuseppe Manzini, nacionalista italiano, concebía el conflicto guerrillero como un medio para alentar una insurrección más amplia en contra del dominio de los Habsburgo sobre Italia. Aunque fuera su principal impulsor, habría que señalar otros precedentes, como la obra *Della guerra nazionale d'insurrezione per bande, applicata all'Italia* (1830), de Carlo Bianco, conde de Saint Jorioz, como el primer europeo que perfiló la estrategia de una guerra de liberación. En Polonia por su parte, influenciados por Mazzini, Bianco, Giuseppe Budini y Enrico Gentilini entre otros,

---

<sup>40</sup> Disponible en: <http://www.marxists.org/espanol/m-e/oe/pdf/oe3-v1.pdf> [Accedido en marzo de 2012].

encontramos a un grupo de escritores en el periodo comprendido entre 1831 y 1863 como Wojciech Chrzanowski, Henryk Kamiński o Józef Benn que identificaban la guerra popular como un instrumento capaz de despertar la conciencia nacional polaca y liberar al país del dominio ruso (Beckett 2001: 14-20).

La vinculación de la guerra de guerrillas y revolución a la que hacemos referencia, y que tiene en la figura de Mao Tse-tung a su máximo intérprete, se convirtió en una constante en manos de movimientos de resistencia comunista tanto en Europa y Asia durante la II Guerra Mundial y alcanzó su máximo esplendor durante la Guerra Fría en los países en vías de desarrollo.

De hecho, este periodo coincide con un cambio notable en los resultados de las guerras irregulares. Si antes de la II Guerra Mundial, lo habitual, era la victoria del "actor fuerte", del Estado, de las grandes potencias, tras ésta, este patrón sufrió un reverso considerable, encontrándonos con un porcentaje más amplio de movimientos insurgentes capaces de forzar un "empate", e incluso derrotar a enemigos más fuertes (Arreguin-Toft, 2005: 96-98). Podemos señalar que esta consistencia de la insurgencia, está vinculada a la Guerra Fría a través de tres factores.

En primer lugar, mientras que la guerra de guerrillas tradicional dependía de la movilización de recursos locales con el apoyo ocasional de un estado vecino, las insurgencias del periodo de la Guerra Fría, se beneficiaron de un apoyo extensivo y multifacético de las grandes superpotencias. La Unión Soviética, contemplaban como objetivo central de su política exterior, el adiestramiento y el estímulo, bien de

forma directa o indirecta, de una ingente cantidad de movimientos insurgentes en ciernes a lo largo de los países en vías desarrollo. Suministró armas y entrenamiento a grupos insurrectos izquierdistas nada mas iniciado el periodo de la Guerra Fría, que incluía a la China y Grecia comunista y convirtió en prioritarios a los países del Tercer Mundo en la década de 1950 (Westad, 2005: 39).

En segundo lugar, con la Guerra Fría, asistimos a un sistema en competencia de creencias ideológicas de escala global cuyos marcos cognitivos *despertaron apasionados compromisos ideológicos entre combatientes tanto a nivel nacional como internacional* (Hironaka 2005:123). Se extendió la percepción generalizada de la viabilidad de un modelo de organización social y político contra-hegemónico que cautivó el imaginario de millones de personas. La especificidad de cada contexto, así como las etiquetas, variaban pero por regla general, se identificaban con conceptos como liberación nacional, descolonización, desarrollismo, "tercermundismo", y marxismo, que hicieron las veces de inspiradoras y catalizadoras de energía de muchos individuos, dispuestos a invertir un tremendo esfuerzo, un riesgo significativo, y someterse a una enorme privación por la causa revolucionaria.

Por último, estas creencias, permeabilizaron la idea de que era posible un cambio radical del sistema a través de la lucha armada. Los débiles, podrían enfrentarse a los fuertes, si aprendían cómo desplegar el potencial de la guerra de guerrillas, por lo que este cambio, pasó a ser una cuestión de formación que requería a su vez de la doctrina correcta. La ecuación de la teoría revolucionaria con los principios organizativos de la guerra irregular es el último de los factores que a modo de

innovación permitió dar ese salto cualitativo a la guerra de guerrillas. Un avance estratégico teorizado por Mao Tse-tung, Che Guevara, Régis Debray, y Amílcar Cabral, y ejemplificado en escenario como China, Cuba y Vietnam que sugieren, a pesar de algunos reveses, la guerra de guerrillas como un camino viable y eficaz para el cambio político y social (Kalyvas, 2010: 13-17).

Sin embargo, a efectos prácticos, en el contexto de este trabajo, la guerra de guerrillas, asume el rol de una táctica que en la actualidad favorece particularmente los intereses de los movimientos insurgentes por las siguientes razones:

1. La accesibilidad de grandes cantidades de armamento de empleo relativamente simple (fusiles de asalto, morteros, lanzagranadas, municiones para fabricar artefactos explosivos improvisados, etc) pero eficaz a la hora de enfrentarse contra ejércitos mucho mejor equipados.
2. La abundancia de entornos urbanos que ofrecen mejores condiciones que los bosques y las áreas montañosas, al estar densamente habitados y por tanto limitar el uso de la potencia de fuego convencional de los ejércitos regulares.
3. Los avances tecnológicos en materia de comunicaciones que facilitan la obtención de inteligencia, la acción coordinada y el intercambio de lecciones aprendidas. La revolución en las tecnologías de la información favorece la práctica del *swarming* (ataque en enjambre) por parte de los insurgentes (Berkowitz, 2003: 115-116; Beckett, 2005: 22-36).

4. Las restricciones políticas y de recursos que entrañan los despliegues militares en el exterior. Dichas limitaciones se traducen en contingentes militares reducidos, en *caveats* gubernamentales al empleo de las unidades que integran una fuerza multinacional y en reglas de enfrentamiento a menudo muy restrictivas; dos factores que dificultan la lucha eficaz contra los insurgentes que recurren a la guerra de guerrillas.

#### **5.1.5. Insurgencia y conflicto asimétrico**

Los actores insurgentes tratan de alcanzar sus objetivos mediante el conflicto armado, que en la inmensa mayoría de las ocasiones se desarrolla de manera asimétrica (Metz & Millen, 2003:2). No obstante insurgencia y conflicto asimétrico no siempre confluyen. Un estado (no sólo un grupo insurgente) puede enfrentarse a otro en un conflicto de estas características y, excepcionalmente, un actor insurgente puede llegar a reunir suficientes recursos humanos y materiales como para plantear la lucha en términos convencionales. En este caso se trataría de la tercera etapa de la guerra prolongada de Mao Tse Tung, que llevó a cabo con éxito contra el régimen nacionalista de Chiang Kai-Shek.

El conflicto asimétrico se diferencia del conflicto convencional; es decir, de aquel donde ejércitos regulares luchan unos contra otros siguiendo doctrinas más o menos comunes. Aunque el término conflicto asimétrico apareció a mediados de la década de 1970 con motivo de la guerra de Vietnam, se trata de un fenómeno muy antiguo (Andrew,

1974). El planteamiento asimétrico del conflicto nace de la necesidad de evitar la fortaleza del enemigo y explotar sus vulnerabilidades, y de la conciencia de que en la guerra lo fácil y previsible resulta letal (Luttwak, 2005: 8-10). Esos principios también se encuentran presentes en el combate convencional (precisamente ese es uno de los fines de la maniobra), pero lo característico del conflicto asimétrico consiste en la aplicación de procedimientos innovadores, que *se salen del manual*, y que reducen sustancialmente la ventaja militar convencional del adversario (Blank, 2003).

En el conflicto asimétrico el fuerte no puede utilizar en muchas ocasiones todo el poder de sus capacidades militares. Las consideraciones de política doméstica e internacional, así como las de carácter jurídico y moral limitan el nivel de fuerza que puede utilizarse en el enfrentamiento. Junto a ese tipo de restricciones otra dificultad que se plantea a los ejércitos convencionales es la falta de objetivos a abatir. La habilidad de los insurgentes (o de otros actores asimétricos) para esconderse entre la población o en áreas remotas limita seriamente las posibilidades de que sean localizados y neutralizados.

Las claves estratégicas del actor que opta por un conflicto asimétrico son básicamente cuatro: 1) desgaste psicológico y físico del oponente; 2) dar conocer su causa política; 3) movilizar apoyos entre sus potenciales partidarios; y 4) movilizar apoyos entre los actores externos al conflicto. El conflicto asimétrico prioriza la dimensión política y relega a un segundo o tercer plano la militar. De este modo, su lógica se adapta perfectamente a la estrategia de los actores insurgentes; lo cual explica

que cuando estos son débiles militarmente –es decir, en la inmensa mayoría de los casos– opten por el enfoque asimétrico del conflicto.

El entorno actual, y el futuro próximo, en el que se mueven los actores asimétricos ofrece muchas más oportunidades de innovación que hace décadas en términos de accesibilidad a armamentos, transporte, coordinación a grandes distancias, intercambio de lecciones aprendidas, capacidad de comunicarse con audiencias globales, limitaciones de muchos de sus adversarios por la rendición de cuentas democráticas, etc. Lo cual explica por qué los conflictos asimétricos se han convertido en el principal y casi único tipo de conflicto armado en el que se ven envueltos los países occidentales, muchas veces a su pesar (Jordán, 2008: 283). Este hecho, combinado con la constante histórica de que las guerrillas sólo derrotan a las potencias superiores cuando estas no tienen la suficiente voluntad e interés estratégico en el conflicto augura un futuro prometedor a las insurgencias.

#### **5.1.6. Insurgencia y conflicto de baja intensidad**

Muchas insurgencias suponen un conflicto armado de baja intensidad (LIC, en sus iniciales inglesas), pero el problema en este punto es que no existe una definición estándar de LIC. La definición que ofrece el Manual de Campo norteamericano no resulta del todo precisa (Field Manual 100-20, 1981:1): *a political-military confrontation between contending states or groups below conventional war and above the routine, peaceful competition among states. It frequently involves*

*protracted struggles of competing principles and ideologies. Low-intensity conflict ranges from subversion to the use of the armed forces. It is waged by a combination of means, employing political, economic, informational, and military instruments.*

El conflicto de baja intensidad es un término que se asocia precisamente a la insurgencia y contrainsurgencia, al terrorismo, a la guerrilla, y a las operaciones convencionales limitadas (Stuart, 2004: 36). Algo similar sucede con el término *Small Wars*, empleado con asiduidad por la literatura militar y estratégica británica, y que en la práctica suele ser asimilado con la insurgencia, la guerrilla y el conflicto asimétrico.

Una alternativa a las definiciones manejadas en los ambientes militares anglosajones, es la que ofrecen los centros de investigación sobre conflictos armados de carácter académico. Por ejemplo, la del Uppsala Conflict Data Program (UCDP)<sup>41</sup>. El UCDP define el conflicto armado como una situación de disputa entre al menos dos partes (y por lo menos una de ellas debe ser un gobierno) que incluye el empleo de la fuerza armada y donde, como mínimo, se producen veinticinco muertes en combate al año<sup>42</sup>.

El UCDP distingue tres categorías de conflicto armado según el número de muertes en combate: los menores (más de 25 muertes pero

---

<sup>41</sup> Puede encontrarse una descripción más detallada de esta clasificación, así como su aplicación a los conflictos armados producidos desde 1946 en adelante en la página web de dicho programa: <http://www.pcr.uu.se/research/UCDP/index.htm> [Accedido en enero de 2012]

<sup>42</sup> *An armed conflict is a contested incompatibility that concerns government and/or territory where the use of armed force between two parties, of which at least one is the government of a state, results in at least 25 battle-related deaths in one calendar year*

menos de mil cada año), los de tamaño medio (más de mil en total pero no cada año) y la guerra con más de mil muertes al año (Eriksson, Wallensteen, y Sollenberg, 2003: 593–607). Esta clasificación coincide con la que utiliza el *Stockholm International Peace Research Institute* (SIPRI), aunque en lugar de guerra, habla de *major armed conflict*.

Los conceptos de conflicto armado menor e intermedio que utiliza el UCDP y el SIPRI (y que podrían ser asimilables al término de conflicto armado de baja intensidad) resultan más claros analíticamente que el empleado en la literatura militar y estratégica anglosajona. Pero lo que sucede al aplicar criterios meramente cuantitativos es que muchas insurgencias sobrepasan de lejos la categoría de los conflictos de baja intensidad en términos de muertes directas, situándose en el otro extremo de la escala<sup>43</sup>.

## 5.2. Clasificación de las insurgencias

No resulta sencillo establecer una tipología sobre las insurgencias, principalmente porque hablamos de movimientos de naturaleza dinámica, sometidos tanto a tensiones externas como internas que pueden afectar a su organización, estrategia, al alcance previsto de sus acciones e incluso al objetivo último que dio origen al levantamiento.

---

<sup>43</sup> Así sucede por ejemplo con la insurgencias actuales en Irak, Afganistán y Pakistán, que ocupan el lugar correspondiente a la guerra (según UCDP) o al conflicto armado mayor (según SIPRI).

### 5.2.1. En función de la estructura

Se puede establecer una primera tipología donde el elemento diferenciador sea la estructura de la organización insurgente. La distribución social, las características geográficas, políticas y económicas del territorio, la fuerza inicial de la insurgencia, el papel de los actores externos, así como las capacidades del gobierno, son todos ellos factores que van a incidir en la gestación de la insurgencia y van a condicionar su diseño organizativo. Así, podemos distinguir entre insurgencias que se perfilan en torno a una *organización política*, cuantitativamente extensas, con una compleja y desarrollada estructura de poder que precede a la militar y al inicio de las hostilidades y cuyo objetivo es crear un gobierno en la sombra que socave la autoridad del gobierno; *insurgencias organizadas en torno al componente militar*, de estructuras más reducidas que las anteriores y en donde el elemento armado ejerce de catalizador para movilizar a la oposición en contra de la autoridad. En este caso la consolidación militar precede a la política y la estrategia reside en la esperanza de conformar grupos disidentes entre la población descontenta; *insurgencias de estructura celular en ecosistemas urbanos* que pretenden amenazar la legitimidad del régimen a través del uso de tácticas de sabotaje<sup>44</sup>, demostraciones de fuerza y

---

<sup>44</sup> El sabotaje es otra de las herramientas a las que puede recurrir la insurgencia con el objetivo de generar un clima de colapso y desestabilizar a la autoridad en el poder. Los blancos se seleccionan por su impacto económico o político, o bien forman parte de un plan táctico mayor que tiene por objetivo aumentar la confusión general y limitar las capacidades del gobierno. Mientras que el sabotaje activo incurre en la violencia para causar desorden y la interrupción deliberada de servicios, el daño que genera el sabotaje pasivo se diseña sobre acciones deliberadas de omisión, absentismo o

disturbios; e insurgencias cuyo esquema organizativo gravita alrededor de *elementos tribales o religiosos*. No hay en este último caso una estrategia común a todos y se nutren de los otros tipos mencionados con anterioridad (CIA, 1980: 4-5).

### 5.2.2. En función del enfoque estratégico

Una segunda categoría, comprendería los enfoques estratégicos usados por la insurgencia en su desarrollo y evolución para la consecución de sus objetivos. Como se puede comprobar en el desarrollo de la misma, existe una estrecha vinculación entre la primera tipología y ésta, ya que toda estrategia para su consecución, requiere al fin y al cabo, dotarse de una determinada estructura organizativa<sup>45</sup>:

a) *Insurgencias que adoptan un enfoque estratégico conspirativo*: se estructuran en un reducido núcleo duro de líderes y un cuadro de militantes o activistas de partido que trata de hacerse con el control del gobierno o hacer estallar un entorno potencialmente revolucionario. Este tipo de movimientos suelen permanecer en la sombra tanto tiempo como les sea posible y salen a luz cuando consideran que existen indicios

---

negligencia (Manual de Campo británico, 2001: A-3-3) ; *No debe emplearse el sabotaje en inutilizar medios de producción que deje paralizado algún sector de la población, es decir, que deje gente sin trabajo, sin que influya esa paralización en la vida normal de una sociedad; es ridículo un sabotaje contra una fábrica de refrescos, pero es absolutamente correcto y recomendable un sabotaje contra una central eléctrica* (Guevara, 1976: 17)

<sup>45</sup> Desarrollo Propio sobre la clasificación que realiza el Manual de Contrainsurgencia de los Estados Unidos: FM 3-24.

suficientes para poder hacer efectivos sus objetivos con una cierta rapidez. Lennin y la revolución bolchevique en 1917 es un buen ejemplo. Fue diseñada para operar en entornos urbanos (particularmente en Moscú como centro del poder), a través de células que tenía como objetivo liberar y canalizar la energía de una sociedad descontenta hasta el punto de provocar un levantamiento espontáneo por medio de la acción armada.

b) *Insurgencias de estrategia de guerra popular prolonga*: los conflictos prolongados favorecen los intereses de las insurgencias y no existe enfoque estratégico que haga un mayor y mejor uso de la asimetría que éste. Mao es sin lugar a dudas uno de los autores que más directamente ha influido en el desarrollo de una estrategia de guerra popular prolongada. La teoría maoísta toma cuerpo a través de un compendio de escritos que desgranar la lucha político militar contra el movimiento nacionalista chino y la ocupación japonesa entre 1928 y 1949. Su pensamiento, es fruto de una interpretación ortodoxa de la doctrina marxista leninista, y como tal, la revolución, es el único camino capaz de generar las condiciones necesarias que garanticen el tránsito hacia una sociedad regida por el ideario comunista. El primer paso para ello consistiría en la creación de un partido, como instrumento básico del proceso completo. Por definición, éste debe ser el partido del proletariado, pero Mao entiende que la práctica inexistencia de una clase proletaria, obliga a aglutinar la voluntad del campesinado en torno al partido, al margen de que su inclusión sea una condición *sine qua non*, ya que en su planeamiento estratégico, la lucha armada se originará lejos de los grandes centros urbanos, en las áreas rurales. Es consciente de que

la contienda será larga, y por tanto considera que el aparato del partido tiene que ser fuerte y disciplinado, capaz de soportar las fricciones internas y los envites del gobierno. De forma adicional, no debe desintegrarse tras la victoria y cuando el proceso de reformas haya culminado, deberá permanecer y conformarse como elite política. Su cohesión debe garantizarse a través de la imposición de reglas básicas de funcionamiento a sus miembros y en previsión de futuras operaciones, el partido debe estar organizado tanto en aparatos abiertos como clandestinos, estos últimos, diseñados con un doble propósito: defensivo, en el caso de que el gobierno decida suprimir el partido y ofensivo, en orden a subvertir y dirigir la lucha en territorio enemigo en el momento en el que tenga lugar una rebelión abierta. La creación y desarrollo de un partido es una tarea sumamente lenta y de proceso minucioso. En el caso del Partido Comunista Chino, tuvieron que pasar cinco años desde la primera reunión que mantuvieron sus doce fundadores en Shanghái el 1 de julio de 1921 para que contara con mil miembros (Galula, 1964:34). El segundo paso, es crear un frente unido, un paso, que se solapa con el primero y que puede presentar un problema básico ya que implica contar con compañeros de viaje de dudosa fidelidad y que pueden poner en peligro el programa insurgente. Es por ello que una vez asentado en el poder, el partido debe proceder a una purga sistemática. Aquí, el aparato en la clandestinidad llevará a cabo acciones subversivas dirigidas hacia tres elementos, las fuerzas y capacidades del gobierno, con vistas a prevenir y sabotear una eventual reacción, los aliados, con el objetivo de alinear sus acciones con las preferencias del partido y evitar así posibles fracturas en el seno del frente unido, y el grueso de la población, en

orden a preparar y promover la lucha política contra la autoridad en el poder. La actividad insurgente durante esta segunda fase se mantiene en los límites de la legalidad y la no violencia. El tercer paso, consiste en llevar a cabo una guerra de guerrillas. La insurgencia puede aumentar su poder básicamente a través de medios políticos y actos subversivos, y en el caso de que no lo consiga, la salida natural es llevar a cabo una lucha armada. Sin embargo, la revolución, bajo esta interpretación doctrinaria ortodoxa, entiende la lucha armada como ineludible, ya que la victoria sólo será completa y absoluta si se vincula al uso de la fuerza. La liberación no se puede conceder u obtener por la vía del compromiso. Una guerra revolucionaria local, se entiende como parte de una guerra global contra el capitalismo y el imperialismo, y una victoria militar contra el enemigo local es una victoria contra el enemigo global que contribuye en última instancia a su derrota. La violencia armada ejerce las veces de purgador y facilita la posterior implantación de un programa ideológico comunista postconflicto, ya que expone a la población a una situación en la que es más fácil identificar a los amigos y enemigos. Esta lucha armada colabora a su vez en la consolidación del partido, le permite adquirir experiencia, inmuniza, elimina a los débiles y ensalza a los mejores, a los verdaderos líderes del movimiento. El cuándo, estará indicado por el grado de maduración del contexto (un gobierno debilitado por la acción subversiva, una sólida estructura política, una población movilizada y partido bien asentado) hasta que se alcance un punto de equilibrio de fuerzas. A partir de aquí, una escala de las acciones ofensivas hasta lograr el objetivo de la aniquilación total del enemigo (Mao, 1973).

c) *Insurgencias que adoptan un enfoque estratégico centrado en los aspectos militares*: pretenden igualmente posibilitar un entorno revolucionario y hacerse con el poder, pero hay una tendencia a la militarización de la lucha revolucionaria. Un buen ejemplo de este enfoque, sería el *foquismo*, teoría revolucionaria desarrollada por el escritor y filósofo francés Régis Debray en su obra *Révolution dans la Révolution* (1967) y popularizada por Che Guevara, primero en el Congo y más tarde en Bolivia. Esta estrategia, que se extendió ampliamente tanto en América Latina como en África durante las décadas de 1970 y 1980, entiende que no es necesario que se den todas las condiciones para la revolución<sup>46</sup>. Es suficiente con que haya una base objetiva para que una minoría (*el foco insurreccional*) prenda la mecha que inspire al conjunto de la sociedad<sup>47</sup>. Respecto a esa base objetiva, a modo de prerequisites para el éxito de la insurgencia, podemos señalar (Taber, 2002:154): Una situación de inestabilidad política, marcada por profundas divisiones sociales y por lo general (aunque no siempre), acompañada por una situación económica de estancamiento o profunda depresión; Un objetivo político, basado en firmes argumentos morales e ideológicos, que puede ser entendido y aceptado por la mayoría como la causa principal de la insurgencia, deseable en sí misma y digna de

---

<sup>46</sup> Guevara (1976) en sus reflexiones sobre los aportes fundamentales al pensamiento revolucionario de la región señala que *No siempre hay que esperar que se den todas las condiciones para la revolución, el foco insurreccional puede desarrollarlas*.

<sup>47</sup> A este respecto Guevara dirá: "...cuando se habla de las condiciones para la revolución no se puede pensar que todas ellas se vayan a crear por el impulso dado a las mismas por el foco guerrillero....Es decir, que es necesario demostrar claramente ante el pueblo la imposibilidad de mantener la lucha por reivindicaciones sociales dentro de la contienda cívica". Entiende con ello, la necesidad de que confluyan una serie de condiciones objetivas y subjetivas.

cualquier sacrificio; Un gobierno opresor, con el que no es posible el compromiso político; Alguna forma de organización política revolucionaria, capaz de ofrecer un liderazgo constante que dirigía al movimiento a la victoria; Un último requerimiento, una posibilidad clara, o incluso la probabilidad de éxito. Hasta que la gente no crea que el gobierno puede ser derrocado (y éste debe ser el objetivo a corto plazo de la insurgencia, demostrar esta posibilidad a través del desafío exitoso de la fuerza militar), hay que evitar la tentativa, ya que a ésta, no le sucederá ningún esfuerzo revolucionario.

Guevara comparte con Mao la idea de la lucha armada como cuestión ineludible para alcanzar la victoria, y la formación de un ejército popular para derrocar al opresor<sup>48</sup>. Sin embargo, la ausencia de éste en sus inicios y la asimetría de fuerzas obligan a desarrollar una guerra de guerrillas<sup>49</sup>, en particular, en las zonas rurales, no sólo por que el sustento de la lucha fuese la masa campesina, sino porque las particularidades del entorno físico y la lejanía de los centros de poder del

---

<sup>48</sup> En este caso Guevara incurre en una contradicción ya que como él mismo afirmara, *"donde un gobierno haya subido al poder por alguna forma de consulta popular, fraudulenta o no, y se mantenga al menos una apariencia de legalidad constitucional, el brote guerrillero es imposible de producir por no haberse agotado la posibilidad de lucha cívica"*. Sin embargo, en el desarrollo de su pensamiento, entiende la violencia armada como elemento consustancial al proceso revolucionario.

<sup>49</sup> Guevara (1976: 150-155) entiende que la lucha guerrillera *es una lucha de masas, es una lucha del pueblo.... la guerra de guerrillas no es una guerra minúscula, una guerra de un grupo minoritario contra un ejército poderoso, no; la guerra de guerrillas es la guerra del pueblo entero contra opresión dominante. El guerrillero, "es el combatiente de la libertad por excelencia; es el elegido del pueblo, la vanguardia combatiente del mismo en su lucha por la liberación". "El guerrillero es un reformador social. El guerrillero empuña las armas como protesta airada del pueblo contra sus opresores, y lucha por cambiar el régimen social que mantiene a todos sus hermanos desarmados en el oprobio y la miseria.*

aparato administrativo favorecerían el desarrollo de la estrategia<sup>50</sup>. La principal crítica a esta estrategia en donde el foco insurreccional es el punto de partida, a diferencia del partido de vanguardia leninista o el movimiento de masas de Mao Tse-tung, estriba en la subordinación de la lucha revolucionaria al efectivismo de lo técnico-militar que dificulta en última instancia la identificación de la masa con los problemas de la revolución social.

d) Insurgencias que adoptan un *enfoque estratégico centrado en entornos urbanos* y que se nutren de las tácticas terroristas para alcanzar los siguientes objetivos: Iniciar enfrentamientos de violencia sectaria; debilitar al gobierno e intimidar a la población; acabar con los miembros del gobierno y líderes de la oposición; concentrar toda la atención e intimidar a las fuerzas de seguridad del estado limitando su capacidad de responder a los ataques; crear un gobierno de represión<sup>51</sup>.

Este enfoque, que tiene sus antecedentes en el Irgún judío y el grupo de Stern contra los británicos en Palestina entre 1945 y 1947, la campaña

---

<sup>50</sup> "El tercer aporte es fundamentalmente de índole estratégica y debe ser una llamada de atención a quienes pretenden con criterios dogmáticos centrar las luchas de las masas en los movimientos de las ciudades, olvidando totalmente la inmensa participación de la gente del campo en la vida de todos los países subdesarrollados de América. No es que se desprecie las luchas de las masas obreras organizadas, simplemente se analiza con criterio realista las posibilidades, en las difíciles condiciones de la lucha armada, donde las garantías que suelen adornar nuestras constituciones está suspendidas o ignoradas. En estas condiciones los movimientos obreros deben hacerse clandestinos, sin armas, en la ilegalidad y arrojando peligros enormes; no es tan difícil la situación en campo abierto, apoyados los habitantes por la guerrilla armada y en lugares donde las fuerzas represivas no pueden llegar." (Guevara, 1976:31)

<sup>51</sup> El General del Ejército Británico Rupert Smith (2006) define este enfoque como *war amongst the people*, una síntesis de la guerra industrial y la guerra de guerrillas con tres componentes esenciales: estrategia de provocación, erosión de la voluntad del gobierno y propaganda de las ideas.

del EOKA (Organización Nacional de Combatientes Chipriotas) en Chipre contra los británicos nuevamente entre 1955 y 1959, el Frente de Liberación Nacional argelino contra los franceses en Argelia entre 1954 y 196, adquirió una nueva dimensión en el contexto latinoamericano en la década de 1960, en donde emergen una serie de movimientos que adoptan una estrategia que se desvía de los cánones clásicos maoístas (en particular, y al igual que Guevara, en el énfasis de Mao en la necesidad de un largo período de preparación política de la población para la revolución) (Beckett, 2001:151-155). Esta estrategia, tuvo sus principales representantes en dos movimientos de inspiración marxista, los Tupamaro o Movimiento de Liberación Nacional (MLN-T) en Uruguay, liderados por Raúl Sendic, y la Acción Nacional Libertadora (ANL) en Brasil, fundada por Carlos Marighela<sup>52</sup>. La obra de

---

<sup>52</sup> Por Marxismo entenderemos el conjunto de ideas, conceptos, tesis, teorías de las supuestas metodologías científicas y de estrategia política, en general de la concepción del mundo, de la vida asociada y de la política, considerada como un cuerpo de proposiciones hasta llegar a constituir una verdadera doctrina que se puede extraer de las obras de Karl Marx y Friedrich Engels (Bobbio, 1991: 935). La teoría marxista resulta en primer lugar de un análisis y crítica que Marx lleva a cabo de la filosofía de Hegel. Para Hegel, al contrario que los postulados de la filosofía racional liberal que situaba al hombre en el centro del universo, la moralidad, la religión y los principios de la ciencia política no eran conceptos racionales y precisos desarrollados por el libre espíritu del hombre, sino fragmentos de un gran movimiento histórico que sólo pueden ser entendidos y explicados si los estudiamos en el lugar que tienen dentro del proceso histórico. En este sentido, el liberalismo, es sólo una etapa más de este proceso. Atendiendo a esta idea del relativismo, Hegel se cuestiona entonces por los motivos que guían o desarrollan esta transformación y lo encuentra en la lógica, como proceso derivado del sistema de la razón pura. Así como una mente puede desarrollar de principios abstractos y contradictorios un sistema lógico coherente, la sociedad humana sufre un desarrollo de luchas contradictorias hacia una síntesis en la cual esas contradicciones son suprimidas y armonizadas en un nivel superior. Lo que pretende Hegel, es poner de manifiesto que las teorías políticas determinadas, como el resto de nuestras ideas, son sólo manifestaciones incompletas de nuestra verdad y que tienen importancia relativa únicamente dentro de una época determinada. Sin embargo éste

Marighela, (en particular el *Minimanual de guerrilla urbana*), se erige como una guía práctica donde vincula la acción armada a la estrategia revolucionaria y en la que trata de superar los condicionantes de la naturaleza de la lucha en entornos rurales, apostando por una guerrilla urbana y el terrorismo<sup>53</sup>. Otro elemento innovador es la apuesta por una estructura organizativa edificada sobre una red de grupos locales, que supone a su vez una ruptura con la fórmula tradicional leninista de organización basada en una estructura jerárquica piramidal y un férreo control de mando. Para Marighela (2008: 39-43), la guerrilla tiene que estar organizada en pequeños grupos, dirigidos y coordinados por una o dos personas, que constituyen el *grupo de fuego*, y que aún priorizando

---

consideró al Estado como la suprema expresión de la razón humana y como el fin del proceso dialéctico de la historia. Marx critica y rechaza el método especulativo de Hegel ya que considera que parte de una idea abstracta de Estado como totalidad superior y precedente a sus partes. Es el planteamiento en sí de la filosofía hegeliana del derecho, fundada sobre la prioridad del Estado sobre la familia y sobre la sociedad civil, es decir de las esferas que históricamente preceden al Estado. Marx lo que hace es invertir esta relación entre sociedad civil y estado y recorrer un camino inverso que conduce hacia la extinción del Estado. El Estado para Marx es visto como instrumento coercitivo que trabaja en el interés exclusivo de la clase dominante. La democracia constitucional, como base sobre la que se presenta la dictadura de la burguesía sólo podía ser derrocada erigiendo una dictadura del proletariado, dentro de la cual la autoridad coercitiva del Estado se emplearía para llevar a efecto la socialización de los medios de producción. El capitalismo era visto por Marx como una etapa desagradable, nefasta pero necesaria de transición ya que una vez superada, conformaría la base sobre la que se asentaría el bienestar general. Así como etapa transitoria (la del capitalismo), esta daría lugar a un nuevo estadio marcado por la lucha de clases que derivaría en la conversión de la clase hasta entonces deprimida, el proletariado, en la clase dominante (Ruiz y García, 2009:33-49).

<sup>53</sup> Aunque esta ruptura con los cánones clásicos no es tan drástica. El mismo Marighela (2008:3-6) reconocía que al menos, en el caso particular de Brasil, la victoria sobre el ejército brasileño sólo sería posible si la lucha se extendía a las zonas rurales. De hecho, el objetivo de la guerrilla urbana (en este contexto) era obtener suministros, armas y recursos para nutrir a la red de resistencia rural y debilitar la moral del ejército. Concluye en cualquier caso, que la victoria dependería en última instancia del alzamiento del campesinado.

los objetivos del mando estratégico, gozan de autonomía y la libertad de acción. Del otro lado, al igual que Guevara, cree en la necesidad de que se den unas condiciones objetivas para la revolución, pero cuestiona de su aplicación estrategia, la capacidad de extrapolarla a otras condiciones y circunstancias (bien por una alta concentración de población en entornos urbanos, por las características orográficas, por la existencia de una clase media o una escasa población rural) entre las que figuraban (Gillespie, 1987:187-218):

- El país debía contar con una amplia población campesina y una fuerte polarización política y económica.
- La guerrilla debía operar preferentemente en el campo para poder disponer del factor estratégico del territorio, imprescindible para garantizar su movilidad y con ella su defensa.
- La guerrilla debía potenciarse cualitativamente y crecer cuantitativamente hasta alcanzar las dimensiones de un ejército revolucionario. Sólo entonces podía culminarse la guerra subversiva mediante el asedio y asalto a las grandes ciudades, auténticos bastiones de las tropas gubernamentales.
- Las actividades armadas y políticas realizadas en las ciudades (sabotajes; actos terroristas; huelgas; manifestaciones; etc.) poseían la importante función de coadyuvar al progreso de la lucha guerrillera rural.

e) La última categoría sería la de una *estrategia combinada* (muy común entre distintas facciones insurgentes iraquíes en la actualidad), en donde las insurgencias recurren a distintos enfoques en momentos diferentes poniendo en práctica tácticas de unos y otros dependiendo de su idoneidad. Este es el caso particular de Sendero Luminoso o Partido Comunista del Perú, organización marxista-leninista, fundada por Abimael Guzmán en 1970. Su estrategia, es una mezcla de maoísmo en el campo, la guerrilla urbana de Marighela y el estilo de subversión bolchevique. Adoptó una revolución al estilo maoísta, dedicando mucho tiempo a la organización de las masas antes de crear un ejército guerrillero popular que, según él, acabaría por socavar la autoridad del gobierno para finalmente convertirse en el Ejército de Liberación Popular, la punta de lanza para la toma de control del poder político. Guzmán sentó las bases de su revolución en el apoyo de las clases desposeídas, principalmente los mestizos, ignorados por el dominio de los criollos (descendientes de españoles), y en particular, en los indígenas, excluidos tradicionalmente de la vida política. Inicialmente, la actividad revolucionaria, fue encabezada por un grupo significativo de estudiantes afines al ideario del líder de Sendero Luminoso. A principios de la década de 1970, la organización se hizo con el control de los consejos estudiantiles de la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga (donde Guzmán enseñaba filosofía), de las universidades del Centro en Huancayo y La Cantuta, y desarrolló una presencia significativa en la Universidad Nacional de Ingeniería y la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, ambas en la capital. Sin embargo, fue la presión demográfica a la que se veía sometida la ciudad de Lima como

consecuencia del éxodo rural masivo y las precarias condiciones del campesinado, afinados en barrios de chabolas en la periferia de la ciudad, las que proporcionaron al movimiento la masa social necesaria para la revolución (Weinstein, 2007: 81-94).

### **5.2.3. En función de los objetivos**

Por último, podemos establecer una clasificación en función a los objetivos que persigue. Para ello, es necesario hacer una serie de consideraciones previas a fin de no entender las insurgencias como categorías estancas, sino que mutan y transforman sus objetivos por una multitud de circunstancias. Por ejemplo, la actual insurgencia afgana, se puede definir como una insurgencia de liberación, pero a su vez, considera al gobierno central cómplice de las fuerzas de ocupación, donde la administración de Karzai y todas las instituciones relacionadas, aunque afganas, son también objetivos de la insurgencia, lo que nos permitiría definirla a su vez como una insurgencia de resistencia (SENLIS, 2007:29).

En primer lugar, puede suceder que el motivo que dio origen al movimiento se transforme como consecuencia de una decisión adoptada por el líder o líderes del grupo por que consideren que unas metas menos ambiciones, aumentarán la probabilidad de éxito. Este es el caso de la insurgencia en la provincia de Dhofar, al sur de Omán durante la década de 1960, que pasó de reivindicar la secesión del territorio, a un sistema político más igualitario y plural que tuviera en consideración los intereses tribales, regionales y étnicos. Más caótica fue sin embargo la

transformación de la insurrección sudanesa. La guerra en Sudán se inició en la década de 1960 con aspiraciones secesionistas, interrumpida temporalmente en 1972 por un acuerdo político de carácter reformista y nuevamente alentada por facciones insurgentes que demandaba la escisión del territorio o un cambio radical del sistema político.

Se puede deber a su vez a un conflicto entre objetivos (excluyentes en ocasiones) por el desencuentro entre las distintas facciones o grupos en el seno de la insurgencia. Así sucedió con las divisiones internas de la insurgencia palestina durante las décadas de 1960 y 1970 entre tradicionalistas e igualitarios, con patrocinadores externos que buscaban influenciar en la resistencia (O'Neill 2005:29-32).

La ambigüedad de los objetivos es otro de los elementos que dificulta establecer una tipología. Puede ocurrir que en una insurgencia concurren dos o más objetivos más o menos obvios, pero donde no predomina claramente uno de ellos. Esto es lo que ha ocurrido por ejemplo con grupos como las Brigadas Rojas italianas. Tras su retórica marxista-leninista, no había una propuesta programática que abóguese por una forma alternativa de gobierno, y en palabras de Mao (1973:88), *sin un programa político preciso y concreto, no es posible movilizar a todas las fuerzas armadas y a todo el pueblo.*

De igual modo, muchas de las insurgencias que aspiran a un nuevo sistema político creen como condición necesaria para el éxito, el colapso de la autoridad en el poder. Cuando este ocurre, la actividad y retórica del movimiento insurgente tiende a centrarse en fomentar el desorden y la anarquía, generando en ocasiones una situación de ceguera entre los objetivos intermedios y el objetivo último que persigue la insurgencia.

La *Rand Corporation* (2008: 23-29), lleva a cabo una clasificación según el alcance de los objetivos y actuaciones, que nos permitiría situar a las insurgencias en un *continuum* que iría desde un discreto grupo local a uno totalmente globalizado:

a) *Insurgencia local*: se caracteriza por perseguir unos objetivos exclusivamente locales y circunscritos a un entorno geográfico o social reducido. Su influencia en la seguridad internacional es mínima, aunque pueden resultar sumamente sanguinarios en su entorno.

b) *Insurgencia local-regional*. Sus objetivos continúan siendo locales, pero se mueve en el entorno internacional para buscar apoyos, armas, atención de los medios, etc. Casi el 35% de los grupos que han surgido tras la Segunda Guerra Mundial han actuado según ese patrón. El salto de fronteras tiene razones puramente operativas, para apoyar sus objetivos que continúan teniendo un marcado carácter local.

c) *Insurgencia global-local*. Estos grupos se caracterizan por perseguir también objetivos locales, pero que de una forma u otra contribuyen a la línea de actuación de grupos globales, por lo que reciben su apoyo operativo y logístico. En cierta forma colaboran en un proyecto mayor, pero con objetivos limitados. Es el caso de no pocos grupos de orientación islamista, pero cuyos objetivos son la implantación de un gobierno islámico, sin pretensión de extenderse fuera de sus fronteras.

d) *Insurgencia Global*. Sus objetivos no son Estados, sino sistemas de Estados. Este tipo de grupos no son fruto exclusivo de la globalización. Los movimientos guerrilleros comunistas del siglo pasado

se pueden incluir en esta categoría. Su desarrollo, incluso su triunfo en no pocos países, nos puede servir de referencia para predecir comportamientos de nuevos grupos globales, en particular los de carácter islamista. Éstos parten de una situación diferente, ya que no deben ganarse los adeptos, sino que pretenden explotar un sentimiento ya consolidado por encima de las fronteras: la *umma*. Por lo tanto, pretenden representar a toda la comunidad, para lo que desarrollan tácticas y estrategias novedosas. Unos y otros se complementan en la implementación de estrategias globales que respaldan acciones locales. Así, los grupos locales se centran en destruir a los gobiernos locales, mientras su “matriz” global se centra en operaciones transnacionales, propaganda y en combatir a extranjeros. No obstante, se produce en ocasiones que si los grupos locales alcanzan sus objetivos, no están dispuestos a sacrificarlos en aras de las estrategias globales. Es decir, lejos de destruir el sistema-Estado como pretenden los globalistas, se aprovechan de ella para ejercer el poder según los principios que guiaron su rebelión.

Clapham (1998: 6-8), establece una tipología que nos sirve de punto de partida para el análisis de las insurgencias en función de los objetivos:

a) *Movimientos de liberación*, que tienen por objetivo lograr la independencia de un gobierno colonial o grupo minoritario en el poder. Este tipo de movimientos estuvieron especialmente activos entre 1950 y 1990 e incluye a grupos como el Frente de Liberación Nacional en Argelia (FLN), el ZANU en Zimbabue, la Unión Nacional África de

Kenia (KANU, en sus siglas en inglés), el Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO), la Organización del Pueblo Africano Sur Oeste de Namibia (SWAPO en sus siglas en inglés), el MPLA, el Congreso Nacional Africano (ANC, en sus siglas en inglés) en Sudáfrica, así como el Viet Minh en Vietnam.

b) *Grupos separatistas*, que luchan por la completa secesión o la concesión de algún tipo de status autónomo especial dentro de un determinado territorio. Se incluyen organizaciones como el Frente de Liberación del Pueblo de Eritrea (EPLF, en sus siglas en inglés), los Tigres Tamiles (LTTE, en sus siglas en inglés) de Sri Lanka, o el Movimiento/Ejército de Liberación del Pueblo de Sudán (SPLA/M, en sus siglas en inglés)<sup>54</sup>.

c) *Movimientos Reformistas*, que persiguen la transformación radical o incluso el derrocamiento al gobierno en el poder. Ejemplos de esta tercera clase serían el Movimiento/Ejército de Resistencia Nacional en Uganda (NRM/A) o el Frente Democrático Revolucionario del Pueblo de Etiopía (EPRDF, en sus siglas en inglés). Esta categoría incluye también diversos movimientos revolucionarios en América Latina, como el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en México, las FARC, el Movimiento 19 de abril de Colombia (M-19), la Unidad Nacional Revolucionaria de Guatemala (URNG) y el Frente de Liberación Nacional Sandinista en Nicaragua (FSLN).

---

<sup>54</sup> Este último, es un claro ejemplo de lo que hemos dicho con respecto a la clasificación de las insurgencias en base a sus objetivos. El SPLA/M es un movimiento que ha ido variando sus objetivos a lo largo del tiempo y es por ello que ha sido también descrito como reformista e incluso como movimiento de liberación postcolonial (Johnson, 1998:53).

d) *Insurgencias de los Señores de la Guerra*, que pugnan por un cambio de liderazgo y en donde en ocasiones la lucha se cristaliza en la creación de un feudo territorial personal. Ejemplos de esta última categoría sería el Frente Patriótico de Liberia de Charles Taylor (NPFL), la Alianza Nacional de Somalia de Mohammed Farah Aideed (SNA), la Alianza de Salvación de Somalia (SSA) de Ali Mahdi Mohammed y las milicias de Rashid Dostum (Jumbesh-i Milli Islami) e Ismail Khan en Afganistán.

O'Neill por su parte, en la línea de Clapham, expone una tipología extensa de la insurgencia en base a sus objetivos (O'Neill 2005: 19-28):

a) *Anarquistas*: son los más superlativos de entre todos los movimientos insurgentes en cuanto a los objetivos que persiguen. Son por lo general grupos altamente difusos e individualistas, que consideran innecesaria así como ilegítima toda autoridad, jerarquía o control social, por lo que todo gobierno sea cual fuera esta su forma debe ser destruido y no reemplazado. El anarquismo como ideología entiende que una sociedad libre y armónica ha de ser el resultado del acuerdo voluntario entre sujetos. Cualquier forma de autoridad perturba el orden social al introducir formas de coacción de un individuo o grupo sobre otros. La cohesión sólo puede derivarse del pacto voluntario y la libre asociación entre individuos, cooperativas, comunas etc. Rechaza toda clase de vínculos legales u obligaciones de otro tipo. La forma de organización que propugna, es la autogestión, mediante la participación directa de sus componentes en la toma de decisiones, sin someterse a instrucciones o

consignas ajenas, donde los principios de jerarquía o liderazgo personal no tienen cabida<sup>55</sup>. Ejemplos de este tipo de grupos fueron, el Black Star en Austria, el grupo 17 de Noviembre en Grecia o la nueva alternativa revolucionaria en Chechenia.

b) *Igualitarios*: en este caso los insurgentes buscan imponer un nuevo sistema sobre la base de los valores de una distribución igualitaria de los recursos y una estructura de control centralizada diseñada para movilizar a la población y transformar de forma radical la sociedad dentro de la comunidad política existente. Este tipo de insurgencias forman parte del paisaje político internacional posterior a la II Guerra Mundial, personificado en grupos de ideología marxista como el Partido Comunista Malayo, los Huks en Filipinas, el Vietcong en Vietnam del

---

<sup>55</sup> Aquí, es importante resaltar la diferencia entre un anarquismo revolucionario, que tiene su máxima expresión en la figura de Bakunin (padre del anarquismo), y que defiende una postura contraria a los postulados organizativos de la lucha política del marxismo para el que el anarquismo supone una sociedad libre sin necesidad de gobierno ni autoridad oficial cuyo centro de gravedad se sitúa en el trabajo, el factor de producción, sus medios y distribución; un anarquismo utópico de pequeños propietarios (Proudhon); otro evolucionista: con Kropotkin a la cabeza y que aboga por la abolición del Estado y la fundación de la igualdad económica y social de todos como elementos sobre los que se elevarán la libertad y la moralidad y se construirá la humanidad solidaria; otro intelectual (con Stirner, de individualismo extremo), de inspiración religiosa (Tolstoi), etc.. el anarquismo es más un movimiento práctico que una teoría, es antes una acción que doctrina (Botella y Rodríguez, 2006). La vigencia del anarquismo se puede fechar en el periodo que transcurre entre su aparición durante la Primera Internacional en 1864 y el inicio de la Guerra Civil española momento tras el cual desaparece casi por completo de la escena internacional. Durante la Primera Internacional los anarquistas intentaron imponer su ideología pero acabaron siendo expulsados por los seguidores de Marx y Engels tras la comuna de París de 1871. Para entonces, Bakunin que ya había organizado su propia Alianza Internacional, y continuó divulgando su ideología que tuvo su máxima influencia en Suiza, Italia, y España principalmente.

Sur, el Frente de Liberación Nacional Tailandés o los Combatientes del Pueblo Fedayín en Irán <sup>56</sup>.

c) *Tradicionalistas*: persiguen como los igualitarios reemplazar el sistema político pero en su caso, sobre la base de valores sagrados y lazos ancestrales y religiosos. Los tradicionalistas buscan establecer estructuras políticas de participación limitada y baja autonomía con poderes políticos en manos de un líder autocrático apoyado por las elites económicas, militares y/o eclesiásticas (un ejemplo sería la contra nicaragüense durante la década de 1980 que pretendía restaurar una vieja oligarquía formada por el triunvirato de terratenientes, ejército y clero). Dentro de esta categoría, se incluye a aquellos grupos que pretende recuperar el resplandor de una época dorada como pudiera ser *Al Dawaa al Islamiyya* en Irak, o el Grupo Salafista para la Liberación y el Combate de Argelia.

d) *Pluralistas*: pretenden el establecimiento de un sistema político edificado sobre los valores de libertad individual y colectiva y en el que las estructuras políticas respeten la diferencia y autonomía. Un ejemplo sería el Consejo Nacional de Resistencia de Irán (NCRI, en su siglas en

---

<sup>56</sup> Muchas de estas insurgencias, a pesar de su retórica populista, derivaron con el tiempo en sistemas políticos autoritarios, represivos y elitistas. Esta circunstancia unida al colapso del comunismo soviético y a la decisión de China de abrazar lo que se ha venido a denominar el leninismo de mercado podría inducir a pensar que las privaciones económicas, sociales, políticas subyacentes que degeneraron en episodios de violencia durante el pasado siglo parecen haber cambiado. Sin embargo, las proclamas de los igualitarios siguen siendo igualmente atractivas para aquellos segmentos de población de desposeídos y privados. Ejemplos de ello, son el *New People's Army* en Filipinas o el Frente de Liberación de Nepal.

inglés), organización paraguas del *Mujahidin-e Khalq* (MKO) que busca suplantarse la teocracia tradicionalista de Irán por un sistema pluralista.

e) *Secesionistas*: se caracterizan por la renuncia a la comunidad política de la que forman parte (se incluirían aquí a la inmensa mayoría de movimientos nacionales de liberación y anticolonialistas posteriores a la II Guerra Mundial como el Vietminh en Indochina, el Frente de Liberación Nacional en Argelia y el Mau Mau en Kenya, etc., que lucharon contra el control del imperio) y la constitución de otra nueva desgajada de la anterior e independiente, como el Frente de Liberación de Afar en Etiopía, el Frente Polisario (Frente Popular para la Liberación de Saguia el Hamra y Río de Oro) controlado por Marruecos, o el South-West African People's Organization (SWAPO, en sus siglas en inglés) en Namibia bajo el control de Sudáfrica hasta 1990.

f) *Reformistas*: se puede considerar el menos ambicioso de entre los siete tipos de insurgencias descritos por O'Neill. No rechazan el sistema en su conjunto, ni renuncian a la comunidad política a la que pertenecen. Sus reivindicaciones se centran en la obtención de mayores beneficios tanto económicos, sociales como políticos. Este es el caso del Ejército de Liberación Nacional de Macedonia (UCKM) que demandaba un igual estatus para los albaneses en lo referente a temas lingüísticos y políticos en el marco de un estado unificado y multiétnico.

g) *Preservacionistas*: No buscan un cambio del sistema político dominante, sino más bien, el mantenimiento de un *status quo vigente* por los privilegios que le reporta a nivel político, económico y social esta situación.

Como se puede comprobar de las distintas clasificaciones aportadas, algunas de ellas responden a categorías muy amplias, otras, introducen demasiada complejidad explicativa o se mueven en niveles excesivamente abstractos, cuando lo que se pretenden, es utilizar modelos analíticos que por su sencillez faciliten la comprensión de la realidad. Por ese motivo, se propone en este apartado otra clasificación en base a los tres principales objetivos que pueden perseguir los actores insurgentes. Puede darse el caso de que alguno de ellos persiga dos de estos objetivos de manera complementaria, o que dentro de un movimiento insurgente existan facciones que priorizan unos en lugar de otros. Los tres tipos de objetivos son los siguientes (Jordán, 2011: 120-122):

a) *Poder y proyecto político*. Una primera categoría sería la de aquellas insurgencias que tratan de hacerse con el control del Estado para implantar un sistema de gobierno distinto (por ejemplo, de inspiración marxista o islamista radical, o simplemente una forma de gobierno más representativa y más sensible a las desigualdades sociales). Este tipo de insurgencia puede ser denominada en el lenguaje común como movimiento *subversivo, insurrecto, rebelde o revolucionario*.

b) *Poder político y territorio*. La mayoría de las insurgencias que pertenecen a esta categoría tienen como fin la independencia nacional, es decir, acabar con una situación percibida como ocupación extranjera (como fue el caso de las insurgencias anticoloniales o de la guerrilla española contra las tropas napoleónicas) o contra un régimen político que los insurgentes consideran un títere al servicio de una potencia

exterior (por ejemplo, Afganistán bajo la ocupación soviética). Estas insurgencias son conocidas normalmente como *resistencias* y, a priori, gozan de una mayor legitimidad ante la opinión pública nacional e internacional. De hecho, las insurgencias que luchan por este segundo objetivo suelen tener una ratio de éxito muy superior a las que tratan de establecer un régimen marxista o islamista, aunque similar al de las insurgencias cuyo proyecto político consiste en instaurar un gobierno más representativo. Dentro de esta categoría (poder político y territorio) también se encuadran las insurgencias secesionistas que aspiran a crear un nuevo Estado desgajado de otro anterior (como son los casos por ejemplo de los grupos radicales sijes del Frente de liberación Khalistan en India, el Patani United Liberation Organization (PULO) en el sur de Tailandia o la insurgencia Kurda en Irak. La finalidad poder político y territorio es complementaria con la primera (poder y proyecto político), pudiendo darse el caso de insurgencias que persiguen la independencia de un determinado territorio para implantar en él su proyecto de gobierno. Así sucede, por ejemplo, con Hamas, que en sus orígenes no sólo pretendía la destrucción del Estado de Israel sino también la instauración de un régimen islamista en Palestina. También fue el caso de la insurgencia marxista malasia contra los británicos en la década de 1950 o la del Vietcong comunista en su enfrentamiento contra el régimen de Vietnam del Sur en la década de 1960 y principios de la de 1970.

c) *Autonomía política local o tribal, generando o manteniendo una situación que escapa al control político estatal.* A una categoría particular que diverge de los cánones clásicos, pertenecen las

insurgencias cuyo objetivo consiste principalmente en socavar la autoridad estatal, dentro de un Estado total o parcialmente fallido, antes que hacerse con el gobierno o crear un nuevo Estado. Es el caso de las luchas promovidas o apoyadas por líderes tribales y señores de la guerra, que obtienen ganancias de distinta naturaleza (no sólo política, sino también económica y mafiosa) en el mercado violento de los conflictos internos en África Subsahariana y Asia Central (el caso del Frente Unido Revolucionario en Sierra Leona). La lucha de estos grupos encaja en el concepto de insurgencia porque se oponen armadamente a la autoridad del Estado dentro de un determinado territorio y gozan de cierto apoyo social, pero como señala Paul Collier, en muchos casos su causa no está inspirada tanto en los ‘agravios’ (reales o imaginarios), como en la codicia y la depredación de bienes públicos y privados<sup>57</sup>.

### 5.3. Organización de los movimientos insurgentes

Cada insurgencia es en cierto modo única y presenta características organizativas diferentes en función del país donde se produce, de los actores que la sostienen y de la causa que defiende. Su estructura, puede ir desde una fuertemente organizada, a una coalición de grupos que operan de manera autónoma, pasando por insurgencias descompuestas

---

<sup>57</sup> Metz (1993: 13-15) denomina a esta última categoría *comercialista*, cuando hace referencia a insurgencias lideradas de forma *sui generis* por líderes, señores de la guerra, etc. Su principal objetivo no parece ser otro que la adquisición de recursos materiales a través de la toma y el control del poder político. Consideran que la legitimidad política es relativamente importante en comparación al poder coercitivo y en donde la ausencia de objetivos racionales, los convierten en grupos nihilistas, en verdaderos depredadores.

en varios subgrupos con distinto grado de unidad, estrategia, funcionamiento interno, etc., a otras divididas en facciones totalmente independientes que conforman una alianza puntual para la consecución de un objetivo concreto. La insurgencia tailandesa es un buen ejemplo de esta complejidad. Durante el periodo de 1960 a 1980, había dos grupos insurgentes independientes, que obtuvieron un éxito relativo en su lucha contra el gobierno tailandés. El Frente Revolucionario Nacional (FRN) y el PULO, ambos con una estructura de mando vertical y jerárquica y que compartían un objetivo común, crear la república independiente de Patani a partir de las cuatro provincias tailandesas de mayoría musulmana y partes de Songhkla. Sin embargo, a mediados de la década de los ochenta y como consecuencia del agotamiento interno, decidieron formar una coalición a fin de revitalizar sus respectivos grupos. A estos dos se les unió el New PULO (organización fruto de una antigua escisión del PULO), y entre las tres conformaron una organización en red, aunque conservaban sus estructuras jerárquicas internas. La respuesta del gobierno tailandés tras la llegada al poder del general Prem Tinsulanonda en 1980, fue convencer a su país vecino, Malasia, para que denegara refugio a la insurgencia, estrategia, que llevó a la nueva coalición hasta su práctica extinción. Sin embargo, el gobierno tailandés mostró un comportamiento errático en la reforma e implementación de políticas en las provincias del sur y no supo capitalizar su victoria sobre la insurgencia, dando lugar a una nueva escalada de la violencia en 2001. Pero esta vez, no eran combatientes del BRN o del PULO, ni contaban con una estructura jerárquica o conformaban una coalición en red. Se trataba de un movimiento confederado de células independientes

compuestas por antiguos miembros, por restos de las organizaciones anteriores (Valenciano, 2009)<sup>58</sup>.

En definitiva, hay que tener en cuenta que la estructura de un movimiento insurgente (y por ende su posterior toma de decisión) evoluciona orgánicamente como resultado natural de los objetivos a corto y largo plazo de la organización, los recursos económicos y sociales, la respuesta del adversario, la estrategia, así como de otros factores derivados del contexto, que van a plantear a la insurgencia una serie de desafíos (principalmente en la fase incipiente de su conformación), que deben resolver si pretenden consolidarse y alcanzar un cierto grado de éxito (Frisch, 2011:2).

En primer lugar, las insurgencias tienen que hacer frente a dos objetivos operacionales complementarios, atacar al enemigo y evitar ser capturados (o como diría Guevara, *morder y huir*). La paradoja de la consecución de estos dos objetivos es que cuantos más ataques se lleven a cabo, menos secreta es la organización, y mayor el grado de exposición. Del lado contrario, una organización que prefiera permanecer en la sombra, va a tener un fuerte impacto en la capacidad de la organización de perpetrar esos ataques, va a debilitar la comunicación interna y a complicar la coordinación de las operaciones. McCormick (2006: 10-12) señala de manera contraria, que esta relación se produce a la inversa: en la medida en que una organización enfatiza las comunicaciones internas, comienza ser menos segura y más propensa

---

<sup>58</sup> El texto íntegro se encuentra disponible en [http://www.gees.org/articulos/algunas\\_claves\\_para\\_entender%20%80%A6\\_el\\_conflicto\\_de\\_pattani\\_tailandia\\_6342](http://www.gees.org/articulos/algunas_claves_para_entender%20%80%A6_el_conflicto_de_pattani_tailandia_6342) [Accedido en marzo de 2012].

a las infiltraciones y a las fugas.

En la gran mayoría de los contextos en los que tiene lugar una lucha entre un estado y uno o más grupos organizados que compiten por el poder, la estructura de autoridad de los gobiernos es centralizada y reside habitualmente en un solo individuo o élite política. Por su parte las insurgencias, desarrollan una vez que han alcanzado un determina madurez, una estructura de autoridad descentraliza independientemente de si sus orígenes residen en la figura de un líder carismático o se constituyen en torno a un grupo centralizado. Esto se debe en gran medida a las circunstancias bajo las que se desarrollan ambos. Mientras que el estado se construye de arriba abajo, las insurgencias, recorren el camino inverso, emergen desde lo local y permanecen unidas a su base de apoyo conforme éstas se ensanchan. Esta circunstancia que rodea a la emergencia de un movimiento insurgente se ve reforzada por la necesidad de preservar el anonimato con el objeto de evitar los esfuerzos de su oponente por socavarla, y por regla general, este anonimato, es incompatible con una estructura de mando centralizada, particularmente cuando alcanzan unas determinadas dimensiones. En este escenario, la capacidad del estado para identificar vértices individuales dentro de la red insurgente está directamente relacionada con su nivel de comunicaciones. En conclusión, seguridad y comunicación son elementos inversamente relacionados, ya cuanto mayor sea el flujo de comunicaciones dentro del sistema, mayor será su visibilidad y por tanto, menor su seguridad. Es por ello que las insurgencias, para afrontar este problema tienden a potenciar un mando de estructura y control descentralizado, donde la autoridad operativa, se distribuye a

través de la red, en lugar de concentrarse en un solo vértice<sup>59</sup>.

En segundo lugar, en la medida en que una organización crece en cuanto al número de sus miembros, la ocupación de un área geográfica mayor o en la diversidad de sus actividades, los líderes de la organización deben decidir cuándo, cómo y en qué grado renunciar al grado de control que ejerce sobre sus partes. La corrección de la asimetría de fuerzas en la génesis de una insurgencia pasa por aumentar la base del grupo y conforme esto ocurre, la estructura se vuelve más formal y permanente. En este punto, pueden optar por configurar la organización en torno a una estructura de tipo militar, fuertemente jerarquizada, con una cadena vertical de mando (como pueda ser el caso de las FARC) o una estructura en red, una organización plana, horizontal, donde pequeños grupos se coordinan, comunican y realizan sus acciones de una manera interrelacionada e integrada sobre la base de una jerarquía social preexistente<sup>60</sup>.

Una red es un conjunto de nodos vinculados entre sí<sup>61</sup>, nodos, que

---

<sup>59</sup> Las organizaciones deben en cualquier caso, decir sobre qué aspectos mostrar una postura de mayor visibilidad y en que otros más secreta. En cierto modo, esta circunstancia va a estar determinada por la estrategia y el grado de consolidación de la insurgencia.

<sup>60</sup> Un ejemplo de esta última, sería los Tupamaros en Uruguay. Este grupo se estructuraba en un comité ejecutivo central encargado de la coordinación y supervisión de las acciones, y columnas de entre 30 a 50 individuos, cada una las cuales se subdividía en células de entre 5 y 10 miembros, diseñadas para ser autosuficientes en el caso de que el centro estratégico fuese atacado. Contaban con capacidad y autonomía propia para obtener información, fuentes de suministros, y llevar a cabo la acción armada o una campaña de propaganda de forma independiente, por lo que teóricamente, era posible que una sola de estas columnas, pudiera sobrevivir y regenerar el movimiento en el caso de que así fuera necesario (Wright, 1991: 99).

<sup>61</sup> La teoría de las redes sociales presta más importancia a las relaciones que a los individuos y por eso entiende la red social como un conjunto de vínculos entre nodos.

pueden ser de naturaleza diversa (individuos o actores colectivos) y donde los vínculos entre los componentes de la red son de carácter institucional o informal. En el caso particular de las insurgencias yihadistas, las relaciones entre las redes son de amistad o de parentesco pero también existen vínculos institucionales que se plasman en un acuerdo formal. Por ejemplo, el ingreso en la organización Al-Qaida exigía realizar un juramento de fidelidad a Bin Laden (*bayat*). Así, cuando el jordano Abu Musab Zarqawi vinculó de manera oficial su grupo a dicha red el 17 de octubre de 2004, lo hizo públicamente y mediante juramento<sup>62</sup>. Las redes pueden adoptar diferentes estructuras. Las formas básicas son la cadena, la red en estrella (o en eje), y la red multicanal (o matriz). En la primera, los nodos forman una línea y la comunicación de un lado a otro de la red es posible pasando por todos los nodos intermedios. En la red en estrella todos los nodos están vinculados a uno que ocupa una posición central y la comunicación ha de pasar obligatoriamente a través de él. En la estructura multicanal los nodos se encuentran conectados directamente entre sí y no es preciso utilizar intermediarios (Arquilla & Ronfeldt, 2002:38).

En una misma red pueden coincidir a la vez varias formas elementales. Cada una de ellas tiene ventajas e inconvenientes. La estructura multicanal agiliza el tránsito de la información y es más resistente a la pérdida de uno de sus nodos que la forma en cadena o en estrella. Pero por razones obvias las redes yihadistas no suelen responder

---

<sup>62</sup> El texto íntegro se encuentra disponible en <http://www.globalterroralert.com/library/iraq/324-abu-musab-al-zarqawi-swears-allegiance-to-usama-bin-laden.html> [Accedido en junio de 2012]

al modelo multicanal en sentido pleno (todos con todos), ya que su seguridad se vería comprometida en caso de que uno de los miembros fuera confidente de la policía o de que se produjesen detenciones. Lo habitual es que combinen los tres modelos. En algunos tramos adoptan la estructura de cadenas que entrelazan a células más pequeñas con formas de estrella, y con otras agrupaciones reducidas multicanal donde se conocen entre sí la mayoría de los miembros. El resultado final es una gran red que conecta a colectivos que se habrían mantenido aislados de no existir ciertas personas clave entre unos y otros.

La organización burocrática, dotada de estructura piramidal y jerárquica, fue el paradigma de organización de la era industrial. En realidad también es una red pero compuesta casi exclusivamente por formas en cadena y en estrella. En ella los roles y los procedimientos están claramente definidos y asignados, y la información fluye verticalmente entre los diversos escalones de mando. Las empresas con estructura taylorista o los ejércitos de la era industrial son claros exponentes de este modelo.

Las redes descentralizadas son también formas antiguas de organización humana pero en contextos de escasa evolución tecnológica se encontraban en desventaja frente a las jerarquías, ya que estas les superaban a la hora de coordinar esfuerzos y funciones. Por ello esas redes eran algo propio del entorno privado (redes familiares y de amistad), mientras que en el ámbito público del poder y la producción se optaba por organizaciones jerárquicas, habitualmente más eficaces a la hora de controlar y ordenar eficazmente la actividad de miles de personas (por ejemplo, administración, economía y ejércitos).

Sin embargo, en la era de la información la estructura en red ofrece mejores oportunidades de adaptación al cambio, un procesamiento veloz de la información y optimización de los recursos disponibles. Las redes son más flexibles que las burocracias clásicas en los procesos de toma e implementación de decisiones, y las nuevas tecnologías permiten que también sean capaces de coordinar sus tareas y gestionar la complejidad (Castells, 2001: 15-16). La comunicación horizontal entre los componentes de la red, y la posibilidad de crear estructuras *ad hoc* a partir de elementos internos y externos a la organización, favorece el aprovechamiento de las ventanas de oportunidad que puedan abrirse en un entorno en mutación constante.

La estructura en red es también un multiplicador de fuerza. De acuerdo con la ley de Metcalfe (el inventor de ethernet) el poder de una red se incrementa exponencialmente conforme se añaden a ella nuevos nodos. El resultado final es muy superior a la suma de lo que habría sido el trabajo aislado de cada uno de ellos. La productividad se dispara. Así lo reflejan los resultados de las organizaciones que han adoptado dicho modelo en el ámbito de la empresa, de la administración pública o de la investigación universitaria. Pero los beneficios que genera esta estructura, son igualmente perceptibles en las organizaciones terroristas, las mafias, y los grupos insurgentes como multiplicador de fuerza y mejora de adaptación al entorno (Jordán y Calvo, 2005: 93-103)<sup>63</sup>.

---

<sup>63</sup> Brafman y Bekstrom (2006), establecen una analogía donde el modelo de araña, se descompone en un núcleo central y muchas *patas* subordinadas que representa a los modelos organizativos centralizados y jerárquicos, y el modelo de estrella de mar, sin “cabeza” y con la habilidad de sus tentáculos de operar de manera independiente e incluso de reproducirse cuando éstos son amputados y que representa a los modelos

Las insurgencias yihadistas, han tomado también buena nota de las ventajas que les reporta una estructura en red. En este sentido, los escritos de Abu Musáb al-Suri (*The Call to Global Islamic Resistance*) han tenido una especial relevancia y difusión, sobre todo en lo referente a doctrina militar. En ellos, advierte que el talón de Aquiles de las insurgencias yihadistas ha sido su estructura jerárquica, ya que cuando uno de los miembros era capturado, ponían en peligro al resto de la organización. Esta circunstancia unida a la ocupación (y por tanto la limitación de los espacios seguros) de los territorios del islam (que el autor data a principios de la década de 1990 con la Operación Tormenta del Desierto), es lo que le lleva a proponer que la guerra del futuro se libre por células independientes en un frente abierto allá donde sea posible. Para ello, debería existir un sistema o plantilla de operaciones común en cualquier sitio a disposición de todo individuo o grupo que quiera participar en la yihad global, pero sin la existencia de una organización, ni vinculación directa entre los líderes (encargados de la orientación general) y las unidades operativas, y en donde la unión de los nodos se conforme en base a un objetivo común, un programa doctrinal y educativo común y sólido (Brynjar, 2007).

---

organizativos descentralizados, mucho más flexibles y adaptativos. En su obra, *The Starfish and the Spider: The Unstoppable Power of Leaderless Organizations*, teorizan sobre lo que sucede cuando no hay nadie a cargo, cuando no existe una jerarquía reconocible. Señalan, que cuando las organizaciones, centralizadas o descentralizadas, se sienten amenazadas, éstas tienden a volverse más extremas. En el caso de las primeras la tendencia a una mayor centralización puede hacer más vulnerable a la organización al limitar su capacidad de toma de decisión en unos pocos individuos. Sin embargo, en las segundas, se observa que la tendencia a una mayor descentralización permite a la organización diluirse en pequeños subgrupos evitando daños y reagrupándose una vez haya cesado la amenaza sobre la organización.

No pretendemos decir con ésto que el adoptar una estructura u otra determine el éxito de una insurgencia. En el análisis detallado que llevan a cabo Connable y Libibki sobre 89 insurgencias, al contrario de lo que se pudiera imaginar, tras el ascenso del terrorismo transnacional y la presunción de la adopción de la organización en red como herramienta útil por su resistencia y flexibilidad por parte de grupos insurgentes, identifican, que la gran mayoría de ellos, contaban con una organización jerárquica, cuasi militar. Los datos del estudio concluyen que los resultados obtenidos por las insurgencias de estructura jerárquica, han sido mucho más positivos que aquellas otras insurgencias estructuradas en red<sup>64</sup>.

Un elemento importante a tener en cuenta en el crecimiento organizativo y cambio, es comprender el papel del liderazgo carismático. Jenna Jordan (2009: 753-755) en su estudio *When Heads Roll*, argumenta que aunque el liderazgo juega un papel principal en el proceso de conformación de una insurgencia, éste no es determinante para la supervivencia del grupo, y dependiendo de la naturaleza de la organización, su existencia, puede ser incluso contraproducente para el desarrollo del movimiento<sup>65</sup>. En su obra sobre la eficacia de los ataques

---

<sup>64</sup> Lo que no determinan en el estudio es si estos resultados son fruto de la incapacidad estratégica operacional y táctica de las insurgencias que se organizan en red o si por el contrario, su estructura es consecuencia de la falta de alternativas, de su incapacidad para dotarse de una estructura jerárquica.

<sup>65</sup> Las explicaciones de Jordan contrastan con los estudios empíricos que demuestran el éxito relativo que este tipo de ataques han tenido. Es cierto que aquellas organizaciones que contaban con una estructura jerárquica conformada entorno a la figura de un líder carismático han resultado ser más susceptibles y vulnerables a este tipo de ataques que buscan “descabezar” la organización. Ejemplos de ellos han sido el Frente Moro para la Liberación Nacional filipino, la Unidad Nacional para la independencia total de Angola, el Partido de los Trabajadores del Kurdistán, los tigres

selectivos dirigidos a interrumpir la actividad de los centros decisores (la cúpula organizativa) concluye que las explicaciones de los modelos carismáticos son insuficientes para abordar las divergencias observadas en cuanto a la resistencia de organizaciones conformadas en torno a factores ideológicos y religiosos y que esta resistencia, está íntimamente relacionada con variables como la longevidad y dimensión de la organización. Cuanto más longeva y de mayores dimensiones sea ésta, mayor es la probabilidad de que desarrolle un modelo de organización burocrática guiada por los principios rectores de especialización y división del trabajo, y que por lo tanto, cuente con redes y mecanismos que les permitan reemplazar con mayor facilidad las piezas claves del sistema. Hamas, Hezbolá, Fatah al-Islam, el CNA, todos ellos han sido capaces de sobrevivir a la pérdida o detención de sus líderes.

Johnston (2008: 108-114) por su parte, en el contexto de las guerras civiles y la violencia a gran escala, trata de explicar por qué algunos grupos insurgentes desarrollan estructuras organizativas jerárquicas similares a las del estado mientras que otras no lo hacen. En la literatura clásica sobre las guerras civiles, el debate sobre la forma de organización de estos grupos se erige sobre la dicotomía entre organizaciones de estructura vertical (jerárquica) y horizontal (en red). Johnston sostiene que esta divergencia no representa adecuadamente las circunstancias reales bajo las que se organizan las insurgencias, ya que todas, disponen (o han dispuesto en algún momento) en mayor o menor grado, de una

---

Tamiles en Sri Lanka o Sendero Luminoso en Perú. Sin embargo, en ninguno de los casos, la victoria ha sido absoluta ni ha conseguido desterrar las causas originarias del conflicto ni acabar con la actividad insurgente.

cierta jerarquía interna (al margen de la observación hecha con respecto a la estructura de la organización burocrática). En muchos casos, la adopción de una estructura jerárquica ha sido necesaria en la progresión de la insurgencia y se ha mostrado particularmente eficaz en aquellas que han desarrollado una estrategia de guerra prolongada. La doctrina maoísta por ejemplo, comprende una transición secuencial, una progresión de la estructura de la fuerza que va desde una proto-insurgencia, pasando por una organización laxa, a una estructura guerrillera, para acabar conformando una fuerza convencional jerárquica. Otros, han preferido dotarse de una estructura mixta, como la insurgencia chechena en su lucha contra Rusia en 1994 y 1999, que contaba con un mando militar fuertemente centralizado y una red dispersa de milicias. Un ejemplo paradigmático sería Al Qaeda, que aún siendo una organización dotada de una estructura con considerables dosis de descentralización –especialmente en el nivel táctico–, poseía al mismo tiempo una fuerte estructura jerárquica en los escalones más elevados, la mayor parte de ellos con base en Afganistán. Al mismo tiempo, además de ese “cuartel general” central, también existía –y existe– una jerarquía a nivel regional, que en cierto modo recuerda a la estructura de las compañías multinacionales, donde las filiales tienen responsabilidad sobre su respectiva área geográfica. Dentro de esas familias regionales (compuestas principalmente por los norteafricanos, los de la Península Arábiga, los procedentes de Asia Pacífico y los de Asia Central) hay personas que desempeñan tareas de mando y

coordinación, y que son de particular confianza para el núcleo central de la organización (Gunaratna, 2004: 75-116)<sup>66</sup>.

Sin embargo (siguiendo con el desarrollo de Johnston), hay notables e importantes diferencias entre los tipos de jerarquías, que inciden en la

---

<sup>66</sup> Aunque el debate de si podemos entender Al Qaeda como insurgencia o si por el contrario se trata una organización terrorista, no sea objeto de esta apartado (y ni tan siquiera de este trabajo), es preciso hacer una aclaración a fin de justificar el ejemplo que aparece en el cuerpo del texto. Son muchos los autores (Martin Jones, Cheryl Bernard, Bubalo, Fealy, entre otros) que entienden que Al Qaeda es una insurgencia en el marco de un movimiento más amplio que se ha venido a denominar la yihad global, y que persigue transformar la concepción del islam y establecer una nueva versión de su relación con el resto del mundo (algo similar a la edad de oro del islam y un Califato Pan- Islámico que albergase a todo el mundo musulmán y que en último término extendería su reino a toda la humanidad). La yihad actual es una insurgencia global, donde Al Qaeda es el más conocido a nivel internacional pero que tiene competidores, aliados e incluso clones, y que conectan y explotan a los actores y escenarios locales a través de sus filiales regionales. Kilcullen (2004:9-12), para demostrar la existencia de esta yihad global expone (al margen de la correlación de escenarios donde Al Qaeda tiene presencia y hay actividad de un movimiento insurgente islamista) la multitud de conexiones existente en el seno de esta yihad global y destaca la existencia de *lazos ideológicos* (en líneas generales son salafistas en su orientación y muchos de ellos seguidores del wahabismo saudí), *lazos culturales* (La misma fe islámica y el árabe como lengua común que permite a distintos grupos en distintas partes del mundo comunicarse de manera efectiva, entrenar juntos, compartir inteligencia, etc., y que contribuye al revestimiento civilizacional islámico), *lazos personales* (muchos veteranos combatientes muyahidín lucharon juntos contra los soviéticos en Afganistán en la década de 1980. Muchos de los ideólogos y líderes claves de la yihad global estudiaron bajo los clérigos wahabitas en Arabia Saudí y todavía mantiene relación con sus mentores. Incluso dentro de un mismo país muchos jihadistas comparten una historia militar o personal común. Igual ocurre con los distintos escenarios de la yihad, donde los grupos cooperan y desarrollan lazos que se basan en compartir experiencias y obligaciones mutuas), *lazos familiares* (muchos de los miembros de la yihad global están relacionados los unos con los otros ya sea por nacimiento o a través de enlaces matrimoniales, como es el caso de Osama Bin Laden y la hija del líder Talibán el Mullah Omar. Los matrimonios entre miembros de grupos yihadistas del sudeste asiático, el sur de Asia, y Chechenia son también frecuentes y ayudan a fortalecer y cimentar lazos de amistad y obligaciones entre grupos de distintos escenarios), *lazos financieros* (es muy frecuente que grupos que operan en distintos escenarios se financien mutuamente. De manera similar, algunas organizaciones no gubernamentales islámicas, incluida la tradicional red de banca islamica la *hawala*, las organizaciones caritativas y redes religiosas se usan como conductos para financiar operaciones y grupos entre y dentro de los escenarios de la yihad en todo el mundo).

eficacia del control, disciplina y capacidad de motivación de sus miembros y su estudio, permite un mejor entendimiento de las variaciones de la estructura de estos grupos. En su análisis, la tecnología y la geografía son variables explicativas determinantes. Los mecanismos de mando y control así como la supervisión de las acciones de los subordinados, serán más eficaces en escenarios donde las insurgencias estén concentradas geográficamente. Conforme las insurgencias se expanden territorialmente, se produce un incremento en la asimetría de la información y comunicación que dificulta los procesos de coordinación interna, debilita la capacidad del control jerárquico y obliga a que los líderes del grupo tengan que delegar de facto competencias en sus mandos inferiores. En este contexto, si no se dispone de los recursos técnicos suficientes, la organización se expone a una situación en la que es posible se produzca una colisión entre los incentivos particulares que genera esta delegación y los objetivos marcados por los líderes de la misma<sup>67</sup>.

Por razones operativas, es importante antes de seguir avanzado, delimitar en este punto las unidades elementales en las que se subdivide una estructura insurgente.

Salvo contadas excepciones, las insurgencias operan tanto a lo largo

---

<sup>67</sup> Por recursos técnicos (*managerial resources*), el autor hace referencia a la tecnología que incrementa la cooperación entre el principal y el agente. En los estudios organizacionales, gestión de recursos es la implementación eficiente y eficaz de los recursos de una organización cuando se necesitan. Estos recursos pueden incluir recursos financieros, de inventario, habilidades, recursos humanos o de producción, tecnología de la información (TI). En el ámbito de la gestión de proyectos, procesos, técnicas y filosofías en cuanto a la mejor propuesta para la asignación de recursos se han desarrollado.

de la línea militar como política, por lo que es común que se doten de una estructura que cuente con un brazo militar y otro político. La tarea principal del brazo político es socavar la legitimidad del gobierno y la de sus aliados mientras se construye el apoyo social al movimiento. En algunos casos, puede adoptar una forma política legítima, mientras que en otros, puede existir como un gobierno en la sombra, estrechamente vinculado a los cuadros insurgentes. Esta labor, se puede llevar a cabo a través de la participación de sus miembros en el juego político y procesos electorales con el objetivo de infiltrarse en las instituciones de gobierno, minarlo desde dentro. En ocasiones, es posible que este brazo político no tenga capacidad para derrotar definitivamente al gobierno, pero puede sin embargo actuar como un gobierno alternativo en las áreas bajo el control de la insurgencia, proveyendo a la población de algunos de los servicios o funciones básicas propias de la autoridad en el poder como pueda ser la distribución de alimentos, asistencia sanitaria y seguridad con el objetivo de comenzar el proceso de cambio de la comunidad, las políticas o el propio sistema político. La estructura de este gobierno en la sombra, varía notablemente de un movimiento a otro, pero por lo general, se constituye en torno a un reducido comité ejecutivo, los líderes de la organización, una serie de departamentos responsables de las funciones gubernamentales (económica, relaciones diplomáticas, servicios de información, ect..) y una más amplia asamblea de representantes elegidos de entre las filas del movimiento (en realidad, estos últimos no tiene competencia alguna y se limitan principalmente a aplaudir y ratificar las decisiones adoptadas por el comité ejecutivo). La estructura descrita, aunque propia de insurgencias comunistas, con un

politburó, comités centrales, oficinas administrativas y un congreso popular, se ha extendido y ha sido frecuentemente reproducida por insurgencias no comunistas (este es el caso de la insurgencia argelina que adaptó a sus necesidades los métodos organizativos propios de las insurgencias comunistas y de la administración francesa). Su estrategia reside en satisfacer las demandas de la población local, y transferir la culpa de cualquier problema, por muy residual que sea al gobierno. Este enfoque, ha llegado a ser conocido como el “modelo de Hezbollah”, y ha sido explícitamente replicado por otros grupos insurgentes en la región, incluyendo Irak. Puede darse a su vez el apoyo explícito por parte de un partido legalmente constituido que no forma parte del movimiento insurgente y que actúa como canal diplomático o ejerce las veces de negociador en procesos de reconciliación.

El brazo militar, por su parte, es el encargado de la gestión de las acciones armadas. En los estadios incipientes de una insurgencia, los recursos disponibles para la lucha suelen ser escasos, y su capacidad para contrarrestar el gobierno está supeditada a la variable temporal por lo que por regla general, la escalada cuantitativa de la violencia así como la estructura del grupo, que sufrirá una transición de una fuerza paramilitar a otra más convencional, estará sujeta al crecimiento en términos relativos de su fuerza ( aunque hay determinados enfoque estratégicos, como es el caso del militar, que edifica el movimiento sobre el brazo militar).

La literatura militar distingue, en el seno de una insurgencia, una serie de componentes esenciales (FMI 3-07.22, 2004: 1-7):

- *Líderes estratégicos*: ejercen funciones a nivel estratégico de mando y control del movimiento insurgente. Son los generadores de ideas. Se encargan de proveer de la dirección estratégica, coordinación y coherencia organizativa al grupo. En la mayoría de los casos, su estatus es consecuencia de su posición dentro de una organización religiosa, tribu o clan.
- *Cuadros de mando*: conforman el núcleo duro, el corazón político de la insurgencia. Comprenden ese segmento de población militante que ejerce funciones de liderazgo a nivel operacional y táctico. Aunque como los combatientes intervienen en las acciones armadas, su función principal es la de hacer de correa de transmisión entre la población y el movimiento, incorporando las demandas de los grupos desafectos al ideario que sustenta la lucha del movimiento insurgente y haciendo calar los mensajes de los líderes entre la población. Las modernas insurgencias no comunistas usan rara vez el término cuadro, aunque estos movimientos incluyen habitualmente un grupo que lleva a cabo tareas similares. De manera adicional, las insurgencias basadas en el extremismo religioso, incluye normalmente consejeros religiosos o espirituales entre sus cuadros.
- *Combatientes*: son los encargados de la ejecución de las acciones armadas y gestionan la administración de la seguridad.

Constituyen una parte vital del movimiento, pero sus acciones están supeditadas y responden a un objetivo estratégico mayor, que es el de apoyar la agenda política. En el caso de que el movimiento opte por crear una estructura paralela de poder, los combatientes ejercen funciones de contra-estado y pasan a ser un elemento cuasi-estatal de provisión de servicios con carácter coercitivo. Se conforman habitualmente en base a la identificación de un grupo ya sea éste una tribu, clan, etnia o secta. Varían en cuanto a su complejidad organizativa, que puede ir desde una relativa informalidad como elemento armado temporal, hasta estructuras sumamente complejas dotadas de elevada formalidad jerárquica, unidades militares especializadas, sistemas de información e inteligencia, capacidades de contrainteligencia, sistemas de planeamiento estratégico, etc.

- *Auxiliares*: son simpatizantes activos del movimiento aunque no participan en las operaciones de combate. Se encargan de la provisión de servicios vitales para la supervivencia de la insurgencia: gestión de pisos francos, almacenamiento de armas y suministros, inteligencia e información, provisión de fondos a través de fuentes legales e ilegales, etc...

Por último, otro dilema al que tiene que hacer frente, está relacionado con su capacidad de captación de nuevos miembros y la retención de los mismos. La cuestión del reclutamiento puede ser abordada como proceso de captación desde la perspectiva de la organización o como opción particular de un sujeto de unirse a un grupo. En este último caso, hay tres

razones principales que se solapan y que pueden inducir a que un individuo adopte esta decisión: porque haya miembros de su mismo contexto vinculados al grupo; como consecuencia de un trauma personal, incluida la violencia contra miembros de su entorno; por una profunda convicción religiosa y/o política que inspira la voluntad de lucha por una causa. Sun-Ki Chai (1993:99-110) cuestiona la hegemonía de las explicaciones aportadas por la teoría de la elección racional sobre por qué la gente se involucra en la violencia política, y argumenta que la violencia genera incentivos para crear más violencia y que las personas que optan por participar en ésta, pueden tener un interés intrínseco en la perpetuación de la misma. Kuznar (2007: 318-320), destaca como principales motivadores la desigualdad material y la falta de equidad. El resentimiento y humillación, son los que incitan a la acción violenta y a la generación de vínculos sociales con otros con los que comparten esos sentimientos. Rober Gurr (1970:25), señala que lo que empuja a un individuo a unirse a una organización es la posibilidad de incrementar las opciones de hacer realidad sus deseos y valores. Examina la teoría de la frustración/agresión, que consiste en que cuando a un sujeto se le presenta un obstáculo que le impide satisfacerse, provoca en él una frustración que genera una agresión como respuesta instintiva. Esta frustración no conduce necesariamente a la violencia, pero cuando ésta se prolonga y se siente con intensidad, degenera en ira y violencia con el tiempo. Gurr explica esta hipótesis a través del concepto de “privación relativa” (*relative deprivation*), que hace referencia a la discrepancia entre lo que la gente piensa que se merece, y lo que realmente piensa que puede conseguir, y en donde el potencial de la violencia colectiva,

variará en función del alcance e intensidad de la privación relativa en el seno de una sociedad.

Los motivos que afectan al reclutamiento están igualmente presentes en la capacidad de retención de los miembros (la existencia de fuertes redes sociales, los incentivos económicos, la falta de equidad, la injusticia social, etc.). Los problemas sin embargo, parecen no tener tanto su origen en cómo evitar las fugas, sino en mantener una estructura de dimensiones permanentes. La primera de las complicaciones deviene del propio reclutamiento que monopoliza los escasos recursos (limitados) de los que dispone la insurgencia. La segunda, es que hablamos de un bien finito, y como tal, se puede ver fuertemente afectada su tasa de reposición. En último lugar y vinculada a la anterior, bien sea por las acciones del enemigo (que pueden hacer peligrar nuevos ingresos), o por una pérdida de apoyo en su base social, si bien es difícil este proceso de captación, más lo es aún asegurar la supervivencia de aquellos que participan de las hostilidades<sup>68</sup>.

Gates (2002: 111-130), reflexiona sobre los motivos que pueden llevar a que un individuo arriesgue su vida por la causa que enarbola un

---

<sup>68</sup> En este escenario, la capacidad de generar lealtades por parte de la organización juega un papel principal. Akerlof y Kranton (2005) construyen un modelo económico que incorpora la noción de identidad, con el que pretende hacer converger la conducta de los miembros de la organización con los objetivos de ésta a fin de hacer menos costosos los incentivos, las recompensas y los castigos a sus miembros. La motivación es un aspecto clave para fomentar la lealtad y la identificación con el grupo, en lugar de los incentivos económicos adquiere un papel relevante, en particular, en contextos militares. Los miembros de las organizaciones militares tienen perfectamente delimitadas las nociones de insider y outsider, su distancia con la sociedad fortalece la proximidad entre sus miembros, la exposición al trauma a crisis, cimentan un sentido de pertenencia que los incentivos de carácter pecuniario nunca podrían estimular.

grupo insurgente, así como desde la perspectiva del propio grupo, la manera en que éste puede mantenerlo cohesionado, impedir que se produzcan deserciones y sostenerlo en el tiempo. Entiende como Johnston que la geografía es una variable vital para analizar el grado de supervisión y control que ejerce una insurgencia. La estrategia que desarrollan los grupos involucrados en la lucha, comprende inexorablemente la dimensión geográfica que da forma a la naturaleza del enfrentamiento, los canales de suministros, la supervisión y control, así como el reclutamiento de miembros, pero que sin embargo, dicha naturaleza se puede ver alterada por otros factores, por lo que en su análisis, además de la geografía, estudia el origen étnico y la ideología, vinculados a los patrones de reclutamiento y la lealtad entre los grupos rebeldes, como factores que determinan y dan forma a la estructura organizativa de las insurgencias. Gates lo que hace, es aplicar la lógica de la distancia geográfica a otros conceptos como pueda ser el origen étnico, (menos medible que la anterior), que se construye sobre el sentido identitario del grupo con respecto a los otros, y la ideología representada en un mapa de preferencias (un mapeado) que nos permite observar la distancia ideológica entre individuos. Observa, que la distancia será menor si la insurgencia es de composición étnica homogénea ya que comparte un claro sentido de identidad de grupo. Del lado contrario, un grupo altamente disecionado en etnias, mostrará una alta distancia étnica. Ocurre exactamente igual con respecto a la ideología y en ambos casos, la distancia determinará la estructura organizativa.

## **CAPÍTULO 6. LAS VARIABLES Y EL OBJETO DE ESTUDIO**

## **Factores que influyen en el inicio y consolidación de las insurgencias**

No es sencillo iniciar una insurgencia, como tampoco lo es derrotarla una vez que se ha extendido. La dificultad que entraña poner en marcha una insurgencia explica que muchos grupos fracasen en las primeras etapas. A continuación examinamos los factores que influyen en la transición exitosa de lo que Daniel Byman (2007) denomina una *proto-insurgencia* a una auténtica insurgencia

### **6.1. Crear una identidad política relevante**

No tenemos una sola identidad. *Podemos tener una identidad nacional, una identidad ética, una identidad cultural y muchas otras* (Magris, 2009) sin que suela producirse conflicto entre ellas. Los proto-insurgentes deben lograr que sus potenciales seguidores se identifiquen con la identidad que ellos proponen hasta el punto de que se alcen en armas para defenderla. Esto supone privilegiar una identidad frente a otra en términos políticos (por ejemplo, en el caso de un partidario de Hizbollah, anteponer la comunidad chií y el proyecto revolucionario iraní a la identidad libanesa) o competir entre identidades que se enfrentan a un mismo enemigo (elegir una identidad islamista frente a otra nacionalista laica en el caso de un joven palestino que opta por Hamas en lugar de hacerlo por Fatah). Circunstancias excepcionales como una ocupación extranjera, el padecimiento prolongado de una injusticia o un conflicto étnico, contribuyen a resaltar aspectos

identitarios asociados a la insurgencia. Las élites políticas también pueden subrayar la distinción entre amigos y enemigos en los procesos de movilización social (Jordán, 2011:115-116).

## **6.2. Enarbolar una causa atractiva**

La identidad por sí sola no basta, y requiere a su vez de un principio defendido o apoyado activamente. Los proto-insurgentes necesitan vincularla a algún tipo de agravio, que por regla se nutre de contradicciones no resueltas que existen en toda sociedad (el grado de exposición de cada país o gobierno dependerá en cada caso de la profundidad e intensidad de los problemas), y que tienen la capacidad de persuadir a la población (particularmente atendiendo a los riesgos que conlleva) a que se una o respalde al movimiento. Todos los grupos proto-insurgentes tienen algún tipo de causa, pero son aquellas realmente atractivas (por ejemplo, el deseo de justicia, las que defiende los intereses del proletariado en un país industrializado, las aspiraciones de un determinado grupo étnico, la reivindicación de una mayor equidad en la redistribución de recursos, la lucha contra la ocupación extranjera, o la instauración de un Estado de base religiosa), las que obtienen militantes, financiación y apoyo social. La mejor de las causas, es aquella con la que una amplia parte de la población pueda identificarse, e independientemente de cuál sea la motivación auténtica de un grupo proto-insurgente, posibilite su asociación con otras de mayor aceptación social. Dicho de otro modo, aquellas que gocen de mayor legitimidad

entre la población, son las que comportan mayor probabilidad de consolidación para la insurgencia (Galula, 1964). Este es el caso del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) en el Salvador, que contó con un enorme apoyo de la población durante el conflicto, donde la lucha armada defendía una sociedad más justa, más democrática y más equilibrada. Es por ello, que el FMLN, una vez finalizada la contienda en 1992, consiguió dar el salto de una resistencia armada contra un gobierno militarista de derechas, a una oposición política pacífica contra las políticas de reforma neoliberales del nuevo gobierno salvadoreño, obteniendo 21 diputados en las elecciones de 1994 (Wade, 2008: 33-34). El apoyo popular fue también fundamental para el *Conseil National Pour la Défense de la Démocratie–Forces pour la Défense de la Démocratie* (CNDD-FDD, en sus siglas en francés) en Burundi, movimiento de resistencia armado contra el gobierno militar de dominación Tutsi que fue restituido tras la constitución resultado de las elecciones de 1993 (Ngaruko y Nkurunziza, 2005:37). De lo contrario, los proto-insurgentes pueden ser percibidos como un grupo de criminales que recurren innecesariamente a la violencia. El Frente Unido Revolucionario (RUF, en sus siglas en inglés) en Sierra Leona por ejemplo, tenía como objetivo restaurar la democracia y llevar al poder un gobierno responsable, pero perdió toda legitimidad ya no sólo por su incapacidad para transmitir y comunicar una visión clara de cuál era su propuesta política alternativa, sino también por la espantosa campaña de violencia masiva que desató contra la población civil. De hecho, una vez concluido el conflicto, se le permitió participar en las elecciones de mayo de 2002 y no recibió votos más allá de aquellos que conformaban

el movimiento y pequeños grupos de seguidores (Richards y Vincent, 2008: 81-83).

Otra cualidad de que debe tener esta causa, es capacidad de mantenerla y hacerla extensible en el tiempo. Un claro ejemplo es el caso del partido comunista griego (EAM) en el periodo de 1945-1950. El EAM, y su brazo armado, el Ejército Popular de Liberación Nacional (EALS), experimentaron un crecimiento excepcional durante la II Guerra Mundial, cuando el apoyo social a la resistencia alemana era total. Una vez el país fue liberado, el EAM, se quedó sin causa. No existía una industria fuerte y por ende una clase proletaria. Las grandes fortunas de la economía griega se habían forjado en el exterior, y lejos de ser una fuente de problemas, eran motivo de admiración entre la sociedad griega. No existía tampoco una fractura de clases significativa que sirviera de base para la especulación del movimiento. Por añadidura, el contexto regional tampoco les era del todo favorable. Su unión forzosa a Bulgaria, un enemigo tradicional de Grecia, a Yugoslavia, que reclamaba su soberanía sobre el territorio griego en Macedonia, y a Albania, con la que Grecia mantenía una disputa sobre la soberanía territorial de parte de Epirus, generó una ola de antipatía generalizada entre la sociedad griega, que hizo que tras la guerra, el movimiento no llegara nunca a dotarse de una estructura sólida que le permitiera encaramarse al poder. De hecho, el crédito del EALS entre la población fue tan bajo durante este periodo, que tuvo que recurrir al reclutamiento forzoso de partisanos (Galula, 1964:14). Su supervivencia, nunca estuvo vinculada a su base de apoyo, sino más bien a la incapacidad del

gobierno<sup>69</sup>.

En la búsqueda de este principio defendido o apoyo activo, la proto-insurgencia no tiene porqué ceñirse a esgrimir o defender una sólo causa, a menos que ésta, tenga una gran capacidad de convocatoria (como pueda ser el anticolonialismo que engloba y combina motivaciones de tipo religioso, político, económico, racial o social). De forma contraria, los grupos insurgentes tienen que mostrar una cierta habilidad (y en el caso de que sea necesario manipularla) para captar la atención de distintos grupos y segmentos de la sociedad atendiendo a criterios políticos, religiosos, sociales u otros, en particular, de la población más sensible y de aquella que se pretende recabar su apoyo (PD3-301, pp. 1-18). China es un claro ejemplo de ello. Si durante el periodo de 1921 a 1925, el partido Comunistas defendió las tesis marxistas a favor de los trabajadores, durante el periodo de 1925 a 1927, apoyó activamente la causa nacional del Partido Nacionalista Chino del Kuomintang por la unificación de China contra los señores de la guerra, y tras la fractura entre comunistas y nacionalistas, dejaron a un lado a los trabajadores en favor del campesinado y la defensa de la reforma de la tierra entre 1928 a 1934 (Galula, 1964: 12-13).

El SPLA/M por su parte, tenía claro que no había que ceñirse a una sola causa o creer fervientemente en ella. De hecho, lo único que le indujo a abrazar los postulados del marxismo-leninismo fue la

---

<sup>69</sup> Tras la guerra, el gobierno griego contaba tan sólo con una brigada que había luchado junto a los aliados en el Mediterráneo. En el momento en el que se reorganizó el ejército, (primero con ayuda británica, y más tarde de los Estados Unidos) el mando nacionalista emprendió una limpieza del país área por área, a través de acciones puramente militares.

instrumentalización ideológica que de esta corriente podía hacer para obtener el apoyo externo del Consejo Administrativo Militar Provisional (CAMP) o Derg, junta militar comunista que gobernó Etiopía desde la Revolución Etíope de 1974 hasta la formación de la República Democrática Popular de Etiopía 1987. Además, John Garang (líder del SPLA/M), era consciente de que poner en marcha una agenda separatista, que fue en su momento la que alentó a los primeros rebeldes Anyanya durante el trascurso de la primera guerra civil sudanesa que enfrentó al norte con el sur de Sudán, y que demandaba una mayor autonomía regional, era un error, ya que Mengistu (líder del Derg), no daría su apoyo a un grupo armado que perseguía la autodeterminación cuando él a su vez, se enfrentaba al mismo problema en Etiopía<sup>70</sup>. Tras el colapso del DERG y el final de la Guerra Fría, el SPLM/A dio un giro ideológico en búsqueda de nuevos aliados y conexiones que encontró, entre distintos grupos cristianos (el más significativo entre ellos, su conexión con el partido republicano de los Estados Unidos) (Metelits, 2009:13).

Tampoco es necesario que el problema o agravio sea especialmente intenso o agudo para que la insurgencia pueda hacer uso de él como fuente de agravio. Basta con que esté latente. La primera tarea en este caso por parte de la insurgencia, será la de extender la conciencia

---

<sup>70</sup> A pesar de ello, y de la contrariedad que suponía el poner en marcha nociones propias de un régimen socialista, en particular, en lo concerniente al ateísmo del Derg, absolutamente contrario e incluso ofensivo para la población del Sur del Sudán, esta alianza se llevó a cabo, circunstancia que permitió a Garang, con la ayuda de Etiopía en la forma de suministro de armas imponerse a su gran rival en el Sur Anyanya II que defendía la separación del sur.

política de la masa de la población<sup>71</sup>. De forma adicional, la causa tiene que ser aquella de la que no puedan apropiarse los adversarios políticos. Los Hukbalahaps<sup>72</sup>, (más conocidos comúnmente como Huks), entendieron por ejemplo, que demandar un reparto más justo de la riqueza, les reportaría el apoyo de importantes segmentos de la población. Sin embargo, tras la derrota de Japón y el acceso a la independencia de Filipinas, el gobierno en el poder, ofreció tierras a los Huks, quedándose sin causa que defender ni enarbolar y perdiendo de forma drástica todo el apoyo tanto activo como potencial (Taber, 2002: 136-139).

### **6.3. Atraer un número elevado de partidarios comprometidos**

Esta condición se deriva del éxito de las dos primeras y alimenta el bucle que generaliza una insurgencia, ya que un grupo reducido no puede sostener una movilización política a gran escala, ni librar una guerra de guerrillas<sup>73</sup>. El ensanchamiento de la base junto a la aplicación

---

<sup>71</sup> *Debemos vincular la movilización política con la marcha de la guerra y con la vida de los soldados y el pueblo, y hacer de ella un trabajo permanente. Este es un asunto de extrema importancia del cual depende en primer término nuestra victoria* (Mao, 1973:89)

<sup>72</sup> El Huk era el brazo armado del Partido Comunista de Filipinas, formado en 1942 para luchar contra la ocupación del Imperio del Japón durante la II Guerra Mundial. También luchó, entre 1946-1954, contra los pro-occidentales filipinos tras la independencia del país. El término es una contracción del filipino "Hukbong Bayan Laban sa mga Hapon", que significa "Ejército Popular contra el Japonés".

<sup>73</sup> *Una guerra revolucionaria nacional tan grandiosa no puede triunfar sin una amplia y profunda movilización política.... ¿Qué es la movilización política? Primero explicar al ejército y al pueblo el objetivo político de la guerra. Hay que hacer comprender a cada soldado y a cada civil por qué en necesario batirse y en qué les atañe la guerra*

de medidas coercitivas dirigidas a aquellos que apoyan al régimen en el poder o gobierno de ocupación hacen que aumenten las posibilidades de éxito del movimiento, mientras que debilita la capacidad de su oponente por contrarrestarla. Con el tiempo, la autoridad en el poder se verá incapaz de hacer frente a la amenaza e impotente a la hora de restablecer el orden. Será entonces, y a través de la capacidad movilizadora de la causa cuando la insurgencia haciendo uso de la propaganda, identificará al régimen con las raíces de la inestabilidad. A medida que el conflicto se extienda, y la población se vea forzada a tomar partido por uno u otro bando, la insurgencia no necesitará destinar muchos más recursos a cultivar la causa que motiva su lucha, ya que la guerra habrá devorado el país y expuesto las debilidades del gobierno además de dar pruebas evidentes del creciente poder de la insurgencia (Tomes, 2004: 21).

Podemos señalar ciertos factores ambientales que ayudan a canalizar y ensanchar la base de partidarios comprometidos con la insurgencia. Todo dependerá en cada caso de lo habilidoso que se muestre el grupo a la hora de capitalizar los elementos del entorno a su favor.

Las fracturas sociales a lo largo de las líneas raciales, étnicas y religiosas, se suelen encontrar entre las causas originarias que dan lugar a una insurgencia y pueden ayudar al desarrollo o el detrimento de la progresión de una insurrección. La existencia de un grupo que disfruta de un poder y unos beneficios políticos y económicos desproporcionados en relación a otros grupos, genera una ventana de oportunidad para la insurgencia en lo referente a recabar apoyos de entre estos segmentos de

---

(Mao, 1973: 87 -88)

la sociedad, y si estos grupos, en situación de desventaja constituyen una mayoría sobre el conjunto de la población, la posibilidad de obtener apoyos es naturalmente aún mayor. Los gobiernos coloniales han sido especialmente vulnerables a estas circunstancias, como le ocurrió a Francia tanto en Vietnam como en Argelia (Douglas, 2008:91). Ocurre algo similar cuando el gobierno en el poder representa a una minoría, como pudiera ser el *dominio blanco* en Rodesia de Ian Smith de 1964 a 1979, que denegaba la participación política a las mayorías (africanas) (Wood, 2008: 188)<sup>74</sup>. Incluso si estos grupos en situación de desventaja no conforman una mayoría en el conjunto de la sociedad, pueden aún así, ser el germen de una insurrección siempre y cuando el tamaño del mismo sea razonable (Los Mau Mau y la etnia kikuyu en Kenia, la tribu ovimbundu y la UNITA en Angola, o los kurdos en Irak e Irán). Esto no explica que todo grupo minoritario que experimente una situación de privación pueda o implique de manera implícita una situación ventajosa para el inicio de una insurgencia. En situaciones en el que el grupo en desventaja es una minoría, el gobierno puede tratar de movilizar apoyos contra éste (recurriendo por ejemplo a cuestiones antagónicas ancestrales), propagando la amenaza que esta minoría puede suponer para los privilegios de la mayoría. Cuando esto sucede, a las insurgencias, (así ocurrió en las regiones del norte de Tailandia o con los tamiles en el norte de Sri Lanka), les resulta muy difícil, por no decir imposible, atraer un mayor apoyo popular ya que su identificación con

---

<sup>74</sup> En la 1428a. sesión, celebrada el 29 de mayo de 1968, el proyecto de resolución S/8601 fue aprobado por unanimidad como resolución 253 (1968), se llegó a denominar al régimen rhodesiano de Ian Smith como racista e ilegal.

las minorías queda silenciada por la llamada a las mayorías.

Los factores económicos juegan también un papel fundamental. Lo que incita, lo que subyace tras la unión de muchos individuos a una insurgencia, más allá de una visión ideológica o religiosa compartida, de un sentimiento generalizado de injusticia social, etc... es una cuestión de pura supervivencia. En un estudio llevado a cabo en el año 2007 en las provincias de Kandahar y Helmand, el 80 por ciento de los entrevistados señalaron el dinero como la principal razón para unirse a la insurgencia. La situación de extrema pobreza, unida a la presión que ejerce la necesidad de contar con unos ingresos estables para alimentar a unas familias extensas, y la práctica inexistencia de un mercado de trabajo motivó a muchos afganos a posicionarse del lado de la insurgencia. Los talibán por ejemplo, pagaban por aquel entonces entre 200 y 600 dólares mensuales a sus combatientes dependiendo de las tareas que asumieran, mientras que la remuneración de los miembros de las fuerzas y cuerpos de seguridad (y es uno de los pocos nichos de mercado), no superaba los 50-60 dólares mensuales (SENLIS, 2007:38).

Aún así, mientras que los estancamientos y caídas repentinas de la economía después de un periodo de crecimiento se han asociado con la gestación de una insurgencia, la violencia puede igualmente estallar durante periodos de prosperidad y crecimiento. Es por ello necesario vincular los indicadores económicos a las expectativas de los distintos grupos dentro de una sociedad, para hallar lo que motiva a que determinados segmentos de población se consideren a sí mismos, víctimas de una discriminación institucionalizada en relación con los beneficios socioeconómicos (Goldstone, Gurr & Moshiri, 1991: 37-40).

Hay numerosos casos que prueban que el reparto económico desigual crea una percepción de privación relativa y que son la causa de una gran mayoría de las insurrecciones violentas (El Salvador en la década de 1980, Nicaragua bajo el régimen de Somoza, o los casos actuales de Filipinas y Nepal, donde una pequeña elite gobernante junto a la clase capitalista, tiene subyugado al campesinado y la clase trabajadora)<sup>75</sup>.

De hecho, esta discriminación económica que puede dar lugar a un levantamiento que pretende restaurar o derrocar el orden político establecido en la búsqueda de un reparto más equitativo de la riqueza, suele degenerar en escenarios que realimentan el bucle de la violencia.

Hay casos, en los que algunos grupos que se encuentran en una situación económica privilegiada, recurren a la violencia política institucionalizada (pero ilegal) para prevenir la pérdida de un *status quo* privilegiado (en cierto modo, ese es el motivo que subyace tras las acciones de ciertos grupos preservacionistas protestantes en Irlanda del Norte y en organizaciones de derechas en algunos países de América Latina). En otros, donde previamente los privilegios de determinados grupos son abolidos y sufren una considerable merma de su posición económica (política o social), pueden recurrir a la violencia para restaurar sus privilegios. No pretendemos decir con esto, que todo conflicto insurgente tenga un origen, o se vea afectado por factores vinculados a la economía. En ocasiones de hecho, su influencia es

---

<sup>75</sup> Muchos de los conflictos actuales que parecen tener su base en rivalidades comunes resultan, una vez examinados en profundidad, tener una dimensión económica significativa. Las acciones contra el *establishment* político y económico de los maronitas católicos en el Líbano por los chiíes de Hezbolá no se pueden explicar sin tener en cuenta el progresivo empobrecimiento de la comunidad chií.

inapreciable. Este es el caso de la lucha afgana contra los soviéticos donde el resentimiento étnico fue lo que impulsó a la lucha a uzbekos, tayikos y hazaras, contra un nuevo gobierno controlado por los pastunes que dominaban la facción Khal del partido gobernante marxista, mientras que el rechazo a la ocupación tras 1979 fue lo que movilizó a los sectores nacionalistas y religiosos y los esfuerzos de centralización y reformas del gobierno de Kabul, los que provocaron la resistencia de los líderes tribales locales y mulás que vieron limitados su poder en las áreas por su control.

O'Neill (2005: 83-85), recoge el análisis de la cultura política, entendida ésta como *la particular distribución entre sus miembros de las pautas de orientación hacia los objetos políticos* (Almond y Verba: 2007: 171-201), para diferenciar y entender las oportunidades con las que cuenta la insurgencia a la hora de movilizar los apoyos de los distintos grupos sociales.

Así, en una *cultural parroquial*, donde las orientaciones hacia los objetos políticos<sup>76</sup> se *acercan a cero* (es decir, que son prácticamente

---

<sup>76</sup> Por orientaciones Almond y Verba se refieren a los aspectos internalizados de objetos y relaciones y que incluye: 1) «orientación cognitiva», es decir, conocimientos y creencias acerca del sistema político, de sus papeles y de los incumbentes de dichos papeles en sus aspectos políticos (*inputs*) y administrativos (*outputs*); 2) «orientación afectiva», o sentimientos acerca del sistema político, sus funciones, personal y logros; y 3) «orientación evaluativa», los juicios y opiniones sobre objetos políticos que involucran típicamente la combinación de criterios de valor con la información y los sentimientos.

En cuanto a los *objetos políticos*, distinguen entre: 1) *roles* o *estructuras* específicas, tales como cuerpos legislativos, ejecutivos o burocráticos; 2) *titulares* de dichos roles, como lo son monarcas, legisladores y funcionarios, y 3) *principios de gobierno, decisiones* o *imposiciones de decisiones* públicas y específicas. Estas estructuras, titulares de roles y decisiones, pueden clasificarse a su vez de modo amplio, teniendo en cuenta si están conectadas al proceso político (*input*) o al proceso administrativo

nulos) y que se identifica con sociedades tradicionales en donde todavía no ha tenido lugar un proceso de integración nacional, el posicionamiento con respecto a la actividad política (incluida la que promueve la insurgencia) es de absentismo, por lo que la capacidad de la insurgencia de atraer apoyos, puede verse seriamente afectada (la población indígena rural guatemalteca durante la década de 1960, a pesar de soportar una situación económica depauperada hasta el extremo, prefirió adoptar una actitud pasiva e indiferente hacia la insurgencia) (Collazo-Davila, 1980:121).

En el caso de la cultura política de *súbdito*, los ciudadanos tienen conciencia de la existencia de una autoridad gubernativa especializada, pero se consideran a sí mismos subordinados en su *relación con el sistema y respecto al elemento administrativo*, y por tanto, solamente se involucran con los productos del sistema (las medidas y políticas del gobierno) y no con la formulación de las decisiones y las políticas públicas. Por regla general, no suelen participar de la actividad política (incluida nuevamente la insurgencia), aunque esto no significa que estén dispuestos a tolerar la amenaza y discriminación infligida por el gobierno *ad infinitum*. Una campaña propagandística bien orquestada por la insurgencia puede suponer un cambio de orientación y la toma de conciencia por parte de la población.

En el caso de la *cultura política de participación*, en que los miembros de la sociedad tienden a estar explícitamente orientados hacia el sistema como un todo y hacia sus estructuras y procesos políticos y

---

(output).

*administrativos* (es decir, hacia los *input* y *output*, del sistema político), la capacidad de influir o prosperar de una insurgencia puede ser mayor. Hablamos en líneas generales de sociedades que *tienden a orientarse hacia un rol activo de su persona en la política, aunque sus sentimientos y evaluaciones de semejante rol pueden variar desde la aceptación hasta el rechazo total*. Por sus orientaciones hacia el sistema, son susceptibles al reclutamiento de la insurgencia si sus deseos y anhelos por participar en éste se ven obstaculizados.

Por supuesto, más allá de estas orientaciones hacia el sistema, existen una amalgama de valores y normas arraigadas en toda sociedad que pueden ser políticamente relevantes para la insurgencia, lo que obligaría a un análisis pormenorizado del caso por caso. Hay contexto, en los que las orientaciones y actitudes involucran la aceptación de la autoridad, la confianza interpersonal e intergrupala, así como la tolerancia a la violencia. Mientras que la resistencia a la imposición de la autoridad por grupos sociales y una baja confianza intergrupala y personal puede ser una causa mayor de violencia (especialmente si la imposición es percibida como humillación), el mismo desdén por la autoridad y desconfianza pueden minar la efectividad de la violencia organizada. De hecho, éste es uno de los factores más relevantes que afectan a las divisiones que plagan a muchos de los movimientos insurgentes más que cualquier disputa ideológica, estratégica o táctica. Esta actitud hacia la autoridad puede también socavar los esfuerzos del gobierno (no importa como de benignos sean éstos) de movilizar el apoyo de la población. Si la tolerancia a la violencia es baja, puede afectar a la capacidad de reclutamiento de la insurgencia, y a los actos violentos perpetrados por

éstos (aquellos particularmente dramáticos como puedan ser los terroristas), pueden generar intolerancia e incluso ser contraproducentes (el asesinato del primer ministro italiano Aldo Moro por las Brigadas Rojas, y la matanza indiscriminada de civiles en Luxor en 1997 generaron una repulsa generalizada hacia la insurgencia). Donde hay una alta tolerancia a la violencia (*una tradición de violencia*), el potencial de la insurgencia se incrementa exponencialmente (Kalyvas, 2006).

Las insurgencias se presentarán como candidatas a hacerse con el poder, siempre y cuando exista un descontento generalizado entre la población que pueda ser utilizado y explotado (es decir, movilizado para la causa) como base para el reclutamiento. Como regla general, el clima proclive para la insurgencia se caracteriza por bajos niveles de seguridad y elevadas cotas de desempleo, condiciones que comportan malestar y frustración entre segmentos sociales que pasan a ser objetivos ideales para el reclutamiento de grupos insurgentes. De igual modo, el apoyo de la población en forma de financiación, inteligencia y refugios seguros, es de crucial importancia para la insurgencia, además de asegurar su reproducción y perpetuación. Sin el respaldo de la población, una insurgencia no tendrá lugar donde ir, echar raíces o desarrollarse.

La captación de prosélitos para la causa que abandera el movimiento requiere del convencimiento previo de la sociedad de la cual pretende obtener ese apoyo, y para ello, es necesario tener un profundo conocimiento de las creencias, valores, actitudes y emociones de esa comunidad. Existen una serie de métodos a los que los grupos insurgentes pueden recurrir para recabar ese apoyo social.

En primer lugar, tendríamos la atracción carismática que describe la

fuerza de la personalidad del líder o líderes del movimiento (como son los casos de Mao en China, Castro en Cuba, Jonas Savimbi en Angola, Abimael Guzman en Perú, o el propio Osama Bin Laden) como razón principal por la que un individuo decide apoyar la insurgencia algo, especialmente cierto en comunidades políticas en las que existe una cierta tradición de líderes heroicos.

Otra vía alternativa para obtener el apoyo popular, frecuentemente vinculada a la figura del líder carismático, reside en la complicidad de la intelectualidad como elemento acomodador de la realidad política, social y económica a un marco teórico de explicaciones e interpretaciones. Un ejemplo clásico es la adaptación de los revolucionarios marxistas de las tesis de Lenin al contexto de los países subdesarrollados, que dota de coherencia, lógica y explicación a la pobreza, represión y alienación como resultado de un gobierno feudal o capitalista que explota a trabajadores y campesinos. Hoy día, las insurgencias islamistas ejemplifican el rol de la teleología como inspiradora del apoyo popular activo, donde la fuente de los problemas es el grupo gobernante que ha abandonado la senda del Islam por un sistema político secular.

De igual modo, la capitalización de los apoyos, pasa por la identificación del marco social y político con los agravios y motivos que afligen al conjunto de la sociedad. Es por ello imprescindible entender a la perfección el contexto económico, social y político de la población de la que se pretende recabar ese apoyo, ya que una lectura equivocada del contenido puede tener consecuencias fatales. El Frente Popular para Liberación de Omán por ejemplo, una organización revolucionaria marxista-leninista que buscaba asaltar el poder en manos del sultanato de

Qaboos bin Said, se encontró con una resistencia férrea al asumir de manera equivocada que las tribus de la Provincia de Dhofar aceptarían un programa de reformas que pasaba por la implantación de un sistema de propiedad comunal, la eliminación de las influencias islámicas en el gobierno y un control centralizado en las “zonas liberadas” allí donde la propiedad privada, el individualismo y la autoría tribal tenían un peso fundamental.(Globalsecurity, 1985)<sup>77</sup>

Cuando lo anterior no da sus frutos, otra forma de obtener el apoyo activo de la población es a través del terrorismo como forma de dejar patente la inconsistencia del gobierno ante las acciones de la insurgencia. El éxito de esta medida va a residir por un lado en el uso selectivo que se haga del terror contra grupos e individuos (durante la insurrección Chipriota, contra los británicos o en Argelia contra los franceses, los objetivos eran los colonos oficiales y musulmanes simpatizantes del gobierno francés) y del otro, la extensión en el tiempo de la campaña terrorista. En palabras de Guevara (1976), *el terrorismo debe considerarse como factor valioso cuando se utiliza para ajusticiar algún connotado dirigente de las fuerzas opresoras, caracterizado por su crueldad, por su eficiencia en la represión, por una serie de cualidades que hacen de su supresión algo útil; pero nunca es aconsejable la muerte de personas de poca calidad que traen como consecuencia un desborde de la represión con su secuela de muertes. ....hay que tener mucho cuidado en la adopción de medidas de este tipo y analizar las consecuencias generales favorables que pueden traer para la*

---

<sup>77</sup> Disponible en: <http://www.globalsecurity.org/military/library/report/1985/AA.htm>  
[Accedido en marzo de 2012]

*revolución.....El atentado y el terrorismo ejercitados en forma indiscriminada, no deben emplearse. Muy preferible es el trabajo sobre grandes concentraciones de gente donde se pueda inculcar la idea revolucionaria e ir haciéndola madurar, para que, en un momento dado, apoyadas por las fuerzas armadas puedan movilizarse y decidir la balanza hacia el lado de la revolución.*

En resumen, se corre el riesgo de que su prolongación y/o intensificación sea contraproducente ya que el abuso de esta práctica puede generar hartazgo entre una población que ve continuamente interrumpido su día a día, transmitir una sensación de fracaso de una insurgencia, que ha perdido la iniciativa y es incapaz de reemplazar el terrorismo con operaciones militares más efectivas, o incluso pero aún, se corre el peligro de que se vuelva indiscriminado, algo que sucedió por ejemplo con el Partido comunista Malasio o el Mau Mau en KENIA, que sufrieron pérdidas y vieron seriamente reducida su base de apoyo social como consecuencia de sus acciones indiscriminadas (Kimenyi y Ndung's, 2005: 125).

#### **6.4. Prevaler sobre grupos rivales**

Muchas veces el principal adversario de los proto-insurgentes no es tanto el enemigo declarado (la autoridad política constituida), como otros grupos con los que comparten una causa parecida y con los que compite por la obtención de recursos y apoyos. En algunos casos, la situación se puede resolver creando alianzas y frentes comunes.

Ya hemos hablado en varios apartados de este trabajo de la importancia del apoyo popular y de las formas de obtención del mismo. Nos gustaría en este punto presentar otra variable, otra perspectiva de análisis que afecta al grado de violencia, a la relación entre distintas facciones insurgentes y que está vinculada a aspectos del ambiente, entorno o ecosistema del conflicto. De hecho, las observaciones que vamos a realizar a continuación, hubieran tenido igualmente cabida en el apartado anterior, ya que las consecuencias, como se podrá comprobar, van a tener un efecto directo en el ensanchamiento de la base popular, en la capacidad de las insurgencias de atraer a un número elevado de partidarios.

El tipo de relación que mantendrá una facción o grupo insurgente con esa población de que la pretende obtener apoyos, ya sea en la forma de financiación, reclutas para el combate, información, etc., estará condicionada por la existencia o no de grupos rivales que compiten por la captación de esos mismos recursos. Es decir, si no hay rivalidad por la “extracción”, es bastante probable que el nivel de violencia contra la población civil sea bajo. De forma contraria, si existe competencia (o amenaza por el control de esos recursos), ya sea entre facciones insurgentes o el propio gobierno, el nivel de violencia será con toda probabilidad mayor. Los grupos insurgentes varían su comportamiento hacia la población civil de acuerdo a si tienen que afrontar o no una situación de rivalidad activa. La competencia en el entorno de la insurgencia generará una lucha entre grupos por adquirir una ventaja comparativa que se traducirá, en una mejora de sus capacidades, una mayor representación y por ende, más probabilidades para su

consolidación. Si no existe competencia, la insurgencia puede penetrar y ejercer un control centralizado de las actividades de la comunidad a través de sus propias infraestructuras. Esto significa que la capacidad de actuación de una insurgencia será mucho mayor en un escenario libre de competencia por la obtención de recursos. Pero, ¿Por qué existe una mayor libertad de actuación para aquellos grupos insurgentes que operan en situaciones de no competencia? Tenemos que partir de la base de que las insurgencias operan todas bajo una serie de limitaciones específicas en sus relaciones con la población local. La escasez de recursos de muchos de los escenarios que comportan un enfrentamiento contra insurgencias, genera incentivos para llegar a acuerdos contractuales con esa población, y que incluye la provisión de servicios públicos como por ejemplo la seguridad, educación o asistencia médica. Si fracasan a la hora de proveer estos servicios, es probable que la población tienda a huir de la insurgencia. Si de lo contrario, tienen éxito en la provisión y garantía de los mismos, se establece un *quid pro quo* donde todos ganan. Esta situación de monopolio le permite contar a la insurgencia con una fuente fija de suministros. La competencia sin embargo, cambia la relación insurgencia-población y afecta a la toma de decisión de las distintas facciones, más propensas a la coacción como consecuencia de esa rivalidad.

Bajo estas circunstancias, el grupo que previamente gozaba de una situación de monopolio se ve forzado a cambiar la lógica de sus prioridades en el corto plazo en orden a garantizar su supervivencia. La presencia de grupos rivales o competidores implica que los recursos disponibles que ya eran escasos de por sí, (condicionados por el entorno

y la situación de ilegalidad), van a ser más escasos aún si cabe. La prioridad de garantizar la supervivencia del grupo se va a convertir entonces en la cuestión preeminente y va a condicionar el horizonte temporal de la insurgencia en el corto plazo. Si uno de estos grupos no amasa recursos con suficiente rapidez, otros grupos lo harán, conduciendo al primero a su extinción. El más eficiente de los métodos de extracción de recursos es sin lugar a dudas a través del uso de la fuerza. Las relaciones contractuales implican una inversión en el largo plazo y en circunstancias de competencia entre facciones, puede llevar a un rápido desmoronamiento e incluso la desaparición del propio movimiento. El estado, por supuesto, juega un interesante e idiosincrásico rol en la dinámica insurgencia-población y puede hacer las veces de rival directo de la insurgencia, emprendiendo acciones de carácter coercitivo, o estableciendo relaciones contractuales con distintas comunidades o minorías (las mayorías tienen igualmente cabida en este análisis. Son muchas las insurrecciones o levantamientos a lo largo de la historia fruto de mayorías subyugadas por una élite política que representa los intereses de un grupo minoritario), a través de la implantación de reformas que garanticen un mayor acceso a servicios básicos, la promoción social de las comunidades marginadas o redistribuyendo de manera más equitativa las riquezas del país. Cuando esto último ocurre, y un estado que se había mostrado represivo, empieza a llevar a cabo reformas y establecer relaciones de reciprocidad con la población a la que antes oprimía, es probable que el grupo insurgente que representa a esa población empiece a tener una actitud violenta hacia la misma. El estado de este modo se convierte en un

competidor por recursos y obediencia. Esto implica que cuando los estados (o los propios Organismos Internacionales como Naciones Unidas) conceden distintas clases de derechos a grupos y fomentan la autonomía entre comunidades allá donde la insurgencia actúa, es probable que la respuesta sea un incremento del nivel de violencia hacia la ciudadanía.

Es cierto que en casos como el del SPLA/M, el fin del esquema bipolar y la retirada de apoyo externo, en particular de Etiopía, provocó en la insurgencia un cambio en cuanto a su actitud y violencia contra la población. Sin embargo, este cambio, estuvo fundamentalmente motivado por la condición de monopolio como extractor único de recursos durante finales de la década de 1990 y principios del siglo XXI, periodo, en el que a su vez se redujo de manera drástica el número de facciones rivales a las que el SPLA/M tenía que hacer frente. El SPLA/M se crea tras la escisión de un grupo de antiguos miembros del ejército sudanés, para luchar contra el gobierno de Sudán. Esta organización, contaba con el respaldo del gobierno marxista de Mengistu en Etiopía. Desde sus orígenes, estuvo plagado de luchas intestinas, la gran mayoría de ellas, influenciadas por rivalidades y disputas en torno al liderazgo, y por la decisión de John Garang de proclamar como objetivo de la insurgencia la formación de un nuevo Sudán unido antes que la autodeterminación. Podemos dividir la historia del SPLA/M en tres periodos de tiempo distintos que nos permiten trazar con mayor nitidez el cambio de comportamiento que esta insurgencia experimentó en su relación con la población (Metelis, 2008:31-79).

El primero de ellos, coincide con el inicio del grupo en 1983 y se

extiende hasta 1993. Durante este periodo, el SPLA/M no tenía garantizado el suministro de recursos como consecuencia de la intensa rivalidad entre distintos grupos que incrementaron la competencia por unos bienes escasos. Coincide también esta etapa con un SPLA/M mal organizado y descompuesto (no había transcurrido un mes desde su gestación cuando un grupo de veteranos que conformaban la primera rebelión de “sureños” por la independencia, y que apoyaban la idea de la secesión del sur, decidieron abandonar el movimiento) que hacía que el acceso a los recursos fuera en el mejor de los escenarios incierto. El comportamiento del grupo hacia los no combatientes fue extremadamente violento con hechos atroces como ejecuciones sumarias, violaciones sistemáticas de mujeres y niñas de poblados enteros, secuestro de niños para usarlos como soldados, etc.

Durante el segundo periodo, de 1994 a 2000, decreció la rivalidad activa. Muchos de los grupos rivales acabaron por integrarse en el SPLA/M, exceptuando el *Sudan People's Democratic Forces* (SPDF, en sus siglas en inglés) de Riek Machar, que se mantuvo al margen del SPLA/M durante este periodo. Cuando Machar decidió poner fin a su cooperación con Jartum se encontró en una posición de debilidad, en minoría entre sus mandos. Estas tendencias separatistas eran una clara señal de que las facciones rivales estaban lejos de convertirse en una amenaza para el SPLA/M. Una vez que Machar dejó el gobierno, muchas de estas luchas sur-sur decrecieron. Otro elemento que ayudó durante este periodo a la consolidación del grupo, fueron los recursos procedentes de la formación del *New Sudan Council of Churches* (NSCC). Creado en enero de 1990 (en parte con el apoyo del SPLA),

representaba a las iglesias católica y episcopal y tenía como objetivo fortalecer y garantizar su presencia para aliviar el sufrimiento de las gentes de las áreas bajo el control del SPLA/M. El NSCC, a pesar de sus lazos con el SPLA/M, fue aceptado por varias organizaciones internacionales como institución independiente. El desarrollo de organizaciones no gubernamental indígenas sudanesas (SINGOs, en sus siglas en ingles), disminuyó las rivalidades e incrementó el control del SPLA/M sobre los recursos del sur en este segundo periodo. A principios de 1993, el SPLA/M permitió el establecimiento de la primera SINGO. Estas organizaciones estaban financiadas por donantes externos y con esta financiación se emprendieron actividades como la provisión de servicios a la población local y campañas para atraer el capital de nuevos donantes. Estas eran las únicas actividades en las que se podía involucrar las SINGO sin que supusiesen una amenaza para el SPLA/M, pero a pesar de de ello, y aunque las SINGO supusieran un avance y un aumento de la calidad de vida para la población del sur del Sudán (por momentos parecía el camino hacia una incipiente democracia), estas actividades, estaban subordinadas a la voluntad y propósitos de esta facción insurgente. El apoyo que recibieron de la comunidad internacional, en particular de ONG extranjeras, ayudó al SPLA/M a obtener un control adicional. Las partes beligerantes firmaron en 1994 un acuerdo que otorgaba carácter oficial a los principios aprobado por la *Operación Lifeline Susan* (OLS) en 1989, un consorcio de agencias de Naciones Unidas (principalmente UNICEF y el Programa Mundial de Alimentos) y 39 ONG, que operaban en el Sur de Sudán para prestar asistencia humanitaria en las regiones devastadas por la guerra y trataban

de paliar los efectos de la sequía que sacudía al país. Mientras que el régimen del norte del Frente Islámico Nacional (NIF, en sus siglas en inglés) mantenía una postura hostil hacia estas operaciones de emergencia, la OLS así como los donantes internacionales alentaban al SPLA/M para que hicieran una reclamación explícita al derecho de administrar las zonas liberadas en el sur, entendiendo que una región cuasi-autónoma haría al aparato humanitaria menos dependiente de la aprobación de Jartum a la par que más eficaz. Esta relación entre el SPLA/M y los donantes externos, generó entre la población del sur, la percepción de que el movimiento liderado por Garang se preocupaba realmente por su bienestar, e incrementó su legitimidad tanto a nivel doméstico como de cara a la comunidad internacional. El SPLA/M se erigió como el único extractor de recursos y fuerza legítima en el sur, hecho que se consolidó cuando en enero de 2001 hizo público un “Memorando de Entendimiento”, en el que proclamaba que solo él, gozaba de autoridad para negociar con las organizaciones de ayuda humanitaria que operaban en las áreas bajo su control. A partir de ese momento, las agencias y organizaciones que quisieran llevar a cabo operaciones en su territorio, tenían que acogerse a los términos exigidos por el SPLA/M (hasta el punto de darles un ultimátum a las 39 agencias que actuaban en la zona recordándoles que había firmado el borrador del Memorando y que en caso de que no cumplieran con las exigencias del mismo, se verían forzadas a abandonar el territorio. Entre otras cosas, este Memorando decía que el SPLA/M tendría el control sobre la distribución de la asistencia humanitaria y requería que las ONG trabajaran en sintonía con los objetivos del *Sudan Relief and*

*Rehabilitation Association* (SRRA), agencia humanitaria del SPLA/M, antes que con los principios de la ayuda humanitaria)<sup>78</sup>.

El tercer periodo, de 2001 a 2005 estuvo dominado por el proceso de negociación de paz. El SPLA/M contaba con el monopolio sin restricciones sobre los recursos de los locales y de la ayuda internacional. Durante este tiempo, el trato hacia la población civil comenzó a establecerse en base a los principios de una relación contractual. No tenían que hacer frente a ninguna clase de competencia por adquirir los recursos y podía atender a las demandas de los donantes externos (que demandaban avances democráticos). La intervención de una fuerza internacional de paz, acabó con la firma del *Acuerdo Comprensivo de Paz*, firmado el 9 de enero de 2005. Garang se convirtió en vicepresidente de Sudán y Ahmad al-Bashir permaneció a la cabeza del gobierno. La decisión de autodeterminación fue prevista por plebiscito en 2011.

En contraste al SPLA, las FARC sufrieron un proceso de involución. En sus inicios, ejercían una posición de cuasi-monopolio en áreas rurales de Colombia en la región del sureste del país. Se aproximaron a un modelo alternativo al gobierno central cuando éste, acordó la creación de una zona desmilitarizada para las FARC, un territorio geográficamente delimitado que haría las veces de tablero para futuras negociaciones de

---

78 El SRRA se crea en 1985 con el mandato de coordinar y facilitar los programas de asistencia humanitaria en el sur de Sudán. Su sede central está en New Cush y cuenta con oficinas de enlace en Nairobi, Kampala, Addis Abeba y Loki. En la actualidad, el SRRA coordina y facilita las actividades humanitarias en 23 condados con una superficie de unos 400.000 kilómetros cuadrados y una población estimada de 6,5 millones. <http://www.peacebuildingportal.org/index.asp?pgid=9&org=3543>

paz entre el grupo y el gobierno. Estas medidas llevaron a la izquierda revolucionaria a incorporarse a la actividad política, gestando la Unión Patriótica (UP), partido político colombiano fundado en 1985 que incluía a distintas facciones entre las que estaban el Partido Comunista Colombiano (PCC) y las FARC. Pero las disensiones internas acabaron por pasar factura y las FARC fueron de manera progresiva mostrando una actitud más violenta y coercitiva con la población a la que antes protegía. La UP acabó por desbaratarse, los carteles de la droga fueron expulsados de Perú y establecieron como centro de operaciones zonas fronterizas donde las FARC tenían una influencia significativa (cuestión que agudizó el conflicto del control sobre la población local). El punto álgido llegó en 1987, cuando el cartel de Medellín unió sus fuerzas a otros grupos y poderosos rivales como las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) en connivencia con el ejército, la policía colombiana y los terratenientes locales, para atacar a los grupos izquierdistas como las FARC.

En resumen, la violencia insurgente contra civiles es una respuesta a la amenaza de la supervivencia de estos grupos armados. El miedo a la aniquilación actúa como un poderoso elemento de motivación para cometer actos violentos y en situaciones de competencia la insurgencia retorna a mayores estados de violencia en orden a retener el monopolio de los recursos.

Lo que se pretende al exponer esta perspectiva de análisis, es establecer un camino distinto a los estudios (en particular los de Collier, Hoeffler y Sambanis) que optan por entender la violencia que se ejerce contra la población como un producto fruto de la codicia y depredación

de los actores que intervienen en el conflicto. De forma contraria, esta violencia, es producto de una elección racional que acuerda un grupo insurgente cuando ve amenazada su supervivencia.

Las teorías que se centran en los recursos y que establecen nexos entre éstos y el nivel de coerción desplegado por muchos grupos armados implica aceptar que son los recursos los que dirigen el comportamiento de los grupos. Dicho de otro modo, ¿entonces, allá donde la disponibilidad sea muy alta, hay motivos para que la insurgencia establezca una relación contractual con la población? Esto significa que las insurgencias cambian sus horizontes temporales (del corto plazo al largo plazo y viceversa) independientemente de la dificultad o facilidad a la hora de reclamar esos recursos. Sin embargo, con los dos ejemplos anteriores, lo que pretendemos explicar es que éstas modifican sus horizontes atendiendo a si cuentan o no con un espacio político para mantener el monopolio del dominio sobre los recursos con relativa facilidad. La visión de las nuevas guerras, descrita en la literatura del *state building*, sugiere que los conflictos contemporáneos se luchan por individuos faltos de justificación ideológica y que a menudo mantienen lazos con las redes del crimen organizado. Aunque estas teorías pueden ser útiles para explicar algunas de las participaciones en el uso de la violencia contra los civiles, no lo son tanto en determinados casos. En el primer caso que hemos expuesto por ejemplo, el comportamiento coercitivo contra la población del sur de Sudán durante la década de 1980 y 1990 por el SPLA/M, nada tiene que ver con la práctica inexistencia de recursos a su disposición, ni se advierte una vinculación o la práctica de actividades “ilícitas”. Fue sin

embargo cuando decreció la competencia y empezaron a llegar fondos de donantes externos cuando la interacción de la población adquirió matices contractuales. Esto evidencia va en contra de la abundancia de recursos y los argumentos relativos a la codicia, que reclama que en tiempos y escenarios de abundancia, la violencia contra los no combatientes es más probable. Por su parte, las FARC en Colombia se han beneficiado históricamente de los dividendos del mercado de la droga y de manera simultánea han establecido una relación contractual con el campesinado al que reclamaban representar.

### **6.5. Refugio**

Es otro factor crítico tanto para la proto-insurgencia como para la insurgencia. En el estudio realizado por la RAND Corporation sobre una muestra de 89 insurgencias entre 1945 y 2006, se observa que las insurgencias que no disponen de refugio tienen una probabilidad de victoria de uno contra siete en los casos donde el éxito o la derrota resultan claramente apreciables. Por el contrario los insurgentes que gozaban de un santuario han ganado la mitad de los conflictos con un final claro<sup>79</sup> (Connable & Libicki, 2010: 36). La disponibilidad de refugio físico depende, por un lado, de la existencia de un Estado vecino que voluntaria o involuntariamente sirva de santuario. En este sentido, podríamos afirmar que proto-insurgencia e insurgencia transnacional,

---

<sup>79</sup> En su investigación Connable y Libicki distinguen cuatro tipos posibles de finales: victoria del gobierno, victoria de los insurgentes, resultado mixto y continuidad del conflicto. Por final claro entienden la victoria del gobierno o de los insurgentes.

son dos perspectivas de análisis de la naturaleza de la insurgencia estrechamente relacionadas. En las etapas iniciales, las insurgencias intentan apoderarse de un territorio, atacan a las fuerzas del gobierno y forman proto-estados que acaban provocando la represalia de toda la fuerza de la autoridad. Cuando las insurgencias consiguen defender y gobernar de manera efectiva ese territorio (es decir, alcanza esa segunda etapa descrita por Mao de equilibrio estratégico), es cuando tiene lugar un conflicto convencional (o siguiendo con Mao, una etapa de contraofensiva convencional). Cuando las insurgencias fracasan en su intento y se ven incapaces de hacer frente a represalia estatal, es cuando se ven obligadas a desarrollar otras formas de poder político y militar. Es por ello, que las insurgencias transnacionales tienen por regla general su origen, en un fracaso inicial o en la debilidad para hacer frente a los esfuerzos de la autoridad en el poder. Ante esta situación, la respuesta de la insurgencia puede adoptar diversas formas, como la retirada a territorios más hospitalarios, un descenso de la violencia en orden a reducir su perfil y la presión del gobierno y por supuesto, buscar refugio en un estado vecino que o bien simpatiza con la causa de la insurgencia o es incapaz de ejercer un control efectivo de su territorio. Este proceso de “transnacionalización” de la insurgencia incrementa de manera significativa su poder para infligir daños y equilibrar esa asimetría de fuerzas con respecto a su adversario a través del enriquecimiento de tres elementos fundamentales (Staniland, 2005:21-40). El primero de ellos, es el *elemento humano*, vital para el esfuerzo bélico. Este carácter transnacional ayuda a que el grupo mejore y proteja a sus combatientes proveyendo de refugios seguros, mientras que la porosidad de las

fronteras permite de más largos y mejores entrenamientos y revitaliza a la fuerza en su nueva incorporación al campo de batalla. El segundo, es una mayor accesibilidad a *material*. Dinero, munición, comida, todos ellos son vitales para el desarrollo de la campaña y de difícil extracción en grandes cantidades de la población sobre la que se ejercen o centran los esfuerzos de la autoridad en el poder. Por último, un *control sobre los tiempos*, que permite compensar posibles pérdidas temporales del apoyo local y esperar escenarios más favorables en los que explotar las vulnerabilidades del adversario.

Del otro lado, las posibilidades de refugio, dependen del tamaño y de las características geográficas del país donde tiene lugar la insurgencia, así como del grado de apoyo social del que dispona. Hay que tener en cuenta que el combate contra un grupo insurgente comporta una lucha por el control sobre un espacio (tanto territorial como político), entre un estado y uno o varios grupos que desafían al poder establecido, y que las insurgencias, son levantamientos populares que se originan y desarrollan a través de una serie de redes sociales preexistentes y que se dan en un ambiente físico, de información y de complejidad social. Los proto-insurgentes pueden buscar refugio en aquellas áreas desprovistas de gobierno como zonas montañosas, bosques, junglas o en áreas remotas del país, donde la presencia y control es puramente nominal y sirven de excelentes bases de operaciones, pero otra opción, consiste en esconderse en entornos urbanos en que paulatinamente van escapando al control del gobierno, como sucedió en los primeros años de la insurgencia en Irak. No obstante, las insurgencias tienen mayores probabilidades de éxito en contextos rurales o en una mezcla de entornos

rurales y urbanos, y al mismo tiempo, rara vez triunfan en países urbanizados y de ingresos medios (Connable & Libicki, 2010: 38).

Normalmente, hay cinco factores que caracterizan y hacen posible la aparición de santuarios<sup>80</sup> (Brafman, 2007: 309-314). Alguno de ellos, ya se han mencionado con anterioridad, como es el caso de la geografía.

El *entorno físico* juega un papel esencial en la consolidación de las insurgencias, en particular, en aquellas situaciones en las que el gobierno muestra una superioridad político-militar con respecto a las primeras al inicio de las hostilidades. Se suele asociar el éxito de las operaciones de guerrilla a terrenos accidentados que dificultan los movimientos de las tropas y provee de refugios inaccesibles a las bases de la guerrilla. El terreno reduce la ventaja comparativa de las fuerzas estatales con respecto a las del movimiento insurgente. El espesor de la jungla por ejemplo, jugó un papel fundamental en Indochina para las fuerzas de Ho Chi Minh en las guerras contra Francia y los Estados Unidos. Las condiciones del terreno fueron también una variable importante en la guerra de Vietnam. De hecho, hasta que los Estados Unidos no

---

<sup>80</sup> Asimilamos en este caso santuario a la literatura estratégica anglosajona de *safe havens*, entendidos éstos como espacios geográficos donde las insurgencias son capaces de establecer con éxito una base organizacional (por capacidades organizativas nos referimos a la ideología, el liderazgo, el sistema de reclutamiento y la propaganda) y operacional (mando y control, adquisición de armas, espacio para planear, adiestrar y preparar la ejecución de ataques terroristas; seguridad operacional, y adquisición de información y elaboración de inteligencia) que puede incluir alguno de, o todos, los siguientes elementos (Brafman, 2007: 308): Financiación a través de distintos sistemas o actividades (contrabando, blanqueo de capitales, donaciones a través de asociaciones caritativas, secuestros, robos, tráfico de drogas, extorsión e impuestos ilegales, etc) ; Una red de comunicaciones que permite mantener un sistema de mando, control e inteligencia eficaz ; Espacio físico para llevar a cabo actividades de entrenamiento ; Una red logística que permite viajar, transferir dinero, conseguir documentación falsificada, así como obtener y trasladar armas.

decidieron inundar de tropas el teatro de operaciones a mediados de la década de 1960, las espesas junglas de bosque de U Minh, un distrito de la provincia de Kien Giang en el Delta del Mekong, fueron casi inexpugnables (Taber, 2002: 57-75). Ocurre lo contrario si hablamos de espacios abiertos como lo pudieran ser los desiertos, poco favorables a las guerrillas y altamente susceptibles a la vigilancia, detección y destrucción del poder aéreo. En la guerra árabe israelí de 1967, en el mes de junio, poco después del cese al fuego, Mao envió a Nasser un plan militar de acción inspirado en la experiencia china en el que proponía que descompusiera el ejército egipcio en unidades de guerrilla para combatir a los israelíes en los territorios ocupados de la península del Sinaí. Nasser rehusó los consejos de Mao señalando que el Sinaí tenía una densidad de población muy baja, era árida y permitía la visibilidad a más de 50 kilómetros de distancia, por lo que las unidades guerrilleras tendrían pocas oportunidades ante el poderío aéreo de Israel. Sin embargo, la OLP llevó a cabo una campaña de guerra de guerrillas contra los israelíes entre 1969 y 1970 en el *West Bank*, un territorio pequeño y de escasa vegetación. Incluso siendo unidades muy reducidas, éstas podían ser detectadas a varios kilómetros de distancia, circunstancia que limitaba la capacidad de desplazamiento, así como la de establecer bases permanentes o semipermanentes sin ser divisados y atacados por los israelíes. Como resultado, las acciones de la guerrilla palestina se tuvieron que limitar a la zona fronteriza con el Líbano y en el caso de Jordania, la ausencia de vegetación, redujo significativamente la capacidad de las unidades emplazadas a lo largo de la frontera (O'Neill, 1978: 103). Pero incluso si el terreno es favorable a los

intereses de la insurgencia éste, está condicionado por cuestiones como el tamaño y la proximidad. Un territorio de reducidas dimensiones puede ser fácilmente acordonado, aislado e incluso declarado zona de exclusión militar. En contraste, los territorios extensos favorecen la expansión de las operaciones de la insurgencia y la deslocalización, dificulta los esfuerzos gubernamentales por asegurar y defender instalaciones críticas, ejercer un control efectivo sobre la población y concentrar tropas y potencia de fuego<sup>81</sup>. En cuanto a la proximidad territorial, ésta, facilita la planificación, el mando y control así como las comunicaciones y permite que gradualmente la insurgencia modele la estructura logística del grupo. Ocurre lo contrario cuando hablamos de áreas dispersas, donde es prácticamente imposible que una insurgencia pueda mantener una lucha de guerra de guerrillas a gran escala o dar el salto a operaciones de tipo convencional. Para el NPA filipino, el espesor de la jungla (el territorio) era un elemento favorable para el desarrollo de una guerra de guerrillas, pero el hecho de ser un archipiélago, dificultaba las acciones integradas y facilitaba la localización de los focos insurrectos a las fuerzas gubernamentales.

Al territorio, habría que sumarle otros elementos del entorno que condicionan la dimensión física del conflicto, como por ejemplo, el

---

<sup>81</sup> Aunque en este punto, sería conveniente expresar una cierta reserva ya que en última instancia, será la capacidad del estado la que determinará la viabilidad de esta medida más que el tamaño del territorio. Pensemos por ejemplo en el éxito de la *Línea Morice* en el conflicto que enfrentó a Argelia contra Francia. En 1956, los franceses sellaron las fronteras al este y oeste de Argelia levantando fortificaciones, cecadas electrificadas, campos de minas combinadas con un sistema de sensores y radares de vigilancia que limitaron exponencialmente la capacidad de infiltración de la insurgencia argelina que utilizaba los pasos fronterizos de Túnez y Marruecos (Long, 2006:50)

clima, que puede jugar tanto a favor como en contra de los intereses de ambos bandos dependiendo de la estrategia y de las circunstancias tácticas. Unas condiciones climáticas adversas pueden limitar aquellos multiplicadores de fuerza con respecto a la insurgencia. Por ejemplo, las acciones de las fuerzas armadas del Sultán en la Provincia de Dhofar contra FPLO, descendieron considerablemente durante las estaciones de lluvia y en Afganistán, los soviéticos hicieron lo propio durante los meses de invierno. Es cierto que también tiende a decrecer la acciones guerrilleras, sin embargo, la insurgencia por lo general, aprovecha estos lapsos de tiempo para reorganizarse (Ney, 2011:28).

Por último, otro aspecto físico importante para la consolidación de la insurgencia es el estado del sistema de comunicaciones y transporte, que afectará de manera particular a los países de grandes dimensiones y a la responsabilidad de las fuerzas gubernamentales de proveer de seguridad a la población. La estrategia del gobierno suele ser la de movilizar unidades de reacción rápida para compensar los defectos asociados a la necesidad de proporcionar de suficiente defensa estática a lo largo del territorio. Si los sistemas de comunicación y transporte son buenos, estas fuerzas de reacción podrán actuar de manera diligente. En el lado contrario, un mal sistema, jugará a favor de los intereses de la insurgencia. Por ejemplo, la presencia relativamente alta de carreteras, y la red de ferrocarril en el Congo, tuvieron un efecto multiplicador en las fuerzas congoleñas y de Naciones Unidas a la hora de sofocar un número significativo de conatos insurreccionales en el periodo de 1961 a 1966 (Gurr, 1971: 263).

Siguiendo con los factores que señala Brafman, tendríamos la *debilidad del estado*. La incapacidad de las autoridades locales para gobernar efectivamente su población y territorio permite que las insurgencias aprovechen las ventajas que les ofrecen los espacios incontrolados. Para que exista un santuario insurgente no es preciso que el país sea un estado fallido y que las instituciones hayan colapsado por completo. Es suficiente con que determinadas áreas escapen al control estatal, aun cuando otras gocen de mayor estabilidad y mejor gobierno. La precaria o nula presencia del poder estatal se traduce en falta de control de las fronteras; corrupción endémica; pobreza estructural; mayor presencia de armas, y elevada práctica de la violencia y el crimen. El estado es incapaz de impedir la actividad de los grupos de mafiosos que también sacan partido de la situación de desgobierno para extender sus redes de comercio ilegal de distintos tipos de bienes, incluyendo drogas y armas.

En tercer lugar, tendríamos la *historia de corrupción*. Es un factor estrechamente relacionado con el anterior. En ocasiones no afecta sólo a las áreas no controladas por el gobierno, sino al gobierno y al resto de las instituciones en general. La libertad y la facilidad de acceso que ello supone para la financiación ilegal y la adquisición de armas y documentación falsa convierten el país en un lugar de enorme interés para los insurgentes (este punto y el anterior son observables en los casos de algunas islas de Filipinas, en Yemen y en la zona fronteriza entre Afganistán y Pakistán).

*La tradición de violencia*. La violencia generalizada es un síntoma y también causa de debilidad estatal. Si el estado no es capaz de proteger a

su población y mantener el orden público, pierde la legitimidad ante la sociedad. Cuando la población se siente vulnerable y sabe que no puede esperar ayuda del estado busca la seguridad a través de otros medios legales o ilegales; lo cual ofrece a la insurgencia una oportunidad para utilizar a su favor la debilidad del país. El caos, la facilidad de adquirir armas y el desencanto de la población con el gobierno hacen que éstos puedan actuar con escasas interferencias (ese sería el caso por ejemplo de algunas áreas del Sahel).

En último lugar, la *pobreza*. No existe una correlación directa entre pobreza e insurgencia. Sin embargo, el subdesarrollo está unido en muchas ocasiones a debilidad del estado y al mismo tiempo las necesidades financieras pueden llevar a que la población local permita la presencia de estos grupos, si hay a cambio una contraprestación de carácter económico (así está comprobado que sucede por ejemplo en Yemen y Waziristán, al norte de Pakistán).

Es evidente que la existencia de refugios seguros para la insurgencia es una variable esencial en el análisis de su consolidación. Sin embargo, y al contrario de lo que afirma Bernard Fall, de que el éxito o fracaso de todas las rebeliones desde el Final de la II Guerra Mundial han dependido en exclusiva de la existencia o ausencia de santuarios, merece un estudio más pormenorizado. De hecho, en determinados escenarios, es un factor que aporta poco valor explicativo, como ocurrió en Omán en la década de 1960, donde fueron mucho más relevantes en la derrota de la insurgencia otros factores. Aunque el FPLO contaba con un refugio activo a través de la frontera en la República Democrática de Yemen, que sustentó sus operaciones de guerrilla durante varios años, fue un

golpe en palacio en 1970 lo que llevó al poder a un nuevo sultán y a un cambio en la respuesta del gobierno, a través de la implantación de reformas políticas, económicas y militares que acabó por explotar las debilidades de la insurgencia en las áreas bajo su control. En este caso concreto, la respuesta enérgica e inteligente del gobierno, compensó las ventajas (nos referimos al santuario) del FPLO. (O'Neill, 2005: 89).

### **6.6. Apoyo exterior**

La importancia de este factor queda perfectamente ejemplificada en la obra de Jeffrey Record (2009: 1-25), *Beating Goliath: Why Insurgencies Win*, donde lleva a cabo una revisión de los trabajos de Andrew Mack (*Why Bin Nations Lose Small Wars: The Politics of Asymmetric Conflict*), Ivan Arreguin-Toft (*How the Weak Win Wars: A Theory of Asymmetric Conflict*) y Gil Merom (*How democracies Lose Small Wars*), para concluir que el análisis de otras variables como la disparidad de voluntad y sacrificio entre actores, donde Mack abraza la concepción de Clausewitz (2005:17) de la guerra como *acto de violencia para obligar al contrario a hacer nuestra voluntad*, las dinámicas de interacción de estrategias de Arreguin-Toft, o la vulnerabilidad de las modernas democracias que fracasan en las guerras contra movimientos insurgentes a consecuencia de su incapacidad de encontrar un equilibrio positivo entre la conveniencia y la tolerancia moral de los costes de la guerra de Meron, son insuficientes para explicar el nexo en común del éxito de un buen número (por no decir todas), de movimientos insurgentes ante

rivales más poderosos, y señala, que de manera contraria, la presencia o ausencia de la asistencia externa puede ser el factor determinante, el más relevante de los resultados de la guerra insurgente. Este debate adquiere notoriedad a raíz del reverso que sufren las potencias occidentales contra rivales en principio más débiles, como la rápida desintegración de los imperios coloniales europeos en África y Asia, las derrotas francesas en Indochina y Argelia, y por supuesto, el trágico curso de los acontecimientos en el enfrentamiento entre los Estados Unidos y Vietnam, que marcan el devenir de la conflictividad internacional en el periodo de la Guerra Fría. Un contexto, donde el apoyo externo ha estado particularmente condicionado por las rivalidades del bloque soviético y occidente desde principios de la década de 1940. En una era en la que las armas nucleares hacían que los enfrentamientos militares directos fuesen una opción demasiado arriesgada, soviéticos y chinos sirvieron a sus propios intereses y a los objetivos ideológicos comunes, apoyando guerras de liberación nacional contra gobiernos afines a los intereses de Occidente, mientras que los Estados Unidos y sus aliados tradicionales, hacían lo propio, apoyando ya fuera de manera directa o indirecta, a un buen número de insurrecciones contra regímenes marxistas o pseudo-marxistas en lugares como Angola, Afganistán, Nicaragua o Camboya.

Ciertamente, con el final de la Guerra Fría y la ausencia de superpotencias rivales, el peso del apoyo estatal exterior ha disminuido. A pesar de ello, el patrocinio proveniente de gobiernos locales, principalmente de aquellos con los que comparte fronteras el país en el que se ha desencadenado el conflicto, sigue siendo una constante y

elemento vital para la supervivencia y consolidación de muchos de estos grupos. Se pueden esgrimir distintos argumentos que explican las motivaciones del apoyo exterior<sup>82</sup>:

1. *Intereses geopolíticos*, más que por razones ideológicas, afinidades étnicas o sentimientos religiosos. Es decir, el apoyo se justifica por la búsqueda de un incremento de la influencia local o regional, de forma particular a lo largo de las fronteras y especialmente como medida de presión sobre el rival. Irán e Irak han sido un claro ejemplo de ello. Mientras Irán apoyaba a la Asamblea Suprema de la Revolución Islámica (SAIRI), o ofrecía fuego de cobertura a la población Kurda en la frontera con Irak en la década del os setenta, Irak hacía lo propio con el anti-Teherán *Mujahedin e Khalq*. La Resistencia Nacional Mozambiqueña (RENAMO), ha sido catalogada con frecuencia como una organización apolítica auspiciada por fuerzas externas, y es cierto, que en su origen (al poco tiempo empezó a capitalizar agravios y problemas reales existentes entre la población mozambiqueña, entre los que destacaba un sentimiento de dominación étnico y regional, principalmente entre las poblaciones de Sofala, Manica, Zabezia y Nampula), fue fundamental el deseo de actores externos como la antigua Rodesia y Sudáfrica por crear y mantener una

---

<sup>82</sup> Un buen ejemplo de la relación de intereses que motivan el apoyo exterior es el caso de Afganistán. Tanto India como Pakistán e Irán tratan de mantener su influencia sobre Afganistán en función de sus intereses securitarios y lo hacen recurriendo a una serie de instrumentos de presión políticos, económicos y/o culturales. India respalda al gobierno de Karzai, mientras que Pakistán ofrece ayuda encubierta a los talibanes e Irán financia tanto la reconstrucción afgana como las milicias que luchan contra las tropas de la OTAN.

fuerza de contención que equilibrara la balanza del gobierno marxista mozambiqueño sostenido por el Frente de Liberación de Mozambique (FRELIMO) (Westein y Laudemiro, 2005, 157-162). Por su parte, el SPLA/M, obtuvo entrenamiento militar, pasaportes, inteligencia, estaciones de radio y asistencia logística de patrocinadores externos de países de bloque del este, así como de Libia y en ocasiones, ayuda en el combate directo del ejército etíope.

2. *La desestabilización del país vecino.* Para muchos estados las insurgencias se conciben como instrumento de guerra por otros medios. Es por ello, que el apoyo a movimientos insurgentes sea visto como una forma alternativa e indirecta de debilitar y minar enemigos y rivales. Caso particular es Pakistán e India, que han sufragado ambas insurgencias en territorio enemigo con el objetivo de fomentar la desestabilización interna.

3. *Un cambio de régimen.* Pueden usar las insurgencias para derrocar a un gobierno rival. Los Estados Unidos por ejemplo, durante la década de los 90 trataron de usar a la oposición iraquí para derrocar al régimen de Sadam Hussein.

4. *Asegurar influencia dentro de la oposición.* Algunos estados pueden querer intervenir en la política interna de un país vecino simplemente para asegurarse de que los movimientos de la oposición no adoptan objetivos o políticas que sean hostiles a sus intereses, llegando incluso a modificar el objetivo último de una insurgencia.

A este elemento contextual, el de la escena internacional, habría que sumarle la combinación de una serie de factores tecnológicos que incrementan las posibilidades de apoyo externo.

En primer lugar, los excedentes de producción han facilitado el suministro por parte tanto de las superpotencias como poderes regionales de armamento y equipamiento militar a movimientos insurgentes, y el florecimiento de una industria privada de armamento, ha sido sin lugar a dudas aprovechada por estos grupos para cubrir sus necesidades. Otro factor que influye en la provisión y adquisición de apoyo externo, es la mejora tanto cuantitativa como cualitativa del transporte global, ya sea a través de tierra, mar o aire, una movilización mucho más efectiva, de mayor alcance e inmediatez de toda clase de materiales y equipamientos. Por último, la renovación de las comunicaciones, que se traduce ya no sólo en un apoyo material sino de cariz moral y político. Las nuevas tecnologías de la comunicación permiten llevar a cabo extensas campañas de propaganda de audiencia global.

En resumen, la ayuda de otros Estados resulta decisiva en el nacimiento de una insurgencia. Difícilmente habría resultado viable el Vietcong sin la ayuda de la Unión Soviética, Hezbolá sin el apoyo de Irán y Siria, los talibán sin la asistencia del gobierno pakistaní, o Hamas sin el respaldo de Arabia Saudí, Irán, Siria y otros países musulmanes. En su investigación Connable y Libicki (2010: 62) llegan a la conclusión de que el apoyo estatal otorga una probabilidad de éxito de dos a uno a favor de la insurgencia. Aún así, el patronazgo estatal no está exento de problemas. Aunque el respaldo sea consecuencia de una estrecha afinidad ideológica, los proto-insurgentes y el Estado que les apoya

poseen agendas distintas que con el tiempo pueden entrar en colisión. Como mínimo, la ayuda exterior supone una pérdida libertad para los insurgentes y, en el peor de los escenarios, estos pueden acabar convirtiéndose en moneda de cambio entre su Estado patrocinador y el gobierno al que se enfrentan. De hecho, la probabilidad de triunfo de los insurgentes desciende a uno contra cuatro si la ayuda estatal se interrumpe repentinamente (como, por ejemplo, hizo la URSS con la insurgencia comunista griega a finales de la década de 1940) (Connable & Libicki, 2010: 74). Un ejemplo de lo que acabamos de exponer queda perfectamente reflejado en la relación que mantenían las facciones de la insurgencia Kurda del *Pesh Merga* durante las décadas de 1960 y 1970 con el gobierno de Irán, que sirvió de refugio y suministró material a la insurgencia. Irán se beneficiaba de esta correspondencia para presionar a su país vecino Irak, con el que buscaba forzar un acuerdo con respecto a la línea fronteriza de la vía fluvial del *Shatt-al-Arab*. Pero del otro lado, este apoyo, tenía sus contrapartidas ya que las aspiraciones secesionistas y de autonomía de la insurgencia del Pesh Merga, podían alentar a otras comunidades kurdas asentadas en el suroeste asiático (a día de hoy, la población kurda en territorio iraní supone el 17% de la población total). En el momento en el que Bagdad se sentó a negociar con Damasco e hizo concesiones, el Shah retiró su ayuda a una insurgencia kurda que había cometido el error de concentrar sus efectivos, convirtiéndose en un objetivo vulnerable a los ataques militares iraquíes a los que los kurdos no pudieron resistir sin la ayuda de Irán (O'Neill, 2005: 137-141). Otro peligro para los movimientos insurgentes se deriva de la falta de claridad expositiva, de la vaguedad y falta de precisión de los mensajes

provenientes del apoyo político externo. En el caso de la asistencia a la insurgencia afgana en su lucha contra los soviéticos, muchos de los patrocinadores externos clave nunca refrendaron con claridad el objetivo político último de ninguno de los grupos insurgentes. Las divergencias se hacían notables en el momento de aclarar si este apoyo implicaba tanto la expulsión de las unidades militares soviéticas como el derrocamiento del gobierno títere afgano o tan sólo afectaba al primero. El problema para la insurgencia afgana estaba claro. Si el patronazgo exterior se hubiera conformado con la expulsión del ejército soviético, pero aceptado en el poder un gobierno marxista, la insurgencia se vería en un callejón sin salida, condenados a un conflicto contra la autoridad del poder central, pero sin la tan necesitada ayuda exterior. Otro de los aspectos negativos del apoyo externo que se puede dar en el contexto de una insurgencia fraccionada, es la inclinación de los estados donantes a contribuir a las luchas internas dentro del movimiento, apoyando a unos grupos a expensas de otros, como resultado del deseo declarado de establecer un control hegemónico sobre la insurgencia en su conjunto, actuación que persigue en última instancia la prevalencia sobre el control y vigilancia de la influencia de otros donantes.

Cierto es que el patronazgo estatal es la más importante de las fuentes de apoyo externo, aunque existen otras (como organizaciones y grupos no gubernamentales, otros movimientos insurgentes, diásporas, o los propios campos de refugiados) que asumen un papel importante (aunque por supuesto menos relevante en términos cuantitativos y cualitativos que el apoyo de los Estados), en el sostenimiento de muchos movimientos insurgentes:

1. *El apoyo de la diáspora:* Las diásporas (comunidades inmigrantes asentadas en otros países) de países como Argelia, Azerbaiyán, Indonesia, Israel, Líbano, Irlanda del Norte o Kosovo, todos ellos han recibido distintas e importantes clases de apoyo de sus respectivas comunidades inmigrantes, a través del envío de dinero, armas o combatientes de vuelta a sus países de origen, que han servido para incrementar las capacidades de estos grupos para sostener y resistir los esfuerzos de sus adversarios por contrarrestarlos. Las motivaciones del sustento dispensado por la diáspora difiere notablemente de las de los estados patrocinadores. El apoyo de estas comunidades de inmigrantes están principalmente determinado por cuestiones identitarias (la realidad de estos lazos de “parentesco” puede ser limitada, pero la percepción es a menudo bastante fuerte. Esta percepción se puede basar en ancestros comunes, lengua, experiencias históricas u otra serie de factores). Estas diásporas suelen sentir una cierta simpatía por la lucha en la que se está desarrollando el conflicto, así como un sentimiento de culpabilidad (distantes del dolor que aflige a sus “hermanos”). Las insurgencias también se encargan de explotar estos sentimientos con el objetivo de recabar apoyos tanto políticos como financieros y los esfuerzos que invierten en este proceso de captación comportan a menudo una especie de proceso de retroalimentación. Las victorias militares atraen un mayor apoyo exterior, que se traduce en un incremento de los flujos económicos a la causa. Algunas veces, el respaldo de la diáspora es resultado de una coacción por parte de los representantes del movimiento en el exterior. Armenios, kurdos y

tamiles, todos ellos han presionado políticamente a sus respectivos gobiernos con el objetivo de ayudar a movimientos insurrectos en Turquía y Sri Lanka, o se han opuesto a los gobiernos contra los que luchan. Hezbollah ha usado también la diáspora libanesa chií para la obtención de inteligencia más allá de sus fronteras, incluida información que ha ayudado al movimiento a llevar a cabo ataques terroristas sobre objetivos israelíes en el exterior.

2. *Refugiados e insurgentes*: Los flujos de refugiados e insurgencias, tienden a alimentarse mutuamente. La discriminación, violencia y miseria que suelen acompañar a este tipo de conflictos conllevan en muchos de los casos desplazamientos de población que a menudo contribuyen y sostienen el conflicto original. Entre las motivaciones de los refugiados podemos encontrarnos un fuerte deseo por recuperar su tierra natal o restaurar su influencia nacional sobre un territorio determinado. El éxodo de millones de afganos como consecuencia de la brutalidad del ejército soviético fue el germen de un movimiento talibán que se conformó inicialmente entre aquellos desplazados. Durante la ocupación de la Unión Soviética, los grupos guerrilleros afganos usaron los campos de refugiados que se extendían a lo largo de la frontera con Pakistán como lugares en los que organizarse, entrenar y reclutar miembros para la causa (Weiner 1996: 5-42). De forma similar, los refugiados palestinos apoyaron a los combatientes de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y a Hamás para recuperar el territorio ocupado por los asentamientos judíos. Los refugiados pueden también apoyar movimientos insurgentes como forma de protección en el país anfitrión. Los campos de refugiados son en

líneas generales lugares brutales al margen de la ley y sin la existencia de sus propios combatientes para garantizar una mínima protección, estos grupos serían vulnerables al bandolerismo y a los abusos de líderes locales, señores de la guerra y gobiernos hostiles a la presencia de la insurgencia. (Rand, 2001: 9-67).

3. *Grupos y organizaciones no gubernamentales*: siguiendo con el ejemplo anterior, la insurgencia afgana, recibió ayuda tanto de grupos no gubernamentales franceses en la forma de asistencia sanitaria y operadores de radio y transmisores, como de los Estados Unidos a través de la organización de actos para recolectar fondos a favor de la causa afgana (Malhuret, 1983: 426). El Ejército Republicano Irlandés (IRA, en sus siglas en inglés) recibió una importante ayuda de la *Irish Aid Society* con sede en los Estados Unidos y la Contra Nicaragüense se benefició de la asistencia por parte de instituciones privadas, especialmente tras la suspensión de la ayuda del Congreso de los Estados Unidos en 1985 (O'Neill: 2005: 141).

4. *Otros grupos insurgentes*: especialmente en el área del adiestramiento y transferencia de conocimiento en tácticas de combate, como por ejemplo la ayuda prestada por el *People's War Group* y *Maoist Communist Centre* (ambos movimientos insurgentes hindúes), a la insurgencia maoísta en Nepal. Este tipo de apoyo, les confiere por añadidura una dimensión transnacional a las insurgencias, una red donde los distintos grupos pueden colaborar, compartir información y proveer de apoyo el uno al otro.

5. En último lugar, tendríamos el precedente de *sujetos individuales*, personas con capacidad de influencia, que motivados por

cuestiones vinculadas a la cercanía ideológica, religiosa o étnica, financian y prestan apoyo logístico a grupos insurgentes (British Army Field Manual, 2009: 2-2).

En cualquiera de los casos, la fuerza de este apoyo, se traduce, en la capacidad por parte de las insurgencias de prolongar el conflicto e incrementar las oportunidades de escenarios más favorables para sus intereses, un elemento esencial para evaluar los tiempos y calibrar la viabilidad de la consolidación del movimiento insurgente. Este apoyo se suele materializar en la forma de refugio, campos de entrenamiento, asesoramiento militar, armamento, así como en la provisión de recursos tangibles que no tienen necesariamente que obedecer a un fin exclusivamente militar, como es el caso de la financiación, que puede cubrir las demandas vinculadas tanto a los suministros para el combate, como para el mantenimiento del aparato político o la atención a las necesidades básicas de la “tropa” (algo particularmente importante en conflictos que comportan una estrategia de guerra prolongada a fin de que no decaiga la moral de los miembros de la insurgencia y se produzcan deserciones entre sus filas).

Adquiere también la dimensión de apoyo moral en la forma de declaraciones oficiosas donde se muestra la simpatía por la causa de la insurgencia y se justifica así el recurso a la violencia por parte de ésta, donde se ataca al gobierno, y se le acusa de represor, o se ensalzan las virtudes del movimiento conectándolo con unas fuerzas globales de mayor magnitud que persiguen acabar con situaciones de abuso y explotación (por ejemplo, la tendencia de gobiernos de ideología

marxista a asimilar estos grupos con fuerzas progresistas, el frente antiimperialista)<sup>83</sup>. Este apoyo moral, es en cualquier caso marginal en cuanto a su contribución en comparación al político, un apoyo explícito, oficial y activo que tiene por objetivo trasladar la insurgencia a la arena pública y diplomática.

### **6.7. Contexto sociopolítico, capacidad del Estado y comportamiento de la autoridad política**

Los factores ambientales también resultan críticos pues la insurgencia no nace en el vacío. A este respecto, conviene recordar todo lo comentado en el capítulo dos sobre la debilidad estatal. Los Estados con recursos, con una administración eficaz e implantada en todo su territorio, y con instituciones representativas están en mejores condiciones de satisfacer las necesidades básicas de la población y de reducir los incentivos que alimentan la violencia política. El aparato administrativo es una fuerza en sí misma, que poco o nada tiene que ver con la fortaleza o debilidad de su clase política (el caso de la III y IV República en Francia, con un débil liderazgo político pero con un fantástico y fuerte aparato administrativo). Hay que tener en cuenta que las insurgencias son movimientos *bottom-up* y que un vacío en la base del aparato o una burocracia que se muestre incompetente, juega a favor de los intereses del movimiento. La naturaleza de la respuesta del

---

<sup>83</sup> *La historia demuestra que las guerras se dividen en dos clases: las justas y las injustas. Todas las guerras progresistas son justas y todas las que impiden el progreso son injustas. Los comunistas nos oponemos a todas las guerras injustas, que impiden el progreso, pero no están en contra de las guerras justas, progresistas (Mao, 1973,77).*

gobierno afectará obviamente a la magnitud del cambio en la actitud de la sociedad. Si esta es pobre, vaga e imprecisa, es probable que ya no sólo los grupos desafectos, sino también fuerzas vinculadas a la autoridad, se alineen contra el sistema. De forma contraria, una respuesta enérgica (a través de la implementación de reformas políticas que alivien la presión de aquellos contrarios al gobierno), puede hacer que gran parte de la población desista y adopte nuevamente un rol pasivo dificultando de esta manera que los proto-insurgentes superen los problemas asociados a la acción colectiva.

A la vez, los Estados fuertes cuentan con recursos coercitivos eficaces con los que disuadir o neutralizar la actividad proto-insurgente. En este caso, las agencias policiales son claves para detectar los problemas internos y externos que plantea la insurgencia en sus etapas tempranas. Su eficiencia depende de su superioridad numérica, de su grado de competencia, del grado de lealtad al gobierno y del apoyo que reciba de las otras ramas del gobierno, en particular, del sistema judicial<sup>84</sup>. El éxito o fracaso de las fuerzas armadas por su parte, en su enfrentamiento con la insurgencia, va a estar supeditado a la ratio en relación con el tamaño y población del país. Debemos tener en cuenta que la insurgencia comporta un combate en el que se lucha por el control de la población y un territorio, y en donde en donde no existe un frente, ni un área segura que se puede abandonar por mucho tiempo. Es por ello, que lo habitual, es que se requiera en este tipo de enfrentamiento de una ratio de fuerza de 10-20 a uno sobre todo si la

---

<sup>84</sup> En el año 1954 la fuerza policial de Argelia no llegaba a los 50 mil efectivos, apenas mayor que la policía de París (Galula, 1946: 23).

insurrección ha conseguido dotarse de una estructura guerrillera, y de 20 por cada mil habitantes (Quinlivan, 1995: 59). En cuanto a su composición, al contrario de los requerimientos de la guerra convencional, se necesita de unas fuerzas principalmente de infantería, y paradójicamente, cuanto menos sofisticadas, mejor. Las divisiones francesas en la guerra de Argelia por ejemplo, resultaron ser totalmente inútiles: tuvieron que dejar atrás los modernos equipamientos de combate, las unidades de ingenieros se reconvirtieron en unidades de infantería, las operaciones navales no servían para nada, y la fuerza aérea, que supone un reto insuperable para la insurgencia, lo que necesitaba era de combatientes de asalto, aviones de transporte de corta distancia y helicópteros (Galula, 1964: 24). No pretendemos decir con esto, que una adecuada ratio de la fuerza suponga una victoria inmediata para el gobierno. De hecho, esta contención de la insurgencia daría tan sólo sus frutos si fuese acompañada de la implementación de otra serie de medidas de carácter social, económico o político, a modo de reparación de los agravios que alimentan la violencia colectiva contra la autoridad establecida (FM 3-24, 2006:1-13)<sup>85</sup>.

Los sentimientos individuales de los miembros de las fuerzas y cuerpos de seguridad del estado hacia la causa de la insurgencia y el gobierno van a ser también determinantes. Mientras que la insurgencia requiere y se puede nutrir de pequeños y selectos grupos de combatientes voluntarios, el gobierno demanda para su actuación de un

---

<sup>85</sup> *No force level guarantees victory for either side. . . . [N]o predetermined, fixed ratio of friendly troops to enemy combatants ensures success in COIN. The . . . operational environment . . . and approaches insurgents use vary too widely.*

volumen considerable de recursos humanos, y esta circunstancia, lo condena a reclutar a personal de dudosa lealtad. A su vez, hay que tener en cuenta que los gobiernos que enfrentan habitualmente a una insurgencia tienen problemas de legitimidad, problemas de calado político que trasladados a los niveles operacionales y tácticos, a sus niveles más básicos, allí donde se produce el contacto directo entre la administración (tanto civil como militar) con la población, limita la capacidad de sus fuerzas de seguridad para proyectarse a sí mismas como defensoras de un sistema que la ciudadanía debería abrazar. De manera contraria, éstas, se perciben como una amenaza, uno de los pilares fundamentales de un régimen represivo, donde los oficiales de alto rango, son seleccionados por su lealtad a la elite gobernante y no por su competencia (Byman, 2005).

La reacción del gobierno o de las fuerzas extranjeras que apoyan al gobierno (los dos adversarios más comunes de una proto-insurgencia) constituye un último factor destacado en la incubación de la insurgencia. La autoridad política establecida puede cometer errores que allanen el camino del la proto-insurgencia. Uno de ellos ya lo hemos comentado, es la represión indiscriminada, que aleja al Estado de la población y puede facilitar el apoyo a los insurgentes. Este es por ejemplo el caso de la violencia extrema practicada contra los pueblos indígenas jummas de las Chittagong Hill Traces por parte del ejército Bangladés desde que obtuviera su independencia en 1971 hasta la firma de un acuerdo de paz en 1997, o la ejercida por el gobierno de Roberto D'Aubisson en El Salvador contra la población civil a finales de la década de 1970 y principios de la 1980 y que derivó en una guerra civil que terminó con la

firma del tratado de Chapultepec en enero de 1992, poniendo fin a la lucha armada. Aunque la dureza de los métodos empleados por un gobierno sirvan en el corto plazo para restaurar el orden, a largo plazo, puede ser la simiente de una futura insurgencia. Así ocurrió en Guatemala donde la violencia ejercida por los escuadrones de la muerte del ala derecha ayudaron a acallar una insurrección a finales de los 70, pero generó un resentimiento que consiguió renovar la actividad insurgente a principios de los 80. En estos casos, un elemento a tener en cuenta es la composición social de la comunidad, ya que una sociedad fuertemente fragmentada en grupos raciales, étnicos o religiosos genera una ventana de oportunidad para la insurgencia<sup>86</sup>.

Otro posible error consiste en no reconocer a tiempo que se está gestando una insurgencia. Así sucedió en 2003 en Irak cuando el Secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, se empeñó en considerar ataques aislados sin especial importancia, lo que en realidad era el inicio de la insurgencia (Woodward, 2007: 390). Por último, el Estado o las fuerzas extranjeras también pueden ayudar indirectamente a los proto-

---

<sup>86</sup> A este respecto, hay que señalar que los resultados han sido mixtos. La acción represiva de los gobiernos ha servido para incrementar el apoyo social a la insurgencia, como sucedió en su momento con los Tamiles en Sri Lanka tras los ataques de unidades armadas cingaleses o los excesos de Rusia en Chechenia. En otros casos, este comportamiento ha llevado a una cierta animosidad hacia la insurgencia como ocurrió con el Vietcong en Vietnam, donde la estrategia de atraer el fuego aéreo estadounidense contra los poblados para atacarlos desde áreas cercanas generó serias fricciones entre la población y la guerrilla vietnamita. Algo similar sucedió tras los ataques de Israel contra comunidades de mayoría chií en el sur del Líbano en 1969 como represalia a los asaltos perpetrados por la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) y que llevó a estas mismas comunidades a pedir al gobierno de Beirut que expulsara a sus compatriotas árabes los palestinos.

insurgentes con decisiones políticas erróneas que agraven la situación denunciada estos. El Irak de la posguerra ofrece otra lección negativa. La triple decisión aplicada por Paul Bremer (y apoyada desde Washington) de disolver el gobierno interino iraquí, desbaazificar el régimen y disolver el ejército dio el impulso definitivo al nacimiento de la insurgencia en aquel país. En todos los casos, lo que es indudable, es que el Estado es dueño de su destino ya que por regla general, suele tener una ventaja comparativa (especialmente durante las etapas incipientes de la insurgencia) ya sea por el grado de implantación institucional o la posesión de instrumentos de control coercitivo. Lo que queremos decir con esto, es que si el gobierno pierde, mantiene o mejora su ventaja inicial con respecto a aquellos que tratan de asaltar el poder, dependerá en gran medida de cómo movilizan los recursos políticos y militares a su alcance, un tema, el de qué estrategias implementar para contrarrestar a las insurgencias, que ha dado lugar un extenso cuerpo sobre la literatura de la contrainsurgencia (COIN).

### **6.7.1. La Contrainsurgencia**

La COIN, es una de las formas más comunes de conflicto armado. Se trata de una estrategia (o conjunto de estrategias) fluida que se adapta y moldea de acuerdo a la insurgencia que trata de combatir. Ésta, consiste en una mezcla de operaciones ofensivas, defensivas y de estabilización que se conducen a través de múltiples líneas de operación, que requiere de unas fuerzas flexibles, adaptables y bien informadas y que demanda

un considerable esfuerzo en tiempo y recursos, al igual que la integración de todos los elementos del poder nacional (diplomacia, operaciones de información, inteligencia, financiación, ejército) para lograr el objetivo político dominante, que es el de establecer un gobierno nacional estable que pueda garantizar su seguridad contra amenazas internas y externas. Es en suma, una forma de guerra sumamente dinámica, descentralizada y tridimensional en la que los niveles estratégico, operativo y táctico de las operaciones son más interdependientes que en las típicas operaciones convencionales y donde no se puede lograr el estado final deseado sólo por medio de las capacidades militares. Existen multitud de definiciones de COIN, pero a diferencia de lo que ocurre con el concepto de insurgencia, la mayoría de ellas son técnicamente válidas y proporcionan una idea clara del concepto al que hace referencia<sup>87</sup>. Eso no evita, que su definición no haya estado exenta una serie de problemas y condicionantes. En primer lugar, el diseño de una estrategia de COIN está subordinada a las distintas características que pueda presentar el fenómeno insurgente (García, 2010:109-111). Como hemos señalado en varias ocasiones a lo largo de este trabajo, no hay dos insurgencias iguales, y como consecuencia lo mismo cabe decir de la COIN. Esta circunstancia obliga

---

<sup>87</sup> *Aquellas acciones militares, paramilitares, políticas, económicas, psicológicas o civiles llevadas a cabo por un gobierno para derrotar a la insurgencia* (Field Manual-Interim 3-07.22, 2004: VI).

*Conjunto de actividades políticas, diplomáticas, económicas, sociales y militares, de mantenimiento del orden, civiles y psicológicas necesarias para derrotar a una insurgencia* (Publicación Doctrinal Contrainsurgencia PD3-301, 2008: 2-1).

a que la mayoría de las definiciones de COIN sean generalistas y se muevan en un plano considerablemente abstracto.

En segundo lugar, la COIN, suele tener de entrada una carga peyorativa, ya que describe la teoría de la guerra contrarrevolucionaria desarrollada en la década de los sesenta en respuesta a las guerras de liberación nacional que tuvieron lugar en la segunda mitad del siglo XX.

En tercer lugar, evoca un enfoque del conflicto armado que tampoco resulta excesivamente atractivo en el ámbito militar y que está fuertemente condicionado por la cultura militar. Ésta (la cultura militar), se puede definir por su arraigo en creencias y actitudes dentro de una organización militar que opta y configura sus preferencias de organización conforme al cuándo y cómo se deben usar los instrumentos militares (Cassidy, 2004:74). A causa de estas creencias institucionales, a veces se tienden a valorar ciertos roles y marginar otros por lo que esta cultura puede impedir la innovación en una clase de guerra que queda fuera de los valores, núcleos o roles de la organización, y ésto, es básicamente lo que ha ocurrido durante la mayor parte del siglo XX con la cultura militar de los ejércitos que tradicionalmente se han enfrentado a movimientos insurgentes, y que han preferido abrazar el paradigma de la guerra convencional, evitando el de pequeñas guerras y el de la lucha contrainsurgente. Salvo contadas excepciones, los ejércitos en general, han considerado la contrainsurgencia como una “aberración”, una anomalía efímera, una distracción de las grandes operaciones de combate. Esta cultura militar condicionada por experiencias negativas (en especial la guerra de Vietnam), ha hecho que el estudio de este tipo

de conflictos se haya visto marginado hasta nuestros días<sup>88</sup>, y ha impedido la incorporación a la doctrina militar de una estrategia adecuada para afrontar los nuevos retos de la seguridad, relegando su importancia al estudio de las categorías de operaciones de estabilización y defensa interna en el exterior (Kilcullen, 2006: 1).

Las principales teorías que han dominado los estudios sobre contrainsurgencia se elaboraron tras la II Guerra Mundial, coincidiendo con los procesos de descolonización y el florecimiento de numerosos movimientos insurgentes. Éstas, tienen absoluta vigencia en nuestros días y son la cimentación de todas las construcciones posteriores que se han hecho sobre la materia<sup>89</sup>.

---

<sup>88</sup> De hecho, la Doctrina Weinberger (1984): se articuló en base a seis principios que trataban de asegurar que los Estados Unidos nunca volverían a verse involucrados en otro Vietnam y que los despliegues sólo tendrían lugar cuando estuvieran en juego intereses vitales para el país. Más tarde Powell (1994) rearticuló los elementos fundamentales de la Doctrina Weinberger, enfatizando la idea de fuerza: “debe ser abrumadora y desproporcionada a la fuerza empleada por el enemigo” (Montgomery, 2005: 4).

<sup>89</sup> Las teorías contemporáneas de la COIN, suponen en cualquier intento abordar rasgos asociados a la naturaleza de las insurgencias del siglo XXI: David Kilcullen en *Countering global insurgency*, argumenta que la guerra debe ser entendida como una insurgencia global, iniciada por distintas facciones islamistas radicales que persiguen revitalizar el papel del Islam y la alteración del orden mundial; Bruce Hoffman, en la línea de Kilcullen, señala en su artículo *Combating Al Qaeda and the Militant Islamic Threat*, que sería mucho más efectivo reconceptualizar las nuevas amenazas y circunscribirlas a los términos de una contrainsurgencia global. En este nuevo enfoque, deberían ser prioritarios los criterios políticos, económicos, diplomáticos y de desarrollo, y para ello, es imperativo elevarlos a la misma categoría del aspecto militar dominante para la consecución de una eficaz estrategia de COIN; Robert Cassidy en *Back to the street without Joy*, apunta que los retos securitarios de la actualidad presentan una serie de implicaciones para la doctrina. En particular, se centra en la necesidad de profundizar en la coordinación inter-agencias empeñados en los esfuerzos COIN, y en un cambio de mentalidad en la cultura militar; Thomas X. Hammes habla del fenómeno de la honda y la piedra en *The Sling and the Stone*, que se construye sobre el concepto de conflictos de cuarta generación. Usa este símil bíblico para

La teoría de *Hearts and Minds*, término acuñado por el mariscal de campo del ejército británico Gerald Templer durante la Insurgencia Malaya (1948-1960), se convirtió en el paradigma de COIN dominante durante la década de 1960. El foco principal de atención de las investigaciones se centraba entonces en los problemas de la modernización y del desarrollo económico. Se observó que las consecuencias negativas del desarrollo, que los países más avanzados habían experimentado en el transcurso de décadas e incluso siglos, emergían en países ahora descolonizados en el corto espacio de unos años. Estas condiciones económicas provocaron cambios de profundo calado en sociedades tradicionales que se tradujeron en la forma de nuevas presiones a los incipientes gobiernos que acababan de adquirir su independencia. En muchos de los casos, las instituciones de gobierno no fueron capaces de mantener el ritmo de las exigencias que comprendía

---

describir los conflictos de cuarta generación como el desarrollo de una forma de insurgencia de inspiración maoísta a cuyos seguidores les permite convertirse en el David de la honda y la piedra para derrotar al gigante Goliat ; Gil Merom en *How Democracies Lose Small Wars* señala como talón de Aquiles de las modernas democracias (y por ende el fracaso de muchas campañas contrainsurgentes) que se enfrentan a grupos insurgentes, la incapacidad de éstas de encontrar un equilibrio positivo entre la conveniencia y la tolerancia moral de los costes de la guerra ; David Martin Jones, en *What's wrong with terrorism studies?* considera que se requiere de un nuevo enfoque cognitivo para entender el carácter del islamismo radical, su relación con el mercado internacional y un mundo cada vez más interconectado, así como la capacidad de estos movimientos para explotar el lado oscuro del crecimiento de estas interconexiones y desestabilizar tanto a estados desarrollados como en vías de desarrollo ; Mackinlay en *Defeating Complex Insurgency* argumenta que la insurgencia es compleja por que el patrón de conexiones entre sus células es más importante que las células en sí mismas. Sostiene que esta moderna insurgencia global parece no tener centro de gravedad, no contar con líderes a nivel global, ni con una fuerte estructura organizacional o un único nexo ideológico, por lo que para combatirla, se requiere de una estrategia compleja y de una respuesta internacional que se asiente sobre el principio de coordinación de esfuerzos.

esos cambios, dando lugar a situaciones insalvables de desorden e inestabilidad. Estas circunstancias sirvieron de terreno abonado y permitió a muchas insurgencias adquirir una posición ventajosa en lo referente a ganar apoyos entre la población, debilitando y aislando progresivamente a sus respectivos gobiernos. Los problemas de la modernización y la necesidad de la insurgencia de contar con el apoyo de la población fueron los dos elementos que conformaron la estrategia COIN. La respuesta natural era restaurar la esperanza de la población y ganar el apoyo de ésta para el gobierno. Para ello, la COIN consistiría en garantizar la seguridad del proceso de depredación del gobierno y de las fuerzas insurgentes y reducir las consecuencias negativas del desarrollo mientras que se exaltaban los aspectos más positivos. Garantizar los derechos políticos, mejorar sus estándares de vida, y reducir la corrupción y los abusos por parte del gobierno eran claves por entonces en la teoría de COIN.

Por su relevancia, habría que añadir a la anterior, la *teoría del coste/beneficio*, desarrollada por el que fuera director del Departamento de Economía del *Think-Tank* RAND Corporation de 1967 a 1981. Charles Wolf, Jr., coincidiendo con el desarrollo de la Guerra de Vietnam se planteó y cuestionó la validez de uno de los preceptos centrales de la teoría de Templer. La tesis de Wolf gira en torno a la idea de que el apoyo popular no es necesario para la insurgencia en países más desarrollados (dentro del subdesarrollo). Ataca el argumento que sostiene la anterior teoría y que afirma que un incremento de los estándares de vida de la población a través del desarrollo reduce la capacidad de reproducción de la insurgencia. El desarrollo hace que

existan más recursos disponibles para la población y que los insurgentes pueden obtener de ellos a través de la persuasión, la coacción o una combinación de ambos. De manera paradójica, la estrategia diseñada para reducir el apoyo a la insurgencia, reduciría los costes de inversión de ésta. Con esto, Wolf no abogaba por suprimir el desarrollo, pero sí por establecer una relación *quid pro quo* entre la población y el gobierno, donde el primero, recibiría recursos del segundo, a cambio de cooperar con éste en sus esfuerzos por reducir la disponibilidad de la insurgencia de los mismos.

A continuación desglosamos una serie de principios generales de la contrainsurgencia, que lógicamente varían en función de los casos concretos, pero que constituyen el mínimo denominador común de las estrategias COIN contemporáneas:

1. *Primacía de los objetivos políticos sobre la derrota militar de la insurgencia.* No hay soluciones puramente militares al problema insurgente. Las acciones COIN deben tener como fin último fortalecer la legitimidad del Estado, promover la gobernanza y favorecer el bienestar y progreso de la población. Un obstáculo formidable en este sentido lo constituyen los elevados niveles de corrupción e ineptitud en las instituciones locales de algunos escenarios de contrainsurgencia. Los resultados de las misiones COIN requieren reformas políticas, económicas y sociales que acaben traducéndose en gobiernos legítimos, aceptados por la población.
2. *Formular una concepción común del problema insurgente.* Por su propia naturaleza la estrategia COIN es sumamente compleja y

requiere una implementación coordinada y coherente. Es precisa la acción concertada de los actores estatales y no estatales que participan en ella: administración civil, policía, servicios de inteligencia, agencias humanitarias internacionales, ONGs, fuerzas militares de distintos países, etc. Como sostiene un informe de la RAND Corporation que resume cincuenta años de investigación en este ámbito, la guerra decidida en comité no tiene sentido en los conflictos de alta intensidad pero es indispensable en las misiones COIN (Long, 2006: 58). Las acciones COIN necesitan de un enfoque multidimensional que combine soluciones económicas, políticas y securitarias, ya que las acciones inconexas pueden anularse mutuamente y abrir ventanas de oportunidad a la insurgencia. Según un oficial británico destinado en Irak, los norteamericanos carecían de dicho plan al comienzo de su lucha contra la insurgencia en el país, de modo que fueron incapaces de vincular los éxitos tácticos a un objetivo estratégico (Chin, 2007). Según David Kilcullen (2006: 4), la unidad de esfuerzo no se consigue mediante un mando único y un control jerárquico, sino a través de un diagnóstico compartido, de estructuras que permitan la colaboración y el intercambio de información. Cada uno de los actores que participa en la estrategia contrainsurgente debe entender las fortalezas, vulnerabilidades, capacidades y objetivos de los otros. Los equipos interagencias han de poseer una estructura flexible (que les permita realizar una amplia variedad de tareas) y ágil (para transitar de una misión a otra de manera rápida y adecuada).

3. *Compromiso prolongado.* La lucha contra la insurgencia requiere tiempo y una estrategia a largo plazo, aceptando la necesidad de dividir

los objetivos en fases escalonadas. Se ha de evitar la tentación de querer cubrir todos los frentes a la vez, pues los efectos podrían ser contraproducentes (por ejemplo, en Afganistán, iniciar campañas de erradicación del opio sin ofrecer alternativas viables a la población que vivía de esos cultivos). La literatura militar norteamericana cifra en al menos una década el tiempo necesario para vencer en COIN (Metz y Millen, 2004; Peters, 2006).

4. *Crear un entorno de seguridad.* La seguridad es la primera demanda de la población y una condición esencial para que germinen los esfuerzos políticos, económicos y sociales. Pero para alcanzarla es preciso utilizar medios que no enajenen el apoyo social.

5. *Disponer de inteligencia de alta calidad.* La inteligencia es imprescindible para construir una estrategia COIN coherente y para combatir a un enemigo que se mezcla con la población. Las fuentes de obtención de inteligencia que se basan en la tecnología pueden resultar muy útiles y actuar como un multiplicador de la fuerza. Pero más necesaria aún es la inteligencia procedente de fuentes humanas (HUMINT) para conocer la composición, actividades, recursos, fortalezas y vulnerabilidades de los insurgentes. También se requiere de inteligencia cultural en forma de datos sociológicos y antropológicos que permita comprender en profundidad el contexto de las operaciones: por ejemplo, valores y tradiciones culturales (*cultural awareness*), dinámicas sociales locales y estructuras de poder informales. De lo contrario determinadas medidas pueden colisionar con los progresos obtenidos si se aliena a la población como consecuencia de la insensibilidad cultural. Sin buena inteligencia las fuerzas contrainsurgentes se asemejan a un

boxeador cegado que lanza golpes a un enemigo invisible, pero si disponen de ella son como un cirujano capaz de extirpar un cáncer, manteniendo intactos los órganos vitales (Cohen, Crane, Horvath & Nagl, 2006: 50).

6. *Aprender y adaptarse.* Las fuerzas COIN han de desarrollar un continuo proceso de aprendizaje, donde cada unidad pueda hacer observaciones, extraer lecciones, aplicarlas y valorar sus resultados, compartiéndolas con el resto de la organización militar. La adaptación requiere la descentralización de las operaciones –respetando la coherencia estratégica y las líneas de acción maestras– con el fin de que los jefes militares puedan responder de forma adecuada a las especificidades locales de los insurgentes.

Como se puede comprobar, la COIN es una estrategia compleja, que entraña algunas aparentes paradojas (Cohen, Crane, Horvath & Nagl, 2006: 52-53):

1. *Cuanto más proteges a tus fuerzas, menos seguro te encuentras.* Los contrainsurgentes obtienen la victoria protegiendo a la sociedad, no a sí mismos. Las fuerzas empleadas en COIN, deben compartir los peligros que acechan a la población y mantener una comunicación lo más fluida posible con ella. Las patrullas y los pequeños destacamentos próximos o basados en poblaciones comportan riesgos evidentes para las tropas, pero son esenciales para aumentar las probabilidades del éxito de la estrategia.

2. *Cuanta más fuerza utilizas, menos eficaz eres*, ya que se incrementan las probabilidades de error y de víctimas inocentes, lo que beneficia a la propaganda de la insurgencia.

3. *En ocasiones, no hacer nada es la mejor respuesta*. A menudo los insurgentes realizan atentados terroristas o golpes de mano con el fin provocar la sobre-reacción. En esos casos es importante examinar con calma las diferentes alternativas y las consecuencias que conllevan.

4. *La mejor arma de la contrainsurgencia no dispara balas*. La contrainsurgencia se gana proporcionando apoyo popular y legitimidad al gobierno autóctono, no matando insurgentes.

5. *A veces es mejor que los autóctonos lo hagan regular a que los extranjeros lo hagan bien*. El éxito de la contrainsurgencia requiere la viabilidad y reconocimiento popular de las instituciones locales.

6. *Si una táctica funciona esta semana, no lo hará la próxima*. Si marcha bien en esta provincia no tiene por qué hacerlo en la otra. La insurgencia, además de estar compuesta por un mosaico de actores, suele aprender rápido y aplicar contramedidas con rapidez. Los contrainsurgentes deben evitar la complacencia y adaptarse con la misma o mayor celeridad que sus adversarios.

La doctrina COIN debe ante todo evitar la tentación de imponer unas reglas de juego uniformadas y limitadas para una forma de conflicto sumamente compleja en el que cada insurgencia tiene cualidades únicas. En palabras de Peters (2006:36), *Las insurgencias son tan diferentes las unas de las otras, que la peor de las cosas que le puede suceder a un ejército es que los logros en éxitos recientes acaben convirtiéndose en*

*un plantilla de operaciones.* Aún así, y teniendo en cuenta las dificultades que entraña el establecer una estrategia que controlen los distintos ambientes en los que se desarrollan las insurgencias, se pueden generar modelos mentales que gocen de una cierta abstracción y simplicidad y que permitan al entramado que implican los esfuerzos de la contrainsurgencia, cooperar, crear entornos favorables y formas básicas de improvisación. El Modelo de Diamante de Gordon McCormick, por ejemplo (llevado a la práctica por los Estados Unidos durante la *Enduring Freedom-Philippines (OEF-P)*, para contrarrestar a la franquicia de Al Qaeda Abu Sayyaf en la isla Filipina de Basilán en 2002), es una perfecta síntesis de lecciones aprendidas de exitosas campañas contrainsurgentes como las llevadas a cabo durante la Insurrección Filipina (1899-1902), la Insurgencia Malaya (1948-1960) o la Rebelión Hukbalahnap (1946-54), y con el que se trata de resolver uno de los problemas recurrentes en COIN, como es el mantener una presencia activa pero de “baja visibilidad”. Otro modelo que resulta atractivo por su sencillez es el desarrollado por David Kilcullen, que recoge los planteamientos de la clásica doctrina de COIN, pero incorpora prácticas y experiencias exitosas extraídas de operaciones de *peacekeeping* y *peaceenforcement*.

El primero surge de la necesidad de la formulación de estrategias que permitan mantener una presencia activa pero a la vez de baja visibilidad y aceptable tanto para las audiencias internacionales como para la población de la nación anfitriona. A este requerimiento, hay que sumarle el aumento de una conflictividad disgregada en múltiples escenarios que demanda cada vez más de la presencia e intervención de la Comunidad

Internacional, sumados al imperativo estratégico de propiciar gobiernos legítimos no dependientes del exterior. En estos casos, el uso de las herramientas del enfoque indirecto se ha mostrado además de eficaz, rentable políticamente para los decisores políticos. Esta estrategia resulta atractiva allí donde una presencia militar extranjera duradera en el tiempo puede minar la legitimidad del gobierno de la nación anfitriona y servir para concentrar elementos extremistas de la oposición.

McCormick plantea un modelo que trata de contrarrestar los aspectos asimétricos del conflicto y eliminar la ventaja comparativa de la insurgencia a través del reconocimiento de las fortalezas y debilidades de los distintos actores involucrados. Establece un marco de interacción entre el gobierno de la nación, la insurgencia, la población local y los actores internacionales involucrados en el conflicto, en el que la observancia de los principios del modelo tiene una correlación directa con el éxito o fracaso de las partes. Los principios del modelo son los siguientes: considerar el apoyo popular como el centro de gravedad; aumentar el control y la legitimidad del gobierno; concentrarse en las necesidades y seguridad de la población; localizar los lugares seguros, infraestructuras y apoyos de la insurgencia ; compartir inteligencia; desarrollar las capacidades de los cuerpos de seguridad locales.

Del otro lado, David Kilcullen, en *Three Pillars of Counterinsurgency*, plantea un modelo que trata de describir el ecosistema del conflicto que caracteriza el ambiente de las operaciones de COIN del siglo XXI y propone un marco tentativo holístico, que abarca a todas las instituciones de gobierno. El autor argumenta que no se puede dominar aquello que no se controla, por lo que más que

establecer una unidad de mando entre agencias o entre gobiernos y actores no estatales sostiene, que sería más efectivo, crear una unidad de esfuerzos. Esta unidad dependería de un diagnóstico compartido del problema, plataformas de colaboración e información compartida. Los actores implicados deben saber cuál es la fuerza del otro, debilidades, capacidades, objetivos y los equipos interagenciales, estar estructurados atendiendo a criterios de versatilidad y agilidad. La base del modelo la conforma la información, seguida de tres pilares (seguridad, política y economía) y un “techo” que es el control.

La información, debe ser la base de todas las otras actividades, ya que la percepción es crucial a la hora de desarrollar un control e influencia sobre la población. Las medidas económicas, securitarias y políticas son críticas, pero para ser efectivas, deben descansar y estar integradas en una mayor estrategia de información. Cada acción en COIN envía un mensaje y el propósito de la campaña de información es unificar y consolidar ese mensaje. Es muy probable que no todos los actores colaboren en estos esfuerzos pero hasta que la base del modelo no esté desarrollada, los otros pilares de la COIN no serán efectivos. De igual modo, la campaña de información debe ser dirigida al nivel global, regional y local, ya que las modernas insurgencias se nutren de redes de simpatizantes, apoyo, financiación y reclutamiento en los tres niveles. Respecto a los tres pilares de la estrategia, éstos son de igual importancia, se deben desarrollar en paralelo y ser continuamente reevaluados en función de la eficacia y la legitimidad (en el sentido del grado en el que la población aceptaba que las acciones del gobierno responden a sus intereses y demandas).

El pilar de seguridad comprendería la seguridad militar, policial, seguridad humana y orientada a garantizar la seguridad de la población frente ataques o intimidación de la insurgencia, así como a la construcción de un marco de derechos humanos, instituciones civiles y protecciones individuales. Este pilar guarda especial relación con el ejército, pero la herramienta militar se debe aplicar a través de todo el modelo.

El político, se centraría en la movilización de los apoyos. Como los otros pilares, la legitimidad y la eficacia son las dimensiones sobre lo que éste se desarrolla y comprende los esfuerzos por movilizar a todos los actores en liza, extender la gobernanza y posteriormente el gobierno de la ley. Un elemento clave es la construcción de capacidades institucionales en todas las agencias de gobierno, así como los esfuerzos por la reintegración social (en particular, la adopción de medidas de desarme, desmovilización y reintegración - DDR) de combatientes. El pilar político es la principal arena de la diplomacia y de los esfuerzos de asistencia a la autoridad civil.

El económico, lo componen tanto medidas inmediatas humanitarias de mitigación, como programas a largo plazo de desarrollo asistencial y que comprendan las actividades agrícolas, industriales y comerciales.

Estos tres pilares son sobre los que se asienta el objetivo último de control. A través del logro de ese control, buscamos administrar el tempo de las actividades, el nivel de violencia y el grado de estabilidad en el ambiente. La intención no es reducir la violencia a cero o eliminar a todos y cada uno de los insurgentes, sino retornar todo el sistema a una cierta normalidad. En cada caso, se busca no sólo establecer un control,

sino consolidarlo y hacerlo extensible en el tiempo a través de la transferencia del mismo a unas instituciones legítimas, eficaces y permanentes.

Es posible que, tras examinar los principios de la contrainsurgencia, se hayan advertido algunas semejanzas existentes entre la COIN y las tareas de estabilización y reconstrucción posconflicto propias de las misiones de paz. Las similitudes entre unas y otras explican que países que –como España– han enviado tropas a Afganistán, desarrollen una misión en principio no bélica en el contexto de una estrategia de COIN. Al mismo tiempo, los puntos en común permiten que muchas experiencias aprendidas sean intercambiables entre un tipo y otro de misión. Se trata de las siguientes (Spear, 2008: 402-403):

1. En ellas las fuerzas militares dedican más atención, energía y recursos a actividades de apoyo a la estabilización y reconstrucción que a combatir.
2. Las dos tienen por objeto sostener y reforzar gobiernos débiles, y ambas se enfrentan al dilema y a las tensiones derivadas de que es mejor que las instituciones locales desarrollen su labor con menor eficacia y eficiencia que los actores y agencias extranjeras, a que el protagonismo sea acaparado por estos últimos. A la vez, en las dos categorías adquiere una gran relevancia la reforma del sector de la seguridad del país donde se opera.
3. Las dos requieren una importante conciencia cultural por parte de las tropas que actúan sobre el terreno.

4. Se coincide con diversidad de actores y agencias: ONGs, agencias internacionales de cooperación, gobiernos extranjeros y autoridades locales, compañías privadas de seguridad, empresas multinacionales, etc. Lo cual genera con frecuencia problemas de coordinación.

5. En ambos casos se trata de conseguir que los combatientes no fanatizados acepten las oportunidades económicas y de empleo que ofrecen los programas de desarme, desmovilización y reintegración.

## **CAPÍTULO 7. LAS VARIABLES Y EL ESTUDIO DE CASO**

### 7.1. La evolución de Al Qaeda en Irak

La llegada de elementos yihadistas al norte de Irak se remonta a los meses posteriores a la ofensiva aliada en Afganistán. Ese fue el caso del difunto Abu Musab al-Zarqawi que en 2002 se instaló en la zona controlada por los yihadistas kurdos de *Ansar al-Islam* (AAI), huyendo de la debacle de Afganistán y a la espera de la previsible intervención norteamericana en Irak (Bergen, 2006: 355). AAI fue fundado en septiembre de 2001 por el mulá Krekar, con el objetivo de transformar el Kurdistán iraquí en un estado islámico. El grupo estaba compuesto por aquel entonces por unos 700 miembros, muchos de los cuales habitaban en las regiones montañosas del norte de Irak, a lo largo de la frontera con Irán. AAI fue una de las facciones más castigadas tras las incursiones iniciales de las tropas de la Alianza en marzo de 2003. Sin embargo, su potencial operativo nunca se vio mermando por su especial vinculación con Al Qaeda que nutría de nuevos combatientes extranjeros a esta facción insurgente y en la que veía un aliado estratégico por su postura contra los partidos kurdos alineados con los Estados Unidos, sus vínculos con esferas del gobierno de Bagdad, y su pasado común (muchos de los combatientes de AAI, habían sido entrenados en campos de Afganistán bajo el control directo de Al Qaeda) (Kirdar, 2011:2).

Tras producirse la intervención militar anglo-americana en marzo de 2003, el flujo de voluntarios canalizados por redes yihadistas se incrementó exponencialmente y AAI comenzó a mutar paulatinamente, haciéndose menos kurda y más árabe y se fragmentó dando lugar a otra

serie de grupos, entre los que destacaba el liderado por Zarqawi<sup>90</sup>, el denominado *Tawhid wal Jihad* (compuesto mayoritariamente por jordanos, sirios y kurdos), un movimiento palestino sunita que tiene sus orígenes en Jordania, donde llevó a cabo una campaña en contra de la monarquía Hachemita a la que tildaba de “anti islámica” y que promovía y apoyaba la yihad de todos los creyentes en todo el mundo, en particular, la lucha contra el “judíos y los cruzados” liderada por Al Qaeda (Rabasa, et al, 2006: 138-143).

Los yihadistas extranjeros participaron desde el comienzo en la insurgencia iraquí. Aunque sólo representaban un porcentaje reducido en comparación con los elementos del antiguo partido Baas, acapararon gran parte de la atención por las acciones suicidas; los atentados con camiones o coches bombas contra objetivos concretos pero que provocaban matanzas de indiscriminadas de civiles, y los ataques simultáneos contra diferentes objetivos.

En agosto de 2003 el grupo de Zarqawi realizó dos atentados muy letales contra la embajada de Jordania en Bagdad y contra la sede de

---

<sup>90</sup> Al-Zarqawi tomó su nombre de guerra de su tierra natal, la ciudad de Zarqa, al noreste de Amán. En su juventud, fue encarcelado por posesión de drogas y asalto sexual. En algún momento de su carrera delictiva, al-Zarqawi bajo la influencia de predicadores radicales salafistas, renunció a las drogas y el alcohol. En 1989, dejó a su familia para luchar en Afganistán. Después de participar en la guerra de Afganistán, al-Zarqawi volvió a Jordania, donde dejó constancia de su antipatía por la monarquía jordana. En 1994, fue condenado a 15 años de trabajos forzados por pertenencia a una organización ilegal y posesión de armas. A su salida de la cárcel como parte de una amnistía después de la adhesión del rey Abdalá II, al-Zarqawi, reanudó sus actividades terroristas. Su implicación en el intento fallido de sabotaje de las celebraciones del milenio en Jordania en el año 2000, le obligó a buscar refugio en Pakistán desde donde partió a Irak en el año 2002 (Bruce, 2010).

Naciones Unidas que transmitieron al mundo una imagen insegura de la posguerra en Irak. Desde entonces, esa impresión se ha generalizado y extendido en la opinión pública internacional, a pesar de los avances conseguidos desde mediados de 2007. En 2004, Zarqawi consolidó su fama al protagonizar los espeluznantes secuestros y decapitaciones de extranjeros, filmadas en video y difundidas a través de internet, así como los ataques simultáneos a las sedes del Partido Democrático del Kurdistán y la Unión Patriótica del Kurdistán el 1 de febrero de 2004.

Durante los primeros meses y años, el grave deterioro que experimentó la situación en Irak alimentó las esperanzas yihadistas de derrotar definitivamente a Estados Unidos, quebrando su estatus de primera potencia mundial. Los radicales confiaban en repetir así la proeza del Afganistán de los ochenta que (a ojos de los radicales) había provocado el derrumbe de la antigua Unión Soviética. En octubre de 2004 Abu Musab al-Zarqawi juró fidelidad a Osama Bin Laden; a partir de entonces *Tawhid wal Jihad* cambió su nombre por el de Organización de Al Qaeda en la Tierra de los dos Ríos, más conocida como Al Qaeda en Irak. A la largo de 2004, la violencia y el caos convirtieron el país en una pesadilla para sus habitantes y para las fuerzas internacionales. La posibilidad de una retirada norteamericana, que sumiría definitivamente Irak en la guerra civil parecía real. Los yihadistas comenzaron a acariciar el sueño de establecer un califato en el territorio que controlaban. En una carta enviada por Zarkawi a Ayman al-Zawahiri en julio de 2005, este le describía su plan de crear un estado islámico, enfrentarse después a los

países vecinos y finalmente destruir a Israel (Globalsecurity, 2005)<sup>91</sup>.

Pero en poco tiempo las esperanzas se transformaron en oscuros presagios. A mediados de 2005 comenzó a parecer real un acuerdo entre los suníes (que constituían su principal base de apoyo dentro de Irak) y los norteamericanos. Los yihadistas extranjeros temieron que las elecciones democráticas de diciembre de ese año dieran lugar a una situación similar a la de los acuerdos de Dayton en Bosnia una década antes, una paz que estrangularía la yihad en Irak (Kohlmann, 2007:2). La situación que podría derivarse de dicho acuerdo representaba el peor escenario imaginable. Los musulmanes iraquíes (a quienes ellos habían venido a salvar de los americanos) acabarían rechazándoles. La participación de los suníes en las elecciones de diciembre de 2005, que fue sustancialmente mayor a la del referéndum constitucional de octubre de ese mismo año, demostró la voluntad de llegar a un acuerdo con la mayoría chií. Este hecho también puso en evidencia que AQI estaba perdiendo el apoyo de la población, un elemento imprescindible para cualquier grupo insurgente.

En enero de 2006, Al Qaeda en Irak intentó cambiar el curso de los acontecimientos anunciando la creación del Consejo de la Shura de los Mujaidines. Con ello trató de forjar, y liderar, una alianza entre las diversas facciones insurgentes suníes de carácter islámico. Sin embargo, resultó notorio desde el principio el verdadero propósito del Consejo y el

---

<sup>91</sup> Esta carta, se obtuvo en el transcurso de una de las incursiones de tropas del ejército de los Estados Unidos en Irak, y su contenido, se hizo público por la Oficina del Director de Inteligencia Nacional el 11 de octubre de 2005: [http://www.globalsecurity.org/security/library/report/2005/zawahiri-zarqawi-letter\\_9jul2005.htm](http://www.globalsecurity.org/security/library/report/2005/zawahiri-zarqawi-letter_9jul2005.htm)

deseo de control por parte de Al Qaeda. La iniciativa tuvo escaso éxito y no logró atraerse al principal grupo yihadista auténticamente iraquí, el Ejército Islámico de Irak (IAI, en sus siglas en inglés). La muerte de Abu Musab al-Zarkawi en junio de 2006 no alteró de manera decisiva el curso de los acontecimientos.

El IAI se formó en poco tiempo después de comenzar la insurgencia a mediados de 2003 (no se conoce la fecha exacta de su fundación). Es un grupo compuesto en su mayoría por iraquíes suníes. Se encuentra relativamente cercano en ideología a los Hermanos Musulmanes, la gran organización islamista fundada por Hassan al-Banna en Egipto en 1928 e inspiradora de Hamás. Desde sus inicios los Hermanos Musulmanes han promovido la yihad en defensa de la tierra del Islam y apoyado el envío de voluntarios a Palestina en la guerra de 1948, Yemen y Eritrea en los años sesenta y Afganistán en los ochenta. Tanto su líder actual, Mahdi Akef, como el jeque Yusuf al-Qardawi han declarado en numerosas ocasiones la legitimidad de la lucha contra los norteamericanos en Irak, incluso a través de atentados suicidas. La participación armada de Hermanos en Irak se ha venido produciendo más bien a través del grupo Hamás en Irak.

El discurso del IAI tenía un carácter marcadamente más nacionalista que el de AQI, aunque también utilizaba el lenguaje islámico para llamar a la resistencia contra la ocupación, y aunque no reconocía la legitimidad de la Constitución y exigía que ésta se inspirara en la *sharia*, al contrario que AQI, su aspiraciones no pasaban por la instauración de un califato islámico en Irak.

La propaganda del IAI expresaba en ocasiones su simpatía por los “hermanos” que combaten en Chechenia, Pakistán y Afganistán, pero entre las principales preocupaciones de la organización nunca se encontró el apoyo a la yihad global. El IAI no ha tenido nunca una agenda internacionalista. Sus objetivos fundamentales han consistido en poner fin a la presencia militar norteamericana y derrocar a un gobierno que consideran en manos de los chiíes. Por esa razón el IAI no se ha cerrado por completo a los intentos de reconstrucción institucional del país, e incluso ha mantenido negociaciones con las fuerzas norteamericanas que finalmente no han dado frutos. Su colaboración inicial con AQI obedeció al mero pragmatismo de enfrentarse a un enemigo común. El IAI ha realizado miles de ataques contra las fuerzas la coalición y contra los extranjeros civiles que las apoyan (traductores, contratistas de seguridad, consultores, etc), evitando matar a civiles iraquíes, en la medida de lo posible. Tiene preferencia por los ataques con cohetes y morteros, en lugar de los indiscriminados y sangrientos atentados suicidas de AQI, que al fin y a la postre, le acabaron restando apoyos entre las comunidad suní<sup>92</sup>.

En octubre de 2006 el Consejo de la Shura de los Mujaidines (en la práctica, Al Qaeda en Irak) lanzó una nueva tentativa mediante la creación del Estado Islámico de Irak (ISI, en sus siglas en inglés). El ISI se presentó a sí mismo como la estructura política que gobernaría las

---

<sup>92</sup> En tan sólo un mes (julio de 2007), se registraron 54 ataques suicidas en Irak, en contraste con los 76 llevados a cabo por los Tigres Tamiles (considerado el movimiento insurgente que más ha recurrido a esta práctica) en 14 años, desde 1987 a 2001. Según estimaciones del ejército de los Estados Unidos, desde el inicio de las hostilidades a octubre de 2007 se registraron 864 ataques suicidas en Irak que causaron la muerte a más de 10000 iraquíes, y de los que AQI- ISI fue responsable de al menos el 90%.

zonas parcial o totalmente controladas por la organización. Para ello se dotó de una estructura similar a un estado, con un emir de los creyentes (presidente del califato) y diez ministerios, encargados de los diferentes ámbitos de gobierno, incluido el de Agricultura y Pesca. Sin embargo, la iniciativa tampoco tuvo éxito, dejando nuevamente constancia de la incapacidad de AQI a la hora de entender la particularidad del país. En lugar de intentar coexistir con los diferentes grupos insurgentes iraquíes, los yihadistas extranjeros intentaron imponerse sobre ellos y sobre las diferentes tribus, algunas de ellas presentes en Irak desde antes de la era islámica (Bakier, 2007).

El emir del ISI decía llamarse Abu Omar al-Bagdadi, en un claro intento de mostrar el carácter “iraquí” del nuevo estado. El ministro de la guerra era el egipcio Abu Ayub al-Masri, sucesor de Zarqawi al frente de AQI<sup>93</sup>. En octubre de 2007, una operación norteamericana cerca de Sinjar (una localidad próxima a la frontera entre Irak y Siria) capturó una base de datos con setecientas fichas de voluntarios extranjeros llegados al país entre agosto de 2006 y agosto de 2007, periodo en el cual el Consejo de la Shura se transformó en el ISI y Al Qaeda en Irak desapareció supuestamente de escena. El análisis de la nacionalidad de los voluntarios revelaba que la mayoría procedían de Arabia Saudí (41%), seguidos de Libia (18.8%), Siria (8.2%), Yemen (8.1%), Argelia (7.2%) y Marruecos (6.1%), más una minoría proveniente de Túnez, Jordania y otros países (Felter y Fishman, 2008:3). Lo cual demuestra la elevada presencia de no iraquíes en las filas de Al Qaeda en Irak.

---

<sup>93</sup> Ambos fueron abatidos en una operación conjunta de las fuerzas iraquíes y los Estados Unidos en abril de 2010.

En diciembre de 2006 el ISI publicó en su web oficial un misterioso juramento de fidelidad firmado por el IAI que, sin embargo, fue rotundamente negado por ésta organización en abril de 2007<sup>94</sup>. El Ejército Islámico de Irak aprovechó además para arremeter contra Al Qaeda (evitando utilizar el término Estado Islámico de Irak para no otorgarle el más mínimo reconocimiento); aunque trató de combinar los mensajes acusatorios con otros de carácter conciliador. Por su parte, los militantes del recién creado ISI comenzaron a amenazar y a asesinar a musulmanes iraquíes que no aceptaban su autoridad, particularmente a líderes de otras facciones insurgentes y a autoridades religiosas, en algún caso, cercanas a Hermanos Musulmanes y al IAI.

El resultado de dicho enfrentamiento dio lugar a mediados de 2007 a otro escenario de pesadilla en la mente de los líderes de Al Qaeda en Irak: que los yihadistas extranjeros fueran considerados takfiríes, es decir, extremistas y asesinos de sus hermanos de religión. Se trata de una deriva que ya tuvo lugar en Argelia a mediados de la década de 1990 y que acabó con la extinción del Grupo Islámico Armado en aquel país.

En mayo de 2007 el IAI culminó su respuesta al ISI creando el Frente de la Reforma y la Yihad. El IAI tuvo mayor éxito que Al Qaeda al crear un paraguas federativo bajo su ámbito de influencia. En agosto de ese mismo año logró que dos organizaciones de renombre dentro de la insurgencia, además de otras facciones menores, se unieran al Frente: El Ejército de los Mujaidines y el Ejército de los Conquistadores. En ambos

---

<sup>94</sup> Véase

[http://www.ctc.usma.edu/wp-content/uploads/2011/07/CTC-AllegiancetoISI\\_Trans.pdf](http://www.ctc.usma.edu/wp-content/uploads/2011/07/CTC-AllegiancetoISI_Trans.pdf)  
[Accedido en abril de 2012]

casos se trata de grupos de mayoría iraquí y suní que tienen un amplio currículo de enfrentamientos contra las tropas de la coalición.

La rivalidad entre el IAI y el ISI ha incrementado la polarización de la insurgencia suní de inspiración islamista y ha perjudicado al prestigio de los insurgentes en su conjunto al transmitir una patente imagen de división. La creación del Frente por parte del IAI tuvo el efecto inesperado de acercar al ISI dos grupos con cierto peso: el Ejército de *Ansar al-Sunnah* y la Unión de la *Yihad* en Irak. El primero de ellos está formado por antiguos militantes kurdos y árabes de *Ansar al-Islam* y es una de las pocas facciones insurgentes de Irak que declaró públicamente su apoyo a Osama Bin Laden. Ha sido también responsable de matanzas de civiles y de atentados suicidas.

En los últimos años, hemos asistido a una mayor definición de las fronteras entre organizaciones yihadistas en Irak y de un recrudecimiento de la lucha armada entre las distintas facciones de la insurgencia suní, yihadistas o simplemente nacionalistas, lo cual ha complicado seriamente la situación de Al Qaeda en el país. La lucha no sólo ha afectado a la provincia de Anbar sino que se ha extendido también a Bagdad. Desde un comienzo el ISI intentó aplicar su visión radical de la *sharia* y trató de recaudar contribuciones económicas mediante amenazas, secuestros, torturas y asesinatos. La población local, que en algunos casos, les dio la bienvenida como una forma de protegerse de las milicias chiíes, ha acabado abominándoles. Los yihadistas procedentes de Arabia Saudí han sido particularmente intransigentes al tratar de prohibir la música, las antenas parabólicas e imponer el velo a las mujeres en las zonas que Al Qaeda llegó a controlar.

Al mismo tiempo los militantes del ISI han perseguido y asesinado a los miembros de las tribus suníes que han aceptado contratos del gobierno o se han enrolado en las fuerzas de seguridad. Con ese tipo de medidas se están distanciando definitivamente de los iraquíes. En lugar de proporcionar seguridad a la población, las acciones del ISI la están disminuyendo y, a causa de su creciente debilidad, los yihadistas de Al Qaeda son cada vez menos capaces de proteger a sus seguidores. En diciembre de 2007 el ISI recibió el respaldo de Ayman al- Zawahiri, número dos de Al Qaeda, que animó a los iraquíes a unirse al Estado Islámico de Irak; pero esto sólo reforzó la imagen de injerencia extranjera. En ese mismo mes el misterioso Abu Omar al-Bagdadi afirmó que su organización era mayoritariamente iraquí y que sólo contaba con doscientos voluntarios extranjeros en un intento desesperado de mejorar su imagen que choca frontalmente con la realidad.

En septiembre de 2006 se creó el Consejo para la Salvación de al-Anbar, también conocido el “Despertar de al-Anbar o Despertar suní”, una coalición de tribus suníes que se aliaron con las fuerzas norteamericanas para combatir a Al Qaeda en dicha provincia. Los primeros pasos se dieron en el verano de 2005 cuando la tribu de los Abu Mahals, en la frontera de Irak con Siria, se vio desplazada por otra tribu suní, apoyada por Al Qaeda en Irak, y pidió ayuda a los norteamericanos, que aceptaron proporcionársela. En Anbar, los suníes se estaban viendo aprisionados en su lucha simultánea contra Al Qaeda en Irak y las fuerzas norteamericanas. Los yihadistas de Al Qaeda estaban llevando a cabo matanzas indiscriminadas de civiles suníes, de

imanes que habían criticado a los yihadistas, y de jefes tribales. En algunos casos los yihadistas escondieron los cuerpos de sus víctimas o les colocaban trampas explosivas para que no pudieran ser enterradas según la costumbre musulmana. Esas acciones los deslegitimaron aún más, pues van contra los principios básicos del islam y representan una amenaza clara para todos los que no piensen o colaboren directamente con ellos. Una vez que empezó la lucha, el movimiento del Despertar lo tuvo fácil en su cacería contra los yihadistas, ya que hasta poco antes de estallar las hostilidades internas, Al Qaeda actuaba de manera abierta en esas zonas tribales. Pero ese conocimiento cercano también jugó en contra del Despertar suní, y en septiembre de 2007 un suicida de Al Qaeda asesinó al jeque Adbul-Sattar Abu Risha, líder del movimiento, lo cual, exacerbó todavía más el odio contra los yihadistas extranjeros, circunstancia que agravó la escalada del conflicto. A día de hoy existen elementos del Despertar suní en prácticamente todas las localidades y provincias donde opera Al Qaeda (Jordán, 2011: 22-27).

La sucesión de estos acontecimientos junto a la capacidad y respuesta del adversario, son elementos acabaron por estrangular a esta facción insurgente del escenario iraquí.

La respuesta combinada del gobierno iraquí y las medidas adoptadas por los Estados Unidos a comienzos de 2007 permitieron aumentar progresivamente la presencia en zonas (especialmente de Bagdad) que hasta entonces, escapaban al control del ejército norteamericano y del gobierno iraquí. Al mismo tiempo el envío de decenas de miles de nuevos soldados trasmitió un mensaje de continuidad en un momento en el que se veía inevitable y cercana la retirada estadounidense. Pero la

medida norteamericana que posiblemente tuvo una repercusión más favorable en el acoso a los yihadistas ha consistido en el apoyo económico y militar a las milicias de Despertar suní en su lucha contra Al Qaeda, a las que se les ha suministrado armas, munición, dinero, combustible y otras provisiones a través de unidades del Ejército iraquí. De este modo los suníes pudieron reforzar sus propias milicias que, además de cooperar con los norteamericanos en la lucha contra los yihadistas, les permitía defenderse de las milicias chiíes, especialmente del Ejército del Mahdi, supuestamente apoyado por Irán, y uno de los principales protagonistas de violencia sectaria en el país. Los norteamericanos eran conscientes de que se trataba de un ‘pacto con el diablo’ y de que podían perder con facilidad el control sobre las milicias del Despertar. El General Petraeus accedió con reservas a que los mandos estadounidenses negociasen con las milicias suníes en sus zonas respectivas. Pero lo cierto es que Al Qaeda está pagando un precio muy elevado como consecuencia de este acuerdo. También es tangible la reducción de los ataques y del número de muertos en la población civil iraquí y entre los militares norteamericanos.

Actualmente se están llevando a cabo proyectos de reconstrucción y de mejora social mediante la construcción de escuelas, dispensarios médicos y sistemas de distribución de agua, en áreas que apenas hace unos años estaban vedadas a las fuerzas de Estados Unidos.

## 7.2. La respuesta y capacidades de la autoridad

El primer año de la ocupación se vio afectado por una serie de errores a todos los niveles que condicionaron el posterior desarrollo del conflicto. La planificación inicial, se sustentaba en una serie de supuestos equívocos, sumados a la omisión del contexto más general del conflicto: el recuerdo en el imaginario colectivo del periodo de colonización europeo y las conexiones entre la escena política regional y el paisaje político de Irak; la percepción del mundo musulmán hacia la política exterior de los Estados Unidos y su relación con Israel; la de población local, que consideraba como ilegítima la intervención de las fuerzas de la Coalición; la falta de evidencias que sirvieron como argumento para el inicio de las hostilidades fundamentadas en las conexiones entre el régimen de Sadam y Al Qaeda y la inexistencia de laboratorios en donde supuestamente se estaban desarrollando armas nucleares, químicas y biológicas<sup>95</sup>. Esta radiografía y diagnóstico erróneo, fue lo que permitió en un primer momento la proliferación de la insurgencia. Las fuerzas de la Coalición estimaron que al derrocamiento de Sadam le sucedería un periodo de estabilidad que facilitaría la fase de reconstrucción. Se suponía que los cuerpos de seguridad iraquíes estarían en condiciones de garantizar unos estándares de ley y orden, que

---

<sup>95</sup> Tras la caída del régimen en abril de 2003, la administración Bush designó una comisión compuesta por miembros del Pentano y la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos, el *Iraq Survey Group* (ISG, en sus siglas en inglés) que tenía como objetivo buscar evidencias de la existencia de reservas de armas de destrucción masiva. En septiembre de 2004, El ISG hizo público el informe Duelfer, en el que señalaba que no habían encontrado ningún arsenal de armas de destrucción masiva, pero que sin embargo, había pruebas de que el régimen mantenía viva la intención de dotarse o desarrollar un programa en el futuro.

agilizarían la retirada de las tropas de la Coalición. Consideraron a su vez, que serían recibidos como libertadores tal y como manifestó el vicepresidente Cheney tres días antes de la invasión y poco después el general Tommy Franks, convencido de que los iraquíes se sumarían al combate (Bensahel, 2006:279). Que los ministerios serían reemplazados y asumidos por tecnócratas y que su funcionamiento, fruto de la inercia del férreo control impuesto por el régimen del partido único Baas, daría continuidad y aseguraría el mantenimiento efectivo de las estructuras del Estado. La situación de aislamiento, a la que sometieron desde el inicio a la población suní en el proceso de estabilización y pacificación, unido al temor del dominio de las comunidades kurda y chií generó un ambiente de hostilidad que agravó la situación securitaria, pero que se interpretó sin embargo, como los últimos remanentes del antiguo régimen, dando lugar a un periodo de relajación inicial, una lectura equivocada que concedió a la insurgencia tiempo y espacio suficiente para conformarse como tal.

Una vez reconocida la aparición de una insurgencia incipiente, la estrategia adoptada por las fuerzas de la Coalición así como los medios aplicados para sofocarla, resultaron realmente defectuosos. Se inclinaron por el desarrollo de operaciones ofensivas dirigidas a la destrucción de la insurgencia como clave para el éxito, en vez de tratar ganar el apoyo y la confianza de la población local y establecer una línea divisoria entre la insurgencia y los elementos potenciales de apoyo a ésta última. La preferencia por este tipo de acciones en los niveles táctico y operacional, en ocasiones brutales (un reflejo de la cultura organizacional y valores de la institución militar americana), se tradujeron en un incremento de la

resistencia que no hizo sino alimentar y favorecer la expansión y desarrollo de la insurgencia. Los métodos utilizados para recabar información sobre ésta fueron cuando menos contraproducentes. Se llevaron a cabo operaciones indiscriminadas de acordonamiento y redadas que llevaron a la detención a miles de iraquíes (Según el general Sánchez, se estima que sólo en los primeros 18 meses de ocupación entre 30 mil y 40 mil iraquíes pasaron por los centros de detención del ejército). Según Cruz Roja, hubo oficiales que admitieron que entre el 70% y el 90% de esos prisioneros fueron detenidos por error. No se montó ningún dispositivo para atender a los detenidos, sometiendo a la población reclusa a un trato vejatorio y humillante. El 70% de las incursiones que se efectuaron en hogares no ofrecía ningún tipo de información valiosa. La obsesión del ejército de los Estados Unidos por concentrarse en operaciones ofensivas para neutralizar a la insurgencia suponía un alto coste que restaba capacidad para proveer seguridad a la población iraquí, mermando otros elementos esenciales de la estrategia, como terminar de consolidar el control sobre aquellas áreas del país donde gozaban de una mayor aceptación entre la población (Warren, 2007:4).

A nivel estratégico, los requerimientos de la fase IV (la que sucedió a las grandes operaciones de combate y ocupación de Irak) de la Operación *Iraqi Freedom* (OIF), se vieron afectados por el carácter hierático de la estructura organizativa del ejército de los Estados Unidos, unido a un exceso de optimismo y confianza en las altas instancias de decisión que se revelaron cuando menos, inconsistentes para hacer frente a la estabilización del país. Ni el Mando Central de los Estados Unidos

(USCENTCOM, en sus siglas en inglés) ni la Agencia para la Reconstrucción de Ayuda Humanitaria (ORHA, en sus siglas en inglés), recibieron una directiva política definitiva sobre cuál era el rol que debía ejercer el ejército tras el derrocamiento de Sadam (*Council of Foreign Relations*, 2004: 15).

A nivel operacional la falta de acuerdo, de coordinación entre los distintos ejércitos en cuanto al uso e intensificación de la fuerza era una constante. La reticencia al cambio, el requerimiento de adaptabilidad a un tipo de conflicto donde no tenían cabida las típicas operaciones convencionales de combate, dificultó la implementación de usos alternativos a la fuerza. Tropas mal organizadas y equipadas para asumir tareas de estabilización y pacificación y peor adoctrinadas, ajenas a la importancia que suponía influir sobre la población local a través de una apropiada interacción, y que recurrían de manera instintiva a los medios tecnológicos como forma de aumentar la protección de la fuerza y solventar problemas, acabaron por distanciarlas de la población local.

A nivel táctico, la sobre-dependencia de la potencia de fuego provocó bajas entre la población civil, acciones que generaban la percepción de que la vida del personal de los ejércitos, era más importante que la de los civiles iraquíes a los que supuestamente estaban protegiendo (Metz, 2007).

Agosto de 2003 marcó un punto de inflexión en el cambio de estrategia de la insurgencia iraquí. Por primera vez se atacaban objetivos civiles con un doble objetivo. Se pretendía por un lado, poner de relieve la incapacidad de los Estados Unidos de garantizar la seguridad de la población y del otro, disuadir a la comunidad internacional en general y

a aquellos países en particular que por entonces contemplaban la posibilidad de sumarse al conflicto. Estos ataques pusieron igualmente de manifiesto la lógica tradicional del terrorismo. Incrementar el número de ataques y hacerlos extensibles en el tiempo a fin de generar una situación constante de peligro.

El primer año de la insurgencia se caracterizó por la existencia de muchos grupos que competían entre sí por relevancia, reconocimiento, reclutamiento y apoyo financiero. En un proceso de selección natural los más reducidos y menos eficaces fueron progresivamente desapareciendo o absorbidos por otros. De manera gradual, las distintas facciones se concentraron en cuatro grandes estrategias: causar un goteo permanente de bajas entre las filas del ejército ocupante en orden a minar su voluntad ; acciones sistemáticas de sabotaje que impidieran el retorno a la normalidad ; ataques dirigidos a aquellos iraquíes que apoyaban el nuevo orden político instaurado desde el exterior y frenar así todo posible incremento de la población afín a los ocupantes; y mantener la iniciativa psicológica a través de grandes atentados y demostraciones de fuerza. Los excesos de los efectos cinéticos de los Estados Unidos, que en esencia se basaban en una abrumadora potencia de fuego, en demasiadas operaciones ofensivas y en el compromiso de aniquilación del enemigo, lejos de apaciguar el país, exacerbaron la crisis interna (Aylwin-Foster, 2005: 8). La estimación de bajas civiles durante los primeros 18 meses desde el comienzo de la ocupación en marzo de 2003 alcanzaba las 15 mil víctimas, y el 75% de éstas, fueron causadas por las acciones directas del ejército de los Estados Unidos. Otro tipo de acciones que como en experiencias pasadas en escenarios como los de Bosnia y

Kosovo, se esperaban fuesen positivas, tuvieron el efecto contrario. Las tropas del ejército de los Estados Unidos pensaron que si mantenían una presencia activa patrullando las ciudades tanto a pie como en vehículos, conseguirían generar entre la población una atmósfera de seguridad, haciéndoles ver que estaban allí para ayudar a las autoridades civiles a reconstruir las infraestructuras. Los americanos fracasaron a la hora de entender el contexto en el que estaban operando. Irak acababa de ser derrotado y la presencia de ese gran número de tropas en las calles generaba la impresión de que aquello era una ocupación que muchos iraquíes encontraban humillante.

Esta es la situación que se vivió en el verano de 2003, momento en el que la población se empieza a mostrar más hostil y a percibir a los Estados Unidos como una fuerza ocupante y no como un ejército libertador.

La complejidad de la situación llevó a la administración americana a la conclusión de que Irak iba a necesitar del tutelaje de los Estados Unidos por un largo periodo de tiempo, lo que le llevó a un reajuste en su planteamiento que incluía el despliegue de un número significativo de tropas, de planes de rotación de sus efectivos a largo plazo, la construcción de infraestructuras militares adecuadas a los requerimientos de la operación, así como la inclusión de policía militar y expertos en inteligencia. Por aquel entonces, el debate giraba en torno a la necesidad de transformar las fuerzas armadas en orden a atender las demandas de las nuevas misiones en curso e incrementar el número de tropas sobre el terreno. En respuesta a esta situación, el Departamento de Defensa de los Estados Unidos puso en marcha un plan de mejora de las capacidades

del ejército que se ajustase a las necesidades de una estrategia de COIN y que se concretó en tres propuestas: *Rebalancing*, un programa que trataba de asegurar que los soldados que iban a ser desplegados contaran con habilidades adecuadas al contexto de las operaciones; *Modularizing*, un nuevo método para adaptar las unidades a las misiones, que consistía en transformar las divisiones en brigadas, con el que se esperaba incrementar la fuerza de combate de sus activos en un 30%, así como dotarlas de una mayor flexibilidad y evitar la necesidad del incremento de fuerzas desplegadas; y el *Army Force Generation Model*, una nueva herramienta para coordinar la preparación y los ciclos de entrenamiento (Metz, 2007: 34-36).

Esta estrategia que trataba de aumentar las capacidades de las tropas se vio acompañada por la decisión del aumento de efectivos sobre el terreno y coincidió en el tiempo con el incremento y la sofisticación de los ataques de la insurgencia. A la evolución de la insurgencia iraquí, se sumó gradualmente la incorporación al conflicto de *yihadistas* extranjeros (momento en el que aparece AQI en escena). Aunque éstos suponían tan solo una mínima parte de la resistencia, su disposición a llevar a cabo ataques suicidas hizo que aumentara considerablemente la escala y sensación de peligro entre las filas del ejército de los Estados Unidos, así como el miedo entre la población iraquí. Esta situación, obligó al entonces comandante en jefe de las tropas de los Estados Unidos, el teniente general Ricardo Sánchez, a hacer frente a varios escenarios a la vez, y los esfuerzos invertidos en el intento por controlar y erradicar combatientes extranjeros, mermó significativamente el tiempo y recursos destinados a actividades como la reconstrucción.

La resistencia continuó mostrando su mejoría en cuanto a su capacidad táctica, al igual que el incremento de su actividad y extensión geográfica siendo especialmente importante su dinamismo en el norte de la ciudad de Mosul. De verano a otoño el número de ataques diarios pasó de ser de 10-15 a 20-35 (Filkins, 2003)<sup>96</sup>. Una vez más, pusieron de manifiesto su habilidad en el efectivo uso psicológico de la violencia. La insurgencia entendió que conseguiría infundir mucho más terror (y de camino publicidad) a través de la combinación de bajos niveles de violencia que hicieran que la vida diaria fuera peligrosa, intercalados con ataques esporádicos a gran escala. Los seres humanos pueden llegar a tolerar altos niveles de violencia si ésta es constante y esperada. Sin embargo, no es sencillo estar preparado para la incertidumbre que genera el no saber qué intensidad o alcance puede tener el siguiente ataque. Esta circunstancia genera una situación de ansiedad que acaba por minar la moral y la voluntad de aquellos que la soportan. Aquí, los efectos militares de las operaciones eran irrelevantes en comparación a los psicológicos, que pretendían mostrar la capacidad de la insurgencia de coordinar operaciones de cierta complejidad, diluyendo el alivio y los esfuerzos invertidos en el proceso de reconstrucción que podrían debilitar o mitigar la frustración y/o demandas de la población.

---

<sup>96</sup> Disponible en: <http://www.nytimes.com/2003/11/27/world/a-region-inflamed-northern-iraq-attacks-on-gi-s-in-mosul-rise-as-good-will-fades.html?pagewanted=all&src=pm> Accedido en [mayo de 2012]

La *Ramadan Offensive* (recibió ese nombre al hacerla coincidir con el mes sagrado del Ramadán) lanzada por la insurgencia a finales de octubre y principios de noviembre de 2003, fue igualmente significativa ya que mostró otro cambio o evolución en la resistencia por su nivel de coordinación y clara resolución. Esta ofensiva, trató de demostrar el valor y poder de la insurgencia, exponer las debilidades de la Coalición y galvanizar el apoyo de la población. A pesar de las bajas entre las filas de la resistencia, los beneficios psicológicos dieron su resultado y sirvió para que un gran número de iraquíes creyeran por primera vez que la insurgencia podía derrotar a los Estados Unidos. La respuesta por parte de las fuerzas de la Coalición fue nuevamente errónea. Ante el ataque, decidieron proteger la “fuerza”, algo que aunque a primera vista fuese positivo (para la moral de la tropa), sus efectos son contrarios a los deseados de una estrategia de COIN.

Al mismo tiempo, la administración Bush enfrentaba un nuevo problema. Las contrainsurgencias requieren de tiempo y raramente implican progresos demostrables y una rápida resolución. La naturaleza de la lucha contra la insurgencia iraquí requería de un respaldo por parte del Congreso y de la población americana que empezaba a erosionarse y que demandaba hechos que justificaran la permanencia en el país (Bremer, 2006: 24).

La captura a finales de 2003 de Sadam, supuso un alivio momentáneo hasta principios de 2004, fecha en la que los ataques volvieron a ser constantes con un incremento notable de su grado de sofisticación. El rol de AQI se vio reforzado, asumiendo un papel principal de liderazgo entre las comunidades suníes tras el estado generalizado desmoralizador

en el que cayeron los antiguos miembros del régimen de Sadam. Los combatientes extranjeros, empezaron a entrar a raudales en Irak (principalmente en la ciudad de Faluya, uno de los lugares más importantes para los suníes) creando una cooperación activa y alianzas con la población local.

Esta situación coincidió con una de las grandes rotaciones de las tropas de los Estados Unidos, que afectó al número total de efectivos desplegados con posterioridad. A pesar de esta circunstancia, las unidades desplegadas, estaban mejor entrenadas, organizadas y equipadas para los requerimientos de las operaciones de COIN y de estabilización que aquellas que reemplazaron, lo que permitió realizar los ajustes necesarios con una mayor rapidez. El programa para las unidades de reemplazo establecía una serie de contactos previos con las tropas que abandonaban el teatro de operaciones con el objetivo de compartir lecciones e información en tres áreas vitales: Procedimientos de COIN; Información específica sobre las áreas de operaciones, especialmente la concerniente a las facciones insurgentes de la zona; y cómo alcanzar los objetivos en este complejo sistema que requería de la coordinación con la Autoridad Provisional de la Coalición (CPA, en sus siglas en inglés), y el Consejo de Gobierno Iraquí (Shanker, 2003)<sup>97</sup>.

Sin embargo, este rápido aleccionamiento y los esfuerzos de adaptación, no obtuvieron los efectos deseados, principalmente porque esas reformas no conectaban los niveles estratégico, operacional y

---

<sup>97</sup> Disponible en: <http://www.nytimes.com/2003/11/26/world/army-says-troop-rotation-into-iraq-poses-increased-danger.html> [Accedido en mayo de 2012]

táctico. El General Sánchez no proveyó de una guía de operaciones o de una visión a sus mandos de división. Nunca se distribuyó un plan de campaña y cada uno de los mandos, tenía libertad para implementar su propio concepto de operaciones en su área de responsabilidad. El resultado, fue la incapacidad de conectar los éxitos tácticos de un modo que aseguraran la consecución del objetivo estratégico. Un oficial del ejército británico tras su llegada a Irak a principios de 2004 se quedó atónito al comprobar que los americanos no disponían de un plan de campaña en lo referente a cómo enfrentarse a la insurgencia. Lo más aporximado, *era un presentación en power point de 127 diapositivas, que se parecía más al horario de una línea de ferrocarril que a un plan de seguridad y estabilización* (Metz, 2007:24).

A los errores que se sucedieron en el primer año de conflicto, hay que sumar la ausencia absoluta de una verdadera estructura cívico-militar, que dificultó enormemente los esfuerzos de coordinación del desarrollo civil y militar en el marco de una campaña integrada, como consecuencia de la nefasta relación del por entonces director de la CPA Paul Bremer y el General Sánchez (Chandrasekaram, 2006).

En resumidas cuentas, esta primera fase se caracterizó por la adopción de una serie de medidas que tenían como objetivo fundamental desmantelar el antiguo régimen, la descentralización estatal y la promoción de un sistema económico liberal. El problema, es que éstas, no fueron acompañadas de una estrategia que mitigase los efectos del proceso de “des-Baatificación”, y en consecuencia, Irak se vio sumido en un vacío político y de poder. Anterior a la guerra, la ratio de fuerzas de seguridad con respecto a la población civil era de 34 por cada 1000

habitantes. Después de ésta, la relación descendió a menos de 3 por cada mil habitantes. Las capacidades de inteligencia se vieron de repente reducidas a cero. La ausencia de medidas que garantizaran la seguridad de la población, y la total desprotección de las fronteras, acabó por resquebrajar la soberanía del país. La CPA, logró dismantelar con bastante facilidad las estructuras del antiguo régimen, pero fue incapaz de crear otras nuevas que garantizaran la seguridad y abasteciese a la población de unos servicios mínimos. Esta ausencia total de gobierno, se sintió a lo ancho de todo el espectro político crispando incluso a aquellos que en sus inicios, apoyaron la supresión del antiguo régimen. Los planes para crear un nuevo ejército flaquearon y los intentos por construir unos gobiernos locales y provinciales elegidos libremente tropezaron con el incremento de la violencia. El país se vio rápidamente polarizado entre aquellos que de mala gana cooperaban con el proceso de transición liderado por los Estados Unidos y aquellos otros que estaban en contra. Mientras que la mayoría de la población se inclinaba más hacia una transición pacífica, los segmentos violentos de la población incrementaban sus acciones armadas. El apoyo público al proceso de transición, mostraba picos de subida y bajada en respuesta a los errores o aciertos de las fuerzas de la Coalición, como también a la popularidad o impopularidad de las acciones de las distintas facciones insurgentes. La transferencia de soberanía en 2004 fue el primer gran intento de corrección con la esperanza de desalentar a la oposición, debilitar el apoyo de la insurgencia y forjar un nuevo camino de futuro. Su principal objetivo fue la “iraquización” y legitimación del proceso. Quizás, el único cambio sólido fue el anteproyecto de la Ley

Administrativa de Transición (*Transitional Administrative Law*) que fue la base de las subsiguientes elecciones y del proceso de constitución escrita.

Para finales del invierno, principios de primavera de 2004, la influencia de AQI había crecido extraordinariamente entre la insurgencia y se movió hacia posiciones más extremas, centradas en el terrorismo. Los líderes de esta facción insurgente, apoyos por segmentos de población suní, empezaron a creer que los Estados Unidos se irían pronto dejándoles a ellos la segunda y decisiva parte de su lucha: la guerra contra los chiíes. Fue en este tiempo cuando se produjeron los ataques que tuvieron lugar durante la fiesta religiosa de la *Ashura*, el 2 de marzo de 2004, en las ciudades de Karbala y Bagdad y que les costó la vida a 270 personas. A pesar de la amenaza que los suníes suponían para la población chií, ésta no se mostró receptiva a acercar posturas ni a apoyar el proceso de transición a la democracia pretendido por los Estados Unidos. Muchos de ellos toleraban a regañadientes la presencia de los americanos, y otros, creían que con el apoyo de Irán sería suficiente para preservar su seguridad. Mientras tanto, los Estados Unidos seguían con sus tácticas y métodos. En menos de un año, la insurgencia había adquirido una forma clásica, la de una brutal contienda entre insurgentes y contrainsurgentes. El mes de abril de 2004, supuso un nuevo punto de inflexión. La violencia se extendió a nuevas áreas de Irak, incluidas zonas de Bagdad que gozaban de una cierta tranquilidad y al norte de la ciudad de Kirkuk. En el sur, las milicias chiíes bajo el control de Moqtada al Sadr lanzaron una ofensiva contra la Coalición tras la detención de unos de los lugartenientes del Ejército del Mahdí.

Fue la primera vez, que la insurgencia suní colaboró con las milicias chiíes, tras la sanguinaria toma de Faluya en abril de 2004. El temor a que tal ofensiva se tradujese en un alzamiento de ambos bandos hizo que Washington suspendiera el asalto a la ciudad con partes que aún estaban bajo el control de la insurgencia. En junio, el alzamiento de las milicias chiíes en el sur fue abatido. Sin embargo, la insurgencia en la ciudad de Faluya estableció un gobierno en las calles similar al de los Talibán en Afganistán. AQI controlaba barrios enteros, y Faluya sirvió de base para la guerrilla desde donde podían planear y lanzar ataques a lo largo del triangulo suní (Hashim, 2006: 42-44)<sup>98</sup>.

Política y psicológicamente Faluya fue una victoria para la insurgencia que generó una atmósfera entre el movimiento y sus seguidores de que la victoria era posible e incrementó la percepción de que una derrota de los Estados Unidos era una opción plausible. Estos acontecimientos renovaron las preocupaciones de los Estados Unidos y llegaron a la conclusión de que se iban a necesitar más efectivos de los que en un principio se habían previsto.

Con el proceso de retorno de la soberanía al gobierno iraquí próximo a junio de 2004, el ejército decidió conceder una mayor autonomía al país anfitrión y adoptar un enfoque estratégico indirecto. Las unidades del ejército se centraron entonces en tareas que comprendía la protección de oficiales iraquíes e infraestructuras, cediendo gradualmente el

---

98 El Triángulo Suní se refiere a una expresión utilizada para describir por los países occidentales a una zona geográfica en Irak situada al noroeste de Bagdad, en el área central del país. Los vértices del triángulo son Bagdad, Ramadi y Tikrit y en el interior del mismo quedan ciudades como Faluya y Samarra.

protagonismo a los cuerpos y fuerzas de seguridad del país en lo concerniente a la dirección de las operaciones de COIN. En este periodo, se crea la *Multinational Security Training Command-Iraq* (MNSTC-I), liderada por el general George Casey, que reemplazaba al General Sánchez, y que tenía como objetivo coordinar el desarrollo de las fuerzas de seguridad con el nuevo gobierno iraquí, y se llega a un acuerdo, por petición de los Estados Unidos, de que sea la OTAN, la que asuma la tarea de entrenamiento de las tropas iraquíes. Su misión giraba en torno a cuatro elementos: Instrucción a los oficiales del ejército iraquí por personal OTAN; Creación de instalaciones para el entrenamiento de oficiales; Entrenamiento de oficiales iraquíes en instalaciones OTAN; Donación de equipamientos a las fuerzas de seguridad iraquíes.

Mientras que la adopción de un enfoque que trate de reforzar la autoridad de la nación anfitriona y minimice la presencia extranjera es fundamental en una estrategia de COIN, los tiempos elegidos para hacerlo no fueron los más adecuados. Las nuevas fuerzas de seguridad iraquíes no estaban preparadas para reemplazar las unidades del ejército de los Estados Unidos, por un problema más de eficacia que del número o cantidad de efectivos. Muy pocas de las unidades estaban preparadas para ejercer ese rol o llevar a cabo acciones de manera totalmente independiente y autónoma. A su vez, éstas, no disponían de la ayuda necesaria en términos de logística, inteligencia y otras funciones. El papel de la OTAN en este caso fue más bien limitado y enfrentaba una serie de problemas. En primer lugar, la necesidad de alcanzar el consenso en todas las decisiones incapacitaba los esfuerzos por conseguir que la misión avanzara y hacia enormemente lentos los

procesos. Algunos de los ejércitos que conformaban la Coalición, operaban bajo condicionamientos nacionales que entorpecían los esfuerzos de los mandos por coordinar las actividades OTAN. Por último, problemas de financiación. Las contribuciones previstas para la creación de un centro de adiestramiento para la defensa en Irak fueron insuficientes, y a pesar de que el gobierno iraquí expresó su preferencia por que este adiestramiento de las fuerzas de seguridad se llevara a cabo en el propio país con el objetivo de generar una atmósfera de confianza entre la población, muchos de los oficiales fueron entrenados fuera del país. La adopción de estas medidas y la falta de capacidad del ejército y policía de la nación anfitriona, provocó que se dejara de ejercer presión y se perdiera la iniciativa en determinadas partes de Irak, especialmente en la provincia de Anbar, así como un aumento considerable de la violencia insurgente.

Los ataques contra civiles durante los preparativos del proceso de transición de la autoridad política de junio de 2004, ilustraron uno de los retos perennes a los que la insurgencia se enfrenta. Éstas, también tienen que modular y calibrar el grado y la forma en la que ejercen la violencia, con la pretensión de provocar una sobre reacción de la autoridad en el poder que aleje posturas entre el gobierno y la población, pero que no genere antipatías hacia la insurgencia. La ejecución de rehenes, los ataques suicidas perpetrados por AQI<sup>99</sup> durante las celebraciones

---

<sup>99</sup> Para el verano de 2004, la resistencia dejó casi por completo de recurrir a la práctica de la decapitación y posterior difusión, probablemente porque las reacciones en contra pesaban más que los beneficios que se obtenían. Sin embargo, continuaron con otras formas de terrorismo.

Zarqawi era tan despiadado en sus acciones, que Zawahiri, el número dos de Al Qaeda,

religiosas chiíes, generaron una amplia propaganda y publicidad de su causa, pero también aumentaron la hostilidad entre las distintas etnias del país.

La transferencia de poder en junio de 2004 no hizo que cesaran los ataques de la insurgencia. En otoño de ese mismo año, oficiales del ejército americano reconocían que la insurgencia estaba cerca de hacerse con el control de importantes áreas del centro de Irak, como las ciudades de Faluya, Ramadi, Samarra y Baqubah. Fue entonces cuando se advirtió de que la insurgencia podría estar desarrollando uno de los modelos o patrones clásicos de la insurgencia: primero zonas liberadas para después desarrollar una capacidad convencional. Esta situación, inaceptable tanto para los miembros de la Coalición como para el ejército iraquí, era especialmente preocupante en la ciudad de Faluya que pasó a convertirse en el epicentro de la resistencia.

En noviembre, los Estados Unidos, lanzaron una de las mayores ofensivas de toda la campaña (la segunda en importancia por su escala y la mejor planificada) para recuperar las áreas bajo control de la insurgencia. Expulsados ya de Faluya, la insurgencia se dedicó a lanzar ataques por todo Irak y especialmente en Mosul, ejecutando a miembros de policía Kurda y de las milicias chiíes. Unos ataques, que por su carácter sectario, resultaron ser contraproducentes para la propia insurgencia, generando fricciones en el seno de la resistencia y enfrentamientos directos entre iraquíes y aquella facción compuesta en

---

le envió una carta pidiéndole que suavizara sus acciones. La carta está disponible en inglés en:

[http://www.globalsecurity.org/security/library/report/2005/zawahiri-zarqawi-letter\\_9jul2005.htm](http://www.globalsecurity.org/security/library/report/2005/zawahiri-zarqawi-letter_9jul2005.htm) [Accedido en enero de 2012]

su mayoría por combatientes extranjeros, AQI.

En enero de 2005 los ataques contra la comunidad chií se tradujeron en una escalada e intensificación de la violencia sectaria. En este mismo mes, tuvieron lugar las primeras elecciones libres en Irak y para garantizar la seguridad del proceso, el USCENTCOM, realizó el mayor despliegue de tropas sobre Irak desde el inicio de la contienda, pasando de 17 a 20 brigadas.

Las elecciones fueron un duro golpe psicológico y político para la insurgencia. La población parecía haber cambiado su percepción de la insurgencia y la administración americana empezó a hablar del principio del fin de la resistencia. Sin embargo, ésta lanzó una nueva oleada de ataques (incluido un coche bomba en Al-Hillah, una ciudad en el centro de Irak a 100 km al sur de Bagdad y que le costó la vida a 125 personas) e intensificaron las operaciones en la provincia de Anbar (que comprende las ciudades de Ramadi, Faluya y Haditha entre otras). (Codersman, 2005: 6-8).

El efecto positivo o el cambio tras las elecciones se produjo en parte de la población iraquí, pero no en los jihadistas extranjeros que entonces asumían un rol esencial en la insurgencia. Mientras que las elecciones de 2005 pudieron convencer a aquellos segmentos de población indecisos a que acercaran posturas al gobierno, no se registraron señales de que el apoyo a la insurgencia hubiera disminuido, al menos a los niveles necesarios como para no poder mantenerse activa. La insurgencia no requiere que toda la población se movilice activamente a favor de su causa. Es suficiente el apoyo de una parte de la misma y de la pasividad del resto de la población. El hecho de que tras las elecciones muchos

árabes suníes no decidieran volver a unirse a la insurgencia no significaba que de manera automática apoyaran la iniciativa americana.

Las elecciones del 31 de enero de 2005 se pueden considerar el primer paso concreto hacia el restablecimiento de la legitimada de Irak, y la alta participación con cerca de 8,5 millones de votantes fue un golpe psicológico a la lógica la violencia. Sin embargo, los resultados obtenidos, no fueron todo lo positivos que se deseaba. La baja participación de la población suní y la sobre-representación de las comunidades kurda y chií, fortalecía las posiciones de los elementos más extremistas e islamistas de entre la comunidad árabe suní que rechazaba el proyecto, argumentando que la composición del reparto de poder deslegitimaba el proceso a la vez que reforzaba la opción de uso de la fuerza como respuesta a lo que ellos percibían y consideraban como una injusticia (Rogers, 2006: 101-110).

La primavera de 2005 y el recrudecimiento del conflicto volvieron a sembrar dudas sobre la estrategia planteada por el ejército de los EEUU. La falta de éxitos en la campaña dificultaba convencer al Congreso de la necesidad de un incremento de efectivos sobre el terreno. Las divergencias y desacuerdos con respecto a cómo se estaba gestionando la COIN, eran notables. A las acciones de “barrido” y limpieza de áreas donde tenía presencia la insurgencia, no les acompañaba una presencia militar posterior continuada en el tiempo, por lo que una vez abandono el escenario, se remitía a la situación inicial. De hecho, a finales de verano, ya no se volvió a hablar de limpiar la provincia de Anbar. Los Estados Unidos se contentaban con atacar de manera esporádica un puñado de ciudades e interrumpir la actividad insurgente.

Es por ello que en otoño, la estrategia de los Estados Unidos se centró en incrementar la autonomía de las fuerzas de seguridad iraquíes para que fueran ellas en primera persona, las encargadas de neutralizar la actividad insurgente. La pretensión tal y como señaló el presidente Bush en 2006, era que los iraquíes tomaran el control del campo de batalla y disminuir así el número de tropas necesarias desplegadas en Irak para llevar a cabo las operaciones de combate. Se iniciaba de esta manera, una nueva fase de la estrategia, donde el ejército de los Estados Unidos se concentraría en tareas de pacificación a largo plazo (GAO, 2006). Se lanza a su vez en noviembre de ese mismo año la *National Strategy for Victory in Iraq*<sup>100</sup>, que definía la victoria a largo plazo como la derrota del terrorismo en Irak y la neutralización de la insurgencia. Ante la pérdida de apoyos entre la población americana al despliegue militar mencionado con anterioridad, la administración decide conectar (a fin de justificar) la estrecha relación del conflicto con la lucha a gran escala de la Guerra contra el Terror, con el objetivo de derrotar al más importante de los enemigos en Irak, aquellos grupos vinculados a Al Qaeda (AQI) o al movimiento *yihadista* global.

En 2006 se produce un cambio geográfico de la lucha de la insurgencia. Si durante la segunda mitad de 2005 el conflicto se centraba en Tal Afar, una ciudad y distrito cercano a Mosul, y en remotas regiones de la provincia de Anbar (principalmente en posiciones fronterizas de Siria, Jordania y Arabia Saudí), en 2006 la intensificación de la actividad

---

<sup>100</sup> Disponible en:  
<http://www.washingtonpost.com/wp-srv/nation/documents/Iraqnationalstrategy11-30-05.pdf> [Accedido en marzo de 2012]

insurgente se trasladó a Bagdad. Se produjo también otro cambio relevante: el núcleo del conflicto se convirtió en una lucha de poder entre suníes (liderados por AQI) y extremistas chiíes por el control de áreas claves de Bagdad, creando o protegiendo enclaves sectarios, e imponiendo sus respectivas agendas políticas y religiosas. El conflicto tomó un nuevo rumbo dramático en febrero de 2006 con la bomba en la ciudad de Samarra, uno de los lugares sagrados de la comunidad chií. Lo que comenzó como una guerra de ocupación, pasó a convertirse en un estado incontrolable de violencia sectaria entre chiíes y suníes con milicias y escuadrones de la muerte envueltos en una escalada de la violencia contra civiles y limpieza étnica. El atentado de Samarra provocó la reacción del ejército del Mahdi que respondió lanzando ataques contra las comunidades suníes. Este incremento de la violencia asestó un duro golpe a los logros alcanzados durante 2004 y 2005 en donde se buscaban la legitimación a través de las urnas de un gobierno iraquí. Así como la *iraquización* de sus fuerzas de seguridad.

En el nivel político, el estilo autoritario del gobierno de Ibrahim al-Jaafari (un gobierno de colación de partidos chiíes y kurdos), y su estrecha relación con Irán le hicieron ganarse la oposición tanto de kurdos y chiíes nacionalistas, así como la de los árabes moderados (y pos supuesto de la comunidad suní). La inclusión de la facción del clérigo radical Moqtada Al Sard en el gobierno fue también problemática. La decisión de incorporar elementos que representaban en este caso los intereses de una de las facciones más radicales de la comunidad chií acabó por minar la credibilidad del gobierno. El proceso de redacción y aprobación de la nueva constitución no gozó del consenso

nacional. Muchos líderes y grupos suníes sentían que no estaban adecuadamente representados en el proceso de redacción de la carta constitucional. En lo concerniente al contenido, se oponían a las referencias que se hacían al federalismo y a la falta de claridad en cuanto a los términos de reparto de los ingresos derivados del petróleo. En las provincias suníes el voto contra la constitución fue extremadamente alto, llegando al 81% en Saladino, y al 96% en Anbar. La mayoría de los suníes expresaron su compromiso con el proceso político participando en el referéndum de 15 de octubre de 2005 y su rechazo a la propuesta de constitución a través de un no masivo. Una poderosa minoría de suníes, particularmente aquellos cercanos a las posturas de AQI, se oponían completamente al proceso y continuaron con la ola de violencia sectaria. AQI, se mostró dispuesta y capaz de interrumpir la consolidación postelectoral que daría lugar a un nuevo *status quo* político.

La situación que se encontró Nuri al Maliki cuando llegó al poder en mayo de 2006 no era nada halagüeña. El proceso político se encontraba en un punto muerto y la situación securitaria se había deteriorado dramáticamente por la violencia sectaria que afectaba a gran parte del país. El gobierno se sentía incapaz de hacer frente a los retos de seguridad, ya no solo por la falta de preparación de las fuerzas y cuerpos de seguridad iraquíes, sino por la presión que ejercían determinados miembros de su gobierno que representaban intereses de milicias como el *Mahdi* y que a ojos de la población le hacía perder toda credibilidad ante la ausencia de neutralidad (Katzman, 2006).

Es entonces, cuando a inicios de verano de 2006, se pone en marcha

la operación *Together Forward*, entre las fuerzas de seguridad iraquíes y el ejército de los Estados Unidos. Un plan de seguridad que supuso la concentración de unidades desplegadas en otras regiones del país, y que tenía por objetivo, reducir los niveles crecientes de violencia que desde mediados de febrero de 2006 arrasaba la ciudad de Bagdad. La presencia de AQI en la capital es muy anterior a este periodo. A pesar de haber concentrado todos sus esfuerzos en la provincia de Anbar, Bagdad siempre fue el objetivo prioritario de la insurgencia. Zarqawi asignó el establecimiento de una célula de AQI en Bagdad en el año 2003 a Abu Ayyub al Masri, uno de los miembros fundadores de esta facción insurgente. Ésta, se mantuvo activa durante todo este periodo, pero fue tras el asalto de Faluya por parte de las tropas de la Coalición y la posterior dispersión de AQI por todo el territorio iraquí, cuando la actividad de los combatientes *yihadistas* en Bagdad empezó a ser especialmente activa.

Los oficiales del ejército reconocieron que la capital era la punta de lanza de la violencia y que si no conseguían recuperar el control, no tendrían la oportunidad de hacerlo en el resto del país. Pero esta concentración de unidades tuvo un efecto globo. Centrar la atención en Bagdad, provocó la pérdida del control de aquellas otras regiones que habían conseguido arrebatarse a la insurgencia, expandiendo la violencia y permitiendo a las guerrillas retomar nuevamente posiciones, en particular, en la provincia de Anbar. Al error estratégico, se le sumaron otra serie de inconvenientes. Las fuerzas de seguridad iraquíes, estaban mal preparadas; las unidades que se conformaban en base al lugar de pertenecía, se negaban a ser movilizadas; había informes que revelaban

que cerca de un 70% de los miembros de la policía iraquí, era infiltrados de las distintas milicias; los proyectos de reconstrucción, se paralizaron, como consecuencia de la larga duración de la Ofensiva, que se extendió hasta finales de octubre de ese mismo año y la falta de voluntad política de la clase dirigente iraquí para frenar la creciente amenaza de las milicias era evidente.

*Together Forward* fue un absoluto fracaso que no hizo sino agotar la paciencia tanto de la población iraquí como la de la audiencia estadounidense. Las fricciones en el seno de la CPA, era también notables. El comandante en jefe del ejército británico recomendó la salida de tropas del país argumentando que la presencia de la ocupación exacerbaba los problemas de seguridad, y las altas instancias de la administración americana, a la vista de los demandantes contextos de Irak y Afganistán especulaban sobre la capacidad de su ejército para hacer frente a todos los retos securitarios, en particular, en el hipotético caso de un enfrentamiento convencional (Kimberly, 2009: 20-43).

Los problemas no acababan ahí. La administración Bush tuvo que hacer frente a las demoledoras conclusiones del informe Baker-Hamilton. El grupo de Estudio sobre Irak, presidido por el demócrata Lee Hamilton y el republicano James Baker subrayaba que la actual estrategia del presidente Bush en Irak, no era viable y que los Estados Unidos, debían iniciar un diálogo “constructivo” con Irán y Siria para mejorar la situación en la región. Otra de las recomendaciones del Informe, era la retirada gradual de las tropas norteamericanas, que, según esos expertos, deberían incluso haber abandonado Irak a principios de 2008.

La insurgencia por su parte, percibía que su estrategia estaba dando buenos resultados. La capacidad resolutive de los Estados Unidos no era la misma y las facciones pro-gobierno desconfiaban del grado de voluntad y compromiso para hacer frente a la amenaza creciente de la insurgencia suní. Este clima, llevó a que muchos líderes de facciones insurgentes que se habían sumado al proceso de reconciliación, activaran nuevamente sus milicias y tomaran iniciativas particulares. El primer ministro Maliki, se mostró incapaz de reconducir la situación y de hacer avanzar el proceso político. La violencia sectaria que arrasaba el país se hizo especialmente dura en Bagdad. Las milicias chiíes se concentraban en el este, principalmente en la ciudad de Sadr. AQI por su parte, controlaba el oeste de Bagdad, en particular, las ciudades de Dora y Ghaziliyah. Desde estas dos posiciones, se libró una encarnizada lucha por el centro de la capital con importantes líneas divisorias en el lado oeste del río Tigris, en Kadimiya, Karkh, y Rasheed, y en el lado este del Tigris, en Adhamiyah y Rusafa. AQI dependían de las áreas inmediatas a los alrededores de Bagdad en orden a canalizar la entrada y salida de combatientes armas y dinero de la ciudad, así como para conectar la red con el resto de células dispersas por el país. Controlaba Bagdad a través de una serie de corredores y cinturones que se extendían hasta las zonas limítrofes de la ciudad y que le daba acceso a una red de carreteras y líneas de comunicación que conectaban la capital con el resto de Irak. Estos cinturones, fueron el objeto de la lucha entre facciones insurgentes desde 2004 a 2006 por su importancia vital para el abastecimiento y sostenimiento de los combates. A finales de 2006, AQI controlaba extensas franjas de territorio, que servían como base de operaciones, en

las que gozaban de una cierta libertad de movimientos y que utilizaban como santuarios y refugios desde lo que planear, preparar y lanzar sus operaciones (más cercanas a las acciones de guerra de guerrillas que a las puramente terroristas). A su vez, mantenían múltiples líneas de apoyo que iban desde el oeste al este, desde la frontera con Siria hasta el centro de Irak y de norte a sur desde Mosul a Bagdad<sup>101</sup>. Este escenario tan poco prometedor, fue lo que impulsó el anuncio de la administración estadounidense de la nueva política para Irak, la denominada *Surge* (Hamilton, 2008: 1-3).

La nueva estrategia de los Estados Unidos, de 19 de enero de 2007 incluía una admisión parcial de los fallos que se habían cometido (IISS, 2007):

a) El principal reto al inicio de la campaña era combatir la insurgencia suní, pero la guerra se transformó en un escenario altamente diseminado con diferentes frentes al que anterior, habría que sumarle el extremismo chií, los *yihadistas* extranjeros de AQI y una creciente mafia organizada.

b) El entusiasmo de la población iraquí por la liberación y la democracia dominaron los inicios del conflicto, pero éstos, se vieron ensombrecidos por el deterioro de la seguridad y los escasos avances en

---

<sup>101</sup> El 19 de diciembre de 2006, soldados americanos que se encontraban patrullando en el norte de Bagdad, incautaron un mapa de la capital hecho a mano que describía el plan de operaciones de AQI, y en el que dividían en sectores, cada uno de ellos con su propio mando, como parte de una campaña terrorista.

el proceso de reconstrucción; lo que se percibía como una liberación, pronto se entendió como una ocupación.

c) El proceso político desalentaría a la insurgencia, pero los defectos del proceso constitucional y la hegemonía mayoritaria de chiíes y kurdos, exacerbó el conflicto causando la erosión del centro moderado.

d) El proceso electoral atraería a una masa suní vital, pero ésta se mostró decepcionada con los resultados, y los insurgentes aprovecharon la situación para ganar terreno, desacreditar el proceso político y avanzar en su estrategia de violencia sectaria.

e) La reconciliación nacional y la redacción de una nueva constitución se intuía difícil pero alcanzable. Sin embargo, pesaron más las identidades étnicas que el compromiso de una nación iraquí unificada.

f) Entrenar y equipar a un ejército nacional y una fuerza policial a tiempo que contrarrestara las amenazas emergentes. Sin embargo, las amenazas se tornaron mucho mayores de lo que se había previsto y el proceso de construcción de los cuerpos de seguridad se vio ralentizado y comprometido por las infiltraciones y el alto grado de corrupción en las mismas.

g) Las fuerzas de la Coalición y un estado iraquí reconstruido servirían para contener la influencia de poderes regionales, especialmente Irán; en realidad, nunca se alcanzó un monopolio de la fuerza militar.

Esta lista, es un acto de contrición, un reconocimiento implícito y público, forzado por las conclusiones del informe Baker-Hamilton, de los errores y ausencias de un plan que se alejaba mucho de la realidad y requerimientos del conflicto iraquí, que llevó a un replanteamiento de la estrategia de los Estados Unidos.

La campaña militar se centró en Bagdad y sus alrededores, así como en la provincia de Anbar que constituía en palabras del propio Bush, el hogar de AQI. Esta campaña se concretó en los siguientes puntos:

a) El despliegue de 20 mil tropas adicionales, la mayoría de las cuales trabajarían junto las fuerzas armadas iraquíes para penetrar en los diez sectores militares de Bagdad, y que cubriría a su vez un perímetro de 30 millas alrededor de la capital con el objetivo de generar un ambiente de seguridad y acabar con la limpieza sectaria.

b) Una búsqueda activa y una campaña de destrucción en la provincia de Anbar para doblegar a la insurgencia allí asentada.

c) Incorporación de unidades de los Estados Unidos dentro de formaciones iraquíes (una brigada estadounidense en cada división iraquí).

d) La inclusión de la fuerza policial en las operaciones. Interrupción de los flujos de apoyo desde Irán y Siria a fuerzas extragubernamentales de Irak.

El objetivo de este plan, era parar la guerra sectaria que asolaba Bagdad, retornar la capital a unos niveles aceptables de seguridad y recobrar de esta forma la confianza pública en las autoridades centrales y los Estados Unidos. La *Surge*, fue un intento de proveer a las autoridades de un tiempo muerto que ayudase al gobierno a resucitar la reconciliación nacional como condición política básica para la seguridad y estabilidad. El éxito de esta reconciliación nacional descansaba en una serie de condiciones. En primer lugar, pretendía alcanzar acuerdos a la enmiendas de la constitución, a fin de conciliar los intereses de las comunidades más representativas. Una reforma de las leyes que acabaron por dismantelar el antiguo aparato estatal durante el régimen de Sadam en manos del partido Baas, con el objeto de retornar a sus puestos de trabajo (o al menos compensarlos) a aquellos que no formaron parte de la cúpula y que por ende, no fueron responsables de las decisiones adoptadas en las más altas estancias. Por último un reparto equitativo de los ingresos del petróleo entre los iraquíes.

En cuanto a la dimensión regional del plan, contrariamente a las recomendaciones del informe Baker-Hamilton, la estrategia se vio nuevamente liderada por la visión conservadora de la administración Bush hacia la región. La secretaria de estado Condoleezza Rice, centró sus esfuerzos diplomáticos en darle forma a un amplio eje regional anti-iraní (que comprendía a Arabia Saudí así como otros miembros del Consejo de Cooperación del Golfo como Jordania y Egipto), que sirviera de apoyo a la estrategia americana en Irak. La Casablanca intentaba capitalizar los asuntos regionales enfatizando la creciente de influencia Irán y los temores relacionados con las tensiones entre suníes y chiíes.

Sin embargo, a pesar de esta extensa preocupación acerca de las pretensiones hegemónicas iraníes, el intento de los Estados Unidos de crear un frente común falló, porque ningún país de la región quería una confrontación directa contra el régimen de los ayatolás. De hecho, el único mensaje claro que recibió la administración americana fue que todo tentativa de cooperación, pasaría por reavivar el proceso de paz arabo israelí.

El plan contemplaba a su vez la asignación de 10 billones de dólares destinados a la reconstrucción de las infraestructura para de este modo, mantener vivo el binomio seguridad – desarrollo.

El liderazgo de AQI se ha visto fuertemente debilitado en los últimos años. Según declaraciones del general Ray Odierno, comandante de la Fuerza Multinacional – Iraq, en el periodo comprendido entre marzo a junio de 2010, se capturaron o eliminaron a 34 de los 42 dirigentes del Estado Islámico de Irak (Stratfor, 2010:2). Tras la *Surge*, y las alianzas puntuales entre comunidades suníes y el ejército de los Estados Unidos, la presencia de AQI en ciudades como Faluya, Ramadi así como otras partes de la provincia de Anbar, se ha diluido. En palabras de Ryan Crocker, ex embajador de los Estados Unidos en Irak, en octubre de 2007, *AQI, simplemente se ha ido*<sup>102</sup> (Murphy, 2007). Michael Hayden, el que fuera director de la CIA hasta febrero de 2009, declaraba de manera similar en mayo de 2008, que AQI, estaba al borde la derrota definitiva en Irak (Katzman, 2008, 15).

---

<sup>102</sup> Véase: <http://www.csmonitor.com/2007/1026/p01s01-wome.html> [Accedido en marzo de 2012]

Aún así, y aunque el liderazgo del grupo como sus capacidades se hayan visto seriamente mermadas, AQI, ha demostrado en reiteradas ocasiones su extrema capacidad de adaptación. Como decía en una entrevista al periódico *The New York Times* el portavoz del ejército de los Estados Unidos, el general Jeffrey Buchanan, *me estremezco cada vez que alguien hace una declaración diciendo que AQI está en las últimas* (New York Times, 2011)<sup>103</sup>.

Con la retirada próxima en el tiempo de las tropas de los Estados Unidos, AQI ha tratado de explotar las divisiones políticas entre las comunidades chií y suní, llevando a cabo una serie de ataques contra los chiíes a principios de 2012. Posiblemente, la mano dura del gobierno de Nuri al-Maliki, ampliamente representado por miembros de esta comunidad, se traduzca en un repunte de la influencia de esta facción insurgente en el escenario iraquí (*Washington Post*, 2012)<sup>104</sup>. En cualquier caso, es destacable el descenso de la violencia en Irak en los últimos meses. Las acciones del gobierno en colaboración con las tropas de los Estados Unidos, en combinación con el escenario regional actual, han hecho que un gran número de estos combatientes extranjeros hayan puesto sus ojos en Siria. En los últimos meses se ha detectado un flujo de estos voluntarios hacia el país vecino, provenientes de Irak con el objetivo de unirse a la ola de protestas contra el régimen alauita de Bashar al-Assad. Los servicios de inteligencia americanos, apuntan a que

---

<sup>103</sup> Véase [http://www.nytimes.com/2011/11/06/world/middleeast/leaving-iraq-us-fears-new-surge-of-qaeda-terror.html?\\_r=2&pagewanted=all](http://www.nytimes.com/2011/11/06/world/middleeast/leaving-iraq-us-fears-new-surge-of-qaeda-terror.html?_r=2&pagewanted=all) [Accedido en marzo de 2012]

<sup>104</sup> Véase [http://www.washingtontimes.com/news/2012/mar/4/al-qaeda-in-iraq-mounts-comeback/?utm\\_source=RSS\\_Feed&utm\\_medium=RSS](http://www.washingtontimes.com/news/2012/mar/4/al-qaeda-in-iraq-mounts-comeback/?utm_source=RSS_Feed&utm_medium=RSS) [Accedido en marzo de 2012]

este flujo de combatientes, es el responsable de los ataques de alto perfil que se han llevado a cabo contra las fuerzas militares sirias en Damasco y Alepo (Issa, 2012)<sup>105</sup>. Al Qaeda, podría estar reorientado sus líneas logísticas de Irak a Siria, a fin de explotar la lucha contra el apostata Assad. Los yihadista de AQI, con este movimiento, pretenden demostrar que Al Qaeda es parte de un movimiento de resistencia y actor legítimo en el derrocamiento de un régimen (el sirio), que es percibido como tirano. Esta presencia de elementos extremistas, podría tener un efecto tremendamente desestabilizador que puede animar a los segmentos más moderados del régimen a tomar definitivamente las armadas contra los rebeldes (Khan, 2012)<sup>106</sup>.

---

<sup>105</sup> Véase <http://www.csmonitor.com/World/Middle-East/2012/0221/As-Al-Qaeda-moves-fight-to-Syria-violence-in-Iraq-drops-sharply> [Accedido en marzo de 2012]

<sup>106</sup> Véase <http://www.pbs.org/wgbh/pages/frontline/foreign-affairs-defense/syria-undercover/what-is-al-qaeda-doing-in-syria/> [Accedido en marzo de 2012]

## **CAPÍTULO 8. CONCLUSIONES**

## Conclusiones

Al principio de esta investigación, nos planteábamos a modo de hipótesis, si el conjunto de factores examinados por Byman en *Understanding protoinsurgencias*, eran suficientemente aglutinadores y/o determinantes en el caso particular de Al Qaeda en Irak.

Una vez aplicado nuestro método de investigación, consistente en una amplia revisión bibliográfica tanto de la naturaleza y características de las insurgencias como de los factores o condicionantes que a modo de variables inciden en el proceso de consolidación de una insurgencia, podemos concluir que nuestra hipótesis queda confirmada. Los indicadores empleados por Daniel Byman, se ajustan las circunstancias que han rodeado al devenir de Al Qaeda en Irak, y explican los motivos que han incidido en el papel que ha jugado esta facción en el conjunto de la insurgencia iraquí, así como su posterior declive a partir de 2007 como consecuencia de un cambio en la respuesta del adversario.

A lo largo del desarrollo de este trabajo, hemos puesto de manifiesto las dificultades que tuvo Al Qaeda en Irak para crear una identidad política relevante, capaz de imponerse al resto de identidades rivales o de debilitar las mismas. Este primer condicionante, tuvo un efecto dominó sobre el resto de factores que inciden en el desarrollo y consolidación de la insurgencia. La causa esgrimida por la insurgencia, no supo, ni pudo aglutinar, ni movilizar a amplios segmentos de población que le permitieran imponerse sobre facciones rivales contra las que competía por la captación de recursos tanto humanos como materiales, limitando exponencialmente su capacidad para ejercer un

control hegemónico sobre las “áreas liberadas”. La ausencia de un apoyo externo considerable, tan sólo sustentando por Al Qaeda (central), ha mermado a su vez su capacidad de resistir a los esfuerzos de la contrainsurgencia, prolongar el conflicto en el tiempo y minar la voluntad de sus adversarios. El control de espacios fuera del alcance gubernamental del que dispuso primero en la provincia de Anbar y posteriormente en una serie de distrito en la ciudad de Bagdad, se vio estrangulado por la enérgica respuesta de la acción combinada de las fuerzas y cuerpos de seguridad iraquíes y las tropas americanas.

El ejercicio de la violencia ha sido otro aspecto fundamental, desencadenante de la asfixia creciente de Al Qaeda en Irak. Como apuntábamos al principio de este trabajo, ésta puede ayudar a incrementar su base de reclutamiento, llamar la atención de los públicos doméstico e internacional en busca de apoyo económico, político, moral y establecer diferencias con respecto a otros grupos o facciones rivales que pretendan consolidarse. Sin embargo, la falta de equilibrio en el ejercicio de la misma, le supuso una pérdida de apoyo sustancial que acabó por socavar los esfuerzos por prevalecer sobre grupos rivales. A su vez, la complacencia inicial, la falta de reconocimiento a destiempo de una amenaza incipiente, seguida de una sobre-reacción de sus adversarios, fue fundamental para que Al Qaeda en Irak dispusiese de espacio y tiempo suficiente para asentarse.

En el conflicto iraquí se habló desde el principio de la estrategia de *ganar corazones y mentes*, pero por diferentes motivos su aplicación fracasó en gran medida. En el caso de las fuerzas norteamericanas hubo un exceso de optimismo acerca de la actitud de la población iraquí. Se

esperaba que, por el hecho de haber sido liberado de un régimen perverso, acogieran a las fuerzas de ocupación con los brazos abiertos.

Se descuidaron, por tanto, los aspectos materiales de esta estrategia, que a corto y medio plazo son los decisivos. No había planes viables de reconstrucción, ni gobierno organizado en el exilio, ni dinero para mantener y reparar los servicios básicos o reorganizar las fuerzas de seguridad. En consecuencia el concepto de ganar corazones y mentes se interpretó en sus términos más prosaicos, que podrían resumirse en sonrisas, apretones de manos y reparto de golosinas entre la chiquillería. Cuando los iraquíes comprobaron que había muchas menos horas de suministro eléctrico, aumentaba exponencialmente la posibilidad de ser atracado por las calles y disminuía en la misma medida la posibilidad de encontrar trabajo, comenzaron a mostrarse muy poco impresionados por la recuperación de sus libertades, o por las sonrisas de sus libertadores. Por si fuera poco, incluso las sonrisas y los caramelos desaparecieron en gran medida en cuanto se produjeron los primeros ataques de la insurgencia. La obsesión por la protección de la fuerza, que quizás con el tiempo sea considerada como la principal causa de la decadencia militar occidental, estableció un auténtico muro de precauciones, incidentes y malos modos entre los soldados y la población civil.

La reacción, aunque tardía, ha dado resultados razonablemente positivos. Se recuperó el enfoque correcto, o al menos el más realista, en la aplicación del concepto de corazones y mentes. Una de las primeras medidas fue renunciar a la protección de la fuerza como elemento prioritario en todas las operaciones. Por el contrario, el general Petraeus en Irak puso el acento sobre la protección de la población, y aunque esta

medida ha provocado un incremento de bajas propias, han conseguido también atenuar la imagen negativa de los soldados extranjeros ante los civiles locales. Pero sin lugar a dudas, el elemento esencial contra la insurgencia es que se planteara con el objetivo de conseguir una ventana de oportunidad, un rápida transferencia, pero eficaz a su vez, del control de la seguridad de las fuerzas multinacionales a las fuerzas locales. En resumidas cuentas, se ha reconocido que la presencia prolongada de fuerzas extranjeras es insostenible, y que la estrategia de ganar corazones y mentes se degrada cuando se aplica una reiterada dinámica de escalada. La población civil sólo soporta a las fuerzas extranjeras por un tiempo limitado, si comprueba que son útiles para mejorar su vida cotidiana y si su número decrece progresivamente en lugar de aumentar (Calvo, 2010: 10-11).

En resumen, Al Qaeda en Irak, nunca consiguió imponer su retórica *yihadista* global ni tan si quiera aglutinar o conformar un bloque monolítico con las distintas facciones insurgentes, principalmente por la disparidad de objetivos entre las mismas. El primer ejemplo de esta situación, fue la colaboración entre suníes (su mayor base de apoyo) y las fuerzas de los Estados Unidos a mediados de 2005. Cualquier intento posterior fue igualmente estéril. En enero de 2006 se crea el Consejo de la Shura de los Mujaidines, con el objetivo de forjar y liderar una alianza entre las diversas facciones insurgentes suníes de carácter islámico. La iniciativa no tiene éxito, y no atrae al principal grupo *yihadista* auténticamente iraquí, el Ejército Islámico de Irak (IAI). Se produce otro nuevo intento en octubre de 2006, cuando el Consejo de la Shura de los Mujaidines crea el Estado Islámico de Irak (ISI). El ISI trata de

proyectar la imagen de un proto-estado (netamente iraquí). Se presenta como estructura política que gobernaría las zonas parcial o totalmente controladas por la organización y se dota de una estructura similar a la de un Estado compuesto por un Emir de los creyentes y 10 ministerios. Nuevamente la iniciativa fracasa. AQI – ISI, no entiende la particularidad del país. No tratan de coexistir con los distintos grupos insurgentes iraquíes, sino de imponerse sobre ellos y sobre las diferentes tribus. Se observan entre ISI y IAI, una serie de diferencias fundamentales. Una, que afecta al discurso. El IAI no contempla entre sus principales preocupaciones el apoyo a la yihad global, no tiene agenda internacionalista, sino que mantiene un discurso marcadamente más nacionalista que el de AQI. En segundo lugar, el objeto de sus acciones violentas. Mientras el IAI muestra su preferencia por los ataques selectivos, AQI por ataques suicidas indiscriminados que le costaron la vida a miles de civiles iraquíes.

Al Qaeda en Irak se mostró incapaz de capitalizar los apoyos iniciales. Entre los errores más palpables, las matanzas de musulmanes iraquíes que no aceptaban su autoridad, de líderes de otras facciones insurgentes y autoridades religiosas, cercanas al IAI y a Hermanos Musulmanes, así como su incapacidad para proteger a sus seguidores. Como punto álgido de este decálogo de errores, el asesinato en septiembre de 2007 por un miembro de AQI del jeque Adbul-Sattar Abu Risha, líder del movimiento conocido como el ‘Despertar de al-Anbar o Despertar suní’, una coalición de tribus suníes que se aliaron con las fuerzas norteamericanas para combatir a AQI en esta provincia. Circunstancia que acabó por exacerbar el odio contra los *yihadistas*

extranjeros a los que se les llegó a llamar *takfiríes*, extremistas y asesinos de sus hermanos de religión. Para mayo de 2007, el aislamiento del ISI era más que evidente. El IAI crea el Frente de la Reforma y la Yihad y en agosto, consigue que se unan el Frente el Ejército de los Mujaidines y el Ejército de los Conquistadores; grupos suníes e iraquíes en su mayoría.

En cuanto al refugio, es cierto que a finales de 2006 AQI controlaba extensas franjas de territorio a lo largo de todo Irak, que servían como base de operaciones, en las que gozaban de una cierta libertad de movimientos y que utilizaban como santuarios desde lo que planear, preparar y lanzar sus operaciones. Pero la aprobación de la nueva estrategia de COIN de enero de 2007, la *Surge*, y la puesta en marcha de la Operación *Fardh al-Qanoon*, que contemplaba un incremento sustancial del número de fuerzas desplegadas en Irak, en un intento por demostrar la voluntad de permanencia en el tiempo, acabó por diluir esta facción insurgente.

El patronazgo estatal en la forma de lugares seguros para AQI, se ha omitido deliberadamente. Esta inferencia externa, se ha dejado sentir en cualquier caso en el apoyo de Irán, pero que ha afectado principalmente a las distintas facciones insurgentes de composición chií. Arabia Saudí denegó desde el primer momento el tránsito de combatientes extranjeros a través de sus fronteras. Más problemático ha podido ser la voluntad mostrada en este caso por el gobierno sirio por sellar los 380 kilómetros de frontera que comparte con Irak. En cualquier caso, su influencia ha sido mínima en el desarrollo de la insurgencia, y los errores estratégicos del propio grupo, sumados a los aciertos de sus adversarios, son los que

en última instancia han determinado el resultado final.

El apoyo externo tampoco ha sido relevante en este caso y el que hubiera (nos referimos a Al Qaeda central), estuvo fuertemente afectado por cuestiones de liderazgo.

El liderazgo de AQI ha sido problemático desde sus orígenes y ha vivido etapas muy distintas. Al Qaeda hace acto de presencia en el escenario iraquí cuando Abu Musab al-Zarqawi, líder de *Tawhid wal Jihad*, hace un juramento público de lealtad a Osama bin Laden. El problema, fue que Al Qaeda central nunca fue capaz de controlar a al-Zarqawi. De hecho, tuvo serios problemas para persuadir a al-Zarqawi de que corrigiera su “política” y asumiera las directivas de la organización. Los líderes de AQ le hicieron llegar cartas en multitud de ocasiones en las que le pedían que modificara tácticas como la de grabar las masacres y ordenar asesinatos indiscriminados (no diferenciaba entre civiles y fuerza de ocupación). Tampoco acató los llamamientos a que cesara los ataques sobre chiíes, a pesar del hecho de que estuvo cerca de desencadenar una guerra civil en Irak. Más tarde al-Zarqawi decidió lanzar ataques contra facciones suníes que habían formado parte de la resistencia desde principios de 2003 pero que decidieron no a someterse a su autoridad. A los ojos de muchos seguidores de AQI, Zarqawi contribuyó a deslegitimar la yihad en Irak. El escenario cambió en junio de 2006 cuando los americanos abatieron a al-Zarqawi en Baquba. Tras su muerte, su sucesor el egipcio, Abu Ayyub al-Masri, mantuvo al contrario de Zarqawi fuertes lazos con AQ Central. El rol de Khalid al Mashdani fue fundamental al frente del ISI, ya que dotó al movimiento de un fuerte liderazgo y “recondujo” la relación con AQ central (que se

tradujo en un renovado interés de AQ por lo que acontecía en Irak). Este momento dulce entre la central y la franquicia duró hasta abril de 2010, cuando fuerzas iraquíes y de los Estados Unidos acabaron con la vida de al-Masri y al-Baghdadi. En mayo de 2010, el ISI anunció que Nasser al-Din Allah Abu Suleiman reemplazaría a al-Masri al frente del “ministerio de defensa” y Abu Bakú al-Baghdadi ocuparía el cargo de Abu Omar al-Baghdadi.

A día de hoy, AQI-ISI es una filial mucho más dependiente de AQ Central, que bajo las órdenes de al-Zarqawi. AQI es una organización herida (de 2007 a 2008, el número estimado de combatientes extranjeros que entraban en Irak, cayó de 120 a 40). Aún así la retirada definitiva de las tropas de los Estados Unidos. Así, el éxito o fracaso de una proto-insurgencia en su consolidación, depende en parte (una mínima parte), de sus propias acciones. Será en cualquier caso la reacción del gobierno, la gestión de la amenaza por parte de éste, lo que en última instancia determinará el éxito o fracaso de la proto-insurgencia. Las consecuencias de obviar muchas de las condiciones que contribuyen al desarrollo de las insurgencias pueden ser devastadoras para los gobiernos. En ocasiones, la respuesta exagerada a la amenaza incipiente, ha obviado la ausencia y capacidad de estos grupos para iniciar un movimiento de mayores dimensiones que supusiera un verdadero reto a la autoridad del estado. De hecho, esta reacción desmedida, suele ser en ocasiones la mecha que enciende la llama, la excusa perfecta que alimenta la violencia colectiva. La complacencia, resulta igualmente peligrosa y el reconocimiento a destiempo, limita exponencialmente la maniobrabilidad del estado.

En definitiva, la selección de las variables empleadas por Byman, sintetiza de forma adecuada los elementos y condiciones que afectan a la transición exitosa de una proto-insurgencia a una verdadera insurgencia. En cualquier caso, somos conscientes de que aunque la validez y rigor de los resultados finales de esta investigación permiten establecer un control de la varianza con respecto a los casos analizados por Byman, serán muchos los factores y variadas las posibles explicaciones que puedan afectar al proceso de consolidación de una insurgencia

## **BIBLIOGRAFÍA**

## Bibliografía

AKERLOF, George A. y KRANTON, Rachel, E. (2005): "Identity and the Economics of Organizations." *Journal of Economic Perspectives* 19, N° 1, pp. 9-32.

ALMOND, Gabriel, A. y VERBA, Sidney (2007): "la cultura política" en Batle, Albert (coord.), *Diez textos básicos de Ciencia Política*, Barcelona, editorial Ariel, 3ª edición.

ANDREAS, Joel (2007): "The Structure of Charismatic Mobilization: A Case Study of Rebellion during the Chinese Cultural Revolution", *American Sociological Review*, Vol. 72, N° 3, pp. 434-458.

AREGUIN-TOFT, Ivan (2001): "How the Weaks Win Wars. A Theory of Asymmetric Conflict", *International Security*, Vol. 26, N° 1, pp. 93-128.

ARQUILLA, John y RONFELDT, David (1999): "The Emergence of Noopolitik", Santa Monica, *RAND Corporation*.

— (2002): *Redes y guerra en red. El futuro del terrorismo, el crimen organizado y el activismo político*, Madrid, Alianza Editorial.

AYLWIN-FOSTER, Nigel (2005): "Changing the Army for Counter Insurgency Operations", *Military Review*, pp. 2-15.

AYOOB, Mohammed (1995): *The Thirld World Security Predicament*, Boulder, Lynne Rienner.

AZAM, Jean-Paul (2001): "The Redistributive State and Conflicts in Africa", *Journal of Peace Research*, vol. 38, N° 4, pp. 429-444.

BAKIER, Abdul Hameed (2007): "Al-Qaeda Adapts its Methods in Iraq as Part of a Global Strategy", *Terrorism Monitor*, Vol. 5, Issue 24.

BALLENTINE, Karen y NITZSCHKE, Heiko (2003): "Beyond Greed

## Bibliografía

and Grievance: Policy Lessons from Studies in the Political Economy of Armed Conflict”, *International Peace Academy*.

BAQUES, Josep (2011): “El estado como pivote del sistema político y su relación con los demás actores: el caso de la seguridad”, en Jordán, Javier, Pozo, Pilar y Baqués, Josep (eds.), *la seguridad más allá del estado*, Madrid, Plaza y Valdés.

BARBÉ, Esther (1994): *Relaciones Internacionales*, Madrid, Tecnos.

BARNETT, Thomas (2004): *The Pentagon's New War, Blueprint for Action*, New York, Putnam.

BARTOLINI, Stefano (1995): “Metodología de la investigación política”, en Pasquino, Gianfranco (ed.), *Manual de Ciencia Política*, Madrid, Alianza Universidad Textos.

BAYLIS, John y WIRTZ, James (2005): “Introduction”, en Baylis, John, Cohen, Eliot y Gray, Colin (eds.), *Strategy in the Contemporary World. An Introduction to Strategic Studies*, Oxford, Oxford University Press, pp.1-14.

BEAUMONT, Roger (1995): “Small Wars: Definitions and Dimensions,” *Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, 541, pp. 20-35.

BECKETT, Ian (2001): *Modern Insurgencies and counter-insurgencies: guerrillas and their opponents since 1750*, New York, Routledge.

— (2005): “The Future of Insurgency”, *Small Wars and Insurgencies*, Vol. 16, N° 1, pp. 22-36.

BELL, J. (1994): “The Armed Struggle and Underground Intelligence: An Overview,” *Studies in Conflict and Terrorism*, Vol. 17, N° 2, pp: 115-150.

## Bibliografía

BENSAHEL, Nora (2006): “Preventing Insurgencies alter mayor combat operations”, *Defence Studies*, Vol. Nº 3, pp.278-291.

BERDAL, Mats (2005): “Beyond greed and grievance” *Review of International Studies*, Volume 31, Issue 04, pp 687-698.

BERGEN, Peter (2006), *The Osama bin Laden I know*, New York, Free Press.

BERKOWITZ, Burce (2003): *The New Face of War. How War Will Be Fought in the 21st Century*, New York, The Free Press.

BIGO, Didier (2005) : “La mondialisation de l’(in)sécurité? ”, *Cultures et Conflits*, No 58, pp. 53-101.

BLANK, Stephen, J. (2003): “Rethinking Asymmetric Threats”, *Strategic Studies Institute, U.S. Army War College*.

BLAXLAND, John (2006): “Revisiting Counterinsurgency: A Manoeuvrist Response to the War on Terror for the Australian Army”, *Land Warfare Studies Centre, Working Paper, Nº 1, 131*.

BØÅS, Morten y DUNN, Kevin, C. (2007): *African Guerrillas: Raging Against the Machine*, Boulder, Lynne Rienner Publishers.

BOBBIO, N. MATTEUCCI, N. y PASQUINO, G. (coord.) (1991): *Diccionario de Política*, México, Siglo Veintiuno Editores.

BOOTH, Ken (1991): “Security and emancipation” *Review of International Studies*, Vol. 17, Nº 4, pp. 313-326.

— (1991): “Security in Anarchy: Utopian Realism in Theory and Practice”, *International Affairs*, Vol. 67, Nº 3, pp. 527-45.

BOTELLA, Joan y RODRÍGUEZ, M<sup>a</sup> Ángeles (2006): “Anarquismo”, en Mellón, Joan Antón, *Ideologías y movimientos políticos*

## Bibliografía

*contemporáneos*, Madrid, Tecnos.

BRAFMAN, Cristiana C. (2007): “The Role of Safe Haven in Islamist Terrorism”, *Terrorism and Political Violence*, Vol. 19, pp. 307-329.

BRAFMAN, Ori y BEKSTROM, Rod (2006): *The Starfish and the Spider: The Unstoppable Power of Leaderless Organizations*, R. Portfolio Hardcover.

BRAITHWAITE, Alex (2010): “Resisting Infection: How State Capacity Conditions Conflict Contagion”, *Journal of Peace Research*, Vol. 47, N° 3, pp. 311-319.

BRAUD, Philippe (2006), *Violencias políticas*, Madrid, Alianza Editorial.

BREMER, Paul (2006): *My Year in Iraq: the Struggle to Build a Future of Hope*, Simon & Schuster; First Edition, First Printing edition.

BROCADES, Thijs, W. (2006): “Countering Insurgent-Terrorism: Why NATO Chose the Wrong Historical Foundation for CIMIC”, *Small Wars and Insurgencies*, Vol.17, N° 4, pp. 27-44.

BROCKLEHURST, Helen (2007): “Children and War”, en Collins, Alan (ed.), *Contemporary Security Studies*, Oxford, Oxford University Press, pp. 367-382.

BRUCE, Riedel (2010): *Al Qaeda: its Leadership, Ideology and Future*, Washington D.C., Brookings Institution Press.

BRYNJAR, Lia (2007): “Al-Suri’s doctrines for decentralized jihadi training”, *Terrorism Monitor; the Jamestown Foundation*, Volume V, Issue 1.

BUHAUG, Halvard (2002): “The Geography of Civil War”, *Journal of Peace Research*, Vol. 39, N° 4, pp. 417–433.

## Bibliografía

BUZAN, Barry (1988): “New patterns of global security in the twenty-first century”, *International Affairs*, Vol. 67, N° 3, 1988, pp.428-439.

— (1991): “Is International Security Possible?”, en Booth, K. (ed.), *New Thinking about Strategy and International Security*, London, Harper Collins Academic, London.

— (1991): *People, States and Fear: An Agenda for International Security Studies in the Post-Cold War Era*, London, Harvester Wheatsheaf.

SHANKER, Thom (2003): “Army Says Troop Rotation Into Iraq Poses Increased Danger”, *The New York Times*. Disponible en: <http://www.nytimes.com/2003/11/26/world/army-says-troop-rotation-into-iraq-poses-increased-danger.html>.

BYMAN, Daniel, et. al. (2001): “Trends in Outside Support for Insurgent Movements”, Santa Monica, *RAND Corporation*.

BYMAN, Daniel (2005): “Going to war with the allies you have: allies, Counterinsurgency and the war on terrorism”, *Strategic Studies Institute*.

— (2007): “Understanding Proto-Insurgencies”, Santa Monica, *Rand counterinsurgency study, paper 3, Rand Corporation*.

CALDUCH, Rafael (1991): *Relaciones Internacionales*, Madrid, Ediciones Ciencias Sociales.

CALLAGHY, Thomas M. (2001): “Life and Death in the Congo: Understanding a Nation’s Collapse”, *Foreign Affairs* Vol. 80, N° 5, pp. 143-149.

CARR, Caleb (2002): *Las lecciones del terror. Orígenes históricos del terrorismo internacional*, Barcelona: Ediciones B.

CASSIDY, Robert, M. (2004), “Back to the street without Joy:

## Bibliografía

Counterinsurgency lessons from Vietnam and other small wars”, *Parameters*, pp. 73-83.

— (2005): “The British Army and Counterinsurgency: The Salience of Military Culture”, *Military Review*, pp. 53-59.

CASTELLS, Manuel (1997): *La era de la información. Economía, Sociedad y Cultura. Volumen I La sociedad red*, Madrid, Alianza Editorial.

— (2001): *La Galaxia Internet. Reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*, Barcelona, Plaza & Janes.

CEDERMAN, Lars-Erik, HUG, Simon y KREBS, Lutz F. (2010): “Democratization and Civil War: Empirical Evidence”, *Journal of Peace Research*, Vol. 47, N° 4, pp. 377-394.

CELESKI, Josepf, D. (2007): “Atacar el espacio insurgente: Negación de refugios e intercepción de fronteras”, *Military Review*.

CHAI, Sun-ki (1993): “An organizational economics theory of antigovernment violence”, *Comparative Politics*, Vol. 26, N° 1 pp. 99-110.

CHANDRASEKARAM, Rajiv (2006): “Who Killed Iraq?”, *Foreign Policy*.

CHIN, Warren (2007): “Examining the Application of British Counterinsurgency Doctrine by the American Army in Iraq”, *Small Wars and Insurgencies*, Vol.8, N° 1, pp. 1-26.

CLAPHAM, Christopher (1998): *African Guerrillas*, Bloomington, Indiana University Press.

CLAUSEWITZ, Carl Von (2005): *De la guerra*, Madrid, La Esfera de los Libros.

## Bibliografía

Coalition to Stop the Use of Child Soldiers (2008): *Child Soldiers Global Report 2008*, Disponible en: <http://www.child-soldiers.org>

COHEN, Eliot (2006): “Principios, Imperativos y Paradojas de la Contrainsurgencia”, *Military Review*.

COKER, Christopher (2004): *The Future of War*, Oxford, Blackwell.

COLLAZO-DÁVILA, Vicente (1980): “The Guatemalan Insurrection”, en O'Neill, Bard, Hinton, William y Alberts, Donald (eds.), *Insurgency in the Modern World*, Boulder, Colo, Westview Press, pp.120-125.

COLLIER, Paul (1999), “Doing Well out of War”, Paper prepared for Conference on Economic Agendas in Civil Wars, *The World Bank*.

— (2000): “Rebellion as a Quasi-Criminal Activity”, *Journal of Conflict Resolution*, Vol. 44, N° 6, pp. 839-853.

— y HOFFLER, Anke (2000): “Greed and Grievance in Civil War”, *Policy Research Working Paper*, N° 2355, Washington, DC the World Bank.

— (2003): “The Market for Civil War”, *Foreign Policy*, pp. 38-45.

— (2003): *Breaking the Conflict Trap. Civil War and Development Policy*, Oxford, Oxford University Press.

COLLINS, Allan (2007): “Introduction: What is Security Studies?”, en Collins, Allan (ed.), *Contemporary Security Studies*, Oxford, Oxford University Press, pp. 1-9.

CONNABLE, Ben y LIBICKI, Martin C. (2010): *How Insurgencies End*, Santa Monica, RAND Corporation.

CORDESMAN, Anthony H. (2005): “Iraq and Foreign Volunteers”, *Center for Strategic and International Studies*.

CRAMER, Christopher (2002): “Homo Economicus Goes to War: Methodological Individualism, Rational Choice and the Political

## Bibliografía

Economy of War”; *World Development*, Vol. 30, N° 11, pp. 1845-1864.

CRICK, Bernard (2001): *En defensa de la política*, Barcelona, Tusquets.

CROFT, Stuart (2008): “What a Future for Security Studies. An Introduction”, en Williams, Paul, D. (ed.), *Security Studies. An Introduction*, New York, Routledge, pp. 499-511.

DALBY, Simon (1994): “Security”, en O'loughlin, J., *Dictionary of Geopolitics*, Greenwood Press, Westport.

Department of the Army (1986): *Joint Low-Intensity Conflict Project Final Report*, Fort Moroe, Va, US Army Training and Doctrine Command.

— (2004): *Field Manual-Interim Counterinsurgency Operations*, Washington D.C, Marine Corps Warfighting Publication.

— (2006): *Field Manual- Counterinsurgency*, Washington D.C, Marine Corps Warfighting Publication.

DER DERIAN, James (1995): “The Value of Security: Hobbes, Marx, Nietzsche and Baudrillard”, en Lipschutz, R.D., *On Security*, Columbia University Press, New York, pp. 24-45.

DOGAN, Mattei y PELASSY, Dominique (1990): *How to Compare Nations: Strategies in Comparative Politics*, Comparative Politics & the International Political Economy, CQ Press, 2nd Revised edition.

DYER, Gwynne (2007): *Guerra. Desde nuestro pasado prehistórico hasta el presente*, Barcelona, Belacqa.

ECHEVARRÍA, Antulino (2003): “Globalization and the Nature of War”, *Strategic Studies Institute*.

EPPRIGHT, Charles, T. (1997): “Counterterrorism and Conventional

## Bibliografía

Military Force: The Relationship between Political Effect and Utility”, *Studies in Conflict and Terrorism*, Vol. 20, pp. 333-344.

ERIKSSON, Mikael, WALLENSTEEN, Peter y SOLLENBERG, Margareta (2003): “Armed Conflict, 1989–2002”, *Journal of Peace Research*, Vol. 40, N° 5, pp. 593–607.

FEARON, James D. y LAITIN, David (2003): “Ethnicity, Insurgency, and Civil War” *American Political Science Review*, Vol. 97, Issue 01, pp 75-90.

FEARON, James D. (2004): “Why Do Some Civil Wars Last So Much Longer Than Others?”, *Journal of Peace Research*, Vol. 41, N° 3, pp. 275-301.

FILKINS, Dexter (2003): “A region inflamed: northern Iraq; Attacks on G.I.'s in Mosul Rise as Good Will Fades”, *the New York Times*. Disponible en: <http://www.nytimes.com/2003/11/27/world/a-region-inflamed-northern-iraq-attacks-on-gi-s-in-mosul-rise-as-good-will-fades.html?pagewanted=all&src=pm>.

FISHMAN, Brian (2009): *Dysfunction and Decline: Lessons Learned from inside Al Qa'ida in Iraq*, West Point, Combating Terrorism Center.

FREEDMAN, Lawrence (1998): “The Frontiers of Knowledge: International Security Changing Targets”, *Foreign Policy*, N° 110, pp. 48-63.

— (1998): *The Revolution in Strategic Affairs*, London, Adelphi Paper.

FRIEDMAN, Thomas (2006): *La Tierra es plana*, Madrid, Martínez Roca.

FRISCH, Ethan (2011): “Insurgencies are Organizations Too: Organizational Structure and the Effectiveness of Insurgent Strategy”,

## Bibliografía

*Peace & Conflict Review*, Vol. 6.

FUKUYAMA, Francis (2004): *State-Building: Governance and World Order in the 21<sup>st</sup> Century*, Ithaca, NY, Cornell University Press.

GALULA, David (1964): *Counterinsurgency Warfare: Theory and Practice*, St. Petersburg, FL: Hailer Publishing.

GANOR, Boaz (2005): “Lessons from the Counter-terrorism War”, *MEF Wires*.

GARCÍA, Miguel (2010): “Contrainsurgencia en Afganistán: restos y desafíos de una estrategia común” en Jordán, Javier, Pozo, Pilar, y G. Guindo, Miguel (Coords.), *Terrorismo sin fronteras: actores, escenarios y respuestas en un mundo global*, Navarra, Editorial Aranzadi, pp. 109-119.

GATES, Scott (2002): “Recruitment and allegiance: The microfoundations of rebellion”, *Journal of Conflict Resolution*, Vol. 46, N° 1, pp. 111-130.

GILLESPIER, Richard. (1987): “La guerrilla urbana en América Latina”, en Sullivan, Noel (ed.), *Terrorismo, ideología y revolución*, Madrid, Alianza, pp. 187 – 218.

GIUSTOZZI, Antonio (2008): “Afghanistan: Political parties or militia fronts?”, en de Zeeuw, Jeroen (Ed.), *From soldiers to politicians: transforming rebel movements after civil war*, Bolder. Colorado, Lynne Rienner Publishers, pp. 179-205.

GLEDITSCH, Kristian S. y RUGGERI, Andrea (2010): “Political Opportunity Structures, Democracy and Civil War”, *Journal of Peace Research*, Vol. 47, N° 3, pp. 299-310.

## Bibliografía

GOLDSTONE, Jack y GURR, Ted, D. (1991): *Revolutions of the Late Twentieth Century*, Boulder Colo, Westview Press.

GORDON, Michael R. (2006): “Break Point? Iraq and America’s Military Forces”, *Survival*, Vol. 48, Nº 4, pp. 67-82.

GRANOVETTER, Mark S. (1973): “The Strength of Weak Ties”, *The American Journal of Sociology*, Vol. 78, Nº 6, pp. 1360-1380.

GUEVARA, Ernesto (1976): *Obras escogidas*, Madrid, Fundamentos.

GURR, Ted Robert (1971): *Why men rebel*, Princeton University Press.

— (ed.) (2010): *Peace and Conflict 2010*, London, Paradigm Publishers.

HAGUE, R., HARROP, M y S. Breslin (2004), *Comparative government and politics: an introduction*, Hampshire, McMillan.

HAMILTON, Donald (1998): *The Art of Insurgency: American Military Policy and the Failure of Strategy in Southeast Asia*, Westport, Praeger Publisher.

HAMILTON, Eric (2008): “Developments fighting Al Qaeda in Iraq”, *Institute for the study of war*.

Hammes, Thomas, X. (1994): “The Evolution of War: The Four Generation”, *Marine Corps Gazette*.

HAMRE, John J. y SULLIVAN, Gordon R. (2002): “Toward Postconflict Reconstruction”, *the Washington Quarterly*, Vol. 25, Nº 4, pp. 85-96.

HASHIM, Ahmed, S. (2006): *Insurgency & Counter Insurgency in Iraq*, Cornell University Press.

## Bibliografía

- HAWKESWORTH, Mary (1992): “The Science of Politics and the Politics of Science “ en Hawkesworth, Mary y Kogan, Maurice (eds.) *Encyclopedia of Government and Politics*, London & New York, Routledge, pp. 5-42.
- HENDRIX, Cullen S. (2010): “Measuring State Capacity: Theoretical and Empirical Implications for the Study of Civil Conflict”, *Journal of Peace Research*, Vol. 47, N° 3, pp. 273-285.
- HENRIKSEN, Thomas H. (2007): “Security Lessons from the Israeli Trenches”, *Policy Review*.
- HEYWOOD, Andrew (1997): *Politics*, Basingstoke, MacMillan.
- HIRONAKA, Ann (2005): *Neverending Wars. The International Community, Weak States, and the Perpetuation of Civil War*, Cambridge, Harvard University Press.
- HOBBS, Thomas (1989): *Leviatán o la materia, forma y poder de la república eclesiástica y civil*, Madrid, Alianza Editorial.
- HOFFMAN, Bruce (1999), *Inside Terrorism*, New York, Columbia University Press.
- (2004), *Insurgency and Counterinsurgency in Iraq*, Santa Monica, RAND Corporation.
- HOFFMANN, Stanley (1977): “An American Social Science: International Relations” *Daedalus*, N° 106, pp. 41-60.
- IBRAHIM, Azeem (2004): “Conceptualisation of Guerrilla Warfare” *Small Wars and Insurgencies*, Vol. 15, N° 3, pp. 112-124.

## Bibliografía

IGNATIEFF, Michael (1999): *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna*, Madrid, Taurus.

— (2005), *El mal menor. Ética política en una era de terror*, Madrid, Taurus.

IISS (International Institute for Strategic Studies) (2007): “Iraq under the Surge”, *IISS Strategic Comments*, Vol. 13, Issue 2.

INGLEHART, Ronald (1998): *Modernización y posmodernización: el cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

JOHNSON, Douglas (1998): *The Root Causes of Sudan's Civil Wars*, Bloomington, Indiana University Press.

JONES, Adam (2008): “Genocide and Mass Killings”, en Williams, Paul D. (ed.), *Security Studies. An Introduction*, London & New York, Routledge, pp. 185-199.

JORDÁN, Javier y CALVO, José Luis (2005): *El nuevo rostro de la guerra*, Eunsa. Ediciones Universidad de Navarra S.A.

JORDÁN, Javier (2011): “Delimitación teórica de la insurgencia: concepto, fines y medios”, en Jordán, Javier, Pozo, Pilar y Baqués, Josep (eds.), *Actores no estatales y seguridad internacional*, Madrid, Plaza y Valdés, pp. 113-135.

— (2011): “El terrorismo global una década después del 11-S”, en Instituto Español de Estudios Estratégicos, *Actores armados no estatales: retos a la seguridad global*, Madrid, Ministerio de Defensa, pp. 131-173.

JORDAN, Jenna (2009): “When heads roll: assessing the effectiveness of leadership decapitation” *Security Studies*, Vol. 18, pp. 719-755.

## Bibliografía

KALDOR, Mary (2001): *Las nuevas guerras: la violencia organizada en la era global*, Barcelona, Tusquets.

KALYVAS, Stathis, N. (2006): *The logic of violence in civil war*, Cambridge, Cambridge University Press.

KALYVAS, Stathis y BALCELLS, Laila (2010): “International System and Technologies of Rebellion: How the Cold War Shaped Internal Conflict” *American Political Science Review* Vol. 104, N° 3.

KAPLAN, Robert D (2002): *El retorno de la Antigüedad. La política de los guerreros*, Barcelona: Ediciones B.

KATZMAN, Kenneth (2006): “Iraq: Elections, Government, and Constitution”, *Congressional Research Service*.

KAUFMAN, Stuart J. (2008): “Ethnic Conflict”, en Williams, Paul D. (ed.), *Security Studies. An Introduction*, London & New York, Routledge, pp. 200-215.

KAZTMAN, Kenneth (2008): “Al Qaeda in Iraq: Assessment and Outside Links”, *Congressional Research Service*.

KERR, Pauline (2007): “Human Security”, en Collins, Allan (ed.), *Contemporary Security Studies*, Oxford, Oxford University Press, pp. 91-108.

KILCULLEN, David (2004): “Countering Global Insurgency: A Strategy for the War on Terrorism”, *Journal of Strategic Studies*, Vol. 28 N° 4, pp. 597 — 617.

— (2006): “Twenty-Eight Articles”: Fundamentals of Company-level Counterinsurgency, *Military Review*, pp. 103-108.

— (2007): “Subversion and Countersubversion in the Campaign against Terrorism in Europe”, *Studies in Conflict and Terrorism*, N° 30, pp. 647-666.

## Bibliografia

— (2009): *The Accidental Guerrilla: Fighting Small Wars in the Midst of a Big One*, Oxford, Oxford University Press.

KIMBERLY, Kagan (2009): *Surge: A Military History*, New York, Encounter Books.

KIMENYI, Mwangi, S. y NDUNG'U, Njuguna (2005): "Sporadic ethnic violence: why has Kenya not experienced a full-blown civil war?", en Collier, Paul y Sambanis, Nicholas (Eds.), *Understanding civil war*, Washington, The World Bank, pp. 123-157.

KINROSS, Stuart (2004): "Clausewitz and Low Intensity Conflict," *Journal of Strategic Studies* 27, N° 1, pp. 36-37.

KIRDAR, M.J. (2011): "Al Qaeda in Iraq", *Center for Strategic and International Studies* (CSIS)

KITSON, Frank (1971): *Low Intensity Operations*, Faber Paperbacks.

KOHLMANN, Evan (2006): "The Real Online Terrorist Threat", *Foreign Affairs*, Vol. 85, N° 5, pp. 125-135.

— (2007): "State of the Sunni Insurgency in Iraq 2007", *NEFA Foundation*.

KREUTZ, Joakim (2010): "How and When Armed Conflicts End: Introducing the UCDP Conflict Termination Dataset" *Journal of Peace Research* N° 47.

KUZNAR, Lawrence (2007): 'Rationality Wars and the War on Terror: Explaining Terrorism and Social Unrest', *American Anthropologist* Vol. 109, N° 2, pp 318-329.

LASSWELL, Harold, D. (1936): *Politics: who gets what, when and how*, Gloucester, Mass, Peter Smith.

## Bibliografía

LASSWELL, Harold, D. (1968): “The future of the comparative method”, *Comparative Politics*, I, pp. 3-18.

LICHBACH, Mark (1998): *The Rebel's Dilemma*, University of Michigan Press.

LIDOW, Nicholai (2008): “A model of resources and rebel organization”, Paper prepared for WGAPE, UC Berkeley, *Stanford University*.

LIPPMANN, Walter (1943): *U.S. Foreign Policy: Shield of the Republic*, Boston, Little Brown.

LONG, Austin (2006): “On the other war: lessons from five decades of RAND Counterinsurgency Research”, Santa Monica, *Rand Corporation*.

LUJALA, Päivi (2010): “The spoils of nature: Armed civil conflict and rebel access to natural resources”, *Journal of Peace Research*, Vol. 47, Nº1, pp. 15-28.

LUTTWAKL, Edward (1979): *Coup d'État: A Practical Handbook*, Harvard, Harvard University Press.

— (2005): *Para Bellum. La estrategia de la paz y de la guerra*, Madrid, Siglo XXI.

MACK, Andrew (1974): *The Concept of Power and Its Uses in Explaining Asymmetric Conflict*, London, Richardson Institute for Conflict and Peace Research.

MACKINLAY, J. (2005): “Defeating Complex Insurgency: beyond Iraq and Afghanistan”, *Whitehall Paper 64*, Royal United Services Institute for Defence and Security Studies.

MANSFIELD, Edward D. y SNYDER, Jack (1995): “Democratization and the Danger of War”, *International Security*, Vol. 20, Nº 1, pp. 5-38.

## Bibliografía

MAO, Tse-tung (1973): *La Guerra prolongada*, México, Ediciones Roca.

MAOZ, Zeev (2007): “Evaluating Israel’s Strategy of Low-Intensity Warfare, 1949-2006”, *Security Studies*, 16, N° 3, pp. 319-349.

MARIGHELA, Carlos (2008): *Minimanual of the urban guerrilla*, St Petersburg, Florida, Red and Black Publishers.

MARSTON, Daniel (2008): “lessons in 21<sup>st</sup>- century counterinsugency” en Marston, Daniel y Malkasian, Carter (eds.), *Counterinsurgency in modern warfare*, Oxford, Osprey Publishing.

MARX, Karl y ENGELS, Friedrich (1980): *Obras escogidas*, Madrid, Progreso.

MCCORMICK, Gordon, HORTON, Steven y HARRISON, Lauren (2007): “Things fall apart: the endgame dynamics of internal wars”, *Third World Quarterly*, Vol. 28, No. 2.

MCFATE, Montgomery (2005): “Anthropology and Counterinsurgency: The Strange Story of their Curious Relationship”, *Military Review*.

MERKL, Peter, H. (1970): *Modern Comparative Politics*, Holt, Rinehart and Winston.

METZ, Steven (2000): “*Armed Conflict in the 21st Century: The Information Revolution and Post-Modern Warfare*”, Carlisle, Strategic Studies Institute

— (2007): “Learning from Iraq: Counterinsurgency in American strategy”, *Strategy Studies Institute*.

— (2007): “Rethinking Insurgency”, *Carlisle, Strategic Studies Institute*.

## Bibliografía

METZ, Steven y MILLEN, Raymond A. (2003): “Future War/ Future Battlespace: The Strategic Role of American Landpower”, *Strategic Studies Institute, U.S. Army War College*.

MILLER, Gary (1992): *Managerial Dilemmas: The Political Economy of Hierarchy*, Cambridge, Cambridge University Press.

MILLS, Greg (2007): “Ten Counterinsurgency Commandments from Afghanistan”, *Foreign Policy Research Institute*.

Ministry of Defence (2001): *British Army Field Manual Volume 1 Combined Arms Operations*, Army Code 71749, Crown Copyright.

— (2009): *British Army Field Manual Volume 1 Part 10 Counterinsurgency*, Army Code 71876, Crown Copyright.

MOORE, Barrington (1966): *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Harmondsworth, Penguin.

MORILINO, Leonardo (2010): *Introducción a la investigación comparada*, Madrid, Alianza Editorial.

MURSHED, S. Mansoob (2002): “Conflict, Civil War and Underdevelopment: An Introduction”, *Journal of Peace Research*, Vol. 39, Nº 4, pp. 387–393.

NACIONES UNIDAS (2001): *The Role of Diamonds in Fueling Conflict: Breaking the Link Between the Illicit Transaction of Rough Diamonds and Armed Conflict as a Contribution to Prevention and Settlement of Conflicts*, Resolutions adopted by the General Assembly, UN Doc. A/RES/55/56.

NEWMAN, Edward (2007): “Weak States, State Failure, and Terrorism”, *Terrorism and Political Violence*, Vol. 19, pp. 463-488.

## Bibliografía

NEY, Virgil (2011): *Notes On Guerrilla War: Principles And Practices*, Literary Licensing.

NGARUKO, Floribet y NKURUNZIZA, Janvier (2005): Civil war and its duration in Burundi”, en Collier, Paul y Sambanis, Nicholas (eds.), *Understanding civil war*, Washington, The World Bank, pp. 35-63.

NYE, Joseph (2000): *Understanding International Conflicts*, New York, Longman.

O’NEILL, Bard (1978): *Armed Struggle In Palestine*, Boulder Colo, Westview Press.

— (2005): *Insurgency and Terrorism: From Revolution to Apocalypse*, Washington DC, Potomac Books.

O’NEILL, Bard, HEATON, William y ALBERTS, Donald (1980): *Insurgency in the modern world*, Boulder Colo, Westview Press.

OJEDA, Raquel (2006): “Elementos definitorios de los sistemas políticos de Marruecos, Argelia y Túnez. Una perspectiva comparada”, en Senent Sánchez, Joan y Villar Hernández, Paz (eds), *Miradas y encuentros entre las orillas del Mediterráneo*. Universitat de València. Valencia

OLSSON, Ola y Congdon, HEATHER (2004): “Congo: The Prize of Predation”, *Journal of Peace Research* vol. 41, N° 3, pp. 321-336.

ORTIZ, Román D. (2001): “Las nuevas guerras civiles”, en de Cueto, Carlos y Jordán, Javier (Coords.), *Introducción a los estudios de seguridad y defensa*, Granada, Comares, pp. 35-49.

PAGET, Julian (1967): *Counter-Insurgency Operations: Techniques of Guerrilla Warfare*, Walker and Company.

## Bibliografía

PETERS, Ralph (2006): “No Silver Bullets: Fighting the insurgency in Iraq”, *Armed Forces Journal*.

POZO, Pilar (2010): “Los riesgos de utilizar el yihadismo como instrumento de política exterior: el caso de Pakistán”, en Jordán, Javier, Pozo, Pilar y G. Guindo, Miguel (eds.), *Terrorismo sin fronteras. Actores, escenarios y respuestas en un mundo global*, (Madrid, Thomson-Aranzadi, 2010), pp. 73-90.

PRZEWORSKI, Adam y TEUNE, Henry (1970): *The Logic of Comparative Social Inquiry*, Nueva York, Wiley.

QUINLIVAN, James T. (1995): “Force Requirements in Stability Operations” *Parameters*, pp. 59-69.

RABASA, Angel, et al (2006): “Beyond al-Qaeda. The global jihadist movement”, Santa Monica, *Rand Corporation*.

RAGI, C.C. (1987): *The comparative method. Moving beyond qualitative strategies*, Berkeley, University of California Press.

RAMSBOTHAM, Oliver, WOODHOUSE, Tom y MIAL, Hugh (2008): *Contemporary Conflict Resolution*, Cambridge, Polity Press.

REINARES, Fernando (2003): *Terrorismo global*, Madrid, Taurus.

RICHARDS, Paul y VINCENT, James (2008): “Sierra Leona: Marginalization of the RUF”, en de Zeeuw, Jeroen (ed.), *From soldiers to politicians: transforming rebel movements after civil war*, Boulder, Colorado, Lynne Rienner Publishers, pp. 81-103.

ROGERS, Paul (2006): *Iraq and the war on terror: twelve months of insurgency 2004/2005*, London, Taurus.

ROGGIO, Bill (2006): “Zarqawi and Task Force 145”, *Counterterrorism Blog*.

## Bibliografía

ROSENAU, William (2007): *Subversion and Insurgency*, Santa Monica, RAND Corporation.

ROSS, Michael L. (2004): “What Do We Know About Natural Resources and Civil War?”, *Journal of Peace Research*, Vol. 41, N° 3, pp. 337–356.

ROST, Nico y GREIG, Michael (2011): “Taking Matters into Their Own Hands: An Analysis of the Determinants of State-Conducted Peacekeeping in Civil Wars”, *Journal of Peace Research* 48, pp.171-184.

ROTBURG, Robert (2002): “Failed States in a World of Terror”, *Foreign Affairs* Vol. 81, N°4, pp.43-58.

ROTHSCHILD, Emma (1995): “What is Security?” *Daedalus*, Vol. 124, N° 13, pp. 53-98.

RUIZ, Susana y GARCÍA, Miguel (2009): “Las ideologías y las políticas sociales”, en Fernández, Tomás y de la Fuente, Yolanda (coord.), *Política Social y Trabajo Social*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 33-49.

SARTORI, Giovanni (1971): “La Política Comparata: Premesse e Problemi”, *Rivista Italiana di Scienza Politica*, n° 1.

— (1984): *Social Sciences Concepts: A Systematic Analysis*, Beverly Hills, Sage.

SCARROW, Howard A. (1969): *Comparative Political Analysis: An Introduction*, Nueva York, Harper & Row.

SCHMID, Alex, P. y JONGMAN, Albert, J. (1988): *Political terrorism: a new guide to actors, authors, concepts, data bases, theories, & literature*, New Jersey, Transaction Publishers.

## Bibliografia

SCHOLEY, Pamela (2008): “ Hamas’s unfinished transformation”, en de Zeeuw, Jeroen (ed.), *From soldiers to politicians: transforming rebel movements after civil war*, Bolder. Colorado, Lynne Rienner Publishers, pp. 131-157.

SEIPLE, Chris, (2002): “Homeland Security Concepts and Strategies”, *Orbis*, Vol. 46, N° 2, pp. 259-273.

SENLIS (2007): *Countering the insurgency in Afghanistan: losing friends and making enemies*, London, MF Publishing LTD.

SEPP, Kalev, I. (2005): “Best Practices in Counterinsurgency”, *Military Review*, pp. 8-12.

SEWALL, Sarah (2006): “Modernizing U.S. Counterinsurgency Practice: Rethinking Risk and Developing a National Strategy”, *Military Review*, pp. 14-27.

SINGER, Peter W. (2006): *Children at War*, Berkely and Los Angeles, University of California Press.

SKOCPOL, Theda (1979), *States and Social revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge, Cambridge University Press.

— (1985): “Bringing the State Back In: Strategies of Analysis in Current Research”, en Evans, Peter B, Rueschemeyer, Dietrich y Skocpol, Theda (eds.), *Bringing the State Back In*, New York, Cambridge University Press.

Small Arms Survey (2011): *Small Arms Trade Transparency Barometer 2011*, Cambridge, Cambridge University Press.

## Bibliografía

SOBEK, David (2010): “Master of their Domains: The Role of State Capacity in Civil Wars”, *Journal of Peace Research*, Vol. 47, Nº 3, pp. 267-271.

STANILAND, Paul (2005): “Defeating Transnational Insurgencies: the best offense is a good fence”, *The Washington Quarterly* Vol. 29, Nº 1, pp. 21-40.

STOKER, Gerry (1997): “Introducción”, en Marsh, David y Stoker, Gerry, *Teoría y métodos de la Ciencia Política*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 12-29.

SZMOLKA, Inmaculada y de CUETO, Carlos (2011): *Objeto y método de la política comparada*, Granada, Editorial Universidad de Granada.

TABER, Robert (2002): *The War of the Flea: The Classic Study of Guerrilla Warfare*, Virginia, Potomac Books, Inc.

THOMPSON, Robert (1967): *Defeating Communist Insurgency: The Lessons of Malaya and Vietnam*, Westport, Praeger Publisher.

— (2004) “Relearning Counterinsurgency Warfare”, *Parameters*.

THYNE, Clayton L. (2006): “ABC’s, 123’s, and the Golden Rule: The Pacifying Effect of Education on Civil War, 1980–1999”, *International Studies Quarterly*, Vol. 50, pp. 733-775.

TILLY, Charles (1990): *Coercion, Capital, and European States, AD 990-1990*, Cambridge, Mass, Basil Blackwell.

TORRES, Manuel (2005): “Irak y el futuro de la yihad global”, *Estrategia Global*, pp 56-60.

— (2009): “Sobre la viabilidad de la democracia: lecciones de la postguerra iraquí”, *Revista CIDOB d'Afers Internacionals*, nº 88, pp. 157-175.

## Bibliografía

UNITED STATE GENERAL ACCOUNTING OFFICE (2006): *Rebuilding Iraq; More Comprehensive National Strategy Needed to Help Achieve U.S. Goals*, GAO 06-788.

UNITED STATES ARMY (1981): *Field Manual 100-20: Military Operations in Low Intensity Conflict*, Washington, D.C., Department of the Army.

UNITED STATES DEPARTMENT OF STATE (2006): *Counterinsurgency in the 21st Century: Creating a National Framework*, Counterinsurgency Conference report, Washington D.C. Department of State.

VAN CREVELD, Martin (1991): *On Future War*, London, Brassey's.

VERBA, Sidney (1967): "Some Dilemmas in Comparative Research", *World Politics* 20, N° 1.

VILANOVA, Pere (2006): "El Estado y el sistema internacional", en CAMINAL, Miquel (ed.), *Manual de Ciencia Política*, Madrid, Tecnos, pp. 561-578.

WADE, Christine (2008): "El Salvador: The success of the FMLN", en de Zeeuw, Jeroen (Ed.), *From soldiers to politicians: transforming rebel movements after civil war*, Bolder. Colorado, Lynne Rienner Publishers, pp. 33-55.

WAEVER, Ole (1995): "Securitization and desecuritization", en Lipschutz, Ronnie, D. (ed.), *On Security*, New York, Columbia University Press, pp. 46-86.

WALLENSTEEN, Peter (2011): *Understanding Conflict Resolution*. Thousand Oaks, CA, Sage Publications.

## Bibliografia

WALLER, James (2007): *Becoming Evil. How Ordinary People Commit Genocide and Mass Killing*, Oxford, Oxford University Press.

WALT, Stephen (1991): "The Renaissance of Security Studies", *International Studies Quarterly*, Vol. 35, No2, pp. 211-239.

WEIMANN, Gabriel (2006): *Terror on the Internet. The New Arena, the New Challenges*, Washington D.C., United States Institute of Peace Press.

WEISNTEIN, Jeremy (2002): "The Structure of Rebel Organizations: implications for post-conflict reconstruction", *The World Bank*.

— (2007): *Inside Rebellion: The Politics of Insurgent Violence*, Cambridge, Cambridge University Press.

WEINSTEIN, Jeremy y FRANCISCO, Laudemiro (2005): "The civil war in Mozambique: the balance between internal and external influences", en Collier, Paul y Sambanis, Nicholas (Eds.), *Understanding civil war*, Washington, The World Bank, pp. 157-193.

WESTAD, Odd Arne (2005): *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of Our Times*. Cambridge, Cambridge University Press.

WILLIAMS, Paul D., (2008): "Security Studies. An Introduction", Paul D. Williams (ed.), *Security Studies. An Introduction*, New York, Routledge, pp. 1-12.

WOLFERS, A. (1962): "National Security as an Ambiguous Symbol", en Wolfers, A (ed.), *Discord and Collaboration, Essays on International Politics*, Baltimore, John Hopkins University Press.

WOOD, Elisabeth, J. (2000): *Forging Democracy from Below: Insurgent Transitions in South Africa and El Salvador*, Cambridge, Cambridge University Press.

## **Bibliografia**

WRIGHT, Thomas C., (1991): *Latin America in the Era of the Cuban Revolution*, New York, Praeger.

ZARTMAN, William (1995): *Elusive Peace: Negotiating an End to Civil Wars*, Washington, the Brooking Institution.

ZEEEUW, Jeroen (2008): *Transforming rebel movements after civil wars*, Colorado, Lynne Rienner Publishers, Inc.